

CARLOS RAMIREZ SUAREZ

**EN LA RUTA
DE
MIS RECUERDOS**



EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS DE LAS PALMAS
PLAN CULTURAL



EN LA RUTA DE MIS RECUERDOS

Colección: LITERATURA

Serie: MISCELANEA

Dirigida por

AGUSTÍN MILLARES CARLÓ

CARLOS RAMIREZ SUAREZ

EN LA RUTA
DE MIS RECUERDOS



EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS
DE LAS PALMAS
PLAN CULTURAL
1976

© CARLOS RAMÍREZ SUÁREZ

© EXCMA. MANCOMUNIDAD DE CABILDOS DE LAS PALMAS, 1976

I. S. B. N.: 84-500-1653-3

Depósito legal: M. 36.470-1976

MARIBEL, ARTES GRÁFICAS - Tomás Bretón, 51, edificios 5 y 7 - Madrid-7

INTRODUCCION

Este libro viene a ser una segunda parte de LATIDOS DE MI TIERRA, que recientemente se imprimió bajo el generoso patrocinio del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, formando parte de sus ediciones. En él escribió un admirable prólogo Agustín Millares Carló, mi querido amigo y Catedrático de prestigio universal. Aquí no se ha hecho preciso Prólogo alguno por constituir una verdadera continuidad del libro anterior. A nuestra primera Corporación Insular y a mi entrañable Agustín Millares deseo expresar mi gratitud más honda y sincera por la ayuda que me han prestado con motivo de estas publicaciones.

EN LA RUTA DE LOS RECUERDOS es un libro que quiere seguir recogiendo —en una modesta recopilación de crónicas— los sucesos, anécdotas y caracteres de nuestra tierra amada, sin otra pretensión que la del recuerdo hacia las cosas y los perfiles espirituales de esta Gran Canaria tan querida. Ha sido editado por el Plan Cultural de Las Palmas, a quien nuestro, asimismo, mi más profundo reconocimiento.

EL AUTOR

A mis queridos hijos y nietos.

LA PLAZA DE SANTO DOMINGO

Vegueta es una verdadera joya engastada en la ciudad. Sus plazas y rincones recoletos tienen un sabor monacal. Pero, de pedírseme opinión, yo diría que lo más típicamente bello de este viejo barrio es la Plaza de Santo Domingo.

Es una plaza que respira por todos sus contornos un aire subyugante de canariedad. Sencilla, silenciosa, parece haberse dormido en el ensueño de su noble vejez. Es uno de los pocos recintos donde apenas se oye otro ruido que el de los cantos de los niños y el piar vespertino de los pajarillos. En su centro tiene una fuente bellísima de cantería por la que antaño fluía, a través de unas cañas, agua de cumbre. Las mujeres del pueblo llenaban sus tallas de barro y la limpieza de los chorros daba una grata sensación de fresca alegría...

Suelo ir, muy de mañana, a la Misa de su Iglesia, aledaña a uno de los primeros Conventos de la antigua ciudad. No en balde en su pila fue bautizado mi padre y todos sus ascendientes. Casi siempre viene a oficiarla, desde Ciudad Jardín, don Joaquín Artilles, por añoranza de su larga estancia en este barrio. Cuando en esa hora recalo en la Plaza de Santo Domingo, me parece estar viendo cómo la atraviesan señores de levita y chistera y cómo suenan, en los guijarros de sus calles adyacentes, los cascotes de los caballos de alguna furtiva carretela.

Bajo la sombra de los laureles de la India dormitan, desde hace siglos, unos bancos de piedra que sirven de descanso y de cobijo también a las tertulias, que lugar afamado de tertulias ha sido esta encantadora plazuela. Por su suelo embaldosado han pisado gene-

raciones enteras de hombres encapuchados y mujeres con mantilla canaria, borrando el tiempo la huella de sus pasos. Y en lo alto del campanario de la Iglesia suenan sus badajos con el mismo son melodioso de los años en que el Alférez Mayor entraba solemnemente en ella portando en alto nuestro Pendón de la Conquista.

El entorno urbano de la plaza tiene el sabor clásico de esta Vegueta entrañable y seductora, con casas canarias, de baja altura, de puertas y balcones de tea, con ese embrujo cenenario de la antigua vivienda. Desentona, no obstante, al aire Naciente un paredón ruinoso, al parecer municipal, que debiera guardar decorosa armonía con los bellos laterales de la antigua plazuela. En el frontis Sur de este cuadrilátero luce la añeja pátina de cantería de su Iglesia conventual, en la que se venera la imagen de la Virgen del Rosario, cuya festividad se celebra en este mismo día que escribo. Y en su Sacristía figura el retrato de aquel benemérito párroco —también con lápida de mármol en la fachada— que se llamó don Antonio Vicente González, fulminado por el cólera en su cabalgadura, en la calle de la Cuna, cuando administraba los Sacramentos a las víctimas de la epidemia de 1851.

¡Plaza de Santo Domingo! Lugar de reposo y de paz para el espíritu, palpitación memorosa de la vieja Vegueta, quien pudiera refugiarse, día a día, en el encanto poético de su recinto acogedor...

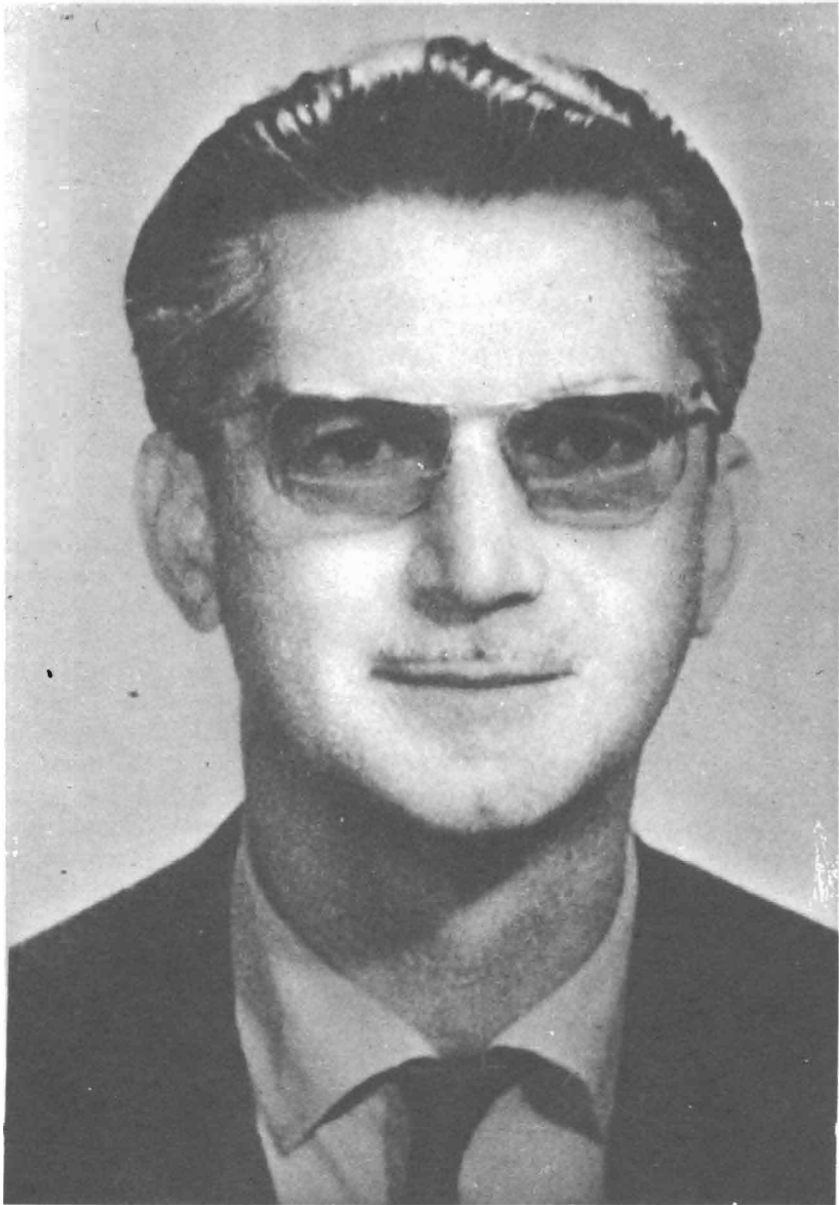
UN TRABAJO DE GABRIEL DE ARMAS

Gabriel de Armas ha publicado, como separata de *Verbo*, un trabajo literario que es de un valor poético trascendente y de una finura espiritual esmerada.

Gira su inspiración en torno al amor y la esperanza, como posturas antitéticas al odio, la violencia, el resentimiento y el exterminio de que hace gala el mundo actual. Con esa orientación desea su autor ir en pos de la figura de Jesús y apoya su magnífico estudio —no por sintético menos enjundioso— en los mejores y más depurados ideales poéticos de grandes pensadores. Transcribe versos —desde Tomás Morales a Lope de Vega, pasando por Gonzalo de Berceo y Fray Luis de León, entre otros— que constituyen prístina exaltación de amor al Creador. Gabriel de Armas se esfuerza por hacer comprender al hombre el don maravilloso de la gracia santificante. «Toda esta gama variadísima de las operaciones divinas —nos dice— en orden a la conversión del hombre, ha sido cantada admirablemente por la lírica hispana». Y cita a San Agustín, a Pablo, a García Morente, a Alexis Carrel, Paul Claudel...

Invoca la mansa dulzura que penetra y embarga el alma de San Juan de la Cruz:

Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle, hondo oscuro,
Con soledad y llanto;
Y tú rompiendo el puro aire,
Te vas al inmortal seguro.



Gabriel de Armas Medina

Amor y contemplación de la poesía hispana titula su autor ese precioso ramillete de ofrendas líricas, puestas al pie de Jesús por Gabriel con auténtico sentido de creyente apasionado. En este breve pero apretado y delicado opúsculo, arde una interna llama de amor al Supremo Creador, enriquecido por estrofas bellísimas, no por conocidas menos sugestivas. Así nos canta Santa Teresa:

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero...

Y aquel soneto anónimo, lo más hermoso que se haya escrito en español, según afirma Ludwig Pfandl en su *Historia de literatura Española*:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en esa Cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera
pues aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero, te quisiera.

En la contemplación, nos dice Gabriel de Armas, «el místico y contemplativo es, sin duda, por su índole, el más leal y agudo de los amadores». La contemplación natural es dada directamente por Dios en el alma bien dispuesta, la cual permanece como embebida en místicas claridades y como sumergida en la intuición más viva del misterio amoroso».

Amor y contemplación a través de la poesía. Este es el fin del pensamiento eminentemente cristiano de Gabriel de Armas que motiva su trabajo. Exaltación y arrobamiento del alma, delirio de los espíritus entregados a Jesús. Subir por un rayo de luz las mo-

radas celestiales, a las que sólo se asciende a través de Dios. Rechazo de cualquier materialismo ateo que nos aparte de la fidelidad Cristo céntrica, que sirvió de guía a Ignacio de Loyola.

El amor y contemplación de Gabriel de Armas a través de la poesía hispana, por su finura y espiritualidad, merece los mayores plácemes, sobre todo en estos momentos de lamentable confusio- nismo en que, deliberadamente, se p̄tenden hermanar conceptos y dogmas cristianos con designios materialistas. Es un folleto que pone bien alto el sentir y pensar de un buen católico.

EL HOMENAJE A LOS MAYORES

Los que ya peinamos canas recordamos con emoción —por qué no decirlo, con orgullo— el amor y el respeto que, de jóvenes, profesábamos a las personas mayores que llegaban a las últimas etapas de su existencia. Desde la primera infancia se nos acostumbró a pensar que el anciano debía ser cariñosamente reverenciado como una persona vencida por la vida, que buscaba el amparo de Dios. Y no digo yo que la juventud actual, o una parte de ella, deje de practicar ese hábito amoroso y respetuoso, pero sí sería de desear que nunca se abandonara.

Cuántas veces, en la acera, se le cedía el paso preferente al viejecito y se le brindaba nuestro asiento y se le hacía objeto de consideraciones cariñosas, como una ofrenda al hombre desvalido y en el ocaso de su ruta. Nos dábamos cuenta de la aureola que representa la ancianidad. Nos percatábamos de que aquella persona caduca había sido, en muchos casos, el precioso pedestal de nuestras propias vidas. Y habríamos periclitado y nos hubiéramos hundido en el vacío de la ingratitud de no acudir, con nuestro apoyo generoso, a darle la mano, poniendo nuestro corazón a su servicio.

Este respeto a los mayores ha adquirido siempre acendrado valor tratándose de nuestros padres y abuelos. Aquella costumbre de pedir la bendición al autor de nuestros días, en un ademán de honda espiritualidad, cual si fuera ante nosotros un fiel trasunto de la imagen de Cristo, era el más sencillo y entrañable homenaje que podíamos rendir a quien nos había dado el ser. Y no digamos a la hora vespertina, cuando sonaban las campanas del *Angelus* y en el

hogar rezábamos junto a nuestros ascendientes y nuestros hermanos, tributando, de este modo, un himno de amor al Creador.

Es este un reconocimiento y veneración a nuestros mayores que debe permanecer encendido en el alma porque encierra gratitud, amor y justicia, no sólo hacia nuestros antepasados, sino hacia aquellos ancianos que ya declinan en la vida, acercándose dulcemente a su eterno horizonte. De ahí el que encuentre plena justificación y motivo de alborozo, el que se esté celebrando en toda España la Semana Internacional de Homenaje a nuestros mayores, que culmina y finaliza en este domingo, 16 de noviembre. Semana de recuerdos y de íntimo y profundo afecto hacia esas personas ancianas, abuelitos de la vida, llenos de sencillez y de ternura. Días que son de comprensión y de amor, que hacen prender y reavivar en los viejos corazones la llama de la ilusión, porque nada ilusiona en el confín de la existencia como sentirse amados y respetados por los demás.

En nuestra capital se ha querido que este gran acto de caridad hacia los mayores haya quedado revestido de solemnidad. En la Casa de las Hermanitas de los Pobres está la representación doliente de los ancianos, y allí, en aquel gran patio que preside la figura de Jesús, se les tributará hoy homenaje de amor, de aliento y de alegría.

Ojalá que esta Semana de Amor a nuestros mayores sirva para despertar las conciencias de ciertas juventudes en torno al respeto y ayuda que merecen los que ya trasponen su vida, sobre todo cuando la desgracia o la injusticia amargan sus últimas jornadas. En esta gran tarea deben afanarse los maestros —siempre beneméritos en su función— inculcando a sus escolares ese amor y ese respeto que merece la ancianidad, pero, sobre todo, a esa sublime empresa deben consagrarse los padres, haciendo comprender a sus hijos, desde muy pequeños, el cariño y consideración que deben inspirarles las personas que han alcanzado ya la aureola de la vejez.

EL PARTIDO DE LOS PROFESIONALES, VISTO POR UN ABOGADO

Reseñar un partido de fútbol entre Abogados, Médicos y Periodistas es tarea un tanto delicada. Sin embargo, deseo expresar mi modesta opinión con imparcialidad y sin espíritu de clase.

Estimo que si algo debe haber en toda contienda es una buena defensa. Del mismo modo que a los ataques del fiscal sabemos replicar con una cobertura adecuada, también supimos esforzarnos los curiales en el estadio por ofrecer a la delantera de galenos y periodistas una barrera eficiente en el puesto de la defensa.

Podemos decir que nos sentíamos orgullosos de ver cómo devolvíamos la pelota a la parte contraria, de modo contundente, sin que apenas fuéramos amonestados por el juez, a pesar de nuestras intervenciones, que de todo tenían menos de forenses. Habilidad dialéctica en la punta de la bota, ataques y contraataques de juridicidad traumática, «costaladas» académicas con prolongadas agujetas, de todo ello dio cumplida demostración el equipo ciceroniano, en reñida lucha con doctores y periodistas. Afortunadamente, no ofrecen gran riesgo los infartos de miocardio ante la presencia del nutrido grupo de médicos con el que se libraba combate.

Los medios de uno y otro equipo, ¿para qué nombrarlos? Fueron unos medios que, si bien no pasaban de ser medianías, parecían haber convocado un cónclave por el número de cardenales... No puede decirse que dieran gran juego a los delanteros, pero sí que se batieron como jabatos, tomándolo con mucho más ardor que en cualquier defensa en turno de oficio.

Hubo un momento de gran emoción. Durante el descanso el equipo de la curia fue llamado al palco donde se encontraban el decano y el entrenador, y recibieron los jugadores instrucciones secretas sobre la necesidad de aplicar la Ley de Enjuiciamiento Civil en su fase ejecutiva. Y aquello fue *la debacle*, porque nada más entrar en la cancha los Abogados, apoyados por Alguaciles, dejaron tumbados en el césped a cuatro delanteros y dos defensas. El juez intentó suspender el partido por quebrantamiento de forma, pero se limitó a imponer las costas del segundo tiempo (es decir, de la segunda instancia) a los de la toga, con lo que logró contener la iracundia de galenos y periodistas.

A todas estas, el portero de los Letrados era tal su confianza en los procedimientos expeditivos de sus camaradas, que se dedicó a preparar un juicio de tercería de dominio, apoyado tranquilamente en uno de los palos de la portería. En esta situación irrumpió inesperadamente la delantera contraria y fue tal el tumulto, que los autos, según la última versión, no habían aparecido hasta última hora del partido. Esto valió un gol a los periodistas y cuatro equimosis faciales al confiado guardameta.

En general, el público salió muy satisfecho del partido, aunque se asegura que esperando a los jugadores en la puerta del estadio para cobrárselas todas juntas.

Algunos jugadores han tenido un papel tan destacado en este memorable partido que han colgado las togas definitivamente antes que los cuelguen a ellos.

Tres han sido seleccionados del equipo de los Abogados para la próxima Olimpiada, si es que, por razón de los golpes recibidos, llegan a esa fecha.

De los Médicos existen noticias fidedignas de que han tenido que prepararse nuevos facultativos para los ambulatorios por las bajas sufridas.

Y se afirma que los periodistas están consultando el *Diccionario de la Lengua* para dirigir a Médicos, Abogados y árbitro, en la primera plana de sus diarios, los más dulces y cariñosos epítetos del idioma cervantino por las caricias recibidas.

De los jueces de línea se sabe que, a la primera que se armó en el campo, entregaron sus banderines a la guardia municipal, hallándose ambos *liniers* en ignorado paradero.

En cuanto al árbitro, su actuación fue mesurada y calurosamente acogida, a tal punto que sus lesiones habían mejorado mucho a

últimas horas de la noche. Dio la casualidad de que el Médico que le atendió era uno de los expulsados del campo por el propio árbitro, y ha surgido la vehemente sospecha de que la infección de sus heridas sea debida a «deliberado y culposo tratamiento».

En definitiva, un gran partido que demostró veteranía, astucia y suficiencia profesional.

La copa del triunfo le fue entregada al Capitán del equipo vencedor, quien, antes de empeñarla, la alzó en alto y con voz clara dijo: «Estamos orgullosos del triunfo. Pronto hemos de celebrar el próximo encuentro en el recinto de los Hermanos Desamparados.»

ANTE LOS CUADROS DE TOMAS GOMEZ BOSCH

Nuestra vida profesional, realmente atribulada, siente la necesidad de refugiarse, siquiera sea por breves momentos, en ese bálsamo de las bellas artes. Y una de estas tardes he querido evadirme del tóxico del papel sellado para contemplar los cuadros de Tomás Gómez Bosch en su exposición del Gabinete Literario. Y los he visto como un profano, sin ánimo ni propósito de crítica —porque carezco de atributos para ello—, pero, eso sí, con sincera objetividad y libertad para decir lo que siento.

Siempre me ha parecido Tomás un gran artista. Sus retratos, sus paisajes, sus bodegones, están iluminados por la proyección de un espíritu vigoroso y que imprime amor a su obra. Tienen todos estos cuadros del Casino una pátina tal de serenidad, que ya, de entrada, infunden a quien los contempla el sosiego cautivador de las obras amables. Penetrar en el salón donde se exhiben es algo así como recibir la impresión de que nuestra maravillosa isla nos ha penetrado también, de golpe, por los poros del alma. Es la cumbre lejana bajo un cendal de nubes, y los frutos jugosos de la tierra en colores redivivos y la visión profunda y suave del crepúsculo en la playa.

Tomás Gómez merece la gratitud emocionada de los canarios porque es un enamorado de su tierra, a la que pretende siempre imprimir valor de eternidad. El mismo sentido, pletórico de belleza, de Tomás Morales y de Néstor en sus grandes creaciones. La quieta y fascinadora transparencia de las aguas del *Poema del mar*, de Néstor, y el malecón dormido o la rielante serenidad marina de

Tomás, son verdaderos cantos de exaltación a nuestros valores estéticos más preciados.

Pero en esta exposición de Gómez Bosch creo yo ver —tan profano en el arte pictórico— algo nuevo que revaloriza su obra. Y es la luz que proyecta sobre sus magníficas marinas. Esa tonalidad melancólica, de matices arrobadores, sobre el litoral adormecido. Esa luz crepuscular desvaída, con un lirismo cromático suave, y el mar que se arrulla indolente en la tarde que declina. Estas rocas, que muy cerca de la fina arena se miran en las aguas tranquilas, envueltas por una luz otoñal, no por nostálgica menos bella. Y hasta la caricia de una brisa suave que parece sentirse como un céfiro con aroma de algas y que invita al ensueño.

Verdadero alarde de inspiración pictórica frente a nuestra bellísima playa de Las Canteras. El pincel de Tomás Gómez ha querido, de esta vez y con gran maestría, realzar el sublime maridaje de nuestro mar y nuestra luz, bajo el encanto lírico de un verdadero poema otoñal. Pero no de un poema otoñal con matices de tristeza, sino con tonalidades suaves y sugestivas que envuelven la obra de arte en un motivo cautivador.

Ante nuestro mar no se agotará nunca el raudal de inspiración que produce su belleza. Ya Maifrén vino a Canarias para arrancar a la luz de sus playas, a los crepúsculos de sus atardeceres, a la serenidad de sus rocas, espejando en las aguas, verdaderos artilugios de arte pictórico. Hoy, Tomás Gómez, gran discípulo suyo, continúa mojado los pinceles en su corazón de gran canario para perpetuarnos en el lienzo la grandeza estética de la sinfonía en gris de nuestro mar.

Su veteranía no le envejece, sino que crea en él impulsos juveniles de renovada creación artística. Y es que la maestría no desfallece nunca, sino que se vigoriza cuando la perfección técnica se coloca al servicio de una inspiración que tiene por acicate, además, el amor al terruño.

LA TERTULIA

La tertulia siempre ha sido en Las Palmas algo muy peculiar. No se sabe cómo ni porqué unos cuantos amigos se reúnen a cierta hora en un lugar determinado. Y ésto día por día. «Me voy a la tertulia del Casino o de la Plazuela»..., le dicen a sus respectivas esposas, y salen a cumplir una especie de ritual.

En la tertulia, generalmente personas de costumbres y caracteres afines, contrastan sus pareceres y comentan, sobre todo, los sucesos locales. De ella ordinariamente no sale nada práctico, pero los tertulianos se regodean en ese placer del comentario que es la salsa de la reunión. El atractivo de la tertulia es que nunca tiene tema fijo. Se salta de la política al fútbol, de lo literario a lo profesional. Casi siempre prepondera un ambiente de limpio buen humor, no exento a veces de mordacidad crítica.

En las tertulias suelen haber miembros de honor y miembros de dolor. Los primeros son los que pasan por ser inteligentes o al menos ocurrentes; los segundos son los que se constituyen en víctimas de los primeros. Los hay que hablan mucho discurrendo poco y los parcos en palabras, pero que dan en el clavo. Es curioso el clima de mutua inteligencia que se crea en el seno de una tertulia. Cada uno conoce a los demás como los propios dedos de su mano, y de ahí el que se ponga en guardia para devolver con eficacia la pelota. Se pone, de este modo, en práctica aquel dicho irónico de don Salvador Cuyás cuando afirmaba: «Aquí el que menos corre... vuela, usted».

Está por escribirse un libro que trate de las tertulias en Las Palmas. Con análisis de sus personajes, anécdotas y espíritu de ame-

nidad, resultaría por demás sustancioso este psicológico estudio de esporádica y cordial convivencia. Estoy por decir que esta investigación vendría a enriquecer la pequeña historia local de nuestra capital.

No soy yo quien pudiera describir las diferentes tertulias que aquí han existido en esta Centuria que vivimos. Las ha habido de todos los matices y caracteres. Las literarias, políticas, sociales y puramente de afinidad amistosa. Recuerdo aquella reunión de adictos a don Juan de León y Castillo, en su casa de la Plazoleta de Espíritu Santo, llamada *la patriótica*, que era eminentemente política. Estaba constituida por los disidentes del partido leonino o Fernandino, y de ella formaban parte don Ambrosio Hurtado de Mendoza, los Ramires Doreste, don Egmond Mendoza y otros varios adictos al gran ingeniero.

Una de las tertulias, también política —pero que tenía un matiz de amistosa fidelidad—, era la de don Francisco Manrique de Lara, en su mansión de la calle Castillo, que llevó a la Alcaldía a este patricio canario. Se reunían estos amigos en el llamado «cuarto de don Francisco», al fondo de una gran galería que corría junto al patio principal, y sus asiduos concurrentes eran don Carlos Navarro Ruiz, don Juan Boissier, don Juan de Quesada y tantos otros. Tenían como órgano periodístico el diario *La Defensa*, que dirigía *Jordé*. Los componentes de esta tertulia, al anochecer, salían en grupo, atravesaban la Plaza de Santa Ana y se dirigían al Casino, en cuya terraza continuaban su cordial y animada charla.

Tertulia de antigua solera fue siempre la de la Farmacia Vernetta, en el rincón del Puente, hoy propiedad del señor Molina. A ella concurrían figuras muy conocidas de Las Palmas, algunas de auténtico gracejo. Una de ellas era la de un señor a quien llamaremos X. Conocí a este personaje con edad avanzada, era amigo de mi padre, y éste le hubo de preguntar en una ocasión: «Oye, X, ¿por qué a la tertulia de Vernetta la llamaban *El Limbo*?» Contestando: «Oh, figúrate que el más inteligente de los que asistían a ella era yo». Otro de los contertulios, con motivo de los subidos precios que regían para la Compañía de Opera del Galdós, hubo de preguntar al propio personaje si le habían resultado caras las entradas, respondiéndole: «Más que las entradas, las que me han resultado más caras son las "salidas"» (refiriéndose a las «salidas» de teatro que había tenido que comprar a sus hijas).

Verdadero renombre tuvo la tertulia de La Plazuela, a la que concurrían a diario, por las tardes, don Eduardo Benítez Inglott, el propio Jordé, don Pedro Santana, Director del diario *La Crónica*, y algún que otro intelectual. Los asistentes a esta reunión permanecían siempre de pie y el tema principal era, casi siempre, la ciudad y sus problemas. Sin embargo, don Eduardo —que era un archivo viviente— sacaba a relucir, con cultura y gracia natural, anécdotas, cuentos y sucesos de Las Palmas.

Hasta mitad de siglo celebróse, al anochecer, una memorable reunión de amigos en la acera poniente de la Plaza de Santo Domingo. A ella asistían los hermanos Martínez de Escobar, de afamado renombre; don Ventura Ramírez, Médico prestigioso; don Miguel Suárez, Canónigo de la Catedral (que lo mismo cantaba un fervoroso miserere que una misa con su guitarra); don Segundo Manchado, don Santiago Tejera (autor de *Folias tristes* y *La hija del Mestre*) y otras figuras conocidas de Vegueta.

Todas estas tertulias han ido desapareciendo a través del tiempo y de ellas no queda más que el recuerdo. La última, que yo llevo en mi corazón, fue aquella que cada noche teníamos en el Casino unos amigos inolvidables, gran parte de ellos fallecidos. A ella asistíamos —casi siempre con nuestras esposas— Pepe Mendoza Ramírez, José Garralda Valcárcel (hoy en el Tribunal Supremo), Agustín Manrique y del Castillo, Miguel Suárez Navarro, Luis Piernavieja, José Antonio Altés (Fiscal, muerto en Valencia), Diego Cambreleng Mesa, José del Campo Llarena (actual Subsecretario de Justicia) y el que esto escribe.

A los ratos felices que disfrutamos en esta tertulia tributo desde aquí la ofrenda de mi recuerdo más cariñoso y entrañable.

HOY, CORPUS CHRISTI, LA GRAN JORNADA DEL AMOR FRATERO

El Día Nacional de Caridad se celebra hoy en toda España. Esta gran fiesta del amor fraterno coincide cada año con la conmemoración del Corpus Christi. La significación sobrenatural de la Caridad exige que queden fundidas en una misma fecha ambas efemérides. Cristo es amor y, en Su nombre, Cáritas exalta su función espiritual cuando el Cuerpo del Señor, vivo y presente en la Sagrada Hostia, pasea nuestras calles sobre alfombras de flores para ser objeto de pública adoración. Porque «donde están el amor y la caridad, allí está Dios».

El lema que Cáritas Nacional ha adoptado este año ha sido: «El que ama trabaja por la Justicia.» Esto tiene una significación profundamente espiritual porque el gran Mandamiento de Cristo está representado, en todo momento, por el amor a nuestros hermanos. La dádiva material poco vale si está desprovista de un sentido sobrenatural, convirtiéndose, todo lo más, en un gesto limosnero, que, en muchas ocasiones, perjudica y hasta encubre una mal disimulada vanidad. Es preciso amparar y proteger al prójimo a través del amor de Dios y de ahí el que Cáritas haya de ser siempre contemplada como una comunicación cristiana de bienes.

La campaña del Día de la Caridad está impregnada este año —como todos los años— de ese inexcusable dictado del amor que nos inspiran nuestros hermanos. Si se limitara a una función meramente asistencial, convertiríase esta gran Obra de la Iglesia que es Cáritas en una organización de frías medidas protectoras de beneficencia. Es indudable que nuestra Institución imparte comida,

vestido, aposentos, medicinas, enseñanzas, formación profesional, viviendas, pero su altísimo papel radica en servir todos esos bienes a través de un cauce cristiano, poniendo en esa misión toda una sentida palpitación de amor en Cristo. Su labor está impregnada de espíritu misericordioso, con obras de promoción humana y desarrollo comunitario.

Este amor a nuestro semejante menesteroso conduce a la justicia, porque el principio más elevado en la vida ha de consistir en procurar dignificar al hombre, supremo valor a los ojos de Dios. A través del amor misericordioso, prestándosele suave y entrañable asistencia cristiana, nuestro semejante se sublima y alcanza las cotas espirituales y sociales a que es acreedor. De este modo, poniéndose en práctica la ordenación divina de la caridad, se logra el fruto, apetecido y sazonado, de la justicia social. Y ello, sin política, sin cabildeos, bajo la inspiración del amor, poniendo siempre el oído misericordioso en el corazón dolorido del hombre, despertando vivamente en el alma de los católicos un deber eminente de solidaridad, con sentido espiritual hacia quienes necesitan protección y, sobre todo, promoción.

Jornada Eucarística del amor fraterno. Bajo campanillas de plata recorrerá la Vieja Ciudad el Cuerpo vivo de Jesús, pisando pétalos de flores. De El fluye, como un claro manantial espiritual, el amor a nuestros hermanos, principio y proyección de nuestra Cáritas. Que sepamos todos corresponder a esa ayuda en Cristo que pide y suplica esta festividad luminosa del amor fraterno.

**HOMENAJE A DON ANTONIO GOMEZ BOSCH Y
DON AGUSTIN MILLARES CARLO, POR LOS
ANTIGUOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE SAN AGUSTIN**

El viernes último tuvo lugar en el Club de Golf el homenaje rendido por los Antiguos Alumnos del Colegio de San Agustín a su Profesor don Antonio Gómez Bosch y al ilustre Profesor don Agustín Millares Carló. He aquí los discursos pronunciados por el autor de este libro, Presidente de la Agrupación, y el propio Sr. Millares.

Palabras de don Carlos Ramírez Suárez

Queridos compañeros: Un acto de confraternidad es siempre un aliento espiritual para quienes hacen un culto de la amistad. Hoy hemos dedicado a nuestros profesores y compañeros desaparecidos el recuerdo devoto de una ofrenda ante Dios, la mejor ofrenda, que es la Santa Misa. Y en seguida hemos venido aquí, jubilosos y hasta juveniles, ante unos blancos manteles, para dar fe de que la vieja guardia del histórico Colegio de San Agustín está unida en el amor y la nostalgia de aquel recinto inolvidable. Hemos dejado una silla vacía en la presidencia, que es la silla del rector. Don Diego está con nosotros, mirándonos con aquella ternura venerable, paternal y enérgica a un tiempo. Y están en el recuerdo de nuestro corazón aquellos magníficos profesores, don Fernando Ingloft, Franchy, los Ramírez Doreste, don Antonio Gómez, Azofra, don Adolfo, don Agustín Rodríguez, don Eduardo Benítez, don Antonio Mesa, don Jaime Company y tantos otros, que modelaron nuestro intelec-

to y nos imprimieron tesón y rectitud en el trabajo. Y estamos escuchando aún en el fondo de nuestra alma el péndulo del reloj del salón de estudios y el sonido de la campana, tanto más amada cuanto más libertad nos concedía.

¡Bendito Colegio de San Agustín, que formaste en tus aulas a hombres como Pérez Galdós, los León y Castillo, Tomás Morales, Leopoldo Matos, los hermanos Millares, don Carlos Navarro Ruiz, toda esa pléyade de figuras que han dado gloria y honor a su tierra, enaltecíendola siempre a través de los años!

Pero hoy, gracias a Dios, aún podemos rendir homenaje al único profesor superviviente de nuestro Colegio, don Antonio Gómez Bosch y a un colegial de honor, designado por voluntad expresa de todos nosotros, que es nuestro entrañable Agustín Millares Carló. Don Antonio, la figura menuda y tersa, modelo de vida cívica, con sus noventa y ocho gloriosos años, caminando como una alpiska por nuestras calles. en un alarde juvenil ejemplar. El no ha podido venir, pero sí están aquí sus dignos hermanos, entre ellos Tomás, quien se encargará de llevarle el emblema de honor que le regalan sus Antiguos Alumnos. Y aún un emblema que no se cifra en una placa ni en una insignia, que es el cariño imperecedero de estos «muchachos» de sesenta a setenta años, que todavía están dispuestos a sentarse en su aula para recibir la lección maravillosa de su limpia ejecutoria.

Y también, digo, está aquí, felizmente, Agustín Millares Carló, designado Colegial de Honor porque eres, Agustín, honra y orgullo de Gran Canaria. Hay hombres que forman época en la vida de un pueblo, y Agustín es uno de ellos. Toda su existencia está constelada de méritos. Es el gran intelectual, el gran profesor, que va pregonando por todos los países las glorias de su solar nativo. El estudioso, callado e impenitente desvelador de secretos en Archivos y Bibliotecas, espíritu de oro puro formado en el crisol universitario. Porque eso es Agustín, en definitiva: un gran universitario, que es como decir un espíritu luminoso abierto a los horizontes de la cultura. Es el profundo enamorado del bello jardín de la Historia, que va descubriendo las motivaciones de la vida, con la mágica linterna del intelecto. Agustín Millares Carló ennoblece de espiritualidad literaria esta querida tierra en que un día naciera. La honra y enaltece. Salió de las aulas de nuestro amado Colegio para proyectarse, por la vía láctea del estudio inquisitivo y laborioso, a ese firmamento insondable de lo humano, de lo episódico, del alma y

vida de los personajes y de los pueblos. Esa ha sido la gran labor paleográfica de Agustín: descubrir mundos nuevos a través de pergaminos y palimpsestos. Desentrañar la íntima raíz de la vida humana a través de la historia. Estos hombres que, con admirable sencillez de sabios, se adentran en el seno del alma humana, descubriendo capas, fibras y latidos en el decurso de lo histórico, son verdaderos argonautas del espíritu que ascienden a las mayores alturas para saber descender, sin paracaídas, con la mayor naturalidad y sencillez, a estos rincones donde los esperan siempre los brazos abiertos de sus queridos paisanos.

Palabras de Agustín Millares Carló

Queridos amigos: Algunos inmerecidos galardones me ha sido dado recibir en el transcurso de mi vida; ninguno empero para mí tan conmovedor como este nombramiento de Colegial de honor de nuestro inolvidable Colegio de San Agustín; nombramiento al que me une la coyuntura de asistir a un acto en el que más de una generación de egresados del célebre centro de enseñanza que por tantos años dirigiera aquel noble espíritu que fue don Diego Mesa de León, se dan cita para poner por obra una de las costumbres de antaño (que mejor podría graduarse de virtud); la de reunirse por el solo placer de sentirse vivos y unidos por los vínculos del recuerdo y por los lazos de la amistad, el bien mayor que los dioses inmortales depositaron en el corazón de los humanos. Y si la celebración de este acto llena de legítima emoción a personas relacionadas por una comunicación casi constante y por una convivencia poco menos que cotidiana, ¿qué se dirá de quien, como yo, por circunstancias bien notorias, debo llevar (mejor diría atesorar), por culpa de la ausencia, en lo más recóndito de mi alma, el recuerdo, la imagen, y a veces el gesto, capaz de revelarnos la identidad del amigo, del cual por ventura se nos había olvidado el nombre?

Carlos Ramírez acaba de pronunciar bellísimas palabras y de expresar conmovedores conceptos; porque él es no sólo docto en la ciencia del derecho y en las lides periodísticas y literarias, sino un espíritu generoso, un *vir bonus*, cualidad que el retórico latino exigía en primer término a quien aspirase a la condición de orador («dicendi peritus»); palabras y conceptos los suyos, empero, que en la parte que a quien les habla conciernen no son muy de creer,

pues los inspiran un viejo y sincerísimo afecto. Porque, en efecto, ¡qué más hubiera querido yo que haberme hecho acreedor por la obra realizada a las pruebas de cariñosa consideración que en estos momentos estoy recibiendo! ¡La obra realizada! Mera labor de acarreo, llevada a término con mayor o menor acierto y, dicho sea sin falsa modestia, que es cosa que me repugna bastante. En realidad, de verdad, y ya con esto aspiro a no hablar más de mi persona, yo no he sido, y lo he sido hasta hace poco, otra cosa que un modesto profesor, atormentado en más de cincuenta años de docencia por el temor de quedarme atrasado, de no poder comunicar con mis alumnos los datos de mayor candencia y los más recientes hallazgos; agonía ésta (tomando la palabra en su sentido etimológico) que ha encontrado su recompensa cuando, a lo largo de los años, aquí, en España y en tierras de Hispanoamérica, alguien me recordaba la circunstancia de haber sido mi discípulo, y pasaba de desconocido, y por este solo hecho, a contarse en el número de mis amigos.

Imagino yo que los ilustres varones, que por tantos lustros ejercieron la docencia en el Colegio de San Agustín, experimentarían sentimientos análogos a los que acabo de exponer por lo mismo que ellos fueron antes que otra cosa maestros. Si fuera posible volver por unos momentos al pasado diría orgullosamente «yo fui su alumno» a don Antonio y a don José Mesa, profesores de agricultura y de historia, respectivamente; y a don Antonio Marrero, que nos explicaba geografía; y a don Juan Bonny, profesor de francés, y a don Bernardino Valle, que lo era de música, y a don Eduardo Benítez Ingloft, que profesaba las disciplinas literarias con entusiasmo exuberante, caudaloso y arrollador; y a don Agustín Rodríguez, latinista eficaz y paciente, poseedor, en su exigua habitación del Colegio, de casi todo el Santoral, pues año tras año, en su fiesta onomástica, generaciones de alumnos, haciendo gala de muy escasas dotes imaginativas, le regalaban invariablemente la efigie de algún varón canonizado o de alguna fémina bienaventurada. ¿Quién de los presentes no recuerda su familiar figura, con el manteo atrás arremangado y cierta hosquedad con la que pretendía disimular el ingrato candor de su espíritu? ¿Cómo olvidar sus frases («Usted es como los huevos, que cuanto más fuego, más duros»), o el diminuto fragmento de lápiz con el que trazaba en su libreta un infamante cero, rematado con un inefable rasguillo de adorno?; y a don Angel Sáenz, profesor de la Escuela de Artes y Oficios, alto, imponente, severo,

pero ¡con qué dominio de las difíciles materias que nos enseñaba!, y a tantos más, que o bien escapan a mi memoria o que sería imposible enumerar sin hacerme interminable; pero todavía habréis de permitirme una brevísima evocación de tres personalidades señeras: don José Feo y Ramos, don Fernando Inglott y don Diego, así, a secas.

Los más allegados a mí de los aquí presentes saben de la amistad entrañable que me unió con el primero. Año tras año, durante la *aetas aurea* de mi profesorado madrileño, lo encontraba en mis visitas a Las Palmas, revestido de guardapolvo y lápiz en mano en una inmensa habitación de la Catedral, empeñado en la ingente tarea de escribir la historia de nuestra Basílica; o dialogaba con él en el modesto despacho de su casa. ¡Venerado maestro, espíritu de excepción, al que me es imposible recordar con los ojos secos!

Don Fernando Inglott era, según los entendidos, un matemático de grandes merecimientos. Los menos jóvenes de quienes me escuchan no habrán olvidado ni su noble figura, ni su correcto atuendo, ni aquel cuadernito que se cerraba con una tira de goma, en el cual consignaba don Fernando clase tras clase, misteriosas anotaciones.

Cierto día, don Diego me concedió la prerrogativa de darme espontáneamente acceso al «santa sanctorum» de su despacho. Era el último año de mi bachillerato y en vísperas del viaje a La Laguna, a sufrir el examen definitivo. En aquella ocasión escuché de labios del anciano rector, que preside en espíritu este acto, palabras de aliento, consejos de comprensión, de tolerancia y de respeto al parecer ajeno, que muchas, muchas veces he recordado en el transcurso de mi existencia.

Verdaderamente, amigos míos, es un privilegio encontrarme aquí, estrechar tantas manos amigas y abrazar a tantos compañeros queridos. Privilegio que, con un poco de picardía, no sería forzosamente el de la edad, ya que Carlos Ramírez, al anticiparse a hablarlos de los muchachos de sesenta a setenta años aquí congregados parece brindarnos a los que ya los hemos sobrepasado —aunque jamás confesaremos en qué cuantía— la posibilidad de incluirnos, así al descuido y como quien no quiere la cosa, dentro de los indicados límites cronológicos.

Pero ya es hora, señoras y señores, de poner fin a estas deshilvanadas razones, escritas sólo a impulsos del afecto y de la gratitud. Consintiéndolo el tiempo, me habría gustado referiros los varios sucedidos de que fueron protagonistas algunas de las personas que

me escuchan; sucedidos que, subyacentes en mi memoria, han aflorado en estos días a mi mente como al conjuro de una varita mágica. Quédese para otra ocasión que Dios quiera depararnos.

Una historia detallada y documentada del Colegio de San Agustín creo que está por escribir. Ahí tienen nuestros jóvenes investigadores un interesante tema de trabajo y una contribución importante al movimiento cultural de nuestra ciudad. Entre tanto, grande y generosa se nos antoja la idea de celebrar actos como el presente, en enaltecimiento de una Institución que nos proporcionó no ya los sólidos cimientos de muchas e importantes disciplinas, sino los fundamentos indestructibles de la honestidad y la de hombría de bien.

Una ovación cerró las últimas palabras del eminente catedrático e investigador don Agustín Millares Carló.

DE JUSTICIA SOCIAL. LOS DOS POLOS OPUESTOS

Existe un problema en el mundo que es esencial: el de la justicia social. Tal vez haya sido el que más ha influido, a través de todas las épocas, en el desequilibrio de los países de todo el orbe. Más que el odio de razas o la reivindicación de fronteras, haya sido la opresión y el principio de desigualdad social los motivos principales de las grandes conflagraciones entre los pueblos. La penuria económica en las familias ha constituido siempre el revulsivo determinante del espíritu reivindicativo de los países, a través de un principio de justicia.

En Canarias también hemos sentido —en pequeño, pero intensivamente— la opresión de tal desequilibrio económico, sobre todo bajo la influencia de la economía moderna, creada y fomentada al socaire del espíritu absorbente y especulativo de los tiempos actuales.

En tiempos de la Conquista se repartieron tierras y haciendas, por Reales Cédulas, con graciosos títulos de propiedad —dignos del mayor respeto por sus inscripciones registrales— que, a través de los tiempos, se han convertido en grandes y fabulosos feudos. Mas no cabe duda que tales títulos dominicales —por lo mismo que son de graciosa complacencia— no se fundaron en el trabajo, ni en los méritos profesionales, ni en la virtud del intelecto —únicas bases o justificaciones posibles de la fortuna económica—, sino en la dispendiosa y muchas veces arbitraria voluntad de aquellos gobernadores de la Insula, estilo Pedro de Vera, que a unos enriquecían y a otros arruinaban o menospreciaban. Y mientras los que realmente tenían y podían esgrimir títulos legítimos, por su esfuerzo, sus mé-

ritos o su talento nada alcanzaban —como no fuera un mal pasar—, los instituidos grandes señores se hacían dueños de tierras y heredamientos, sin otro título jurídico que el de la graciosa concesión real.

Muchas veces el Estado español, tras el Movimiento Nacional, ha puesto empeño en remediar esta situación sobre todo desde un punto de vista agrícola, mediante una sabia política de colonización, propósito que es preciso elogiar, pero hemos de confesar que, en Gran Canaria al menos, nada se ha logrado. El problema social sigue en pie, y ese pueblo que se debate en el trabajo honesto y modesto —cual ocurre a las clases medias y humildes— para no poder pasar nunca de un mal vivir, a pesar de constituir el soporte económico de la Sociedad moderna; ese pueblo integrado por el Ingeniero, el Médico o el Industrial, con decenas de años de trabajo intelectual, o por el pintor, el novelista o el poeta, base y catapulta espiritual de un país, o por el artesano, el labrador y el obrero, artífices de la formación y adelanto de un país, se encuentra hoy abrumado por la precariedad de su vida económica, sin gran esperanza de dejar un modesto patrimonio a su descendencia.

A ello se suele oponer la peregrina razón de que esas fortunas crean puestos de trabajo e incrementan su riqueza. Menguado y recusable argumento, porque aun cuando no fuera sino por un motivo elemental de egoísmo, es forzoso que acrezcan sus títulos patrimoniales, ya que, si no, habría que retirárselos no ya por injustos, sino por tontos.

Mas, llegado a este punto, tendremos que preguntarnos: ¿es justo y admisible que exista tal desequilibrio económico entre las clases sociales de un país? Desde un punto de vista humano y social ni se compagina ni justifica el actual derroche de riqueza —pleno de recusable ostentación— frente a la existencia estrecha y miserable de millares de familias. Porque esto es rigurosamente cierto. Se suele decir que los que viven bien son los que disfrutan un jornal o perciben un sueldo, y esto es totalmente falso. Tal como está la vida, pocos jornaleros o empleados honestos que tengan que atender una familia viven hoy, a pesar del esfuerzo del Estado, con la holgura elemental que requiere una existencia suficientemente decorosa, como Dios manda. La Administración, es cierto, realiza una gran labor social encaminada a cubrir las necesidades más perentorias de los productores, pero hemos de convenir que, a pesar de su empeño, se hace insuficiente, porque el ser humano —dentro

de un sentido cristiano de la vida— requiere no sólo alimentos y atenciones sanitarias, sino también un ámbito de esparcimiento espiritual, y ello no se obtiene con soldadas ni aun con sueldos.

En nuestra isla se observa una situación de dos polos contrapuestos. De una parte, el coste de la vida, que hemos de reconocer es cada vez más opresivo para las clases no capitalistas, y de otra, un delirio inversionista de los grupos especuladores, generalmente en zona que en ribazos y terrenos pedregosos, ha hecho embolsar tantos cientos de millones. Todo ello, naturalmente, con un aumento del coste de la vida, secuela inevitable del gran paraíso turístico.

En definitiva, ya tenemos aprobada por las Cortes una Ley de Régimen Económico-Fiscal, que hemos elogiado justamente y que vaticinamos de buenos augurios para Canarias, siempre que se administre con prudencia y buen tino. Pero pensamos que ha de servir para elevar la capacidad económica y social de nuestras islas, procurando justos niveles en la riqueza del país. Porque si algo hace falta en Gran Canaria es que las clases medias y trabajadoras puedan, a través de una exigible justicia social, disfrutar una elemental vida de dignidad y suficiencia. Ya que si sólo va a servir para incrementar riqueza especulativa y de opresión, más hubiera valido no ser promulgada.

LA PETICION DE UNA UNIVERSIDAD PARA LAS PALMAS

Las Palmas reclama el derecho a su Universidad, al menos a determinadas Facultades que son esenciales para el desarrollo de sus estudios superiores. Creemos que no es una reclamación graciosa, sino exigible, porque una capital como la nuestra, de más de trescientas mil almas, con un contingente importantísimo de estudiantes universitarios, se hace acreedora a que el Gobierno le conceda estos centros de formación profesional.

Por otra parte, es elemental considerar lo que representa para la economía de nuestra provincia el desplazamiento constante de sus estudiantes universitarios a la vecina isla de Tenerife, teniendo que sufragar sus familiares —muchas veces sin posibilidades para ello— gastos de transportes, estancia, pensiones, etc., en La Laguna. Tenemos la seguridad de que muchos de estos chicos, preparados para una carrera, se ven obligados a abandonarla porque sus padres no pueden subvenir los costosos desembolsos que ella representa.

Pero, por sobre todas estas razones, está la de que hoy Las Palmas es una gran ciudad que, por su cultura y su destacada importancia de toda índole, merece una Universidad Autónoma donde se puedan desarrollar cursos de diversas disciplinas que capaciten a los hijos de esta provincia para la obtención de un título profesional en la rama que elijan.

Con ello, la provincia hermana no podrá alegar disgregación, ni mucho menos privilegio a favor de Las Palmas. Los pueblos se deben al curso de la historia y es bien cierto que, a través de los años, nuestra provincia ha demostrado una pujanza tal y un nivel intelectual tan calificado, que se impone crear determinadas Facul-

tades de estudios superiores que respondan a esa necesidad de formar profesionales para evitarnos traspasar nuestra propia frontera.

Tal vez se pueda decir que La Laguna siempre ha sido, con todos los honores, el hogar universitario de los canarios, y que representa un cierto derecho adquirido a través de la tradición. Pero, aparte de que las necesidades son impuestas por la realidad de los hechos, también podríamos argüir los hijos de nuestra provincia que los derechos ancestrales de nuestra Audiencia Territorial —de tan gloriosa e inalterable historia— fueron cercenados el año 1928, al serle mermada en favor de Tenerife la Sala de lo Civil, que antes era de la exclusiva jurisdicción de Las Palmas. Y no sólo se le hizo esta amputación a nuestra Territorial, sino que, asimismo, el Gobierno —con injusto criterio— despojó a la Audiencia de Las Palmas de las apelaciones civiles que provenían de los Juzgados de la Guinea, llevándoselas bonitamente a Madrid, con grave quebranto para el fuero de aquélla y de los intereses de los profesionales adscritos a la misma.

Ha llegado un instante, sin embargo, en que tenemos que superarnos, en un ámbito de afectuosa comprensión y de sincera cordialidad, para llegar a reconocer ambas provincias cuáles sean sus auténticas e inaplazables necesidades. Precisamente es éste un momento en que, sin rivalidades y disensiones estériles, Las Palmas y Tenerife han marchado acordes en una defensa ejemplarmente solidaria, de sus intereses, con la mira puesta en la común grandeza de su economía y de su prosperidad. Pues ese mismo espíritu debe imperar en todo lo que signifique justa e insoslayable necesidad para cualquiera de las provincias, siempre que el bien de una no suponga nunca menoscabo ni daño para la otra, actuando con sereno, desapasionado y alto criterio de mutuo respeto.

Yo, particularmente, confieso que tengo grandes simpatías y afectos para con la provincia vecina. Voy frecuentemente a ella porque me encantan sus bellos paisajes y me cautiva el trato de sus hijos, con quienes comparto sincera amistad. Tenerife es, además —sobre todo su isla principal— un filón inapreciable de riqueza, y puede enorgullecerse de una historia heroica y enaltecida. La Laguna —precisamente su ciudad Universitaria, de tanto abolengo— es una de las urbes de mayor solera clásica, y siempre la he mirado y admirado como una Vegueta en grande, con el embrujo de sus calles, la distinción señera de sus casas y el dormido silencio de sus

avenidas. Sobre todo, allí está, presidiéndolo todo, la Universidad, refugio solariego del intelecto, crisol de profesionales, donde me ha cabido el honor de pronunciar alguna conferencia.

Pero ello no debe ser nunca óbice para que se reconozca el derecho que asiste a Las Palmas, reconociéndosele, asimismo, una Universidad por la pujante e indudable importancia que tiene hoy esta provincia. No se trata de levantar banderas de rivalidad, sino de demandar lo que justamente nos corresponde. Todo lo que represente para Gran Canaria revestir su personalidad de atributos merecidos y, sobre todo, de servicios necesarios para su desarrollo intelectual y económico-social me parece un deber indeclinable. Por ello, me sumo, con modesto ademán, pero con firme decisión, a la iniciativa lanzada de solicitar para nuestra provincia una Universidad autónoma.



DON CRISTOBAL DEL CASTILLO Y EL BAILE DE LA DIVISION

Mediada la Centuria del XIX acaecieron en Las Palmas dos sucesos trascendentales para su vida política y económica: la promulgación del Decreto de la Primera División de la Provincia y del Decreto que creaba los Puertos Francos en nuestro Archipiélago, ambos de 1852. La primera de dichas resoluciones tenía un signo marcadamente político-administrativo y la segunda, representaba el logro de una aspiración económica, inspirada y cimentada en la situación geográfica de las Islas.

El artífice de estas dos grandes disposiciones legales fue el ilustre grancanario don Cristóbal del Castillo, a la sazón Diputado a Cortes, vinculado a familias de noble abolengo en nuestra Capital, y cuyos restos se hallan enterrados en una cripta, con mausoleo y busto en mármol de Carrara, situada en el ángulo naciente del viejo cementerio católico de Las Palmas¹.

Don Cristóbal —insigne patricio que legara su patrimonio a nuestra ciudad— regresó de Madrid el mismo año 1852, una vez obtenida la tan anhelada División de la Provincia, siendo objeto a su llegada de un triunfal recibimiento. Desembarcó por el muelle de San Telmo, único puerto de recalada para los veleros que entonces arribaban con pasajeros a nuestro litoral, y se dirigió, acompañado por una comitiva, a su domicilio particular de Vegueta.

¹ Doña Luisa, su esposa, era hermana de don Francisco Manrique de Lara. Vivía el matrimonio en la Casa solariega de esta familia y tenía su residencia veraniega en Santa Brígida, en la llamada Plaza de doña Luisa, que lleva el nombre de aquella dama.

Al cabo de pocos días, celebrábase en su honor un gran homenaje que tuvo lugar en el salón de actos del Colegio de San Agustín, situado en el recinto del que había sido Convento de este nombre, más tarde asiento de la Audiencia Territorial de Canarias. Dicen las crónicas de la época que una Comisión de prohombres del país, entre los que se encontraban don Antonio López Botas y don Domingo J. Navarro, pasó a recogerle a su casa, en la plazoleta del Espíritu Santo, marchando a pie, a través de la actual calle Dr. Chil, entonces llamada del Colegio, hasta llegar al lugar del festival, que, por su especial significación se llamó «baile de la División»².

El salón del prestigioso Colegio —Centro formativo de la élite intelectual y profesional de Las Palmas— lucía esplendente, con sus lámparas de aceite y candelabros de plata, celebrándose un gran banquete amenizado por la orquesta dirigida por don Agustín Millares Torres, ilustre historiador y musicólogo, abuelo de nuestro Agustín Millares Carló. El acto transcurrió en medio de una inusitada brillantez, imprimiéndole bello realce la presencia de señoras y señoritas de esta Capital y, al final, se levantó don Cristóbal del Castillo para agradecer el efusivo agasajo de que era objeto y para hacer un importante donativo destinado a los que llamó «menesterosos de su tierra».

Como culminación de este festival celebróse seguidamente —según hemos dicho— el que, por antonomasia, se ha llamado *Baile de la División*, en recuerdo de aquella disposición legislativa que concedía, por vez primera, personalidad propia a la Provincia de Las Palmas. El Colegio de San Agustín, en el que habían de cursar estudios tres años más tarde aquellos muchachos que se llamaban Benito Pérez Galdós y Fernando León y Castillo, fue, una vez más, protagonista de uno de los actos de más relieve en nuestra Capital, porque tales memorables Decretos habían de representar el fundamento de su riqueza y progreso en el futuro.

La Ciudad de Las Palmas debe un merecido tributo de recordación a don Cristóbal del Castillo, que, aparte los muchos méritos contraídos, fue su Alcalde el año 1858 y obtuvo el primer remate del Puerto de La Luz. Y nunca más oportuno tal homenaje que en este año de 1971, en que se cumple el centenario de su muerte, acaecida en su finca *El Cortijo*, de Telde, el 28 de febrero de 1871.

² Vid. el expediente depositado en el Museo Canario por don Antonio Mesa López, Profesor del Colegio de San Agustín y nieto del primer Rector, don Antonio López Botas.

En nuestra Capital existe la calle Castillo, dedicada a su figura, pero, aparte de que muy pocas personas saben que esa corta vía que va desde la Ermita Espíritu Santo hasta la esquina del Hospital está ofrendada a su nombre, es lo cierto que tan eminente patricio merece, en justicia, que nuestro Ayuntamiento acuerde se le erija un busto en la recoleta y bella Plaza del Espíritu Santo, frente a la Casa Señorial de los Manrique de Lara, donde vivió este patricio insigne, honra y prez de la Ciudad que le vio nacer.

LA VIDA NUEVA DEL HOMBRE

En este día glorioso de la Resurrección, Jesús marchó al Padre para redimirnos. Acaso no nos demos cuenta, o queremos olvidarnos, de la significación profunda que entraña este hecho histórico milagroso.

Aquel hueco sepulcral quedó vacío para llenarse de vida eterna. La Humanidad, y todos y cada uno de los hombres que la componen ganaban la posibilidad de la salvación. La figura maltrecha y escarnecida de un Dios se elevaba a los Cielos, nimbada de luz, de pureza, de éxtasis infinito para configurar una Vida Nueva en el hombre. Y repicaron en ese instante las campanas del mundo entero, y un grito de Aleluya se escuchó en todos los confines de la tierra, y un rayo inmenso de luz iluminó todos los corazones.

¡La Vida Nueva del hombre! Aquel Hijo del Carpintero que atravesó los caminos de Palestina, y conoció el odio, la persecución y la muerte en vilipendio levantaba en ese momento la gran bandera del perdón. Esa bandera que hemos visto enarbolada, con aire triunfal, en todo el Orbe, a través de veinte siglos. El viernes mismo la hemos presenciado en forma de Cruz a través de la pantalla, levantada por las manos del Vicario de Cristo, en el Coliseo de Roma. Las patéticas, pero serenas escenas del Vía Crucis pontifical, bajo la noche estrellada de la Ciudad Eterna, nos llenaban de emoción. Era un anciano, Representante de Jesús, quien levantaba su Cruz ante los Misterios, con sotana y solideo blancos, adorando y reverenciando al Salvador del Mundo. Su palabra quería ser firme y trocábase en angustiada, oprimida por la dramática situación que impera en la faz de la tierra. Pero, inspirado por el Espíritu Santo, brotaba la

oración del Papa con esa iluminada esperanza y esa entrañable caridad que lleva siempre en su corazón el gran Príncipe del Cristianismo.

De ese mismo manantial de fe hemos de participar todos los católicos. Manantial que se nos figura puro y cristalino en este glorioso día de la Resurrección del Señor. El corazón del cristiano ha de tornarse valiente, seguro, esperanzado en la gran conmemoración de la redención humana. Ha de mostrarse sin fisuras ni vaivenes, porque creer en Dios y, sobre todo, cumplir sus mandamientos es el supremo deber del buen cristiano. Quienes se postran de rodillas para luego desviarse de Jesús, en la vida o en el ejemplo, merecen, a juicio mío, mayor estima que quien se empeña en desconocerle o se niega a seguirlo.

¡Vida nueva del hombre! En este día glorioso de la Resurrección pensemos en ella, suprimiendo odios, buscando la cordialidad y la paz, alzando el espíritu sobre las miserias de nuestra existencia. Esa nueva vida que debe ser hechura e imitación de Cristo, amándonos con humildad, perdonándonos con sincero cariño, buscando horizontes de convivencia fraterna.

Por la faz de la tierra parece hoy pasar una ráfaga satánica de incontenido desamor. Miremos a lo alto y veamos esa gloriosa figura de un Dios hecho hombre que penetra en los Cielos para perdonarnos y bendecirnos. Si le volvemos la cara seremos reos de ingratitud. Si le seguimos con ojos de fe seremos auténticos hijos de Jesús.

LA DISERTACION DE JESUS HERNANDEZ PERERA EN LA CASA DE COLON

Al margen de la información que la prensa ha ofrecido a sus lectores, nos place dar una ligera impresión personal de la magistral lección que pronunció el viernes en la Casa de Colón el catedrático de Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid Jesús Hernández Perera.

Era la inaugural de las conferencias organizadas por el Cabildo Insular dentro de la Semana Americanista 1974. Nuestra primera Corporación Insular ha querido realizar y prestigiar la fecha del descubrimiento con actos culturales relevantes, de vinculación espiritual canaria a los pueblos hispanos del nuevo Continente. Y produce auténtica satisfacción observar que no se trata de ceremonias protocolarias, sino de aportaciones valiosas, a través de figuras eminentes, que pueden enriquecer el arte, la ciencia, la cultura en general, de esa interdependencia que ha existido entre Canarias y aquellas naciones hispanas de allende los mares. A ello responde el haber invitado a la tribuna de la Casa de Colón —verdadero vivero de corrientes culturales— a profesores canarios tan destacados como Francisco Morales Padrón y Antonio Rumeu de Armas, indiscutibles pioneros de la investigación en esa corriente espiritual entre nuestras islas y aquellas tierras españolas a partir del siglo xvi.

Jesús Hernández Perera, ex rector de la Universidad de La Laguna, es figura entrañada y muy querida en el ámbito académico y cultural canario del último decenio. En nuestra capital ha dejado siempre honda huella en materia de Arte, a través de las múltiples conferencias con que nos ha deleitado —siempre con diapo-

sitivas interesantísimas— en los diferentes centros de la capital. Pero ha sido tal vez la del viernes, en la Casa de Colón, una de las más completas y más interesantes de sus disertaciones, por su clara y elocuente dicción, por su documentada y rica materia artística y por ese emocionado entronque que nos mostró de la estrecha corriente espiritual que hubo siempre entre las islas, Méjico, Venezuela y Cuba.

No es posible, en breves líneas, poner de relieve las diferentes facetas que Jesús Hernández Perera nos ofreciera, con gran brillantez, sobre *El legado artístico hispano-americano en Canarias*. Con oración docta y precisa, nos tuvo prendidos al tema, en un recorrido precioso, a través de esculturas, pinturas y valiosos objetos religiosos, que se custodian en iglesias, monasterios y colecciones particulares de nuestras islas, todo ello producto del legado que Hispanoamérica remitiera durante más de tres siglos. La dicción del ilustre profesor estaba avalada y enriquecida por esas claras y magníficas diapositivas, pertenecientes a su valiosa colección particular, que nos ofrecían a lo vivo el arte trasatlántico indiano, vinculado al terruño natal, fecundando y desarrollando el arte isleño.

De este modo, mostró Hernández Perera la inspiración americana en la génesis de las facetas de la arquitectura canaria, las maravillosas esculturas que resaltan en la imaginería de nuestros templos, de importación americana, las pinturas, generalmente de influencia zurbaranesca, y las magníficas lámparas y ricos cálices y crucifijos, enviados por canarios de las Américas, como ofrenda emocionada, al lugar nativo.

La disertación del catedrático de Arte de la Complutense fue realmente admirable y estimamos constituye buen augurio y fiel exponente de lo que debe ser una Semana Colombina en nuestra capital, una exaltación de la vinculación cultural y racial de Canarias con aquellas tierras de hispánica stirpe.

LA VIBRACION POLITICA DE PRINCIPIOS DE SIGLO

A principios de siglo —sobre todo entre los años siete y doce—, Las Palmas se vio agitada por una intensa vida política. Fue la época en que los grupos de oposición del partido de don Fernando León y Castillo propugnaban por la creación de un régimen autonómico, con instauración en las islas de los Cabildos Insulares y, al unísono, por la división de la provincia. El grupo oriental, y su cabeza Gran Canaria, se encontraba sojuzgado y maniatado por el centralismo hegemónico de la única capitalidad: Santa Cruz de Tenerife.

En el plano nacional destacó la gran actuación de aquellos dos diputados a Cortes, elegidos por Gran Canaria, que se llamaban don Luis Morote y don J. José Perojo, ambos llamados «cuneros» por no haber nacido en Canarias. El primero desempeñó una fecunda labor, visitó frecuentemente nuestra isla y escribió aquel sabroso libro llamado *La Tierra de los Guanartemes*. El segundo puso tal pasión en la defensa de la división de la provincia que murió en su escaño de diputado defendiendo esta causa.

Prodújose entonces la escisión entre los hermanos León y Castillo, constituyéndose en Gran Canaria una agrupación política llamada *La Patriótica*, integrada por personalidades independientes, entre otras don Ambrosio Hurtado de Mendoza, Rafael Ramírez Dorreste, Fray Lesco, don Juan B. Melo y Juan Sintés Reyes, con un órgano en la prensa, el diario *La Mañana*, con matiz acusado de reforma en la justicia social.

Conservo la colección de este periódico, auténtico crisol de renovación política y aguerrido enemigo del caciquismo. Pero, ade-

más, recuerdo, a pesar de mis pocos años de entonces, las grandes manifestaciones públicas y los actos políticos celebrados por esta agrupación en el Teatro Pérez Galdós. Con motivo de la anhelada división de la provincia, se escribió un himno, letra de Melo y música de don Sebastián Manchado, que se cantaba en los grandes actos públicos y por las calles de la ciudad:

*Arriba Gran Canaria
Alerta despertar,
Que se oye ya a lo lejos
la voz de libertad*

Una tarde celebrábase un acto público en el Pérez Galdós, que se hallaba atestado de gente. Ocupaban el escenario las figuras más destacadas del grupo político que habrían de tratar el candente problema de la autonomía insular, con la instauración de los Cabildos, más tarde obtenidas por decisión de Canalejas. En aquellas fechas no se conocían aún las fotografías obtenidas, con magnesio. Y he aquí por dónde un conocido fotógrafo llamado Ponce, que tenía su estudio en la calle de Triana, quiso obtener unas «fotos» del acto, y, desde anfiteatro, disparó su máquina ayudado por un gran fognazo de magnesio, causando una intensa humareda y apoderándose del público un verdadero pánico por creer se trataba de una bomba. Produjéronse sustos, carreras y gracias a la serenidad de una gran mayoría no produjo aquella imprudencia una auténtica desgracia.

En esa misma época acaeció el luctuoso suceso de la calle Molinos de Viento, hoy, 18 de Julio. Era ésta una vía que, en su parte naciente, rompía el mar. En ella existía un colegio electoral muy populoso y celebrábanse elecciones para designación de concejales de nuestro Ayuntamiento. El líder de los obreros del Puerto era don José Franchy y Roca. Dado lo enconada de aquellas elecciones, se situó en la calle León y Castillo, frente al citado colegio electoral, un retén de la Guardia Civil, al mando del teniente señor Abella. Su misión era tan sólo guardar el orden en el desarrollo de la elección, pero tuvo conocimiento de que, desde el Puerto había salido una gran manifestación de obreros, con ánimos exaltados. A los pocos momentos, en efecto, la manifestación llegaba a la altura del citado colegio electoral. La Guardia Civil, velando por la integridad del sufragio, impidió que los manifestantes entraran en el repetido

colegio, mas ante la insistente presión de aquella masa de gente dio los correspondientes toques de atención. Y, como no obedecieran los manifestantes, disparó primero al aire y luego a quemarropa, muriendo, desgraciadamente, seis de los que encabezaban la manifestación, entre ellos el principal, apellidado Montenegro. Fue un luctuoso suceso que produjo dolor y consternación en toda la isla, suceso sin duda originado y propiciado por la pasión incontinida que desatan siempre las elecciones en Canarias. Ocurrió esta trágica desgracia el 15 de noviembre de 1911.

De aquella vibración política de principios de siglo, no cabe duda que surgió el robustecimiento y prestigio administrativo de las islas del grupo oriental.

HA MUERTO UN GRAN JURISTA: DON NICOLAS PEREZ SERRANO

Conocí a Pérez Serrano en la Cátedra de Derecho Político de la Universidad Central. Era entonces Ayudante del titular de la asignatura, don Adolfo Posada, y las forzadas ausencias de éste, impuestas por sus achaques, hacían que Pérez Serrano acudiera con frecuencia a explicar el programa.

El que había de ser uno de los primeros jurisconsultos españoles era entonces un joven de inquietudes, bajo y enjuto de cuerpo, con ojos vivaces y espíritu en tensión. Sus padres habían sido unos modestos artesanos, y Pérez Serrano, con aquella llama interna que le dominaba, se forjó a sí mismo. Ya era, a la sazón, Oficial Letrado de las Cortes, en oposición brillantísima, y vivía en él un amor intenso hacia el Derecho. Su figura, al sentarse en la tarima prestigiosa de la Cátedra de Posada, se nos antojaba animada de afanes codiciosos y con esos efluvios propios de una cautivadora simpatía personal.

Desde entonces, don Nicolás comenzaba a hacer sus primeras armas en el ejercicio profesional ante los Tribunales, incorporado, como pasante, al bufete de un ilustre paisano nuestro, don Leopoldo Matos.

Tenía ya Pérez Serrano, en plena juventud, como algo inherente a su ser, nervio y sustancia en la clara exposición de sus enseñanzas. El concepto salía impregnado de una vibración sugestiva y quedaba en nuestra alma el sedimento precioso de la idea con jugo doctrinal. Aquellas mañanas invernales de la Central, en que, al calor

de la estufa, oíamos la palabra incisiva y pulcra de don Nicolás, nos parecieron siempre el presagio venturoso y cierto de su recia personalidad en el campo del Derecho. En medio del silencio de sus alumnos, la silueta de aquel joven profesor estaba ya nimbada por un presentimiento de fama y una aureola de profunda sabiduría.

Mas, Pérez Serrano no fue nunca un engolado catedrático investido de presuntuoso academicismo, sino todo lo contrario. Sabía conjugar su ya docta y reconocida preeminencia con esa sencilla fluidez de carácter y ese cordial intercambio de pensamiento, que es atributo de los grandes hombres. Recuerdo cuántas tardes lo encontrábamos sus discípulos en las galerías del Ateneo, y sin el menor protocolo doctoral, con llaneza y simpatía inolvidable, entablaba coloquios, sugería ideas, discriminaba conceptos y nos tenía prendidos de esa finura espiritual suya, cualidad excelsa que luego le sirvió de mágico bisturí en la difícil anatomía del ejercicio profesional.

Pronto alcanzó Pérez Serrano la cima de su prestigiosa fama. Ganó, en oposiciones inolvidables, la Cátedra de Derecho Político en la Central, y de su aula salieron legiones de estudiantes, con esa marca de fuego que dejan siempre impresas las enseñanzas de un pensador fecundo.

Pero, sobre todo, don Nicolás Pérez Serrano ha sido uno de los abogados que han figurado en la primerísima fila de esa vanguardia de jurisconsultos que han honrado y honran a nuestro país. Y esto sí que fue siempre para él timbre subido de vanagloria profesional, y para los que hoy sentimos el vacío de su muerte, estela imborrable de recuerdos.

Excelso abogado, decimos, y no es poco. Porque en ese calificativo va incurso lo máspreciado del hombre togado, que es el amor puro y apasionado al Derecho. Porque ser gran abogado es no ya conocer bien las leyes, sino además tener ternura humana, mente esclarecida y alta inspiración en pos de lo justo. Porque la vida eximia de estos sacerdotes del bufete y del foro está iluminada, en todo instante, por ese halo misterioso que la envuelve, acaricia y encamina hacia fines divinos.

Pérez Serrano era figura querida y admirada en el Tribunal Supremo, donde sembró siempre la semilla de su saber, desde su pupitre de abogado. Fue un glorioso solitario en aquellas galerías de

nuestro más alto Tribunal. Menudo, sonriente, captador de afectos y de corazones, se le veía rumiando sus pensamientos, con la frente alta, con la mente henchida de ideas, con esa humildad maravillosa del que es, nada más y nada menos, que un gran abogado.

Pérez Serrano, sin embargo, no era el técnico frío y fiel seguidor de preceptos legales. No. Era un creador de belleza jurídica. Sus conceptos, eso sí, descansaban en el dominio del Derecho positivo, pero en seguida orillaba el gran artífice, presentándonos aquellas imágenes de perfil estético, llenas de valores humanos, presididas por un ideal: la libertad del hombre como principio inmanente de justicia.

El año 1953 tuvimos el honor de abrazarle en Las Palmas. Por invitación del Colegio de Abogados, nos brindó aquella ejemplar conferencia, que tituló: *Los tres oficios de la Abogacía: Aplicación, humanización y renovación del Derecho*. No había estado nunca en nuestra tierra y la conocía, palmo a palmo, a través de croquis y pleitos. Por eso, cuando visitó la Isla, recordó su retina la hondura de nuestras cuencas, el verdor de nuestros valles y el fragor de nuestras cumbres.

En aquella enjundiosa lección nos decía Pérez Serrano algo que los abogados no debemos olvidar jamás. «El ideal del abogado, exclamaba, debe ser realizar una perfecta obra de justicia, y de justicia moral, aunque para ello prescinda un poco de todo el séquito y de todo el ropaje maravilloso de los conceptos.» Y añadía el eximio profesor: «Si sabemos cumplir con nuestro deber, debemos dar siempre una sensación de hombría de bien, de compasión humana, de fraternidad con todos, de espíritu que se contagia con las penas del prójimo, de bálsamo, en una palabra.»

Y es que Pérez Serrano, sin ser mojigato, era un gran cristiano, porque su gran personalidad la había forjado amando y venerando ese atributo que Dios insufló en lo más íntimo del hombre, la libertad humana.

Ha muerto don Nicolás Pérez Serrano. Los juristas de España entera están de duelo. Ha bajado al sepulcro un hombre sabio, bueno y que prestigió la toga toda su vida.

Cuando le tuvimos entre nosotros, una tarde, sentados en el jardín del Parador de Tejada, ante aquel cielo vistiendo de colores

maravillosos las cimas de la cumbre, suspendió un instante don Nicolás su charla para decirnos: «Me gustaría morir mirando este paisaje.»

Y es que su alma rimaba siempre, emocionada, con las grandezas de la vida.

Por eso, a buen seguro, habrá sido acogida por esa grandeza infinita que es la misericordia de Dios.

UN NUEVO LIBRO DE DON JOAQUIN ARTILES

Acaba de publicar don Joaquín Artiles un libro, con introducción de Alfonso de Armas, que es una auténtica joya, propia de la personalidad de su autor. Titúlase *Ensayos y Estudios Literarios*, desde el siglo XII al XX, elaborados por este ilustre profesor con la galanura poética que le es peculiar.

A través de sus páginas campean las estrofas del *Cantar del Mío Cid*, con su paisaje castrense, en el que aparece exaltado un héroe de gesta. Don Joaquín recoge en el seno del *Cantar* las campanas, tambores y cantos de gallos, las bellezas de lo alto del Alcázar de la ciudad valenciana, la huerta y el mar, y, finalmente, la comparación de colores del Poema con la Canción de Rolando. Todo ello dentro de una sinfonía cromática, cual si se tratara de una vidriera gótica.

Mas, en lo que siempre ha brillado, con luz esplendente, la personalidad del autor de estos *Ensayos* ha sido ante la figura de Gonzalo de Berceo, época medieval de las esencias, ese gran místico que cuando iba por los caminos, castigaba suavemente las flores del campo, diciéndoles: «Callaos, callaos, que conozco bien vuestro lenguaje.» Y es que las cosas tienen su lenguaje y también su lenguaje divino que comunicarnos, nos dice el eximio profesor de Literatura. Paisaje entero del Berceo, visual y auditivo, táctil y perfumado, apacible y deleitoso. El viejo poeta riojano, de raíz campesina, adquiere una modulación cariñosa y profunda en la pluma del autor de este trabajo. Su ruralismo se realza con un matiz acentuado de espiritualidad. El amor a la música, la luz radiante de los colores, el canto a las mieses y a las gavillas, descubre en don Joaquín —a tra-

vés de sus estudios sobre Gonzalo de Berceo— un excelso virgiliano, enaltecido por la riqueza del medievo. «Detrás del mundo de la naturaleza ve Berceo el trasmundo de la gracia; las cosas de los sentidos tienen también un sentido sobrenatural.»

En el capítulo consagrado al Arcipreste de Hita, el profesor Artiles hace resaltar su contraste con Berceo. Este era, antes que nada, hombre de Dios; en cambio, al Arcipreste le interesa, sobre todo, el elemento humano. Berceo, clérigo y letrado, devoto de Santa María, polariza el paisaje en un prado deleitoso, con flores y frutas, con fuentes y aves, todo ello en función de eternidad; el paisaje del Arcipreste —nieve y rocío, granizo y ventisca— no trasciende la choza de una serrana, con pan de centeno y buena lumbre.

Y aquí cierra el siglo XIV el autor de estos *Ensayos y Estudios Literarios*, con esa llave de oro que sabe siempre aplicar a la cancela para penetrar en el jardín de sus bellas estrofas literarias.

Glosar este libro —sobre todo para quien, como yo, no reúne cualidades de una crítica competente— se hace difícil y tal vez hasta pretencioso. Sin embargo, no podemos sustraernos al deleite de la lectura de sus páginas, porque palpita en todas ellas un sencillo, pero profundo dominio de nuestra literatura. De este modo, se abre el horizonte del siglo XV, con Juan de Mena, Jorge Manrique, el Marqués de Santillana.

*Estaba tan bella,
tan bella y hermosa,
que apenas creyera
que fuera vaqueira
de la Finojosa...*

Como Menéndez Pelayo nos advierte, en las Serranillas de Santillana «el paisaje no está descrito, sino líricamente sentido»...

Detenido y concienzudo estudio el que realiza don Joaquín Artiles sobre la paternidad de *La Celestina* y sus diferentes ediciones a partir de 1499, la gran tragicomedia atribuida al Bachiller Fernando de Rojas. Menéndez Pelayo considera la unicidad de su autor «según el sentido unánime de la crítica moderna». Sin embargo, don Joaquín afirma que existe una duplicidad de autores: uno, desconocido para el primer acto, y otro, Fernando de Rojas, para los restantes.

Finaliza este *Ensayos y Estudios Literarios*, con tres estudios de la literatura canaria, en los que se incluyen «Las Endechas de Gui-

llén Peraza», reproduciendo un trozo lírico de un canto épico, muy del gótico florido; el *Templo Militante*, de Bartolomé de Cairasco, de fines del siglo XVI; la época de Góngora y Quevedo, en el XVII, cuyo mejor representante en Canarias es Fray Andrés de Abreu, y el romanticismo encarnado en nuestras islas por su máxima figura, don Graciliano Afonso, hasta arribar al siglo XIX con el gran novelista don Benito Pérez Galdós.

Don Joaquín Artiles, eminente catedrático, que, por todos conceptos honra a su tierra, doctor en Filología Románica y profesor de Literatura, ha venido a enriquecer nuestro acervo cultural con esta obra magnífica, síntesis apretada de estudio y crítica literaria, digna de ser degustada como un exquisito manjar.

Mas dejemos para otra crónica todo aquello que el libro que glosamos hace referencia a nuestros escritores y poetas contemporáneos de Gran Canaria.

* * *

El autor de este libro no ha querido marginar las escuelas literarias de dos grandes poetas canarios: Tomás Morales y Alonso Quesada. Al primero lo enmarca dentro del modernismo de Rubén Darío, forma esencialmente musical y blanda, orquestal y emotiva. Al segundo lo sitúa entre los del 98; de forma austera, sobria, limpia de retórica, siguiendo la línea de Antonio Machado.

Me represento siempre a Tomás en aquella irrupción conmovedora, como poeta, en el cenáculo madrileño de *Colombine*. En el centro de la Sala, repleta de gente, surgía un mozo robusto, cetrino, de atrevida frente y labios gruesos, quien, con voz abaritonada y viril, recitó:

*Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina
y el disco de la luna bajo el azul romántico,
rielando en la movible serenidad marina.*

Entre tantos calificativos elogiosos que podrían ofrecerse a don Joaquín Artiles, tal vez fuera el más acertado considerarle como un docto artifice de la síntesis en sus estudios literarios. Así, elevando su espíritu en torno a la poesía de Tomás, exalta las sensaciones

que produce de color, de tacto. de plasticidad, haciendo plástica la música y hasta el mismo silencio:

*Es tan hondo el silencio, tan profundo el misterio...
la soledad se arruga su temeroso imperio
y las nieblas hielan un funeral sopor:
silenciosa la noche, silenciosa la charca,
silencioso aquel remo que da impulso a la barca...
¡Ni el oído más brujo percibiera el rumor!...*

Tomás es el inigualable cantor del mar. Y el autor de estos *Ensayos* nos dice algo que es de una agudeza crítica original. «Lo que más le interesa —si nos fijamos bien— no es el mar, sino el elemento humano del mar, las cosas del mar. El mar no es sino un pretexto para cantar al hombre» y, en su entorno, la voz de la sirena, el barco anclado, el cantar marinero, el silbato de los remolcadores o el perfil de los mástiles...

Más, también nuestro gran poeta canario representa «la visión tropical de la isla», del mismo modo que su espíritu se embriaga en el embrujo de los rincones de la ciudad: la calle de la Marina, la calle de Triana, la ciudad comercial, el barrio de Vegueta...

Pone broche de oro el autor de estos *Ensayos y Estudios Literarios* a la glosa de Tomás Morales, destacando la musicalidad de sus versos, de la que es exponente su preciosa «Balada del Niño Arquero»:

*El rapaz de los ojos vendados golpea la puerta
y su golpe atraviesa temblando la casa desierta.
¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada
y he arrojado después al estanco la llave oxidada!*

Tomás sirve de bello contrapunto poético a nuestro Alonso Quesada, cuyo cincuentenario de su muerte se está dignamente celebrando. Tomás es más decorativo, retórico y musical, aunque siempre con hondura. En Alonso predomina la poesía interior, poesía del alma más que de los sentidos. *El lino de los sueños* —nos dice don Joaquín— está reñido con la austeridad de sus versos. El oro de sus versos no es un oro triunfal, sino oro pálido y diluido, oro líquido de alma, amarillo tenue de melancolía impalpable, casi amarillo de cirio, amarillo de enfermo... (Qué bellas expresiones definitorias del esqueleto espiritual del poeta.)

El trasfondo de todos sus poemas es la amargura. Yo confieso que, en mis primeras lecturas de Alonso Quesada quedaba deprimido, tal vez decepcionado. Pero no; en ese gesto agrio y pesimista, en esa obsesión de la muerte, en esa amargura irreprimible, está la bella hondura de sus versos. Y también en su aislamiento. «El corazón de Alonso es una isla dentro de su isla», nos dice don Joaquín. Tan hondo, tan escondido, tan aislado del mundo, de la isla y de sí mismo, que en la amplitud de la noche no sabrá dónde ha escondido su corazón para lanzarlo a los cielos.

Mas el autor de estos *Ensayos y Estudios Literarios* quiere extender su visión a los demás poetas contemporáneos canarios. Y nos habla de Fernando González —con sus *Manantiales en la Ruta*, sus *Hogueras en la Montaña*, que aparecen, según Luis Doreste, «como un eco nuevo en el amplio caracol de Tomás», exclamando, en su humilde pobreza:

*Eramos pobres,
y de niños teníamos zapatos
sólo para calzarlos los domingos...*

Y exalta, justamente, a ese inspirado poeta que es Ignacio Quintana, con su *Breviario Lírico*, libro concebido litúrgicamente que lleva su corazón hacia Dios, iluminado por unos Salmos llenos de íntimas evocaciones del pueblo de Teror. Y con su *Alma Serena*, caminando Ignacio por los senderos de la amistad y del hogar. Y ahora mismo, en estos días, con ese bello y perfumado ramillete de villancicos que acaba de dar a la estampa, como una ofrenda de música pastoril ante la Gruta del Niño-Dios.

En estas páginas del Profesor Artiles quedan prendidos, con regusto amoroso, otros escritores y poetas canarios: don Manuel Sorcorro, Pérez Vidal, Domingo Velázquez, Víctor Doreste. No ha podido, tal vez, ser exhaustivo. Pero lo que, sin duda, puede afirmarse es que resplandece en todo este libro la docta pluma de un corazón iluminado y embriagado por la belleza literaria. Un Maestro, en definitiva, que merece la justa exaltación de sus claras virtudes y que nos deja siempre el sello indeleble de su alcuernia espiritual.

A FERNANDO GONZALEZ: UN ACTO EMOTIVO EN TELDE

En Telde, en ese solar nativo que tanto amó Fernando González, se ha rendido esta tarde un emotivo homenaje al gran poeta. Y digo emotivo porque en ese acto todo fue íntima y fervorosa exaltación. Dominó un clima de sencilla efusión en el salón de actos del Instituto Técnico, abarrotado de público. En estrados lucía una gran fotografía del vate canario que acaba de morir, con ese aire de bondad campesina que encubría al gran enamorado de la belleza de su tierra. Y al pie de su figura, entre flores, los libros de poesía que Fernando fuera ofrendando a través de su vida ejemplar.

Manolo Morales supo encuadrar, en sucintas, pero entrañables palabras, la silueta espiritual del poeta, abriendo un pórtico sugestivo a la velada. Y en seguida, alumnas del Instituto «Isabel de España» comenzaron a desgranar distintos versos de Fernando González, escogidos primorosamente de sus diferentes libros. Trozos de *Manantiales en la ruta*, retazos de *Hogueras en la Montaña*, perfiles del *Reloj sin horas*, ecos de *Las canciones del alba*, notas musicales de *Piedras Blancas*, todo un bellissimo repertorio de poesías en el ámbito del salón, en medio de un expectante y recogido silencio.

Fue, en verdad, un homenaje cargado de sencilla emoción. Surgió allí, junto a su casa natal, ese gran poeta sentimental que fue Fernando González. Sus versos tenían todo el magnífico contenido de humildad y sencillez que anidó en su alma. Y oímos de nuevo la fervorosa canción de cuna que ofrendara a sus padres queridísimos, y el amor a la pobreza de su infancia, y el canto a las piedras de su calle, y el holocausto magnífico a los laureles de la Plaza de

San Juan y la sentida añoranza a su isla desde tierras lejanas. Porque Fernando —a quien conocí íntimamente en el Ateneo de Madrid— fue, ante todo y sobre todo, un corazón lleno de íntima ternura hacia todo «lo suyo». Sus padres, su pueblo, sus hermanos, su isla, su esposa amantísima, sus amigos, sus piedras de la infancia. Ha sido el gran poeta del cordial intimismo, que salió de la nada —de esa nada maravillosa de la pobreza— para conquistar la alcurnia diamantina del verso, pero de un verso sencillo, claro, si se quiere doméstico.

Que sea esta ligera semblanza del acto de esta tarde mi pequeña ofrenda al gran amigo y excelso poeta. En el salón de actos, cargado de emociones y al unísono de sus versos, parecían repicar todas las campanas de su Telde querido y oírse el susurro de los grandes laureles y hasta la voz cariñosa de sus padres que Fernando sabe adorar en sus estrofas más bellas. De este modo, tan sencillo, pero tan profundamente emotivo, supo Telde esta tarde rendir pleitesía a uno de sus hijos más ilustres. Y, además, por la voz juvenil de unas alumnas de Instituto, a quienes consagró Fernando su vida entera.

Aquel muchacho que hace cincuenta años salió de su tierra llevando en la mochila una beca, es hoy orgullo de Gran Canaria, porque si algo vale en la vida es ir en pos de los caminos del Señor con humilde pero glorioso ademán de trovador de la belleza.

EL PRIMER ACCIDENTE MORTAL DE AUTOMOVIL EN LAS PALMAS

Desde los primeros años del presente siglo ya comenzaron a llegar automóviles a Las Palmas. Hasta entonces sólo existían coches tirados por caballos, desde el lujoso landó a la popular tartana, pasando por la «victoria» y el charabán.

El Ford fue el auto que más predicamento tuvo en nuestra capital. Parecía hecho de alambres, de cuatro asientos y descapotable. Es el coche que aún vemos a veces en las películas retrospectivas de Charlot. En 1908 llegaron los tres primeros autobuses destinados a pasajeros, que fueron importados por mi padre de Inglaterra, y que luego pasaron a formar parte de los coches de línea de Melián y Compañía. Tenían su garaje en el frontis naciente del hotel Monopol, y el jefe de mecánicos que originariamente los conducía se llamaba míster Sexto.

Durante esa primera etapa no se produjeron accidentes graves en nuestras carreteras, dada la prudencia con que se conducía y el poco tráfico que en ellas existía. Pero llegó el año 1911, y por primera vez acaecía, cerca de Teror, un accidente mortal que costó la vida a dos personas muy conocidas en Las Palmas: don Francisco Farinós y don Matías Matos, pertenecientes a distinguidas familias de nuestra capital.

Mas, es curioso que el coche en que tal accidente se produjo, no era un modelo normal de cuatro ruedas, sino un vehículo de motor llamado *tonina*, de tres ruedas, con dos asientos traseros y uno anterior, desde el que su conductor accionaba una palanca en cuyo final se hallaba una sola rueda delantera.

Una mañana, encontrándose en el Gabinete literario el señor Farinós, dueño del vehículo, invitó a su íntimo amigo, don Matías Matos a dar un paseo a Teror, negándose este último en principio, pero accediendo luego a la insistente invitación de su amigo. Llegaron a la Villa Mariana sin dificultad alguna, pero, al retornar a Las Palmas, en una vuelta cercana al pueblo, donde existe un caseta de peón caminero y un estanque propiedad de don Cristóbal Peñate, la *tonina* se salió de la carretera y cayó, volteando, hasta la profundidad del barranco. Los señores Matos y Farinós salieron despedidos a mitad del precipicio y el chófer, en cambio, se aferró a la palanca llegando hasta el cauce mismo del barranco. Aquéllos encontraron una muerte inmediata y, en cambio, el conductor, aunque mal herido, se salvó y sobrevivió durante muchos años.

Este suceso causó verdadera consternación en Las Palmas por ser el primer accidente mortal que se producía en sus carreteras y por las personas que lo protagonizaron. Ambos dejaban familiares muy conocidos en nuestra capital. El señor Farinós era ascendiente —tío carnal— del eminente analista, tan querido de todos, Manuel Parada Farinós, ya fallecido. Matías Matos se hallaba casado con doña María del Toro Suárez y dejaba cinco hijos, de los que aún viven Candelaria y Manuel Matos del Toro.

De esta fecha en adelante se poblaron las carreteras de automóviles de todas las marcas, y lo que aún es peor, se saturaron las calles y las aceras de la capital. Consecuencia de todo ello: muertes y más muertes. La circulación se ha convertido en una trituradora humana, sembrando cadáveres por doquier. En aquel año 1911 el accidente de la *tonina* sobrecogió de espanto a los habitantes de Gran Canaria. Hoy —triste es decirlo— estas pérdidas de vidas humanas en el asfalto se toman como una cosa natural, con una indiferencia escalofriante. El ser humano se ha insensibilizado ante la tragedia del volante. Hasta que, acaso, nos toca de cerca y entonces es cuando comprendemos ese drama espeluznante que cada día siembra la imprudencia...

EL GRAN HOMENAJE A AGUSTIN MILLARES CARLO

Esta tarde se inicia el gran homenaje que se ha de ofrendar, durante toda la semana, a Agustín Millares Carló. Este tributo obligado a su insigne personalidad, piénsese que tiene una indudable significación. Y es la de que el homenaje lo rinde su tierra, a través de una entidad y con la colaboración íntima del Museo Canario, pero abarca una dimensión nacional, en su matiz intelectual y universitario.

Es confortante y alentador ver cómo las figuras más eminentes de la cultura y el pensamiento de toda España —al menos las más relevantes— se adhieren, directa y calurosamente, a este emocionado homenaje que Gran Canaria quiere rendir a uno de sus hijos más ilustres, a través de todos los tiempos. Y así harán acto de presencia Pedro Sáinz Rodríguez, Claudio Sánchez Albornoz, Antonio Rumeu de Armas, Manuel Ballesteros, Francisco Morales Padrón, y tantos otros, escritores, universitarios, profesores de toda la geografía española, lo más selecto y prominente de nuestra Patria. No ha podido pasar desapercibido a esta élite de intelectuales y pensadores españoles, lo que representa este Homenaje a un hombre como Agustín Millares Carló, uno de los investigadores y colaboradores más eminentes, con carácter universal, en el campo de la Historia y la Paleografía. Y no han vacilado un instante en ofrecer, a lo vivo, su adhesión personal y entrañable a algo que, forzosamente, tiene que estimarse como acto de pristina y obligada justicia.

No creo excederme al decir y afirmar que nuestra tierra está de enhorabuena. Yo felicito a Lorenzo Olarte y sus colaboradores,

porque han tenido tacto y lucidez para incorporar definitivamente a Agustín Millares Carló, como director-coordinador, a esa ambiciosa planificación de cultura que ya se ha puesto en marcha en nuestro país. Es ésta para todos, sin hipérbole, una maravillosa luz que se proyecta sobre rutas insospechadas, en medio de este clima actual de incertidumbres económicas, de nubarrones sociales, de insolidaridades humanas, luz que nos llevará a un mejor conocimiento de nuestro glorioso pasado y nos orientará, con buena voluntad, hacia horizontes nuevos, todo en torno a la cultura.

He estado estos días con Agustín Millares, y lo siento ilusionado pero también preocupado por la responsabilidad que ha asumido ante la dirección del Plan Cultural canario. Agustín es persona no juvenil en años, pero de espíritu tenso e inteligencia clara. Cuando hablamos con él nos encontramos siempre con una personalidad sencilla, cordial, conversadora, de fresca memoria y lúcido pensamiento. No nos parece nunca —en nuestros frecuentes encuentros— hallarnos ante la honda fecundidad del sabio y, mucho menos, ante la inocua pedantería del intelectual de pacotilla. Y, sin embargo, sabemos que es una figura de relieve universal. Le ayuda, en su constante trabajo, el que Dios le ha concedido salud, conservando, y aun mejorando, sus facultades, de un modo impresionante.

Todos, absolutamente todos los canarios, sabemos que Agustín desempeñará una gran labor en esa Dirección del Plan Cultural de Canarias. Pero hace falta una cosa imprescindible, y es que todos le ayudemos en su gran tarea, con sencillez y con amor de buenos canarios. Agustín Millares será el gran supervisor, el gran director, pero si sus instrumentos colaboradores le fallan, la obra se vendrá abajo sin remedio alguno, porque ésta es un labor de cooperación íntima, solidaria y eficiente.

Desde estas simples líneas, yo deseo nuevamente proclamar la felicitación que merece esta gran iniciativa de organizar y llevar a cabo el homenaje que esta semana se ha de rendir a la figura preclara de ese entrañable canario universal que se llama Agustín Millares Carló, deseando que éste sea el arco de triunfo que se le abra en esa misión enaltecedora de cimentar en el pasado y proyectar hacia el futuro la gran cultura de Canarias.

EN UNA GRAN SEMANA CULTURAL: HOMENAJE A DON AGUSTIN MILLARES CARLO

Pocas veces Canarias ve realzada su personalidad regional —desde un punto de vista cultural— con mayor brillantez, y hasta con más legítimo orgullo, como en esta última Semana de Homenaje a Agustín Millares Carló. En honor del ilustre polígrafo universal, que tanto honra a su tierra, se han celebrado una serie de actos culturales que han llevado impresos el sello del más alto prestigio universitario y académico. Han concurrido y se han hecho solidarios, sobre todo, en todo el ámbito del archipiélago canario ha habido un consenso sincero y caluroso hacia la figura de Agustín Millares.

Ha representado, pues, esta última Semana un hito glorioso en la ruta cultural canaria. A través de ella, y con inusitada afluencia de público, se han pronunciado magníficas conferencias por eminentes profesores universitarios, abriéndose este arco de triunfo con el acto inaugural del Museo Canario, a cargo de su presidente y secretario y con palabras del propio homenajeadó. Al día siguiente, y ya en el marco de la Universidad a Distancia, pronunció Sebastián de la Nuez una sugestiva disertación sobre *La Poesía de Caballo Verde*. El martes ocupó la tribuna Antonio Bethencourt Massieu, para ofrecernos una original e interesante conferencia en torno al *Sureste de Gran Canaria a fines del antiguo régimen*. El día 26 nos deleitó Antonio Rumeu de Armas con una charla magistral referida a Fernando Guanarteme, como enigma histórico, y, finalmente, en la tarde siguiente, el catedrático de Sevilla, Francisco Morales Pa-



Agustín Millares Carló

drón, hizo un brillante alarde de erudición sobre política y literatura en Hispanoamérica.

Mas, era ayer el día señalado para cerrar este ciclo cultural de homenaje a Agustín, poniendo broche de oro al mismo las palabras del catedrático de la Complutense y presidente de la Comisión Académica del Homenaje, doctor don José Simón Díaz, quien, haciendo honor a su relevante figura, pronunció unas palabras inolvidables; siguió el ofrecimiento del homenaje por el presidente del Consejo Directivo de la Caja Insular de Ahorros, Lorenzo Olarte Cullén, llenas de emotividad y trascendente significado, y la presentación al propio Agustín Millares de los tomos I y II, editados por la Caja, cerrando el acto el homenajeado con un breve discurso henchido de gratitud y con esa sencilla elocuencia que el gran paleógrafo, de universal renombre, sabe siempre poner en su oración.

Pero, coincidiendo con este homenaje, hay algo que es preciso destacar con especial relieve, y es la iniciación y puesta en marcha del Plan Cultural Canario, bajo la rectoría de Agustín Millares Carló, a través de estos últimos días. Cada mañana, en la Casa de Colón, nos ha reunido a quienes formamos parte de las distintas Comisiones, no ya tan sólo para tomar posesión, sino, lo que es más importante, para realizar un intercambio de ideas y de iniciativas en torno a la marcha futura de este proyecto trascendental. Agustín Millares, con un juvenil e incansable afán de proyección cultural, acostumbrado a su metódico y disciplinado afán de laboriosidad, ya ha querido comenzar a cumplir seriamente con la misión que se le ha encomendado. Junto a él, a su serena y cordial sabiduría, y con la mira puesta en el porvenir cultural de nuestra tierra, le hemos prometido la leal colaboración que merece, y que, por mi parte, no por modesta, deja de ser entusiasta. Es ésta una labor de difícil empeño, pero de ilusionado porvenir. Desentrañar archivos, desvelar estudios literarios, iluminar el campo de la ciencia, hallar filones en su subsuelo de la Historia y, en definitiva, enriquecer el acervo cultural canario, es labor bella y fecunda a la que todos, sin excepción, estamos obligados a colaborar. Basta y sobra con que, a su frente, se halle un hombre como Agustín, que lleva en su sangre y en su estirpe un sello indeleble de canariedad prestigiosa.

Ya, a la hora en que salgan estas líneas a la luz pública, estarán tomando el avión, para retornar a sus cátedras, los eminentes profesores que nos han honrado con su presencia y, en ese mismo



aparato, vía Madrid, marchará también Agustín Millares a Caracas para despedirse de su Universidad de Zulia y retornar, definitivamente, a su tierra a mediados de octubre. Los canarios no podemos sino expresar a esos eminentes profesores nuestra más profunda y entrañable gratitud por el realce magistral que han sabido imprimir, con su presencia, a los actos de homenaje de la última Semana.

LA VIRGEN DE LOURDES Y ALEXIS CARREL

Ese rincón privilegiado del Pirineo francés, Masabielle, arde hoy en himnos y plegarias, con mayor profusión que otros días del año, porque se celebra la festividad de la Santísima Virgen de Lourdes. A orillas del río Gave, junto a la gruta donde apareció a Bernardeta la Madre del Señor, el dolor humano se hace oración para impetrar el divino auxilio, vencidos y agotados todos los medios de la ciencia médica. Hasta las campanas de la gran basílica cantan con sus bronces musicales el Avemaría de Lourdes, como una súplica emotiva a favor de los enfermos.

Entre las constantes peregrinaciones que acuden al santo lugar, llegaba una desde Lyon, hace cincuenta y siete años, presidida por un médico ateo, que cumplía un servicio de la Universidad: Alexis Carrel. Joven y ya famoso por sus estudios y ciencias experimentales, más tarde Premio Nobel, afirmaba que sólo creía en los métodos racionalistas y que Dios y el milagro eran un mito.

En el tren iba un muchacha, María Ferrand, que se moría. El propio Carrel comprobó la peritonitis tuberculosa que padecía y los cirujanos se habían negado a operarla. «Tenía el vientre monstruosamente hinchado, duro y tirante como la superficie de un tambor» decía el racionalista francés. Todos los pronósticos eran de que moriría antes de retornar a su casa. La enferma, no obstante, al llegar a Lourdes, dejó ver en sus pupilas el brillo de la fe.

Alexis Carrel, en el hotel, encontró un viejo compañero con el que discutió, despectivamente, la existencia del milagro. Su amigo hubo de preguntarle: «¿Qué curaciones te harían admitir a ti la existencia de un milagro en Lourdes?» «La curación brusca de

una enfermedad orgánica, la desaparición ante mis ojos de un tumor, un cáncer, una luxación congénita...», contestó Carrel.

Marcharon ambos al hospital. En una camilla estaba María Ferrand. Alexis explicó a su compañero: «Es una peritonitis tuberculosa en su último período. Esta muchacha proviene de una familia de tísicos y ella misma lo estaba a los quince años; después se le descubrieron cavernas pulmonares y ahora se encuentra en el último grado de la caquexia. Es imposible que pueda vivir. Creo imprudente se lleve a la piscina, porque, como ves, está en estado semiagónico.»

La enferma, sin embargo, fue llevada ante la Virgen y en seguida a la piscina. Alexis Carrel atravesó la explanada, bordeada de flores, en dirección al lugar donde se hallaba María Ferrand. La miró y la despidió, creyendo no retornara viva de la piscina. Al cabo de un instante volvería, y explicóle la enfermera: «Las damas no han querido bañarla. Está demasiado grave para intentar moverla.» Tan sólo le han frotado el vientre con el agua de la piscina.» Acto seguido la llevó a la Gruta de Masabielle, que ardía con los mil fuegos de sus cirios. En la concavidad donde se apareció, había una bella imagen de la Virgen. A sus pies, en un gran cuadrilátero, cientos de enfermos impenetraban el favor de aquella dulce y blanca figura. Allí se colocó la camilla de María Ferrand. A su lado se arrodilló en el suelo y oró ardientemente la enfermera. Alexis Carrel avanzó hasta quedar cerca de la moribunda. Su mirada se clavó, intensa, incrédula, estremecida, en el rostro de María Ferrand. Se había modificado, ya no estaba lívido, lo encontraba como si tuviera más vida. Pensó Carrel que estaba sufriendo alucinaciones. Entretanto, la muchedumbre cantaba y María Ferrand tenía sus ojos puesto en la imagen de la Virgen, con una mirada de intenso amor. Instintivamente, el doctor echó mano al bolsillo y sacó la estilográfica con la que apuntó en el puño de su camisa la hora en que estaba ocurriendo aquello: las dos y cuarenta minutos.

Entonces palideció. Veía bajar la hinchazón del vientre y, al fin, quedó al nivel normal. Carrel confiesa que creyó volverse loco. La vio tomarse una taza de leche e incorporarse y sentarse en la camilla, con su rostro normal y sonriente. Alexis Carrel caminó inconsciente, a través de la alameda, penetró en el templo y cayó de rodillas ante el Santísimo. Volvió al hospital y allí encontró a María Ferrand «sentada, con brillo de juventud en sus ojos y las mejillas ligeramente sonrosadas». «Estoy completamente curada»,

le dijo al verle. Alexis le tomó el pulso y el corazón latía a un ritmo absolutamente normal. El vientre aparecía pequeño, con la piel blanca y lisa, sin que se notara ni rastro de su antigua dolencia. La moribunda estaba totalmente curada.

Carrel, de rodillas, a su lado, le preguntó: «¿Qué harás ahora que te has curado?» «Ingresaré, dijo, en las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y dedicaré toda mi vida a cuidar enfermos.»

Alexis Carrel, el autor de la «La incógnita del hombre», el ateo indómito y pletórico de soberbia, se había convertido. Salió del hospital a refugiarse en la soledad de las estrellas, oyendo el canto del Avemaría. Desde allí veía, a lo lejos, aquella Virgen Blanca, iluminada por el resplandor de cientos de cirios. Empezaba para él un nuevo camino, henchido de amor y esperanza.

«Que cada minuto de mi vida —exclamó— esté consagrado a vuestro servicio, Señor.»

EL AMOR A LOS NIÑOS

Hoy se inaugura esa magnífica primera fase de las obras hospitalarias de San Juan de Dios en la colonia del Lasso. Será, de seguro, una tarde de alegría y de esperanza. Vibrará en el aire un acorde sentimiento de fe en la gran obra de Dios. Abrirá sus puertas una excelsa expresión de la caridad cristiana, bendecida por el obispo, con sus aulas, sus talleres, sus escuelas, sus residencias. Y, en medio de todo, como protagonistas excelsos, un revuelo de centenares de niños inválidos, que dejan atrás el dolor de su desgracia para encontrar la acogida de la Caridad en nombre de Cristo.

Estamos en el gran Hogar de San Juan de Dios. Gran edificio, erigido gracias a la ayuda de los buenos cristianos, pero, sobre todo, gracias a esa benemérita dama que se llama María Teresa Rivero del Castillo, condesa viuda de la Vega Grande, consagrada, en su vida edificante, a la práctica de la caridad. En aquel recinto se respira aire puro, silencio y paz. Domínase la gran capital y el puerto de La Luz, con una perspectiva panorámica de atractiva belleza, y, a lo lejos, se juntan el azul del mar y del cielo en un maridaje sugestivo.

Pero lo que más cautiva de todo ello es la profunda emoción de ver unos niños inválidos, llenos de complejos de amargura en la vida, que resurgen, por la mano de Dios, a una existencia alegre y llena de esperanzas. La labor hospitalaria de la Orden de San Juan de Dios es, dentro de las múltiples y virtuosas que realiza la Iglesia, una de las más dignas de admiración y de ayuda. El cuidado y la regeneración de un niño físicamente impedido, con mimo, con cari-

cias, con juguetes y con amor de hogar, representa un gran servicio a la obra del Creador. Y así, ayer les veíamos dentro de su desgracia, con una sonrisa de gratitud y de cariño hacia sus bienhechores, porque ya sentían, en aquel gran edificio acogedor, calor de hermanos en Cristo.

El acto inaugural será sencillo y solemne. Cientos de personas podremos admirar las instalaciones de aquella espléndida obra, levantada por la mano de la caridad, en una superficie de ochenta mil metros cuadrados, para albergar a medio millar de niños, todos ellos disminuidos físicos, mentales o socialmente marginados. Es la primera fase de la obra, pero adquirimos la conciencia plena de que todos los buenos cristianos hemos de colaborar, con firmeza y espíritu fraternal, a que esa magnífica realización quede terminada totalmente.

María Teresa Rivero contemplará, con serena placidez, el fruto de sus desvelos amorosos, la alegría de aquellos niños impedidos, y recordará, a buen seguro, a aquel gran compañero suyo, Fernando del Castillo, conde de la Vega Grande, a quien estaba tributando con esta obra maravillosa el mejor de los homenajes y el más cumplido de los recuerdos.

Declinará la tarde, una mancha roja se pondrá en el ocaso y, abajo, en el trepidar de la gran ciudad se poblará el espacio de luces, quedando en la maravillosa soledad de la altura la gran realización de Dios, haciendo felices a unos niños frustrados en la vida...

LA GRAN NOCHE DE LA ILUSION

Divina ilusión la de los niños en la noche de Reyes, con su mente infantil llena de burbujas de colores. ¿Puede, acaso, haber algo más adorable, más digno de nuestro amor, que un niño? Jesús nos grabó en el corazón para siempre el valor espiritual de la infancia: «El que no se hace como uno de esos pequeñines no entrará en el Reino de los Cielos.» El que no se hace sencillo, inocente, puro de intenciones, con sonrisa de candor en su rostro, no tendrá sitio al lado del Señor.

Por eso, en la gran noche de Reyes, todo nuestro afán es colmar la maravillosa ilusión de las almas angelicales. Sabemos que vienen soñando despiertos en espera del mensaje divino, día tras día, noche tras noche, temblando de emoción jubilosa ante la presencia de los camellos atiborrados de juguetes. Y se esfuerzan por mejorar sus virtudes para hacerse acreedores a la dádiva generosa de aquellos Magos que vienen de Oriente.

En la madrugada del día de la ilusión, los niños arrebuados en sus camas, con los ojos muy abiertos y la respiración contenida, traducen en su corazón los pequeños ruidos del gran silencio, y sienten cómo se acercan a su ventana los Mensajeros del Niño Dios, para aguardar el primer rayo de luz de la mañana que ha de iluminarles su alma de alegría ante unos maravillosos paquetes, que más que regalos son estrofas de amor y de gozo.

En el día de Reyes la Humanidad se llena de una inefable ternura hacia ese gran tesoro que es el niño. El hombre, generalmente sumido en un ambiente de desamor y frialdad espiritual, cuando no de rencor, vuelca en esa madrugada todo un raudal de bondad

sobre el jardín de la ilusión, sólo porque las pupilas de los niños florezcan de alegría al instante de acercarse cautelosamente al lugar donde dejaron sus zapatos la noche anterior. El regalo de Reyes es el gran tributo del corazón de los mayores a la infinita bondad de la inocencia. Es el premio, en forma de amor, hacia un ser que sabemos bueno, lleno de luz interior, desprovisto de malicia humana, imagen pura de Dios, que perfuma nuestra casa de gritos candorosos y gestos inocentes. A ese ser único en el mundo, que es el niño, queremos en la mañana de Reyes vestirlo de ángel, glorificarlo en la tierra con el regalo de la ilusión satisfecha, porque eso es el niño, un verdadero ángel de la tierra. Y esos instantes en que juegan con su muñeca o con su caballo de cartón, bajo las miradas de sus padres, son momentos en que los pequeñuelos convierten su casa en parcela de cielo.

Es éste el motivo por el que todos los niños, sin excepción, deben tener sus juguetes, por modestos que sean, en la noche de Reyes. El pequeño que no recibe un recuerdo en esa madrugada de la gran ilusión, quedará profundamente entristecido, y estoy por asegurar que en el fondo de su alma habrá nacido la semilla del odio, porque instintivamente se siente solo y desplazado, como si él también no fuera un niño de la gran familia humana. De ahí el que siempre yo haya tenido una gran simpatía por esas Cabalgatas de Reyes, por esos movimientos de generosidad hacia los niños pobres, en ese sublime día de amor hacia la inocencia ilusionada. Porque encender de alegría el alma de un pequeñuelo, es iluminar, al propio tiempo, el rostro de Dios.

LA MADRE

¡La madre! La que llevamos siempre en nuestro corazón. De niños, es su santo regazo, refugio que nos ampara y conforta. Nada hay en la vida para una tierna criatura como su madre. Le ha dado su ser, su pecho, su amor y su vida. El niño encuentra en la autora de su existencia el consuelo de sus dolores, la caricia de su llanto, el sostén amoroso de su debilidad. Al lado de su madre, el niño se halla siempre defendido y feliz. La encuentra, en todo instante, bella, aunque no sea agraciada, cariñosa, aunque se muestre arisca, con un corazón puro aunque sus destellos sean de amargura. Y es que nadie, en la tierra, nos comprende como nuestra madre. Para su pequeñín es siempre una santa, y, como tal, la adora a través de la ternura más honda de su alma. Su amor hacia ella es la mera reciprocidad de quien se siente amado. El niño sabe que nadie en el mundo le quiere como esa mujer adorable.

Tal pasión filial dura toda la vida. El mimo de los años infantiles puede convertirse en la dureza de la personalidad, pero a la madre no hay quien la toque. Nos sentimos autosuficientes, pero en el fondo, la ternura hacia la madre es siempre idéntica.

Solemos dividir nuestro amor entre la atracción de la esposa y el cariño de los hijos. Tenemos, por otra parte, un sentido de la «hombría» que nos independiza y hasta nos aparta un tanto de la casa materna. Pero aquella viejecita sigue con un altar erigido en nuestro corazón y continuamos, calladamente, venerándola. No queremos que le falte nada en las postrimerías de su vida. Seguimos queriéndola entrañablemente en el fondo de nuestra alma.

A tal punto, que quien no ampara y adora a su madre, puede y debe llamársele un descastado.

Mas, cuando más reverenciamos a nuestra madre es cuando Dios ha dispuesto de ella. Su recuerdo se incrusta en nuestra mente de un modo imperecedero. En el silencio de nuestros dolores, en la adversidad de nuestra vida, surge siempre la figura de nuestra madre, difuminada por el velo de la muerte. Y, con frecuencia, cuando nos hallamos débiles o derrotados, exclamamos: «¡Si nuestra madre viviera!»

Nos queda, sin embargo, un gran consuelo en la vida: comunicarnos con ella a través de la oración. Es ése el mejor y más bello ramillete de flores que Dios nos permite ofrendar a ese ser maravilloso y único, que es la madre...

DON ANTONIO ITURMENDI, EN LAS PALMAS

El jueves último dejó de existir este ilustre hombre público español, que había desempeñado los cargos de ministro de Justicia y presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, entre los años 1951 y 1965.

Fue Iturmendi un político de arraigadas convicciones tradicionalistas, siendo en todo momento fiel a sus principios de catolicidad. Durante su mandato presidencial del Consejo del Reino y del Parlamento fue aprobada la Ley Orgánica del Estado y elegido y proclamado el Príncipe don Juan de Borbón sucesor en la Jefatura del Estado a título de Rey.

Como ministro de Justicia, desarrolló durante su mandato de catorce años, una ingente y fructífera labor legislativa. Se promulgaron las compilaciones que recogen el derecho especial de las regiones forales, las amplias modificaciones operadas en el Código Civil, la Ley de la Jurisdicción Contenciosa Administrativa, la Ley de Régimen Jurídico de las Sociedades de Responsabilidad Limitada, la Ley de Expropiaciones Forzosas y otras tantas que imprimieron destacada brillantez a este período ministerial.

Don Antonio Iturmendi, como titular de su Departamento, vino a Las Palmas el 15 de mayo de 1965, acompañado de su subsecretario, para presidir la inauguración y bendición del nuevo Palacio de Justicia, bello edificio de gran realce arquitectónico, en el que Miguel Martín Fernández de la Torre supo conservar la línea secular de la antigua Vegueta. Era, a la sazón, presidente de nuestra Audiencia Territorial, un hijo de Las Palmas, José María del Cam-

po Llarena, quien, poco tiempo después, habría de pasar a desempeñar, por méritos propios, la Subsecretaría del Ramo.

La bendición del espléndido edificio corrió a cargo de aquel inolvidable obispo de esta Diócesis, don Antonio Pildain y Zapiain, y al que esto escribe le cupo el honor de desempeñar en esos momentos el Decanato de nuestro Ilustre Colegio de Abogados.

Iturmendi pronunció en la inauguración oficial unas palabras brillantes y enaltecidas para la gran significación histórica de la Real Audiencia de Canarias, poniendo de relieve el inigualado prestigio de su Regente, quien llegó a ser capitán general del Archipiélago y virrey de Indias.

Descanse en paz el ilustre hombre público y reciban su esposa e hijos la expresión de nuestra más sincera condolencia.

FELICIDAD EN EL NUEVO AÑO

Comienza un nuevo año y se juntan los corazones para desear a todos felicidad. Felicidades a todos, sin el menor distingo, a amigos y enemigos, a pobres y ricos, a cristianos y no cristianos. En el inicio de 1975 flota en el aire un sentimiento entrañable de solidaridad humana, olvidándonos de rencillas y antagonismos, de fricciones y malquerencias. Se abre el arco luminoso de un año que se estrena y en él queremos poner una leyenda de amor. La gran estrella Pascual nos ilumina con el perfume aún reciente del nacimiento del Dios-Niño y la ilusionada llegada de los Reyes Magos. Todo en estos días huele a nardos, a rematas, y suenan en el aire los villancicos, con cadencias de natalicio, y se iluminan de colores los pinos y las acacias, y se encienden de bombillas los frontispicios, y brotan jubilosas de las gargantas canciones de amor y de paz.

Pero el nuevo año viene cargado de nubarrones. El hombre, hijo de Dios, tiene fe, pero siente miedo. En la intimidad de su hogar, junto a su esposa y a sus hijos, desea cargarse de serenidad y, sin querer, le sobrecoge el temor. Todo en su torno le habla de guerras, de secuestros, de asesinatos, de crisis económica, algo así como si un trágico vacío se abriera a sus pies. Y es entonces cuando los himnos de paz se le ahogan en la garganta y los augurios de felicidad del nuevo año quedan quebrados y maltrechos. Puede afirmarse que pocas veces el hombre, ante la situación del mundo, se siente más intranquilo y preocupado. Y es que llega a temer, no ya por su propio sosiego, sino por la seguridad de sus hijos, a quienes ha tratado de sacar adelante con amor y sacrificio.

Sin embargo, es en estas circunstancias cuando hemos de tener más confianza en Dios, en ese Divino Niño que acaba de nacer. Ha venido al mundo, en este lecho de paja, para protegernos, confortarnos, redimirnos. En esa fe, firme y robusta, ha de descansar la confianza del buen cristiano, que sabe tiene un signo divino que le guía y conduce, sin abandonarle jamás. La historia de la vida está llena de desmayos esporádicos y dramáticos episodios, pero lo único que ha salvado al hombre es mantener en vilo su espíritu hacia Dios, con un sereno propósito de eternidad. Mirar hacia la tierra podrida de intereses es envilecer el alma; elevar los ojos al cielo, cuajado de estrellas, es fortalecernos espiritualmente.

En este año que hoy empieza sintámonos hijos de Dios y miremos el horizonte de la vida con esperanza. Unámonos, cada vez más, a nuestra esposa, a nuestros hijos, a nuestros hermanos, haciendo del hogar un altar y de la amistad un auténtico sentimiento de amor. De este modo, hemos de elevar nuestros corazones y sentirnos fuertes en el destino de esa vida azarosa que nos rodea. Pero para ello es necesario acercarnos a Cristo, que siempre nos espera. Sin gazmoñerías, con humildad, con el corazón abierto, sintiendo profundamente la caridad. ¡Es así como podremos caminar, con paso firme, a través de 1975!...

Año que hoy empieza y que deseo colmado de designios venturosos para todos.

EL DESAGRAVIO A GALDOS

En el año 1883 se produjo una vacante en la Real Academia de la Lengua Española, y en los círculos intelectuales madrileños creóse un clima de franca simpatía y admiración hacia la figura de don Benito Pérez Galdós, para proponerle como candidato. El ilustre novelista canario tenía ya contraídos méritos más que suficientes en esa fecha para acceder al sillón vacante. Pero llegó el momento de la elección y Galdós fue derrotado por el señor Comelerán, personalidad un tanto difusa, originando su elección sorpresa y protesta entre quienes apoyaban la candidatura del autor de los *Episodios*.

Esta reacción se produjo especialmente en el llamado «Parnasillo», reunión de literatos en una cervecería de la calle del Príncipe, de Madrid, y como consecuente de este clima de indignación surgió la idea de ofrecer a don Benito un homenaje de admiración y desagravio.

No poco trabajo costó convencer a Galdós para que aceptara el agasajo. Haciendo honor a su carácter sencillo, introvertido y un tanto huraño, desapareció por unos días de Madrid, yéndose a Toledo, donde hubo de encontrarle la comisión organizadora. Por fin, don Benito vino a Madrid y asistió a dos actos celebrados en su honor el día 26 de marzo de 1883, en el café La Iberia, situado en la carrera de San Jerónimo. Al primer acto sólo concurrió a los postres en un almuerzo que se llamó «el banquetillo», limitándose a saludar y abrazar a los que allí se encontraban, marchando seguidamente al Ateneo, entonces situado en la calle de la Montera.

La solemnidad del homenaje reservóse para el banquete celebrado esa misma noche, con asistencia masiva de intelectuales, artistas, periodistas y políticos de renombre, entre ellos Echegaray, Castelar y Cánovas del Castillo, entonces presidente del Consejo de Ministros. A los postres, hubo brindis, y Galdós pidió a uno de los miembros de la comisión organizadora, el señor Castro Serrano, leyera en su nombre unas cuartillas de agradecimiento, porque, según afirmaba, le embargaba la emoción.

En este banquete tuvo una destacada intervención el nutrido grupo canario, que quiso sumarse al homenaje. En nombre de todas las islas, Eusebio Navarro ofreció a don Benito una preciosa bandeja de plata cincelada por el artista Arturo Mérida, obsequio que agradeció emocionado el gran escritor.

Galdós colocó esta bandeja, regalo de sus paisanos, en lugar preferente de su despacho, en su casa santanderina llamada *San Quintín*.

«LANZAROTE Y YO» (DE LEANDRO PERDOMO)

No conozco personalmente a Leandro Perdomo, aunque sí a través de su colaboración frecuente en la prensa local. De ahí el que agradezca doblemente el que me envíe su precioso libro *Lanzarote y yo*, con cubierta de César Manrique y prólogo de Néstor Alamo, editado pulcramente por Litografía Saavedra en este mismo año. Su cariñosa dedicatoria no merma ni influye para nada en la sencilla objetividad de criterio que me inspira la lectura del trabajo.

Lo primero que debo exaltar y elogiar es el sentido patriótico —de patria chica, o amor al terruño— que Leandro Perdomo imprime a su colección de crónicas ofrendadas a Lanzarote. Estimo como una virtud personal la del escritor que siente verdadera pasión por la tierra que le vio nacer. Y hacer pequeña reseña de ella —con sus anécdotas, paisajes y personajes— es contribuir al conocimiento, y también al sentimiento, que despierta siempre la historiografía de un pueblo determinado, en nuestro caso la isla canaria de los Volcanes.

El autor de este libro alterna, en sus crónicas, la descripción apasionada de los lugares con la psicología de las figuras destacadas del terruño. Y, de este modo, nos deleita con el costumbrismo festivo de San Ginés, la visión poética del Puente de las Bolas y los nombres de escritores eminentes «conejeros», entre los que desea destacar a Víctor Fernández, «poeta analfabeto, nacido en las breñas, que fue cabrero y después salinero», sin contar a Abel y Virgilio Cabrera Medina, autores de cientos de crónicas en periódicos y revistas.

Mas tal vez sea lo de mayor mérito y más sentido del escritor esos sonetos dedicados a su madre, a su hija y a su isla, escritos cuando trabajaba en Bélgica en el fondo de una mina, con toda la carga de sentimiento que, por ello mismo, llevan consigo:

*Lejos del cielo conejero en calma
tú conmigo vas siempre, madre mía,
en mi marcha, mi lucha, mi agonía.*

Y el ofrendado a su hija:

*Tu mirada, tus ojos, tu cabello
son para mí del mundo lo más bello,
y tu frente, tu boca, tu sonrisa
son como el céfiro, como la brisa
suave que merece rojas amapolas,
como el rumor del mar y de las olas...*

Estos versos —como dice Leandro Perdomo— «fueron hechos con toda la sinceridad del hombre que trabaja y lucha y ama». A esa mina había acudido el autor acompañado de dos artistas canarios: Juan Ramírez y Julio Viera. Y es dramático el capítulo que titula «Réquiem por 419 negros», porque a éstos fueron a sustituir Leandro Perdomo y sus amigos, tras haber perecido aquéllos sin seguro.

*La Cenicienta en el cielo
está bordando una manta
para cubrir a los negros
que mueren sin esperanza.*

Lanzarote y yo termina sus páginas con tres sabrosos cuentos de Indianos. Es un libro de estilo literario fluido y muy bien escritas sus crónicas variadas. Contiene dosis de humor, perfiles humanos y, sobre todo, un telón de fondo permanente de amor a la tierra del autor. Su mayor mérito es que está labrado por la gubia de un modesto minero, que ha creado la belleza en la humilde soledad de su trabajo. En ese soliloquio que suele tener el hombre con Dios, cuando se forja la vida en el seno de la amargura o en la resignada postura de la pobreza. Es entonces cuando suele brotar la mejor de las poesías... Y esto, sin duda, le ha ocurrido a Leandro Perdomo, digno escritor y exaltador de una isla cuajada de sereno dramatismo...

LA TOGA Y SU FESTIVIDAD

Hoy es el día de la Fiesta mayor de los Abogados, el día de su Santo Patrono. Jornada jubilosa en la que todos nos congregamos, más que unidos, fundidos en un mismo sentimiento: el del amor a la toga.

Porque hay algo que, a través de nuestra vida profesional, infunde calor y emoción a todos los instantes de nuestra carrera, y es esa túnica de seda que cuelga de nuestros hombros con pliegues de libertad, que ceñimos a nuestro cuerpo amorosamente y que, en definitiva, por su empaque y austeridad nos imprime siempre algo así como un sentido de sagrada investidura.

En muchas ocasiones se dice que el hábito no hace el monje, y yo sí creo que cada monje debe siempre recordar y llevar grabado lo que ese hábito representa en amor y en honor, para exaltarlo en todo momento y prestigiarlo cumplidamente. Bien sé yo que los abogados no necesitan recordación de su toga honrosa para dignificar, por sí mismos, la profesión escogida, pero qué duda cabe, a todos interesa sostener el culto entrañable hacia esa envoltura suave, cariñosa y emotiva que simboliza, o debe simbolizar, nuestra bandera de combate, dispuestos siempre a defenderla y entregarla incólume a nuestros hijos.

¡Cuántas veces, al elevar nuestra voz ante el Tribunal, nos sentimos fortalecidos espiritualmente por esa dignidad moral que imprime la toga, frente a hombres que son de nuestra estirpe, sabiéndonos libres ante principios jurídicos y humanos y sin otra cortapisa que el derecho ajeno! En esos instantes nos parece ser, más que nunca, hijos de Dios, con el Código de las leyes y el Libro de

la vida abiertos ante nuestros ojos. Y si postulamos protección para un ultraje consumado o salvaguarda para un derecho escarncido, nos parece que la invocación fluye como iluminada y protegida por ese nimbo espiritual que nos presta la toga.

En este día de hoy, aparte el rito de su fiesta oficial, cada abogado celebra, en lo más íntimo, cualidades que, gracias a Dios, constituyen para él motivo, si cabe, de sincero orgullo (que orgullo no es vanidad, cuando responde a la conciencia de la virtud auténtica). Y así, al poner las manos sobre los Evangelios esos compañeros que hoy juran, saben que la toga que visten por vez primera les hace colaboradores de la Justicia; que su consigna y su escudo han de ser siempre el nombre de Dios invocado y una conducta prístina que haga honor a tal invocación; que, ante cualesquiera tentación, por halagüeña que sea, han de arrojarse valientes en su toga, para sonreír, altivos y decorosos, frente a los maquinadores de honras. Y que, en suma, nuestra clase es, y debe ser siempre, la de unos hombres que encienden su alma honesta y su mente estudiosa en ese hogar entrañable y simbólico de la toga.

Sentir repicar importa mucho y jornada es la de hoy en que debemos oír, más en lo íntimo que hacia afuera, alborozo de campanas, pues nada inspira tanta alegría como la santa hermandad.

En este día diáfano y oloroso de mayo, con preferencia a cualquier otro, conforta vestir la toga con ánimo tenso y limpio, alegre y elevado, no olvidando que, al festejar a nuestro Santo Patrono, conmemoramos el sacrificio de un hombre ante el deber sagrado. Y no es mucho pedir que nosotros también, y siempre, sepamos cumplir con nuestro deber, si no con heroísmo, al menos sí con perseverancia ilusionada.

VEGUITA Y SU BONDAD

Conocí a Veguita cuando era un niño, ya de reportero vibrátil, alegre, humilde. Porque Veguita siempre fue un niño. Tenía alma de niño. Su afición al periodismo le hizo ser un captador bullicioso de noticias, con su caminar rápido y su semblante optimista. Entonces buceaba, desde muy jovencito, por *La Mañana*, *La Crónica* y *La Provincia*, enamorado de la tinta impresora. Pero, sobre todo, sus deliquios eran los sucesos. Veguita asistía siempre a los juicios famosos. Le recuerdo sentado, como un escolar, ante sus cuartillas, en la mesa de los periodistas, y cumplía su misión a las mil maravillas. Era tan bueno que odiaba siempre el delito y compadecía al delincuente, pero le deleitaba la tramoya del proceso. En ocasiones se acercaba a mí para enterarse del «cómo» y el «porqué» del drama judicial. Era pequeñito, vestía de negro, usaba corbata esponjada de poeta, y en sus ojos brillaba siempre la ilusión inquisitiva de la noticia. Pero era, sobre todo, un periodista angelical, no tenía un adarme de malicia. Un día me dijo: «Yo no comprendo cómo alguien puede ser acusador.» Eso le definía, porque por los poros de su espíritu sólo se filtraba la bondad.

Todo el mundo quería a Veguita, y es que Veguita amaba a todo el mundo. Pero tenía predilección por los humildes. Pasó siempre desapercibido entre gente humilde. En el Puente de Palo, donde bullían los tipos populares, se hallaba su clima ideal. Ese es el secreto de los hombres buenos y, por qué no decirlo, de los hombres virtuosos: moverse entre gentes sencillas, de corazón abierto.

Creo que ha muerto con Veguita alguien que honraba su profesión. Por eso, al ver la noticia en la prensa, me produjo auténtica

pena. Ultimamente le encontré ya demacrado, caminando con un bastón, con esa tristeza que imprime la cercanía de la orilla fatal. Hablamos unas palabras y seguí mi camino, confortado con ese aire de bondad que trascendía de su alma añorada. Es el tiempo que no perdona. Cuando la visión de la eternidad se acerca, el hombre tiembla y se va derrumbando. Pero tengo para mí que Dios tiene un lugar acogedor para los que, como Veguita, han vivido con sencillez y con humildad. Y eso es lo que vale en la existencia del hombre: llegar a ese lugar.

LA SEMANA AMERICANISTA EN LA CASA DE COLON

La Semana Americanista, organizada por nuestro Cabildo Insular a través de la Casa de Colón, y que ha tenido broche final en la tarde de ayer, ha constituido una destacada nota de cultura. La personalidad de los disertantes y los sustanciosos temas por ellos tratados, en relación con el gran descubrimiento del Nuevo Mundo, han imprimido a esta efemérides singular brillantez digna de ser resaltada. Hasta la fecha venía siendo conmemorada la fecha del 12 de octubre con actos oficiales y protocolarios, pero es lo cierto que lo esencial y trascendental es poner de manifiesto esa enjundia ecuménica de la hispanidad, con hechos y personajes históricos que hagan conocer el glorioso episodio de nuestra Patria en la gesta de la incorporación.

Mirado desde este punto de vista, el acierto ha sido plenamente logrado. Catedráticos de solera prestigiosa han ocupado, durante toda la semana, la tribuna de la Casa de Colón. Desde Jesús Hernández Perera, con su inolvidable disertación (que ya comentamos), pasando por Ballesteros, Demetrio Ramos y Delgado Martín, hasta nuestros ilustres paisanos Morales Padrón y Rumeu de Armas, podemos asegurar que pocas veces ha adquirido tan brillante e inusitado relieve un Curso de Conferencias como en esta ocasión.

Han coincidido estas lecciones sobre la Hispanidad con encontrarme sumido estos días en el deleite de la lectura de la obra de Ramiro de Maeztu, verdadera joya de la literatura española, prologada por nuestro ilustre paisano Vicente Marrero, que ha sido lanzada por Editorial Católica, y que he adquirido directamente

por no hallarla aún en Las Palmas. Me ha servido de íntima complacencia constatar la similitud de pensamiento entre los disertantes de la Semana Americanista y la gran figura del autor de la *Defensa de la Hispanidad*. El padre dominico Fray Bartolomé de las Casas ha sido figura central en este Curso de la Casa de Colón. «Apóstol de las Indias y su defensor —nos dice Maeztu—, con una caridad tan arrejada que le convirtió en el inspirador de aquella reforma de las Leyes de Indias, a la cual se debe la incorporación de las razas indígenas a la civilización cristiana aun cuando nos hiciera flaco servicio con la «leyenda negra».

A través de las interesantes disertaciones de la Semana Americanista, se ha podido entrever algo que, sobre todo en Rumeu de Armas, ha descollado con singular valor, y que tuvo también subyugante interés en la conferencia de Hernández Perera. Me refiero a esos vasos comunicantes de la cultura y el carácter entre la corriente artística de Canarias y la América hispana, y la problemática del indígena en nuestras islas y aquellos pueblos de allende los mares.

La dicción clara y atractiva de las lecciones ofrecidas, el alto prestigio de los profesores invitados y, sobre todo, el rico contenido histórico-cultural de los temas desarrollados, ofrecen motivo para elogiar esta magnífica Semana Americanista, que debe quedar plasmada en un libro, para que sirva de honrosa divulgación y digno exponente de lo que se puede hacer cuando existe clara y limpia voluntad cultural al servicio del país.

29 DE ABRIL, PASA EL PENDON DE LA CONQUISTA

Hoy es día luminoso de Fiesta Mayor en Gran Canaria. Se conmemora algo que es esencia medular en nuestra vida insular: la Conquista. De ahí el que su Pendón —en un ambiente de cálida exaltación— salga de nuestra Catedral para recorrer la Alta Vega, y se rindan cumplidos honores.

Pero ¿qué es la Conquista? Sin duda la incorporación de Gran Canaria al Trono de los Reyes Católicos. Este hecho histórico tiene una evidente significación vindicativa. Una isla enclavada en la soledad del mar, poblada de hombres libres y valientes, quiere unirse a un Reino civilizado. Ha de participar, desde esta fecha memorable, de su cultura, de sus leyes, de su destino, en fin, material y espiritual.

Y es entonces cuando, sobre todo, se alza como signo reverencial simbólico la Cruz de los Católicos Monarcas, con todo su entrañable y eterno significado.

Isabel de Castilla, a través de sus Reales Cédulas, quiso siempre aureolar el gobierno de sus dominios, con un sello de cristianidad. A poco que se lean las disposiciones de esta Soberana insigne brotarán ante nuestros ojos —a través de pergaminos amarillentos— fecundas enseñanzas de justicia, honestidad y respeto humano. Bástenos recordar su política, de alta humanidad y prudencia, para percatarnos de la invariable rectitud con que procedían los Reyes, sin distingos de jerarquías ni privilegios de gobierno. Era depositaria de su confianza, en lo justo y aún en lo político, la Real Audiencia de Canarias, cuyo Regente tenía atributos de prestigioso Virrey.

La festividad cimera que hoy conmemora Gran Canaria creemos no debe constreñir su significado a un lírico recuerdo histórico —con ser ello tan hondamente sentido—, sino a honrar esta efemérides con una conciencia cívica fuertemente arraigada. En los pliegues del Pendón que hoy pasea la vieja Vegueta, debe ir contenido el anhelo inquebrantable de un quehacer moral, político y de progreso material. Pero, sobre todo, esa reliquia debe representar para Gran Canaria una superación espiritual. Porque la idea de la conquista ha de estar siempre vinculada a un Mensaje de Paz, de amor, de respeto al humilde, de abrogación de privilegios, de castigo punitivo a los logreros, de absoluta honestidad, pública y privada...

El Pendón, que hoy sube la plaza de Santa Ana —entre tronar de cañones y trompetas de triunfo— lleva impresa la huella gloriosa del Obispo Frías, con ese resplandor que da siempre una conquista a base de caridad y de justicia. Va pregonando amor al pueblo, vencido, pero no sojuzgado, fuente espiritual, límpida y fecunda, de un auténtico cristianismo.

¡29 de abril! Día esplendoroso de amor y recuerdo a nuestra tierra. Día de Gran Canaria. En el cielo está escrito —en esta mañana primaveral— el nombre de nuestros padres, la raíz de nuestra vida, el honor de nuestros aborígenes, la huella gloriosa de nuestros trabajos y sacrificios... Es el día en que, a la vera de ese estandarte, Dios depositó en el alma de aquellos guanartemes la semilla fecunda de la catolicidad. En una mañana como ésta —hace cerca de quinientos años— un pueblo sencillo ganaba la mano de Cristo para colocarse en el camino esperanzado de la eternidad.

Veamos pasar nuestro Pendón de la Conquista por estas calles, recogidas y señoriales, de la vieja Vegueta. Toda Gran Canaria le acompaña, dignamente representada. Y su pueblo le sigue y le mira, con esas pupilas que el corazón enciende de amor.

DE CUANDO RAMON Y CAJAL ESTUVO EN LA COMISARIA

El Madrid de los años 20 —época en que yo cursé mis estudios universitarios— era una capital semiprovinciana. Todavía, por esas calendas, circulaban por sus calles tantos coches de caballos como automóviles, comenzaba a funcionar el Metro y los tranvías prestaban un gran servicio, sobre todo a nuestros exhaustivos bolsillos de estudiantes. Las lujosas cafeterías de hoy se llamaban entonces «tupis», donde se tomaba el cazalla al compás de un organillo, y se prodigaban los cafés, de sillones de peluche y grandes espejos. No existían colegios mayores, teniéndonos que conformar con unas cochambrosas casas de huéspedes sin calefacción, a seis pesetas todo comprendido.

Sin embargo, aquel Madrid tenía su encanto. Sólo contaba entonces con cuatro cines y comenzaba a conocerse el cine parlante, con unas dificultades técnicas que le hacían molesto a nuestros oídos. Pero existían los grandes teatros —incluso el Real, que entonces funcionaba— los locales de varietés, con artistas famosas, como la *Chelito*, corridas de toros, paseo en El Retiro, partidos de fútbol (luciéndose Zamora como guardameta, a quien vi jugar múltiples veces) y, sobre todo, una vida intelectual de primer orden.

Como he dicho en otras ocasiones, mis actividades se desenvolvían en el Ateneo de la calle del Prado, donde preparaba mis estudios universitarios. En él, cada tarde, oíamos en su famosa *Cacharrería* —y a prudencial y respetuosa distancia— a Unamuno, Valle-Inclán, Ortega, Rosa de Luna, y tantos otros pensadores ilustres. Pero es que, además, por aquellos años solía, frecuentemente, cru-

zarme con otras insignes figuras de gran relieve nacional, al marchar al Ateneo o en nuestros paseos vespertinos.

Así, por ejemplo, casi a diario, solía encontrarme con Azorín, por la carrera de San Jerónimo o sus aledaños. El eximio escritor, de rostro enjuto y mirada perdida en el horizonte, deambulaba sólo, llevando en su mano un bastoncillo. También era muy corriente que viéramos a Romero de Torres, el gran pintor, envuelto en la capa española y camino de su tertulia en el café Fornos, de la calle Alcalá. Más de una vez coincidí en la plataforma de un tranvía con aquel eximio político que se llamaba don José Sánchez Guerra, que en días anteriores había dejado de ser jefe del Gobierno. En el café Universal, y en una ventana que miraba a la Puerta del Sol, no era raro que viéramos a aquellos dos toreros famosos, que se llamaban Juan Belmonte y Vicente Pastor, a quienes los transeúntes miraban con admiración. Pero lo que nos llamaba más la atención era la venerable y gloriosa figura de don Santiago Ramón y Cajal, que cada día iba por las tardes al café del Prado, sito en la calle de este nombre con la de León, frente al Ateneo.

En uno de sus ventanales se sentaba nuestro Premio Nobel, no a leer la prensa diaria, ni mucho menos libros de ciencia, sino —¡asómbrese el lector!— el «Tebeo», publicación, como es sabido, dedicada a los niños. Ya Cajal era hombre de muchos años, con su barba blanca y puntiaguada, con su sombrero negro y su abrigo. Por cierto que, en una ocasión, ocurrió un episodio que no me resisto a relatar.

Era proverbial que una parte de los intelectuales del Ateneo —de filiación extremista— proyectaran algaradas que luego tenían una trascendencia callejera de orden público. Una tarde, en la época de la Dictadura del general Primo de Rivera, siendo ministro de la Gubernación Martínez Anido y director general de Seguridad Millán de Priego, tales atenistas organizaron y llevaron a cabo una «sonada» antigubernativa. La acción de la policía no se dejó esperar, e inmediatamente comenzó a detener a cuantos salían del Ateneo y a quienes se hallaban en el café del Prado, que solía ser frecuentado por los socios de la docta casa. Y, sin la menor discriminación, un policía se dirigió a Ramón y Cajal y, cogiéndole por un brazo —sin saber de quién se trababa— lo metió en un coche y se lo llevó a la Comisaría. Cajal, humilde y obediente, se dejó conducir sin siquiera dar su nombre. Al llegar a la Comisaría, comenzó, como es natural, la filiación de las personas detenidas, y uno de los

inspectores, encarándose con el sabio profesor, le preguntó: «Usted, ¿cómo se llama?» Y hubo de contestarle: «Santiago Ramón y Cajal.» El inspector se echó manos a la cabeza, llamó al policía que lo había conducido, y le dijo enérgicamente: «Buena la ha hecho usted. Tome un coche inmediatamente y lleve a este señor a su casa.» Y tras de darle mil excusas al ilustre catedrático y acompañarle hasta la puerta, pidiéndole otros tantos perdones, Cajal le dio las gracias por sus amabilidades y contaba luego a sus amigos lo bien que lo había pasado en tan inesperado trance.

Al día siguiente, todo Madrid y toda España comentaba este incidente, entre jocoso y dramático, que había ocurrido a don Santiago Ramón y Cajal, la figura más eminente de nuestra Patria en aquellos momentos.

PINCELADAS DE JUVENTUD. SARAH BERNHARDT EN EL ATENEO

Llevamos siempre prendidos en el corazón los recuerdos de la juventud. Al correr de los años, son algo así como un perfume de amor que nos hace revivir las más bellas imágenes de una época feliz. Es cierto que luego amamos lo mejor de nuestra existencia: nuestra esposa y nuestros hijos. Pero ello no logra borrar, ni siquiera difuminar, esa gama de colores, verdadero arco iris de la juventud, que brilla bajo el signo de la alegre irresponsabilidad.

Y es que estaba recordando ahora mismo, en el plácido silencio del hogar, un emotivo episodio de mi época de estudiante en Madrid.

Acudíamos cada tarde al Ateneo un grupo entrañable de universitarios canarios y, tras un rato de tertulia, subíamos a su Biblioteca a preparar nuestros estudios. Allí estaban encorvados sobre sus carpetas, eminentes personalidades de la Literatura, de la Ciencia, el Arte o la Política. Desde nuestro Agustín Millares Carlo, pasando por Ortega, hasta Ramiro de Maeztu, en aquella biblioteca, silente y nutricia, se formaba, a más de los universitarios, gran parte de la élite de la intelectualidad española, la misma que había de imprimir luego una proyección de drama o de gloria, o de ambas cosas a la vez, a la vida de nuestra Patria.

Una de estas tardes sonaron los timbres del gran salón especie de pequeño parlamento situado en la planta baja, como señal inequívoca de especial acontecimiento. La biblioteca se despobló, de todos los rincones salieron socios, escritores y poetas, y, *rara vis*, acudieron también, suspendiendo la famosa tertulia de la llamada

cacharrería, Unamuno, Valle-Inclán, Pérez de Ayala y tantos otros consagrados por la fama. En definitiva, hubo en la docta casa un «suspense» de expectativa emoción en todos sus contornos.

Era Sarah Bernhardt, que llegaba invitada al Ateneo para tributársele un homenaje. Toda una ofrenda reverencial a la gran trágica, que había conmovido a los públicos del mundo con su arte, maravillosamente transfundido en el dolor. Sarah Bernhardt subía en andas a aquel escenario, cuando ya en la cúspide de su carrera gloriosa, le había sido amputada una pierna y recorría toda Europa para recibir la despedida emocionada de cuantos la admiraban.

Aquella tarde la gran trágica lloraba de emoción, y no era para menos, porque, mientras sonaban en el salón del Ateneo los acordes del himno nacional francés, caía sobre ella una verdadera lluvia de pétalos de rosas. En aquel instante nos pareció que estaba representando la más real y auténtica tragedia de sus triunfos teatrales: la de su propia vida, en el definitivo ocaso de su gloria artística.

En medio de un clamor admirativo de los ateneístas, salió Sarah Bernhardt en su silla de mano, y, a los pocos meses, los periódicos y revistas del mundo entero publicaban la imagen de un féretro, también cubierto de flores, que, en una tarde invernal, desfilaba, entre cipreses, camino de la eternidad...

El último acto de su gran tragedia se había consumado. Era la única vez que el telón caía en medio de un silencio sobrecogedor.

NIEVE PARA RECIBIR EL AÑO

Hoy ha amanecido Madrid cubierto de nieve. Maravilloso espectáculo de esta gran ciudad, refombrados sus parques, tejados y calles con la nítida blancura de la nieve. Hemos ido al Parque del Oeste, donde el termómetro marcaba la gélida temperatura de cuatro grados bajo cero. El aire era fino y cortante como una daga, pero experimentamos el placer de hallarnos enfundados en un buen gabán, guantes y bufandas. Los guardas de aquel bosque se calentaban a la vera de su fogata y unos niños jugaban gozosos, tirándose pelotas y haciendo figuritas con la albura de la nieve.

No había visto nevar en Madrid desde mi época de estudiante. Entonces nos íbamos al Parque del Retiro, y su gran estanque solía helarse hasta convertirse en una pista de patinaje. Aún me parece estar viendo a Rafael O'Shanahan, Carlos de la Peña, José Bosch Millares, Orencio Hernández y tantos otros canarios, en aquellos jardines cubiertos de nieve «desquitándose del sol» de nuestra tierra, estrujando entre las manos y arrojándonos a la cara los fríos y blanquísimos copos. De regreso, nos refugiábamos en el Ateneo, nuestro sitio de estudio, buscando el amparo confortable de la calefacción.

Ahora el tiempo ha pasado y me produce, a qué negarlo, profunda nostalgia el recuerdo de la juventud en aquel Madrid, aún cortesano y recoleto de landós y cocido, «tupis» con organillos y amoríos con modistillas. Pero, en cambio, tengo aquí al rincón acogedor de mis hijos y mis nietos, bullidores y alegres, con los que también he ido a los jardines nevados para jugar con ellos, como un «niño» más. Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir estos ratos

felices, junto a los míos, cayendo la nieve allá afuera, y el árbol de Navidad encendido en nuestro hogar familiar. Presidiendo el saloncito un belén sencillo, con un Niño en el regazo de su Madre y los pastores que llevan sus presentes a aquella Cueva con sabor de eternidad.

Todo hoy es blanco, impoluto, con perfume de nardos y retamas de calor de hijos. No nos place sino el solazarnos en esta íntima escena familiar, oyendo, eso sí, la música de los villancicos, como con fondo embriagador a la noche de Fin de Año. No sé por qué queremos desprendernos en estas fechas de todo el lastre amargo que comporta la vida y pensar sólo en la bondad, en el amor, en la pureza de las costumbres, en hacer el bien y en perdonar... La tierna mirada de aquel Niño que ha nacido nos impulsa a este profundo sentimiento de hermandad. Es el maravilloso rayo de luz que proviene de este humilde pesebre oloroso y divino.

En este día de fin de año, en el que el Cielo nos envía una lluvia de pétalos blancos, el corazón del hombre se halla propicio a cumplir el mandato —del Niño-Dios—: Amar a nuestro prójimo. ¿Seremos capaces de clavarnos para siempre esta sencilla pero gran lección? Porque, la verdad, es que en estas fechas luminosas, el mundo entero se estremece de júbilo celebrando el nacimiento del Señor, y los hombres parecen fundirse en el mismo sentimiento de ternura, pero toda esa blancura del alma —al igual que la nieve— bien pronto se convierte en barro de odios, de injusticias o de luchas fratricidas.

Ojalá que en este año nuevo que se nos avecina, quiera la Humanidad sublimar, y no encenegar sus ideales, único modo de lograr una convivencia en cierto modo pacífica. Yo, desde aquí, lo anhelo ardientemente, sobre todo para mis paisanos canarios, y que sigamos durante muchos años contemplando en la Paz de Dios, cómo cae la nieve por estas latitudes y cómo brilla el sol en nuestra tierra querida.

HONOR A LOS QUE VALEN

La ciudad de Las Palmas ha rendido justo tributo de homenaje a dos preclaros hijos suyos: Agustín Millares Carló y Miguel Martín Fernández de la Torre. Los ha declarado hijos predilectos de nuestra capital y, en una sesión emotiva, el alcalde, en representación de la Corporación en pleno, les ha impuesto las insignias de ese máximo galardón.

Estoy seguro que los hijos del país, no embargados por actos de relumbrón, habrán acogido con plácemes y con orgullo el que dos personalidades de tal relieve hayan sido premiados con la máxima de las distinciones que puede conceder la cuna de nuestro nacimiento. Estos dos hombres, graves, ceñudos, cargados de méritos, reciben en la última etapa de sus vidas, este espaldarazo, no ya de una mera Corporación, sino de todo su pueblo, y, al ser de tal forma honrados, honran, a su vez, a la ciudad en que nacieron, porque ve en ellos un símbolo brillantísimo de estudio, investigación, amor al Arte, dedicación a la Historia, entrega fervorosa al trabajo y, sobre todo, enaltecimiento de esta querida parcela donde vieron su luz primera.

Es difícil, si no imposible, destacar las más relevantes virtudes de Agustín Millares en orden a sus tareas investigadoras, del mismo modo que resultaría arduo tratar de exaltar y concretar las obras de arte de Miguel Martín que le hayan podido calificar justamente como uno de los más famosos arquitectos de la época moderna. En aquél, habría que remontarse a sus años jóvenes del Ateneo y la Universidad de Madrid, pletóricos de promesas paleográficas, para hallarse luego en plena madurez triunfal de inves-

tigador estudioso y creador literario ejemplar. En el segundo, sería preciso adentrarse en su gran inspiración artística, conjuntada con la técnica, que hizo cristalizar todo un dechado de obras bellas, gala y ornato actualmente de nuestra capital.

Y me imagino cómo desde la otra orilla de la vida y ante el homenaje de estos hijos predilectos habrá levantado su cerviz la estirpe de los Millares para contemplar orgullosa el triunfo de Agustín, al igual que los ojos avisores de Néstor, húmedos de emoción, habrán mirado y admirado a Miguel con dulce y entrañable hermandad.

Hace falta que se persevere en este camino de conceder honores a la auténtica virtud intelectual y moral de los paisanos destacados, porque, cuando tal ocurre, brota en nuestros corazones una devota adhesión a los verdaderos méritos logrados, de modo recto y honesto. La verdad es que, cuando vemos subidos a las gradas del más excelso y puro de los reconocimientos a dos personalidades como las de Agustín y Miguel, el alma se nos viste de fiesta, ya que tras el gesto de la justicia, campea siempre ese eterno emblema, que es el de la gratitud de un pueblo.

Ojalá que la juventud canaria sepa mirarse en ese límpido espejo de estos dos hombres, que han sabido elevar y realzar a su tierra en el estudio, que han disimulado con la sencillez la gloria, con el mérito la fama y, sobre todo, con sus trabajos fecundos el ardiente amor a su ciudad.

ANTE UN MOMENTO CRUCIAL PARA CANARIAS DESCENTRALIZACION Y ESTATUTO

El régimen administrativo eficiente de los países adelantados tiende a ser el de una marcada descentralización. Tradicionalmente, las regiones venían estando sometidas a la férula centralista de la Administración, marginándose el criterio propio de aquéllas respecto de sus problemas, más el derecho autonómico de los pueblos se ha abierto paso ante la diversa y peculiar tipicidad de las cuestiones planteadas. En España, una disposición característica de este sistema descentralizador, fue, sin duda, la de la creación de los Cabildos Insulares en el año 1912 por el Gobierno que presidía Canalejas.

Se ha incidido frecuentemente en el error de sostenerse que la descentralización administrativa supone un afán de romper con los vínculos unitarios de la nación. Precisamente representa todo lo contrario, porque nada inclina tanto la adhesión y el amor de una provincia hacia el poder central como el verse amparada por éste en su legítima aspiración de estudiar, dirigir y defender sus propias cuestiones.

De ahí el que yo estime que, basándose en este punto de vista, deba enfocarse el grave problema que hoy se debate en Canarias en torno al esquema Económico-Fiscal. Nuestro archipiélago necesita, sin ambages ni rodeos, adoptar una orientación descentralizadora para el estudio de las facetas económicas, administrativa y social que la embargan y que se hallan pendientes de resolución. Con ello quiero expresar dos cosas: una, que es preciso establecer grupos de trabajo en nuestras islas para el estudio, integrados

por representaciones y personalidades canarias, con conciencia y competencia en la labor que realicen. Otra, que ese estudio no se limite a lo fiscal, ni tan siquiera —adviértase bien— a lo económico, en su sentido estricto, sino que se extienda también a lo industrial, lo administrativo, lo agrícola y lo social.

La situación actual de las islas exige reflexionar muy mucho sobre su libertad de comercio, sin esas gabelas que han ido convirtiendo en un mito nuestras franquicias, pero obliga también a meditar, buscándose fórmulas solutorias, sobre la grave situación de las industrias, presiones hacendísticas, restricciones de créditos, crisis comercial, desamparo de nuestra producción agrícola y defensa de las clases humildes, desde un punto de vista social y humano. Estos todos son problemas reales, que estamos palpando y contemplando día a día, incitando nuestra conciencia y condición de canarios a su planteamiento y posible resolución.

El limitarnos a una mera impugnación del esquema que se nos ha propuesto, sería fraccionario e infructuoso. Las Comisiones de trabajo que se están nombrando en las dos provincias canarias, deberían, en su día, agruparse con criterio selectivo y unitario para, con tiempo prudencial, estudiar, seria y competentemente, esta serie de cuestiones esenciales a la vida de nuestra región. Sería, sin duda, intrascendente, reducir los problemas medulares y diversos del archipiélago a la mera discusión de tipos impositivos fiscales, siendo así que en los momentos actuales en Canarias —por qué no decirlo— se padece una amplia crisis que sería suicida soslayarla u olvidarla. En nuestras islas existe una evidente descapitalización, es público y notorio que se suceden las suspensiones de pago, la producción frutera básica del país se halla en signo negativo y vivimos dependiendo un tanto del balón de oxígeno del turismo, que es cierto representa un capítulo importante para nuestra economía, pero cuya influencia no cala igualmente en sus diferentes capas sociales.

Por otra parte, seríamos injustos si no reconociéramos el interés que el Gobierno ha venido proyectando hacia Canarias, en su buen deseo de tratar de paliar algunos de sus problemas: viviendas, carreteras, mejoras en nuestro puerto, etc., pero convengamos en que hemos de ser nosotros, desde aquí, con próximo y profundo conocimiento de causa, los que estudiemos las cuestiones que nos sean características, buscando soluciones y, luego, pisando fuerte

ante el Poder central para que sean atendidos y respetados nuestros derechos.

Hemos de darnos cuenta al llegar a este punto de la necesidad de que esa agrupación de miembros responsables que integren las Comisiones, no se disuelva en un plazo perentorio, sino que debería constituir una especie de Organó de Asesoramiento y colaboración cerca de los Cabildos Insulares, durante un trienio o un quinquenio, con aprobación del Gobierno, para llevar a plena madurez, en lo posible, la solución de esa gama fundamental de cuestiones sometidas a su consideración. De este modo, se llegaría a la elaboración de un verdadero Estatuto Económico para el Archipiélago referido a sus peculiares problemas y de indudable trascendencia en los momentos actuales.

Pensemos que es éste un instante crucial de la vida de Canarias, no factible de ser estudiado, ni menos resuelto, con acosos de tiempo ni con forzadas improvisaciones, sino con la serenidad, el patriotismo y la energía que demanda su gravedad.

AQUEL ULTIMO VAGON

Era una noche de verano, en Madrid. La víspera de San Antonio. Dejábamos atrás la primera verbena «que Dios envía»: la de San Antonio de la Florida. Aún existían los chisperos y las manolas, los landós y las victorias, tirados por troncos de caballos. Ardían en los cerros y montes cercanos a la Villa del Oso y del Madroño, las hogueras en honor al santo milagroso. El cielo lucía estrellado, y en los paseos de aquel Madrid de los años 20 se percibía el aroma sutil de las acacias.

Era la fecha del retorno a nuestras casas, después de los exámenes, para pasar las vacaciones. Llegamos a la estación del Mediodía para tomar el expreso de Sevilla, que partía a las ocho y veinte de la noche. Ocupamos, en principio, un vagón delantero, muy junto a la locomotora, pero, debido al asma que yo entonces padecía, mi hermano Rafael y yo nos trasladamos a uno de los últimos vagones del tren. Ya a punto de arrancar el convoy, llegó nuestro primo Juanito Ramírez de la Torre, que, como siempre, corría él, tirando primero las maletas y arrojándose, poco menos que de cabeza, en el interior del vagón. También viajaba con nosotros un señor conocido de Las Palmas, ya fallecido, que, por más señas, usaba peluquín.

Ya estábamos acomodados en nuestros asientos respectivos, tranquilos, sonrientes, con esa natural y complacida alegría de retornar a nuestras casas para disfrutar las vacaciones de verano. Apareció en la puerta interior del vagón el encargado de comedor del tren que nos anunciaba la primera mesa, por si ya queríamos ir a cenar. Estábamos llegando a Villaverde, a veinte minutos de

Madrid, empalme de varias líneas férreas. Y fue en ese preciso instante cuando ocurrió la tragedia. Se nos interpuso el tren correo de Toledo —que, por lo visto, venía con retraso y pretendía ganar tiempo— y nuestra locomotora del exprés lo atravesó de lado a lado. Nosotros sentimos, primero, el gran frenazo, y en seguida el tremendo choque que conmovió todo el convoy; se nos cayeron encima de nuestras cabezas las maletas y fue nuestro vagón el único que quedó sin volcar sobre la vía. La decisión final de elegir aquel último aposento había sido milagrosa. Tuvimos rasguños leves y el susto consiguiente, pero para nosotros la tragedia no había tenido consecuencias mayores. La única adversidad se contraía a que nuestro acompañante canario perdió su peluquín y no lo encontró a pesar de sus búsquedas incesantes.

Jamás se nos olvidará a mi hermano Rafael y a mí aquella noche dramática. Nosotros nos tiramos del vagón y caímos por un terraplén lateral de la vía, pero no tuvimos otro percance y hasta las maletas nos fueron devueltas en la consigna al cabo de unos días. Pero no podemos apartar de nuestro recuerdo aquellas voces de dolor, de confusión y de espanto. Llegaron los primeros auxilios y con ellos el ministro de Obras Públicas —entonces de Fomento— don Juan de la Cierva. Veíamos pasar las camillas con muertos y heridos. Llegaban coches de Madrid interesándose por sus familiares. Algunas personas daban voces reclamándolos por sus nombres, y recuerdo que alguien gritó: «¡Ramírez!», y cuando nos hicimos presentes, no éramos nosotros a quienes se buscaba. Por fin se organizó un tren de socorro para retornar a Madrid y, era tal el pánico, que nadie quería ocupar los vagones primeros.

Aquella entrada de retorno en la estación del Mediodía fue sobrecogedora. El convoy se deslizó despacio, con esa dramática y precavida emoción de los graves sucesos. Los andenes se encontraban llenos de gente, sobre todo familiares, que aguardaban nerviosos, en su silencio. Mi hermano y yo marchamos caminando hacia la calle Valverde, donde teníamos nuestra casa de huéspedes, y excuso decir la sorpresa de un gran compañero y amigo nuestro, Juan S. López, que nos había despedido en la estación hacía unas horas, cuando nos vio entrar por las puertas, como dos figuras fantasmales.

Aquella madrugada no pudimos conciliar el sueño y nos echamos a la calle para desvanecer un tanto el recuerdo de la tragedia. Era una noche serena de verano; las calles estaban vacías y sólo

nos tropezábamos con esas infelices buscadoras de la vida, disimulando su triste oficio con una sonrisa de carnaval. Encaminamos nuestros pasos hacia el Parque del Oeste y allí nos amaneció, oyendo aún, a lo lejos, las notas de los organillos de San Antonio de la Florida y viendo cómo el horizonte se teñía de los primeros colores del día que empezaba.

En seguida fuimos a Telégrafos para comunicar a nuestros padres que nos hallábamos sanos y salvos. Nos pareció mentira encontrarnos al cabo de unos días, en nuestra casa, en la plácida dulzura de la casa paterna. Nunca supimos, como aquella noche trágica, cuánto valía la vida y qué próxima está siempre la muerte.

Más tarde se hizo público en la prensa que, si bien el fogonero del exprés se tiró a la vía cuando advirtió el peligro, el maquinista se agarró a los frenos exclamando: «Me mato para salvar el tren.» Con este título el «ABC» de Madrid abrió una suscripción pública en su favor de su viuda, que obtuvo una gran recaudación. Y nosotros le encargamos una misa en la ermita del Espíritu Santo.

**AL P. JOSE RODRIGUEZ
LA OFRENDA DE NUESTROS SORDOMUDOS**

En Cáritas funciona ya, a pleno rendimiento, el Colegio Internado de Sordomudos, bajo la advocación de San José. Y con motivo de la festividad de su santo patrono, en un amplio salón, y tras la celebración de la santa misa, tuvo lugar un acto tan simpático y humano que en todos nos dejó una huella indeleble de emotiva admiración.

Protagonistas de este delicioso espectáculo fueron los propios niños y niñas que, privados de la facultad de oír y de hablar, llevan grabados en sus caras un sello de inteligente y candorosa alegría. En el corto tiempo de vida que tiene esta institución de caridad ya se advierte la eficacia de su función, gracias a la probada competencia de su profesorado y a la aplicación especializada de los aparatos que van redimiendo al sordomudo, progresivamente, de su desgracia.

Los alumnos, como una ofrenda a su Delegado Diocesano, don José Rodríguez, en el día de su onomástica, quisieron revelar los progresos de la terapéutica pedagógica en ellos operada. Y compusieron una sesión, no por sencilla menos memorable, llena de vivaz alegría, con disfraces adecuados y cuentos atractivos. Con ello poníase de manifiesto que el sordomudo puede adquirir y adquiere, de modo paulatino, su facultad de hablar. A base de una enseñanza adecuada, valiéndose el profesorado de curiosos aparatos y de sensibilizar al alumno mediante la mímica, los dibujos, etc., se va rehabilitando en él ese medio esencial de comunicación que es la palabra.

Estos niños —que van saliendo de su penumbroso silencio— dieron ya en su Colegio de Cáritas una lección maravillosa de práctico aprendizaje vocal, que a todos nos conmovió. Un grupo, lleno de simpatía, nos brindó el cuento del «lobo y la cabra», con un ingenuo gracejo no exento de picardía infantil. Otra escena de auténtico relieve fue la que representaba el famoso relato de *Caperucita Roja*, con las dicciones aventajadas de los sordomudos y, finalmente, puso broche de oro al alarde bucal de los alumnos, el canto, a coro, de una canción, que provocó una ovación prolongada de cuantos llenábamos el salón.

Los sordomudos en Las Palmas ya van saliendo de su dramático mutismo para incorporarse a la vida a través de este Colegio Internado de Cáritas Diocesana. En sus patios y jardines ya se escuchan, con alegría, voces articuladas que confortan el alma, porque son seres que se van recuperando para la sociedad. Sobre todo, la tristeza de los padres se va iluminando de esperanza, porque el gemido gutural de sus pequeños, inarticulado y sombrío, se convierte, progresivamente, en la emoción incontinida de la palabra que nace a la vida.

Sólo plácemes merece este profesorado, que me atrevo a llamar heroico, de la Escuela de Sordomudos de Cáritas. Esos pedagogos especializados que, con paciencia, con cariño y con dotes psicológicas, van reincorporando a la vida normal toda una pléyade de muchachos que podrán ser útiles a la sociedad y a sus padres.

No creo que nuestro delegado episcopal, don José Rodríguez, haya podido recibir, en el día de su santo, un regalo más emotivo y digno de gratitud, como el obsequio que le hicieran estos niños sordomudos, sabiendo ya pedirles su bendición con la palabra, ese don divino de comunicación de los corazones.

EL PUENTE DE VERDUGO

¡Cuánto nos acordamos del Puente Verdugo! Era la auténtica divisoria de Vegueta y Triana. Ese tajo pedregoso, sólo con aguas tumultuosas en épocas invernales, era, en su desembocadura, asiento fundacional de la ciudad y, aguas arriba, deslinde natural de fincas, heredades y molinos. Antiguamente, cuando no se represaban las aguas, por el Puente de Verdugo, en las internadas pluviosas, el agua del Guiniguada pasaba, arrastrando hacia el mar, animales y plantas en gran cantidad. De cualquier modo, ese puente de sillería, de configuración romana, representó siempre para la ciudad su arteria aorta, del mismo modo que para Tomás Morales su calle principal tuvo ese mismo carácter para el barrio de Triana.

Porque es preciso decir que el Puente de Verdugo no tuvo siempre la misma configuración que ha conocido la generación presente, de edad juvenil. Preciso es, pues, tener presente su fundación y transformación a través de los años.

Corría el mes de marzo de 1796 cuando se supo en Las Palmas que había sido designado obispo de su Diócesis don Manuel Verdugo, primer prelado hijo de Las Palmas, que era elevado a tan alta jerarquía. Esta noticia produjo en Gran Canaria una gran impresión, y se recibió con repique general de campanas y manifestaciones públicas. Había nacido el obispo Verdugo en nuestra ciudad en 1749. Tomó el título de doctor en Leyes en la Universidad de Alcalá de Henares; se le eligió canónigo, arcediano, provisor, vicario general y, finalmente, auditor del Tribunal de la Rota en Madrid, para pasar de este cargo a ser obispo de Canarias.

Es curioso el artilingo de que se valió el alcalde de Las Palmas,



don José Agustín Bethencourt, para que se construyera el puente que había de unir los dos barrios de Vegueta y Triana. Para ello, un buen día reunió al pueblo en la plaza de Santa Ana, para expresarle, en ardoroso discurso, que el obispo Verdugo deseaba construir el referido puente a sus expensas, debiendo todos solicitar la presencia del prelado en los balcones de palacio para agradecerle tan generosa concesión. El obispo hubo de asomarse, un tanto asombrado, porque nada sabía de todo aquel ardid, pero, ante las insistentes ovaciones de gratitud y tomando conciencia de la necesidad del puente, hubo de prometerlo a su grey, construyéndolo, en efecto, de sus fondos propios.

De este modo se levantó el antiguo puente de Verdugo —así llamado por acuerdo de la Corporación municipal— que, como decimos, tenía configuración romana, de preciosa sillería, entrándose en él desde la calle de Muro, a través de un desnivel ascendente y bajándose luego hacia la calle Obispo Codina, por el consecuente desnivel románico, hasta ganar esta última calle que tenía entonces una pendiente más acentuada. En las cuatro esquinas del referido Puente Verdugo erguíanse las cuatro estatuas representativas de las estaciones del año, que eran de gran belleza ornamental y que, desgraciadamente, han desaparecido víctimas del modernismo urbano.

Pasaron los años y, en 1927, siendo alcalde de Las Palmas don Salvador Manrique de Lara —de feliz memoria— no hubo otro remedio que suprimir la configuración romana del Puente Verdugo, derribando el desnivel o joroba que entonces tenía, para allanarlo en la forma y modo que todos hemos conocido hasta la reciente reforma de cubrimiento del barranco.

De este modo, es indudable que la ciudad ha ganado en fluidez de tráfico y hasta en la inevitable estética que ha supuesto la cubierta del Guinguada. A Las Palmas, que es una gran capital estrecha y congestionada de tráfico, se le ha dado una expansión necesaria, pero ese centro vital ha perdido en belleza, convirtiéndose en una gran explanada amazotada de cemento. Creo que ha debido planearse esa misma avenida, pero procurándose en ella la existencia de quioscos y puestos de flores, transformando lo inhóspito y crudo del cemento en una gran rambla, atractiva y digna del centro de una gran capital. Y, desde luego, conservándose como trofeos históricos de la ciudad, esas cuatro estatuas de mármol que daban escolta al viejo puente romano del Obispo Verdugo.

EN LA APERTURA DE TRIBUNALES: EL JUEZ Y SU FUNCION

Se dice, con harta frecuencia, que el Derecho debe humanizarse, lo que parece denotar el deseo de que la ciencia de lo justo se adapte, en sus principios y en su técnica, a la humana naturaleza del sujeto a quien se aplica. Esto que parece tener todo el sentido de una apoteogma ideal, no deja de ser una insoslayable realidad, ya que si el Derecho no se pliega y conforma a ese objetivo humano para el que ha sido creado, deja de ser Derecho para convertirse en un mito o en una entelequia doctrinal sin contenido.

El Derecho positivo ha de contemplar, pues, en todo instante al hombre en sí mismo y en sus múltiples relaciones con los demás hombres para infundirle el soplo de la juridicidad. El «Corpus juris» no es, o no debe ser otra cosa que una proyección del espíritu de equidad a la vida integral del ser humano. El anhelo, en definitiva, de instaurar un estado de equilibrio social, acercándonos, todo lo posible, a las normas del Creador, máxima expresión de lo justo.

Lo difícil, empero, no radica en la concepción del Derecho —que descansa siempre en una base filosófica—, sino en su aplicación práctica a la complejidad de la vida humana. He aquí en los tiempos actuales el gran problema de la misión judicial. La interpretación intelectual de las leyes ha de obrar en función de las difíciles e intrincadas facetas que presentan hoy la familia, la propiedad, la sucesión, el estado de angustia en que el hombre vive, sus derechos y obligaciones de toda índole. El contenido moderno del Derecho ha hecho que el Juez, forzosamente, tenga que tener un

mayor arbitrio en la estimación y resolución de los asuntos que dirime y falla. Y no se le concibe como un técnico que, friamente, aplica la norma legal al caso debatido, sino como un intérprete amplio, flexible, equitativo del texto atinente al punto litigioso sometido a su consideración. Tratar de encasillar al juez de nuestros días en los moldes rígidos del Código, vale tanto como exponerlo a ser contrariado y desbordado frecuentemente por los problemas que crea la complejidad de la vida, y a que sus resoluciones sean tal vez estrictamente legales, pero no justas.

De ahí la misión altísima que, desde un punto de vista humano, tiene que cumplir el juez ante el panorama dramático del individuo y de la sociedad moderna. Ha de explorar, con sutil y piadosa mirada, lo más íntimo del hombre; ha de aplicar principios de supremo valor espiritual a las relaciones familiares; ha de tratar con cauteloso tino los problemas patrimoniales; ha de adivinar y prevenir la malicia como en ningún otro tiempo; ha de aplacar el odio y ofrecer el consejo a quienes frecuentemente son dominados por la pasión; ha de reprimir con severidad humana y fallar con criterio de lo justo. Ha de tener, pues, además de sentido jurídico, un poco de psiquiatra y de sacerdote, de sociólogo y de rector de vidas y haciendas. Ha de ser, sobre todo, Hombre, en el sentido sublime que esta palabra representa. Porque sentirse Hombre el que enjuicia, es saberse hijo de Dios y Hermano de su prójimo, y ello es siempre la mayor garantía de la justicia. Un juez que no inspire sus resoluciones en esta norma suprema de amor y comprensión hacia sus semejantes —con sujeción, desde luego, a principios jurídicos— podrá ser tal vez un técnico mecanizado, mas nunca un ente humanizado al servicio del Derecho.

Resalta así esta función ontológica del juez, nimbada de claros atributos, con esa luz propia que da el conocimiento técnico, conjuntado y superado por la inspiración de principios que, desde lo alto, tocan su alma, para imprimir rectitud a su criterio, ponderación a su razonamiento y justicia a su decisión.

Nuestra vida profesional nos hace meditar sobre estos problemas, arduos y complejos. Y cada vez le hemos dado una significación más honda a ese Crucifijo que se alza en la mesa de los jueces. Es el símbolo de la conciencia impoluta y del amor misericorde, algo que a todos nos infunde la emoción de lo justo.

Y mucho más nos inspira ese sentimiento de íntima confortación, un día como el de hoy en que los Tribunales abren simbólicamente sus puertas a un nuevo Año Judicial y en que unos compañeros jóvenes visten su toga por vez primera, jurando ante los Evangelios.

UN LIBRO DE JOSE MIGUEL ALZOLA: «DON CHANO CORVO (CRONICA DE UN JARDINERO Y SU JARDIN)»

José Miguel Alzola nos ha hecho, en estas fiestas navideñas, una magnífico regalo: *Don Chano Corvo*. Es un regalo en forma de relato novelesco, pero humano, y, además real. En sus entresijos hay un latido de costumbrismo decimonónico y auténticas esencias de poesía. A través de sus capítulos surge un personaje central característico de la *belle époque*, porque es enamorado y mundano, obediente a la férula materna, pero con proyecciones a un París deslumbrante.

Este libro de José Miguel arranca de la Montaña de Doramas, de aguas fresquísimas, cerros amenos y poblada de árboles, dando sombra a los verdes prados. Es entonces cuando aparece en tales parajes la figura de don Miguel González Corvo, abuelo materno de don Chano, protagonista de la obra. Los padres de éste, don Enoch y doña Rafaela Quintana y Cardoso, tenían instalada una tienda en la calle de la Peregrina, que esta señora gobernó, con mano férrea, desde lo alto de una tarima encristalada. En ella se vendían telas de merino, alpacas, driles, crespones y también la Santa Bula... Pero José Miguel Alzola, con su fino humor, nos dice: «Posiblemente don Enoch interpretó mal el contenido de la Santa Bula, en lo que se refería a la mitigación de la abstinencia de carne, porque comenzó a ser cliente asiduo del Seis de Copas, la mala casa del honorable barrio de San Antonio Abad, en la que traficaban con sus encantos las mozas ligeras de la isla.»

Hay algo en el autor de este libro que siempre le ha sido peculiar: la amenidad. Pero una amenidad que consiste en hacernos

gozar con relatos sabrosos de episodios canarios y frases de auténtico gracejo. La tienda de doña Rafaela, el intimismo de su morada, la formación pedagógica de don Chano, adobado todo ello con estilo literario limpio y claro, nos permite paladear los capítulos de este libro con verdadero deleite. Al igual que en *La Rueda*, en *El niño enfermero*, y no digamos en la *Historia del Colegio de Abogados*, José Miguel Alzola sabe extraer la quintaesencia novelesca o histórica de un costumbrismo isleño que nos subyuga a través de sus páginas.

Pero tiene esta crónica de un jardinero algo más trascendental. Y es el sedimento que la pedagogía del preceptor del protagonista va dejando en su espíritu, hasta inclinarlo hacia ese amor que luego tuvo a la Naturaleza, forjando su gran jardín de Corvo. Desde este punto de vista educativo adquiere realce en este libro el mundo interior que se crea en el personaje central, desde pequeño, en torno a sus aficiones botánicas, hasta surgir el experto cultivador de especies bellas y extrañas. La doctrina del subconsciente freudiano parece tener aquí aplicación justificada.

Acaso lo más inefable de este precioso libro —que tiene un fondo humano insoslayable— sean esas tertulias decimonónicas en la casa de los Corvo, de la calle de la Peregrina, en un marco de consolas, espejos dorados y velones de porcelana. La descripción que José Miguel nos brinda de estas reuniones con las de Quesada y las niñas de Navarro Sortino —no sin sus picantes gotitas de humor— hacen de estas páginas un delicioso atractivo literario.

Mas don Chano Corso no es un tipo vulgar. Es un poeta que ama la Naturaleza y crea en lo alto de nuestra isla un gran jardín. La casa de Corvo fue construida en tierras de Moya, «en un lugar donde se entrecruzan los vientos, golpea el granizo en los inviernos crudos y hace de las suyas el levante... con casa de labranza y diez fanegadas de tierra»... Don Chano regresaba deslumbrado por el Botánico de París, y en este lugar de Corvo plantó árboles, muchos árboles, bordeó los paseos de robles, de plátanos del Líbano, pobló una llanada de pinos, y en los alrededores de la casa se reunieron el drago y el mocán, el lentisco y el barbusano, el viñático y el til, el laurel y el escobón, como muestra de la vieja flora de la isla. Luego —nos dice José Miguel— fue trazando el jardín, construyó los invernaderos y quiso que una hermosa rosaleda constituyera el centro del Parque. Prodigábanse los macizos de hortensias y las cascadas de geranios, cubriendo las paredes de

piedra, y siempre el ruido del agua saltando por la acequia ancha y escalonada. A este bellissimo refugio llevóse don Chano sus libros de Historia, de Botánica y también el Kempis...

Aquel hombre de la calle de la Peregrina se internó en el silencio de su alma, en lo más alto de una montaña de Moya, rodeado de árboles y flores, como un romántico inveterado, velando las trenzas, por él cortadas, de su primera novia, y el cadáver de aquella única hija de catorce años que enterró él mismo al pie del altar...

Bello libro éste de José Miguel Alzola que nos presenta —junto al sobroso y delicado cuadro de una época canaria entrañable— la silueta ejemplar de un hombre que supo amar el perfil poético de la vida, entre flores y meditaciones. Un hombre que, en medio de la agreste soledad de la montaña, sabe crear un jardín, y en las noches de ventisca y soledad lee el Kempis, merece el homenaje que ha sabido rendirle este exquisito escritor que se llama José Miguel Alzola.

UN INCIDENTE UNAMUNESCO

Alguna vez me he referido, de pasada, al episodio que voy a explicar con detalles, siempre de cierto interés por estar relacionado con personajes de fama universal.

Corría uno de los años 20 cuando cursábamos en Madrid la asignatura de Derecho Penal con el catedrático Luis Jiménez Asúa. Este ilustre profesor, aún joven, venía precedido de la aureola que le había brindado su brillantísima oposición a la cátedra que desempeñaba en la Central, fama que confirmó más tarde en España y fuera de España. No puedo olvidar aquel Seminario de Criminología que teníamos por las tardes en la propia Facultad de Derecho, dirigido por el propio Asúa, con la ayudantía de Arturo Rodríguez Muñoz, más tarde relevante catedrático de la asignatura en Valencia.

Una mañana, la prensa publicaba una noticia sensacional: Don Miguel de Unamuno había sido desterrado a Fuerteventura por el general Primo de Rivera. Nosotros, los alumnos de Derecho Penal, entramos en clase normalmente, pero, una vez explicada la lección por Jiménez Asúa, hubo de expresar, no sin asombro de los presentes: «El rector insigne de Salamanca ha sido confinado en la isla de Fuerteventura por el jefe del Gobierno, y yo deseo que una comisión de esta clase acuda a la estación del Mediodía para despedirle en su nombre.»

En ese mismo instante, Asúa designó la comisión, y en ella fui yo incluido. No dejó de sorprendernos tal determinación, pero nosotros, al fin y al cabo estudiantes, nos llenó, en el fondo, de contento aquel paseo matutino al margen de las clases. Creó re-



Don Miguel de Unamuno

cordar que los compañeros nombrados, que iban conmigo, eran Enrique Calabia —más tarde subsecretario de Hacienda con Larraz— y Emilio González López, que ganó ulteriormente una cátedra de Derecho Penal, y actualmente se encuentra en Nueva York.

Llegamos a la citada estación y nos la encontramos llena, en sus andenes, de público destacando la clase intelectual: ateneístas, poetas, escritores y catedráticos. Mas, también abundaban los policías de uniforme, con sus correspondientes porras y semblante inamistoso. El tren estaba ya formado, a punto de partir, y Unamuno, con su perfil de búho y camisota vasca, se hallaba detrás del cristal de una de las ventanas. Hasta aquel instante reinaba un absoluto silencio, pero, al dar el silbato de partida, se oyeron gritos de vivas a Unamuno.

Ese fue, al menos para nosotros, el maléfico momento en que salieron a relucir las porras de los guardias, y sólo sé de mí que, sin saber cómo ni de qué modo, me encontré maltrecho a golpes en plena glorieta de Atocha, teniéndome que sentar de perfil durante algunos días, al igual que mis queridos compañeros de aventura.

Volvimos, sin embargo, a la Universidad, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando comprobamos que Jiménez de Asúa continuaba con sus alumnos en la clase de Penal, esperando nuestro regreso. Excuso decir que sólo pudimos explicar la «despedida» al rector con voz bulbuceante y entrecortada por las agujetas en ciertas partes. Fue entonces cuando Asúa —que no podía disimular su filiación política— hizo un panegírico del Gobierno y de su jefe, con la particularidad de que uno de nuestros compañeros en clase era Miguel Primo de Rivera, hijo del general, y que habría de ser más tarde ministro de Agricultura. He de decir, en su honor, que guardó un prudente silencio durante la perorata y que por él no se habría de saber luego lo acaecido en el aula de Penal.

La consecuencia de todo ello fue que aquella misma tarde estábamos sometidos a un expediente gubernativo, Jiménez Asúa y los que compusimos la quijotesca y maltrecha comisión. La verdad es que a mí la decisión, en aquellos momentos de Dictadura, no me gustó nada, y resolví ir a visitar a nuestro inolvidable don Leopoldo Matos —gran amigo de mi padre y de mis tíos, y que había sido ministro por dos veces— para consultarle su parecer. Don Leo-

poldo, tras de meditar un poco, me hubo de decir: «Mira, Carlitos, deja correr las aguas, que a lo mejor no pasa nada.»

Y, en efecto, el expediente se desinfló porque no hubo ni un solo compañero que acusara la verdad de lo que aquella mañana había ocurrido.

LA GRAN ODISEA DE LINDBERG SU ESTANCIA EN LAS PALMAS

Recordamos cómo se conmovió el mundo entero ante la gran hazaña de Carlos Lindberg, famoso aviador norteamericano. Con ímpetu admirable y heroico, subió en Nueva York a un pequeño avión unipersonal, en el año de 1933, y atravesó el Atlántico Norte para llegar al aeropuerto de París, sin escalas. Fue aquélla una odisea increíble. En la capital francesa fue recibido por una inmensa multitud, colmándosele de agasajos y de honores. El Gobierno de los Estados Unidos le nombró coronel de sus fuerzas aéreas y en todos los confines de la tierra se produjo un auténtico clamor de admiración.

Lindberg se convirtió en un héroe universal y, en adelante, Norteamérica le consideró algo así como un mito, recabando su rectoría y su consejo en todo lo referente a la aviación, militar o comercial. Más tarde habría de sufrir la desconfianza de su Gobierno por cuestiones ideológicas, y lo que para él y para su esposa sería más doloroso: el secuestro y muerte de su pequeño y único hijo.

Este dramático suceso —tal vez el primero y más cruento de la historia de los secuestros— produjo una verdadera conmoción en todos los continentes, tal vez por la fama universal de Lindberg, sin que las intensas pesquisas de la policía pudieran evitar el alevoso crimen.

Mas, hay algo que en torno a Carlos Lindberg interesa a los canarios. Y es que el héroe visitó Las Palmas, amarrando en la bahía del puerto, en unión de su esposa y en el hidroavión *Alba-*

tros, el 25 de noviembre de 1933, esto es, al cabo de pocos meses de haber realizado su hazaña incomparable. Había partido de Estados Unidos el 9 de julio de 1933 y recorrió todo el continente europeo. La finalidad de este viaje era estudiar las posibilidades de la comunicación aérea por la ruta del Norte, Groenlandia, Islandia, Inglaterra, las Azores y las Bermudas. Cuando llegó a Las Palmas llevaba recorridos 48.000 kilómetros en 250 horas, sirviéndole de telegrafista su propia esposa, y sin necesidad de tocar para nada el motor de su aparato.

El día de su llegada visitó primero a las autoridades, asistiendo luego a una espléndida cena en el chalet de don Carlos Miller, en Ciudad Jardín y, finalmente, a un baile de trajes que resultó muy brillante.

Recuerdo la visita que hizo Lindberg al Cabildo —del que yo, a la sazón, era consejero, y en el que fue recibido por la Corporación con todos los honores. Era un muchacho de veintisiete años, tipo americano, alto, fornido y muy simpático. Conocía un poco de castellano y se hacía entender bastante bien, Confieso que, al estrechar la mano de aquel chicarrón glorioso, sentí auténtica emoción. Tratamos de averiguar cuáles eran sus planes al salir de Las Palmas, pero, con una estudiada cautela, sólo nos decía que nada sabía aún porque era en el aire donde determinaba su itinerario a seguir. La Corporación Insular, a través de su presidente, Miguel Alonso Jiménez, le invitó a visitar el aeropuerto de Gando, excusándose por falta de tiempo, pero prometió volar sobre él a baja altura y por radio comunicaría sus impresiones, previa indicación al jefe de la Transradio, señor Feito, de la onda que iba a utilizar, promesa que cumplió, haciendo grandes elogios de las magníficas condiciones del citado aeropuerto grancanario.

Al preguntarle nosotros cuál había sido el momento más peligroso de su travesía del Atlántico Norte, nos hubo de contestar que en los instantes en que la nieve se le acumulaba sobre las alas de su aparato, obligándole a descender a poca altura del mar para que la diluyera una mayor temperatura.

En la mañana del 26, Lindberg visitó la explanada y las obras de la COPPA, compañía alemana que ejecutaba y ya finalizaba la construcción del actual Dique del Generalísimo. Llegó acompañado del cónsul de su país, y portando un regalo que le había hecho el famoso escultor aruquense, Manolo Ramos, consistente en una pequeña talla que titulaba *Pensamiento*.

Al día siguiente por la mañana, dispidieronse el gran aviador y su esposa de las autoridades, y, ante una ingente multitud, se elevó el *Albatros* antes de llegar a la punta del dique, en nuestra gran bahía, rumbo al Sur.

La estancia de Carlos Lindberg en Las Palmas y sus elogios de nuestras inigualables condiciones naturales, tuvieron una repercusión mundial.

HA MUERTO PIO XII

En estos momentos doblan las campanas del mundo católico. Ha muerto el Papa. Ha muerto Pío XII. Y no nos resignamos a la desaparición de esta figura única universal. Ha habido unos instantes de inquietud, de esperanza, de zozobra atroz. Unas horas en que el mundo ha vivido con la respiración contenida y el corazón suspenso. Nos parecía sentir, a través de la radio, la agonia del santo enfermo, palpábamos su sudor frío, rezábamos a un tiempo de los expectantes testigos de su muerte lenta, y, a la distancia, vivíamos la realidad dramática del tránsito supremo a la eternidad de ese enfermo sublime. Aún en él alentaba un hilo de existencia terrena y teníamos el consuelo de una tenue esperanza. Le adivinábamos con su perfil afilado, sus labios musitando una plegaria y su alma prendida aún a los problemas de la Iglesia y de la Humanidad. Queríamos todos que aún viviera, y en las calles, en las plazas, en las capillas, en los campos y en los mares oíase el rumor imprecatorio de las plegarias, hincadas las rodillas y los ojos puestos en el cielo. Mas, Jesús, que tanto le amaba, quiso llevarlo consigo en esta madrugada, lívida y profunda, y se abrió la gran Cúpula para dar entrada, gloriosamente, a una de las almas más puras, más grandes y más santas que se hayan conocido, a través de todos los tiempos, en el seno de la Humanidad.

Porque es ahora cuando vemos con mayor relieve la maravillosa figura blanca de este Papa universal. Es en este momento, lleno de silencios dolorosos, cuando más fúlgido le vemos, alto, estilizado, con albura de nieve, destelleantes sus cristales, con su mirada perdida en los misterios del cielo, y sus palabras unidas de amor

y sabiduría. Es en estos minutos de compunción incontenida y sollozante cuando más se destacan, en relieve divino, sus grandes brazos en cruz, queriendo abarcar, abrazar y llevar sobre su pecho de Padre a toda la Humanidad doliente.

Si en la historia del mundo se produce algún colapso crítico, es uno de los más acentuados y dolorosos el de la desaparición del Santo Padre que acaba de morir. Su personalidad espiritual era de una irradiación tensa y universal. Un fluido de consuelo y de paz se desprendía a través de las fronteras, desde su cátedra de Roma. Y, cuando el orbe vibraba de odios o de peligros, era siempre su influjo moral o su palabra sabia la que ponía una nota de concordia en los corazones para dar paso a la comprensión. Pío XII, a través de sus inolvidables audiencias pontificias, ha sido un maravilloso sembrador de caridad y de amor, cuyo fruto, invisible pero auténtico, ha brotado en los hogares, en los laboratorios, en los talleres, en los bufetes, en las Academias, en los centros de instrucción, en la Sociedad entera. Era el Supremo «Magister» que, desde Roma, aleccionaba al mundo y le ponía en tensión católica. Cada día, y en múltiples idiomas, señalaba a los hombres de todas las latitudes y condiciones, el camino recto de su salvación. Aprovechaba para ello desde el estudio del átomo, los problemas profesionales, las cuestiones científicas, el amor a los humildes y la paz del mundo, hasta los más intrincados asuntos de deontología y moral. Su figura ascética, luminosa, expandía a todas las tierras y a todas las almas, la doctrina del Crucificado, dejando siempre una huella profunda de reflexiva caridad. Puede decirse, sin hipérbolo, que la Humanidad vivía pendiente de su suave y subyugante palabra, cual si adivinara en el Santo Padre un trasunto del verbo del Señor.

Ha muerto Pío XII, pero su obra espiritual prodigiosa queda en pie. Su cuerpo mortal yace, entre rezos fervorosos y redoblar de campanas. Vela su sueño eterno el amor infinito de Jesús hacia el hijo bien amado, despertándole a la vida de la Gloria. Mas, aquí queda su Iglesia, la de Cristo, la que no ha de morir jamás, y quedan sus miembros, abrazados a la Cruz, para defenderla y honrarla, recogiendo las siembras ubérrimas del gran cultivador que se nos ha ido, poniendo sonrisa en las espinas, deleite en la floración y amor en el fruto espiritual.

LO QUE DEBE REPRESENTAR NUESTRO 29 DE ABRIL

Ayer hemos visto pasar nuestro Pendón de la Conquista. Iba, como siempre, enhiesto y glorioso, por las calles de Vegueta iluminadas de sol. Le seguía una gran comitiva oficial haciendo honor a lo que representa este símbolo histórico de la hispanidad canaria.

Mas, en torno a esta festividad entrañable de la incorporación a Castilla, conviene —sin perder de vista su lírica exaltación— subrayar su auténtico significado, tomándolo como norma, principio y paradigma en la realización fecunda de la vida de Gran Canaria. Porque buena es la literatura en torno al relieve espiritual e histórico de lo que la conquista ha representado, pero mejor es aún rendir honor a tal acontecimiento con un sentido responsable de superación en nuestros deberes cívicos.

La incorporación al Reinado de Castilla significó, ante todo y sobre todo, la adhesión de los valientes indígenas canarios a un sentimiento cristiano de la vida. El Pendón, en el color morado de su amada seda, lleva implícita, por encima de cualquier otra estimación, la huella gloriosa del obispo Frías, con ese resplandor que da siempre la humildad y la caridad al prójimo. Cuando sube la plaza de Santa Ana —como ayer lo hizo— y visita el rincón conventual de Santo Domingo, va pregonando amor al pueblo, vencido pero no sujugado. Se nos está recordando, con la Cruz alzada a su frente, que las almas de los antiguos canarios entraban a gozar de la fuente espiritual, límpida y fecunda, del cristianismo. Y es éste el designio a cumplir por nosotros, gobernantes y gobernados, un designio que ha de ser proyectado siempre hacia metas de jus-

ticia social, sin desniveles opresores; un fin que ha de arropar en el corazón cristiano de los fuertes la existencial desventura de los infelices; un ideal, suave y fervoroso, de hacer que los niños no lloren de hambre, y los menesterosos no padezcan humillación, y la juventud no se corroa con el cáncer de la droga y del escándalo sexual. Que esto, y no otra cosa, es lo que pretendió la Cruz alzada del gran obispo Frías cuando quiso redimirnos y bendecirnos en aquel 29 de abril glorioso.

Pero también pretendió, qué duda cabe, esta fecha bautismal, que Gran Canaria se incorporara a un trabajo material de progreso, bajo la égida del pabellón de Castilla. Labor que, sin duda, ha realizado nuestro pueblo en la época hispánica, con desnudo y hasta con heroísmo. Socavando montañas, horadando subsuelos, convirtiendo en vergeles terrenos eriales, regando la tierra de nuestros antepasados con el sudor de la frente. Virtud insigne ha sido ésta de los canarios, que nos enorgullece y llena de alegría. Pero, dicho sea con tristeza, hemos ido viendo cómo este honrado impulso vital no siempre ha sido conservado, porque a veces un agio sin escrúpulos ha sepultado el sentido humano y, en otras ocasiones, ha brillado por su ausencia el sentimiento más elemental de responsabilidad social.

La festividad cimera que ayer realizó Gran Canaria creemos no debe constreñir su significado a un lírico recuerdo histórico —con ser ello tan hondamente sentido—, sino a honrar tal efemérides con una conciencia cívica, fuertemente arraigada, de que es preciso proyectar esta tierra de los guanartemes a metas limpias y trascendentes, dentro de un quehacer moral, político y de progreso material. Aquel luminoso mensaje de los Católicos Monarcas, contenido en sus Reales Cédulas, se hacía presente en la reliquia de los pliegues del Pendón que ayer paseaba nuestras calles de la vieja Vegueta. Mensaje de paz, de amor, de respeto al humilde, de abrogación de privilegios, de castigo punitivo a los logreros, de absoluta honestidad política...

Nuestros guanches eran gentes sencillas y valerosas. Se les trajo la Cruz de Cristo y los principios de la Justicia. Alguien, sin embargo, quiso avasallarlos, pero la sangre indígena mezclada con la de los buenos conquistadores creó un tipo que hoy llamamos «el hijo del país», exponente maravilloso de virtudes. Y este tesoro,

producto del mensaje del 29 de abril, es el que queremos conservar y superar con toda la fuerza de nuestro corazón. Haciendo justicia a su hombría de bien. ¿Y cómo hemos de obtenerlo? Cooperando todos, codo a codo, por la grandeza de su patrimonio, pero, sobre todo, por la exaltación espiritual de su alma.

JUSTICIA SOCIAL Y RESPETO A LA DIGNIDAD HUMANA

El discurso que acaba de pronunciar el ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, ante el Consejo Nacional, presidido por Franco, estimo fundadamente que es el más doctrinal y políticamente práctico que se haya dado a conocer durante los años posteriores al Movimiento.

El problema del mundo está planteado, no ya tan sólo desde un punto de vista económico, sino sobre todo social y humano. Si en algo el comunismo ha deslumbrado y captado a las masas obreras ha sido ofreciéndole —muchas veces falsamente— la opresión del capitalismo y la carencia de respeto a la supervivencia del hombre. La doctrina marxista, impuesta por los cañones y las mazmorras, ha consistido en ofrecer a las clases pobres y medias una distribución indiscriminada de riqueza y unos principios materialistas y ateos. Y este maravilloso panorama de la vida ha sido ingenuamente acogido por grandes masas obreras como un paraíso digno de ser seguido y defendido a punta de metrallata.

Ello quiere decir que la gran verdad del programa actual estriba en la firme sentencia de que existe un auténtico desequilibrio económico en el mundo. Y que ello trae consigo el que prevalezcan determinadas clases sociales que atenazan, sojuzgan y exprimen a las clases menesterosas y dignas de protección. Deslumbrador programa que arrastra, como es lógico, tras de sí, a quienes sufren escasez, privaciones, dependencia y muchas veces miseria. El hombre, en la cortedad de su vida, piensa en salvar su integridad personal y familiar, y cuando la ve escarnecida o en peligro, se une a

las filas de quienes encuentran «saludable» solución en el comunismo.

Frente a este gran peligro, y en orden a la salvación de la dignidad personal y social del hombre, se ha alzado la voz de Licinio de la Fuente, en su discurso del lunes último. Pero una defensa y una salvación totalmente distinta de la que predica la doctrina materialista y atea del comunismo. «El Estado, nos ha dicho, debe potenciar las funciones sociales y el desarrollo de la personalidad.» Y más adelante añade: «El humanismo social ha de equilibrar los avances sociales, con el debido respeto a la libertad y a la dignidad del hombre.» Al sentar estos principios, el ministro de Trabajo ha hecho, sin decirlo, una síntesis maravillosa de la doctrina de la Iglesia, a través de las encíclicas de los pontífices, porque nada hay, ni puede haber a los ojos de Dios como el respeto a la dignidad humana. Y, al propio tiempo, ha condenado el programa más justo en el orden de la justicia laboral, superando los errores del capitalismo y del marxismo.

Pero entiendo que los principios sentados por Licinio de la Fuente —ministro de una entraña humana admirable— han ido más allá. Ha puesto un énfasis especial en ese «ritornello» de su actuación, que es «la justicia social». Ya, desde León XIII, se propugnó por este fundamento esencial de las relaciones económicas humanas. Respeto a la propiedad, sí, pero en tanto en cuanto cumpla una obligación inexcusable de finalidad social. El capital, la máquina, el progreso instrumental han de estar siempre condicionados al respeto que se debe a la dignidad y a la supervivencia del hombre. No cabe duda que lo político es muy atendible, pero siempre condicionado a esa base esencial que radica en las estructuras económico-sociales y en la justa distribución de bienes.

Esta política de íntegro respeto a la personalidad humana y, por consecuencia, de condicionamientos económicos y sociales justos, son, efectivamente, los que, inspirados en una doctrina eminentemente católica, puede servir de oponente y valladar eficaz a los principios falsos del comunismo. Dijo Licinio de la Fuente: «La gran tarea de la justicia social, que debe darnos un hombre auténticamente libre y participante en su destino, no sólo con mayor bienestar, sino con mayor plenitud personal, es lo que llena el alma del hombre, participando en los destinos de su país.»

Al margen de toda glosa política, sin atender más que al contenido ideológico de la oración pronunciada por el ministro de

Trabajo, hemos de convenir en que la realidad de los pueblos se asienta sobre el respeto indeclinable que inspira y merece la criatura humana, obteniendo a su favor estructuras socioeconómicas de justicia social. Porque, de no hacerse así, no podrán extrañar las revoluciones materialistas de los pueblos sojuzgados.

La lucha contra el comunismo no se gana con palabras. Se gana con caridad, con justicia y con respeto a los valores de dignidad y supervivencia que Dios ha puesto en el alma humana.

UN HOMBRE BUENO

Ha muerto un hombre bueno. Un hombre que consagró su vida a hacer el bien. Fue médico prestigioso y ostentó dignamente presidencias y cargos directivos, pero todo ello —con ser tanto— la gente que le conocía lo coloca en lugar secundario. Lo que de verdad conmueve el corazón humano ante la muerte de Silvestre Bello, colocándolo en lugar primerísimo, es su gran bondad, su sencilla y profunda bondad para con todos y durante toda su existencia.

Silvestre —como familiarmente le llamábamos— fue un verdadero apóstol del amor al prójimo. Yo no he conocido en mi vida un hombre más sensible ni más propenso a amar a los demás. Su apasionado afán fue el de hacer el bien a sus semejantes. Tenía madera de santidad en ese don natural de compartir el dolor ajeno. De joven quiso ser sacerdote, pero dejó el seminario para entregarse, en cuerpo y alma, a otro gran sacerdocio: la Medicina. Y entre quirófanos, consultorios y visitas a enfermos pasó más de sesenta años derramando amor y consuelo a manos llenas, porque Silvestre Bello curaba más con sonrisas cariñosas que con pócimas de farmacia.

A este gran valor humano tienen que llorarle hoy en múltiples ámbitos, en las salas de los hospitales, en los patios de las Hermanitas de los Pobres, en los hogares de miles de infelices, a quienes primero curaba y después besaba. Y, cuando moría en sus manos, él mismo los amortajaba. Todo ello hecho con modestia, con sencillez, con hondura de corazón, poniendo al servicio de la ciencia el perfume de la caridad.

A Silvestre Bello le quería todo el mundo en esta su bendita tierra. Al conocerse ayer la noticia de su muerte estoy seguro de que se ha producido en la ciudad y en los campos una sentida conmoción de dolor. No en vano ha dejado, a través de tantos años, un reguero de ternura y de afecto en cuantos tuvieron la dicha de conocerle. Y es que, sin duda, la llama que prende más vivamente en el alma humana, es la llama de la bondad, produciendo una reacción de inextinguible gratitud y cariño.

Ya en el cielo, con la misericordia de Dios, se habrá reunido con su esposa amantísima y con aquel hijo, Feluco, que cayó luchando por España. Es el gran premio de los que viven y mueren con la sonrisa del amor a flor de labios, estrechando contra su pecho la Cruz del Señor.

LA GRAN LECCION DE UN HIJO

Conozco un niño que llora con frecuencia. No es un llanto de mimo ni de capricho infantil, sino que responde a un sentimiento muy hondo. Los niños suelen tener llantinas muy propias de su edad, por cosas triviales, pero también en algún caso derraman lágrimas por cosas muy serias. Una de ellas consiste en presenciar las disensiones de sus padres.

Acaso no nos demos cuenta de la sensibilidad de los pequeños ante estos episodios dramáticos del hogar. En su alma, pura y limpia, se reflejan, como en una cámara fotográfica, estas imágenes tristes que quedan grabadas para toda su vida. El niño presencia la reyerta, oye las voces, observa los modales violentos de sus progenitores y permanece callado en un rincón, inclinada su cabecita y sin tomar partido por ninguno de los dos, porque a ambos les ama y les debe, además, el mismo respeto. Pero en lo más hondo de su ser, en ese subconsciente insondable de los primeros años, ha quedado impreso para siempre un dolor irreprimible, cuando no un sentimiento de animadversión hacia uno de sus padres, el que él ha considerado culpable. Porque el niño suele ser, aunque no lo pensemos, un juez intuitivo y certero.

Sobre todo, no perdona nunca que se maltrate a su madre. Para él no tiene, en modo alguno, justificación una actitud violenta, agresiva o insultante del autor de sus días hacia aquella mujer santa que le dio el ser, porque en su vida su madre es siempre eso: una mujer santa. Mientras más sufre y llora ante sus ojos, mayor reacción de cariño producirá siempre en esa criatura que ha salido de su seno. Nada hay que conquiste el amor de un pequeñín

por su madre, como creerla desgraciada o perseguida por el infortunio, aun cuando a veces no tenga razón, ya que para el hijo no existe sino una sola razón: el cariño entrañable de su madre.

Y, sin embargo, desgraciadamente se producen cada día más rupturas matrimoniales, en múltiples ocasiones por causas triviales, creando un clima de dolor y de angustia en el corazón de esos hijos dignos de mejor fortuna y, sobre todo, de mayor respeto por parte de aquellos que les trajeron al mundo.

Yo recuerdo siempre un episodio de la carrera que se quedó clavado en mi corazón como un dardo penoso, pero, al propio tiempo, como un rasgo tierno y consolador. Era en la época de la República en que se hallaba vigente la Ley del divorcio. El juez había dictado sentencia declarando culpable a la mujer, y llegó el momento de ejecutarse lo resuelto, entregando al padre un niño de seis años que tenía su madre en brazos. En ese instante, el niño —que parecía comprenderlo todo— se aferró llorando al cuello de su madre y no hubo medio de separarlo de ella. El juez, que hoy es magistrado del Supremo, miraba a la cara de los abogados y nosotros mirábamos a la cara del juez. La resolución estaba decretada y había que cumplirla, pero allí había algo superior al mandato judicial: el amor a una madre; más bien diría yo la defensa del dolor de una madre. En aquella Sala se hizo un silencio impresionante, sólo alterado por los gemidos de una criatura. Y el juez, humanamente, optó por suspender el acto por unos momentos. Esa fue la gran solución, porque la angustia del hijo hizo recapacitar y unir nuevamente a aquella pareja. La sentencia quedó encerrada en un archivo, derrotada por otra sentencia inapelable que se fundaba en la comprensión y el amor, hasta que una reforma legislativa dejó sin efecto aquella decisión judicial. Me consta, por otra parte, que ese matrimonio ha vivido feliz en lo sucesivo, siendo ese niño de entonces un modelo de hijo. La ley quiso romper lo que Dios había unido, y el fruto de esa unión, con solo su amor materno, logró restablecer el designio sacramental y la paz del hogar.

Gran lección la que nos dio a todos aquel pequeñín. Desde ese día comprendo más y más el estrago espiritual y la amargura infinita que produce en un niño la disensión violenta de sus padres, y no digamos su separación matrimonial. Claro está que, en muchas ocasiones, existen razones poderosas que aconsejan seguir y tra-

mitar estos expedientes, pero qué bien harían los padres en pensar la ruina que suelen producir en los corazones de sus hijos tales rupturas, la más de las veces originadas por motivos fútiles, cuando no por ingerencias extrañas, y en el fondo siempre por carencia de formación cristiana.



Don Marcelo González Martín, cardenal arzobispo de Toledo

LA PERSONALIDAD DEL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

El arzobispo de Toledo y primado de España, monseñor Marcelo González Martín, ha sido nombrado cardenal por la Santa Sede, cumpliéndose así esa dignísima tradición de que tal cargo lleve anejo el privilegio de ser príncipe de la Iglesia.

Mas lo que nos mueve a publicar estas líneas es destacar sucintamente la personalidad del ilustre purpurado, quien por méritos propios, y como presidente de la Comisión Episcopal Caritativa y Social, ostentó, durante varios años, la rectoría espiritual de Cáritas Nacional Española, hasta el instante mismo en que fue designado primado.

La trayectoria de don Marcelo, desde un punto de vista de la caridad, proviene de su ordenación sacerdotal, en el año 1941, desarrollando una gran actividad apostólica. En Valladolid —su tierra natal— hizo cristalizar en realidad el grupo de viviendas denominado San Pedro Regalado; inspiró y dio ejecución a un colegio mayor universitario, numerosas escuelas primarias, talleres de formación profesional, academias nocturnas, un colegio diocesano con más de mil alumnos, casas de ejercicios espirituales y otras para retiro de sacerdotes. De estas y de otras instituciones más, como la Academia Diocesana de Filosofía y la Facultad de Teología en Barcelona, son testigos las Diócesis de Astorga y de la Ciudad Condal.

A tal punto ha puesto el actual cardenal primado de España su espíritu de caridad, que cuando por vez primera fue designado obispo, para su escudo episcopal eligió el tema bíblico «Los pobres son evangelizados».

Durante más de cuatro años, don Marcelo presidió —siendo arzobispo de Barcelona— las asambleas generales de Cáritas Española y sus Consejos Generales. Celebrábanse estas magnas reuniones en Madrid o en Segovia. Asistí siempre a ellas como consejero nacional de Cáritas, y guardo un recuerdo inolvidable del actual cardenal primado de España. En Majadahonda, en Alcobendas, en el Alcázar segoviano, hizo siempre resplandecer su eximia personalidad, llevando a Cáritas por los caminos luminosos de la más pura ortodoxia.

La figura recia y sencilla de nuestro presidente, su predicación de la palabra de Dios y sus orientaciones de amor fraterno, dejaron en Cáritas una huella de alto magisterio y suave espiritualidad. Recuerdo siempre, sobre todo, sus discursos al final de las asambleas generales, de firme orientación evangélica en torno a la comunicación cristiana de bienes. Y no digamos de sus magníficas homilias, apretadas de doctrina y haciendo siempre honor a la verdadera Iglesia de Cristo.

Estos mismos días acaba de darse a la luz pública en la Biblioteca de Autores Cristianos un volumen de 500 páginas, titulado «Creo en la Iglesia», en el que se recogen los principales textos de homilias, discursos, conferencias y cartas pastorales del nuevo cardenal. Y la editorial Balmes ha compilado ese magisterio de monseñor González Martín, en cuatro volúmenes, que, asimismo, han sido dados a la estampa.

La personalidad de don Marcelo adquirió destacado relieve en el Concilio Vaticano II, con intervenciones extraordinarias, a tal punto que alguna de ellas fue expresamente citada y elogiada por Pablo VI. Y conocida fue su orientación conciliar al frente del Arzobispado de Barcelona, realizando una labor apostólica y de vida pujante insospechadas.

A quienes pertenecemos a Cáritas y conocemos la gran personalidad del nuevo cardenal arzobispo de Toledo y primado de España, nos tiene que congratular y llenar de alegría que se le haya conferido el honor de ser elevado al Principado de la Iglesia de Roma.

LA PIRATERIA AEREA Y EL ORDEN JURIDICO

Los secuestros aéreos han conmovido al mundo civilizado al crear una grave situación, no ya tan sólo política, sino, sobre todo, humana y jurídica. La vida de quienes viajan tranquilamente en aeronaves, en calidad de pasajeros, se ve de pronto sometida al gravísimo riesgo de uno de estos actos de piratería. Los aparatos se hacen marchar, y bajo pena de muerte por la violencia, a aeropuertos previamente elegidos por elementos revolucionarios, en los que se conservan como rehenes a sus ocupantes para tratar de obtener la devolución de elementos adictos, condenados en determinados países por delitos comunes o políticos. Desde este punto y mira está bien claro que quiebra todo el sistema jurídico establecido por los países civilizados para ser sustituido por la coacción de las pistolas, o la amenaza de la dinamita, y el peligro de ser segadas vidas inocentes.

Aún sin especificarse los móviles, preciso es decir que existe una meditada legislación internacional preventiva y, en cierto modo, represiva, en torno a la seguridad de las aeronaves comerciales y muy especialmente de sus pasajeros y tripulantes. En 1944 se aprobó en Chicago un Convenio sobre Aviación Civil Internacional, firmado por España en la Argentina el 24 de septiembre de 1968 y ratificado en Instrumento de 18 de marzo de 1969. Este Protocolo se halla registrado en la Secretaría de las Naciones Unidas y lo suscriben 151 países, incluso China, Cuba y Jordania, dándose nacimiento con él a la llamada Organización de Aviación Civil Internacional, que tiene por finalidad primordial «promover la seguri-

dad de vuelo en la navegación aérea de los países del mundo entero».

Ahora bien, este Convenio, pilar básico de una Organización Internacional, tenía forzosamente que ser complementado por otro que ya, de un modo concreto, encuadrara todo el ámbito preventivo, penal y jurisdiccional de los secuestros en vuelo que pudieran operarse en el seno de una aeronave civil. Este nuevo Convenio fue firmado en Tokio el 14 de septiembre de 1963, y suscrito por el embajador de España en Ottawa, el 27 de julio de 1964, entrando en vigor por parte de nuestra Patria el 30 de diciembre de 1969. Dicho Protocolo —que en rigor es el importante— no está reconocido por ninguno de los países comunistas, excepto la República de China, para quien, curiosamente, entró en vigor, al igual que para España, en el mes de diciembre de 1969. Tampoco está firmado por ningún Estado africano, y sí por Israel.

En este último Acuerdo Internacional se inserta y recoge toda una doctrina preventiva y penal relativa a las infracciones que puedan poner en peligro la seguridad de una aeronave civil o de las personas y bienes de la misma. Su estudio y comentario es más propio de una revista de Derecho, pero bástenos saber que, con laudable previsión, los juristas que intervinieron en la redacción de este Convenio de 1963, tuvieron presentes todas y cada una de las circunstancias que estamos viviendo en los secuestros aéreos actuales. De este modo se configuran en dicha ley las infracciones penales cometidas a bordo de un avión comercial que se encuentre en vuelo, en alta mar o en la de cualquier otra zona fuera del territorio de un Estado; la jurisdicción, atribuida al país de matrícula de la aeronave; las facultades del comandante de ésta ante estos casos de emergencia y los derechos y obligaciones de los Estados contratantes.

No obstante, hemos de reconocer que estas disposiciones legales de carácter internacional tienen un valor muy relativo. En primer término, pueden ser inocuas y no surtir efecto alguno si la aeronave secuestrada se ve obligada a tomar tierra en un Estado de los que no han suscrito el Convenio de Tokio a que nos hemos referido, porque, al no ser Estado contratante, no tiene por qué devolver dicha aeronave, ni tampoco asume la obligación de someter a sus ocupantes al régimen impuesto por esa ley. En segundo lugar, las prescripciones de defensa que el citado Convenio establece para pasajeros y tripulantes, bajo las órdenes del comandante —que

llegan hasta la ayuda de los pasajeros— pudieran resultar contraproducentes por el grave riesgo que implica siempre una re-friega o tiroteo en pleno vuelo. Y, finalmente, lo que no puede evitar el Convenio Internacional, porque se sale de sus posibilidades es la retención como rehenes, en un país no firmante del mismo, de las personas ocupantes del avión, que quedan desamparadas de toda protección jurídica y expuestas a ser ejecutadas, de modo salvaje e inhumano, si no se devuelven por los países afectados, determinados presos que han podido incluso cometer delitos comunes, con sentencias firmes de los Tribunales.

El problema que plantea un secuestro aéreo es gravísimo desde un punto de vista del derecho de gentes, no sabiéndose nunca, por otra parte, el resultado que pueda obtenerse con las contrapresiones de los Estados civilizados, ya que el criminal nato, al igual que el demente, no suele obedecer a principios coactivos, sino que actúa siempre con un impulso antisocial y destructivo. De ahí el que los Estados Unidos hayan tenido que recurrir al procedimiento de la policía armada secreta en los viajes de sus aviones, pero quiera Dios que la experiencia sea buena y no produzca mayor número de víctimas inocentes. Por otra parte, la medida adoptada también por Norteamérica de boicotear los aeropuertos que acojan y no devuelvan a los secuestradores de aviones, pudiera ser eficaz, pero cabe pensar y presumir que tal presión no contaría con el asenso de todos los países y con que los Estados de tipo revolucionario la menospreciaran. De cualquier modo, para los países occidentales —aun para los no firmantes del Convenio de Tokio— ese boicot aéreo supondría un quebranto de tal magnitud que les haría recapacitar muy seriamente.

Lo que sí resulta seguro es que la acción antihumana de los guerrilleros palestinos han prestado un pésimo servicio a la causa que pretenden defender y pone en guardia a los países civilizados frente a su insólita barbarie.

NUESTRA REVERENCIA ANTE LA GRAN SEMANA

El hábito recreativo, meramente frío y externo, en los actos del gran drama de Cristo, suele tener un marcado matiz de irreverencia. La Semana de Pasión es preciso verla y sentirla sin esa rutina de un mero desfile, más o menos ceremonioso. Exige este episodio histórico —el más importante de la Humanidad— entrañarnos en el significado sublime de su conmemoración dolorosa.

Bien es verdad que en el clima espiritual de nuestra urbe se ha operado, sobre todo en la última década, una saludable progresión en el conocimiento y culto de las verdades eternas. Y ello coloca a las almas en un plano eminente de comprensión y de devoción, movidas por ese fervoroso estímulo de los retiros y ejercitaciones espirituales, cuyo fruto granado ya salta a la vista.

Pero este mismo recogimiento reverente que adoptamos en estos maravillosos cursillos de meditación, ha de proyectarse a la vía pública en las cruentas jornadas de la Pasión. La Semana Santa tiene que recibir en todo momento el homenaje de contrición y de respeto a que nos invita ese divino Cuerpo, flagelado y roto, como una Hostia sangrante, que pasa por calles y plazas. En el seno de nuestros hogares, en la práctica de nuestro habitual trabajo, en todo el ámbito de la vida social, ha de haber un palpito intenso y sincero de condolencia, porque es Jesús, nuestro Dios y Señor, quien sufre y muere de nuevo en nuestro recuerdo. Pasa el Redentor, martirizado y agónico, y ello pide profunda reserva, repliegue de vida interior ante el gran protagonista que marcha hacia el Calvario.

Los pueblos, conscientes de este deber de pleitesía reverente adquieren cada día una sensibilidad de mayor dignidad al mostrarse, ante Jesús y su doloroso cortejo, con esa postura de compunción, que no es otra cosa que una demostración de amor. Se dan cuenta perfecta de que representa la culminación a lo vivo, sangrientamente, de toda una doctrina de redención y de sacrificio en pro de esta pobre Humanidad, carcomida de odios y pasiones.

Preciso es aprontar el espíritu para rendir nuestro humilde tributo de íntima y silenciosa emoción a Jesús, esa figura inmarcesible, gloriosa, que honrará estos días nuestras calles. A ese Jesús que creció en aquel inefable rincón de Nazaret, llevando en sus divinas pupilas la imagen de su Madre amantísima. A ese Jesús, manantial de vida eterna, que entra triunfal por el pórtico florecido de la gran semana, entre un temblor jubiloso de palmas, bendiciéndonos desde su asnillo, en una mañana radiante de luz. Y que luego le hemos de ver en el Monte de los Olivos, diciendo: «Mi alma está triste hasta la muerte», enviándonos, a través de sus discípulos, aquella consigna de honda prevención espiritual: «Velad y orad.» Y más tarde, prendido y atado, empujado y caído en el torrente del Cedrón. Hasta ser coronado de varas de espinas bien trenzadas, punzándole su frente, y flagelado, y rasgadas sus carnes, manando de su rostro vencido aquella sangre sagrada, que había de refrescar su boca ardiente y entreabierta. Para cargar su Cruz y morir en el glorioso patíbulo, convirtiendo su abandono en un rico tesoro, ofreciendo su Amor, su Dolor y su Vida por la pureza de nuestra alma.

Pensad si la Semana de este recuerdo sublime no merece que, humilde y fervorosamente, lo entrañemos en nuestro corazón, con devota compostura. Si no es obligado además de reverencia el que, con hondura y en silencio, edifiquemos nuestro espíritu ante la excelsa conmemoración del Hijo de Dios.

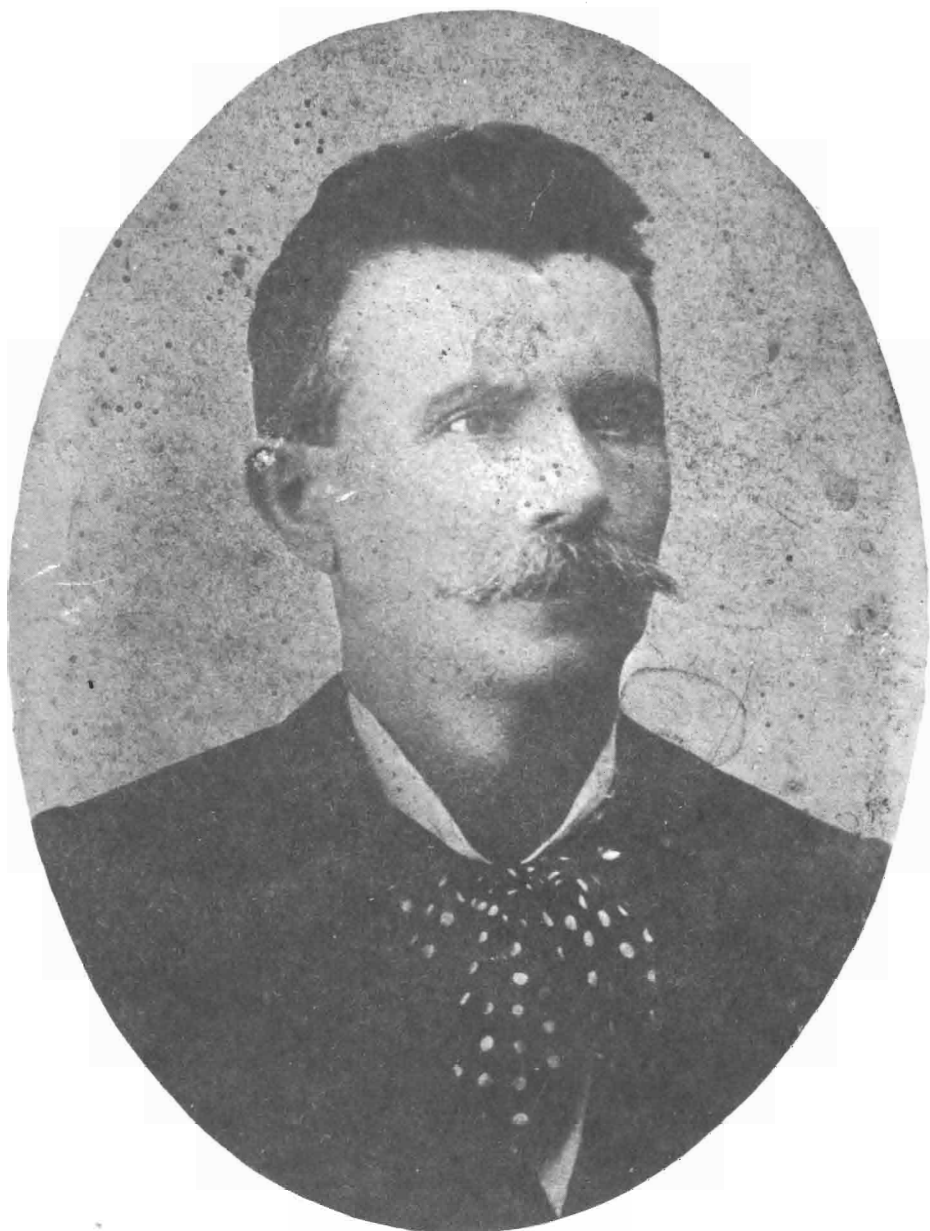
DON SALVADOR CUYAS, BUEN SOÑADOR

Entre las muchas figuras representativas de nuestra ciudad de principios de siglo, descuella, por su prolífica actividad y su evidente gracejo, don Salvador Cuyás (1).

De origen catalán, contrajo matrimonio en Las Palmas, dejando —que recordemos— entre otros hijos, a don Antonio y don Federico Cuyás y González Corvo, el primero gerente y asesor jurídico de la City (Compañía inglesa concesionaria de Aguas de Las Palmas), y el segundo secretario de la sala de nuestra Audiencia Territorial y del Tribunal Supremo. Don Antonio formó parte del primer Cabildo Insular de Gran Canaria, y don Federico, que aún vive con buena salud, casado con doña Dolores Rivero del Castillo (ya fallecida) —hermana de nuestro querido amigo Fernando y de la condesa viuda del Condado de la Vega Grande. El padre de éstos fue el gran poeta, y también relator de nuestra Audiencia, don Domingo Rivero.

Queremos referirnos hoy, en un ligero bosquejo, a la personalidad de don Salvador Cuyás, el fundador de esta familia en Las Palmas. Fue un hombre polifacético e imaginativo, que tuvo siempre un gran cariño hacia las cosas de nuestra tierra. Tenía talento natural y, sobre todo, anécdotas de auténtica genialidad. Vivió en nuestra capital más de cincuenta años y en ella dejó de existir el año 1912, el mismo día en que se constituía el primer Cabildo Insular de Gran Canaria y del que, como hemos dicho, formaba parte su hijo Antonio.

(1) De entre los nietos de don Salvador, guardo especial relación de afecto con José Cuyás Hidalgo, eminente médico cardiólogo.



Don Salvador Cuyás y Prat

Don Salvador desplegó sus actividades comerciales en el Puerto de La Luz, en relación estrecha con las Casas Consignatarias inglesas que aquí fundaron sus negocios. A tal punto era esto así, que nuestro personaje edificó en Santa Catalina unos magníficos depósitos de carbón de la Casa Elder, más al norte de los que posee actualmente dicha firma británica.

En ocasión de hallarse construyendo don Salvador en esos parajes portuarios unos grandes almacenes, de muchas puertas y ventanas, una buena mujer —en estado de buena esperanza— se paró para preguntarle: «Don Salvador, ¿y esto qué será?» Don Salvador la miró de reojo, comprobó su abultamiento, y le contestó: «Pues mire, señora, yo estoy como usted, que no sé lo que será.»

Mas, la sorna irónica del isleño no dejaba tranquila la nueva casa de don Salvador, y un día en su fachada apareció la siguiente cuarteta:

*En un camino del Puerto
ha fabricado Cuyás
una casa con cien huecos
que parece un hospital...*

Poco importaban a don Salvador, persona inteligente y de iniciativas, estos comentarios jocosos, y su lema era seguir adelante, sin prestarles atención. La mejor prueba de ello era que, al cabo de poco tiempo, emprendía la construcción del entonces llamado Circo Cuyás, de su propiedad, que en seguida se convirtió en pequeño teatro, con compañías de ballets y de zarzuela, y más tarde en el magnífico Cine Cuyás que hoy conocemos.

Fue en esa época cuando recaló por Las Palmas una cupletista que había nacido en uno de nuestros barrios, y que, habiendo marchado muy joven a la Argentina, volvió a su tierra convertida en una figura de fama universal. Se llamaba la Ursula López. Actuó entonces en el Cuyás y en el Pérez Galdós, teniendo un éxito sin precedentes, desbordándose la ciudad por ver actuar a su paisana. Tenía fama de ser incisiva y picante en sus cuplés. Teniendo de ello conocimiento el que entonces era delegado del Gobierno, don Manuel Luengo, persona de grandes escrúpulos religiosos, advirtió a

Ursula López que fuera comedida y respetuosa con la letra de sus canciones. Y ello bastó a la Ursula aquella noche para, en presencia del señor delegado, espetarle el siguiente cuplé, tan irrespetuoso como gracioso:

*En la puerta de un convento
está escrito con carbón:
aquí se pide pa Cristo
y no se da ni pa Dios.*

Faltó tiempo a don Manuel Luengo para, montado en cólera, enviarle un recado al escenario diciendo a la cupletista que estaba multada con cien pesetas (suma impresionante en aquella época), lo que no importaba mucho a la artista porque precisamente en esas coplas cifraba ella el éxito de la taquilla.

Mas terminemos estas líneas volviendo a la figura de don Salvador Cuyás con una anécdota que oí contar en ocasiones a mi padre. Se hallaba una tarde don Salvador en el casino con varios amigos, hablando de las grandes reformas que necesitaba la ciudad. Y aludía a la exigencia de grandes parques, a la necesidad de ensanchar sus calles, a la inexistencia de fuentes públicas y, en fin, a todo el embellecimiento y ornato que estaba reclamando Las Palmas. Fue entonces cuando uno de los contertulios le hubo de preguntar: «¿Y el dinero, don Salvador, para realizar todas esas obras, de dónde sale?» Y don Salvador Cuyás, como buen patriota, idealista y soñador, le contestó: «Amigo mío, si empezamos a hablar de boberías, me marcho.»

Don Salvador, qué duda cabe, era un soñador, pero esos son los hombres que en muchas ocasiones necesitan los pueblos. De mentes ratiñeras sólo salen ciudades estrechas e inhabitables.

AQUEL LEON CRIADO EN LAS PALMAS

Corría la primera decena de siglo. En Las Palmas jamás se había conocido, no ya un parque zoológico, sino ni siquiera un animal feroz. En nuestros campos y bosques han brillado siempre por su ausencia los leones, las víboras, los tigres y demás especies peligrosas. Los canarios si acaso han podido temer, como fieras encubiertas, a algún que otro prestamista al 40 por 100, y que no ha podido subir de ese «módico» interés porque su alma la ha querido para Dios.

Pero llegó el año de referencia, apenas iniciado el siglo, cuando alguien, muy conocido en Las Palmas, adquiría un cachorro de león y lo situaba en la azotea de su casa. Se trataba de don César Navarro y Ruiz, quien vivió con su esposa y nueve hijos —todos pequeños— en una casa que hace esquina a Travieso y San Francisco, hoy General Bravo, frente al inmueble que hoy ocupa un supermercado.

Don César, de carácter abierto y resuelto, con ocasión de hacer escala en nuestro puerto un buque extranjero, hubo de visitarlo y comprar en él un leoncito —aún criado a biberón— de pocos meses de edad, procedente del sur de Africa, llevándose a la azotea de su casa. En ese momento el cachorro de león era lo que pudiera llamarse «una monada». Tierno, jovencito, juguetón y simpático, no daba la menor muestra de ferocidad. Don César, a la sazón, era dueño del Hotel Madrid y cada mañana lo llevaba consigo, provisto de collar y cadena, como si se tratara de un perro dócil. Pero no se contentaba con ello, sino que también le acompañaba a la tertulia de la terraza del Gabinete Literario, donde los amigos de don César

lo miraban con natural recelo y prevención, existiendo más de uno que se hubo de ausentar ante su presencia.

Mas, don César se hizo con la banca de la ruleta del casino. El animal fue creciendo, y ya despuntaba en él su melena de auténtica fiera. Llegó el instante en que la confianza de su dueño se convirtió, no ya en desconfianza, sino en verdadero miedo, en él y en quienes visitaban el lugar de juego, adoptándose la decisión de no admitir la pequeña fiera en aquella sala.

Fue entonces el instante en que el concesionario de la ruleta del Gabinete, don Joaquín Apolinario, pidió a don César Navarro le permitiera llevarse el león a una finca de su propiedad, sita en El Madroñal de Santa Brígida, hoy del dominio de don Marcelo Báez. Ya lo exigían los ímpetus peligrosos del animalito, en el que se habían despertado los naturales instintos de la fiera, con grave riesgo para quienes con él trataban en régimen de libertad. Allí lo tuvo don Joaquín, encerrado en su correspondiente jaula, durante bastante tiempo, y ocurrió entonces algo inusitado que merece ser referido¹. El león comenzó a rugir, y se oían estos rugidos en los parajes próximos de las fincas de Santa Brígida, provocando en las vacas que se hallaban en los contornos, la pérdida de la leche que venían produciendo. Fenómeno curiosísimo pero nada extraño, porque, según es sabido, los animales domésticos barruntan, por instinto, la presencia de una fiera a través de sus gemidos o rugidos, produciéndoles un miedo natural, y ello aunque jamás la hayan visto o sentido.

Creada esta situación, el señor Apolinario quiso deshacerse de la fiera —convertida ya en auténtico león— y gestionó del Ayuntamiento de Las Palmas la recogiera para colocarla, enjaulada, en algún parque de la capital. Y, en efecto, el rey de la selva, ya con su gran melena, fue situado en el parque de San Telmo, para solaz y recreo de sus visitantes. Poco habría de durar la estancia del león en aquel céntrico sitio, ya que, aparte lo costoso de su mantenimiento, constituía un espectáculo depresivo por la suciedad y mal olor que originaba en torno suyo. Y no pasó mucho tiempo sin que se sepa ciertamente por qué razón, «el león del parque» —como se le llamaba— pasó a mejor vida...

¹ Debo estos datos a una hija de don César Navarro, que aún vive, llamada doña Dolores Navarro y Navarro.

DE SALAMANCA A COIMBRA

Hace unos días recorríamos los campos, amenos y fértiles, del Tormes. Bajo un cielo luminoso del mes de junio, el coche atravesaba aquella campiña de dorados trigales y cotos de reses bravas. Una suave brisa estival, como un céfiro grato, nos acariciaba el rostro. Y, de pronto, Salamanca, la ciudad cargada de glorias universitarias, que se nos aparecía en el fondo, brillando al sol de la tarde en declive.

Teníamos la ilusión de conocer Salamanca porque hay lugares claves en el mundo del espíritu, y éste es uno de ellos. Sus bellísimos soportales de la Plaza Mayor hervían a aquella hora vespertina de grupos de estudiantes. Las campanas de las iglesias salmantinas, con sus carillones medievales, arrullaron nuestro sueño. Y, al día siguiente, metimos en nuestra alma, con emoción contemplativa, todo el encanto de esta ciudad, bordada de arte, de piedra que canta, de calles que subyugan, de iglesias y fachadas que invitan a la oración; de aulas y paraninfos que pregonan la grandeza intelectual de España. Salamanca es toda ella una sinfonía de piedra dorada. Ciudad tranquila, más que dormida, adormecida por la pátina señorial de sus glorias pretéritas. Oyéndose, a través del bullicio universitario, el eco lejano de quienes le enaltecieron: Victoria, Fray Luis de León, Unamuno...

El viejo claustro nos condujo a la cátedra famosa en la que sonó la frase «Decíamos ayer»..., venerada actualmente como un reliquia y al lugar en que nacieran al mundo los principios básicos del Derecho Internacional, y al Palacio de Anaya, donde, en el rellano de la escalera de Filosofía, aparece el busto de aquel gran don

Miguel que pidió a Victorio Macho hiciese lucir en su pecho la Cruz de Cristo, y así resalta esculpida sobre su camisola vasca.

Salamanca allí quedó, embelesada en el canto glorioso de sus piedras doradas, recreando en las aguas tranquilas del Tormes su belleza de siglos. Al dejarla a lo lejos, rodeada de sus prados jugosos, nos llegaba aún el perfume indefinible y penetrante que dejan en el espíritu las ciudades cargadas de Historia.

A poco, ya estábamos en Portugal y hacíamos descanso en un pueblecito —Guarda— asentado en lo alto de un monte pulcro y delicioso, con aire fino de serranía y enjoyado de flores, lugar mimado para el turismo.

Desde Guarda a Coimbra, la carretera se interna en una maravillosa zona de bosques. Paisajes deleitosos, festoneados de ríos, divísanse por doquier antes de arribar a la antigua ciudad amurallada. El portugués tiene un pulcro y profundo sentido poético de su paisaje rural y le hace resaltar gratamente con la policromía de sus casas y de sus rosas. Por fin, ante nuestra mirada surge Coimbra, asentada sobre un sorprendente anfiteatro, a ambos márgenes de su río caudaloso. Venimos de una gloriosa ciudad universitaria y entramos en otra, por ese enlace encantador de unos campos en flor.

Coimbra conserva, como Salamanca, el sabor secular de sus rincones históricos. En el recinto de la urbe, un nieto de nuestro Alfonso el Sabio —el rey Don Diniz— creó en el siglo xiv un Estudio General, embrión de la famosa Universidad, que data del xvi. Impresiona la Porta Férrea, que da acceso a la parte antigua y noble de este templo del saber. Enfrente, están la capilla y biblioteca universitaria, con sus salas decoradas en oro sobre fondo azul, y a la derecha se ve la llamada *Via Latina*, preciosa galería bordada en piedra por la que se penetra en la célebre *Sala dos Capelos* o Paraninfo. En su parte superior, corren unas plateas que son ocupadas, en sus sesiones solemnes, por señoritas universitarias, toman asiento en el salón los catedráticos, y en un sillón verde, bajo dosel, preside al fondo el rector de este Centro, uno de los grandes focos de la cultura universal. En uno de estos sillones, tras de ser investido Doctor Honoris Causa, tomó asiento nuestro inolvidable don Gregorio Marañón.

Mas, Coimbra es, a su vez, una preciosa ciudad moderna, y en lo alto de sus colinas emergen, de entre árboles frondosos, esos hotelitos que tanto prodiga Portugal como un regalo sugestivo para

la vista del visitante, con sus techos rojo vivo y sus tapias adornadas de geranios y tulipanes.

De Salamanca a Coimbra. Nuestro espíritu se ha saturado de paz y belleza en estas dos ciudades, que ofrecen sus muros cargados de gloria, faros enhiestos de la cultura frente a un mundo convulso y de espaldas a la civilización. Todavía estas capas estudiantiles, con reflejos medievales, son todo un símbolo que reconforta el alma. La sinfonía en piedra dorada de las dos grandes Universidades eleva al cielo sus notas, silentes y sublimes, como un canto de reverencia al Creador.

EL GRAN AMOR DE SU ISLA

Nuestro puerto, nuestro gran puerto. Esa ensenada maravillosa, vibrátil y espejeante, poblada de buques y banderas multicolores. No sé por qué a los canarios de esta peña, tan redonda y tan querida, nos llega el puerto al alma con especial predilección. Y sentimos una alegría súbita cuando le vemos y le abrazamos —porque pasearlo es abrazarlo— como ese hijo mayor que honra a sus padres con su bello continente y su rico y próspero contenido.

En este día de sol, como en tantos otros, hemos visto a nuestro puerto radiante de buques y el latido de su pulso ha acelerado nuestro corazón. En ese trajín febril de los muelles, con tufillo a gas-oil, existe un sentido de vida pujante —de sistóle y diástole— que irriga de optimismo los últimos rincones de nuestra tierra. Le vemos desde esta baranda de enfrente, en esa imagen en relieve, lleno de color y de luz, realzado por la escuadra de un gran país, atiborrado de barcos, con ese porte que le imprime el penacho de humo de sus chimenas y el destello metálico de las cubiertas al sol.

Cada día nos hemos acostumbrado los canarios a saludar a nuestro puerto. Y parécenos que algo nos falta cuando pasa un día sin que le hayamos visto. Estamos en el fárrago ordinario de nuestros asuntos, y, tras de la ansiedad fatigosa de la jornada, algo echamos de menos si no descansamos la mirada y recreamos el espíritu en esa bella estampa de la bahía, que es un remanso, renovado cada día, de imponderable atracción.

Tengo para mí que en el subconsciente de cada canario existe la idea, al mirar este gran puerto, de que en él se contiene el orgullo

de nuestra estirpe, y le vemos como se mira al familiar que ha sabido darnos rango y honor, no por dadas generosas, sino por su propia valía. Y por eso le miramos, y le admiramos recio, musculoso, bello, lleno de vibraciones y de luces centelleantes. Y, por las tardes, tras de la faena sudorosa, se acicala y nos muestra su rostro limpio y perfumado a través de unos pulcros jardines, que le convierten en uno de los puertos de mayor galanura del mundo. Y, cuando a esa hora del crepúsculo por él nos deslizamos, deleita el olor a brea y a claveles, a brisa salobre y a rosaleda en flor.

Cuántas veces, cuando paseamos por estas amplias avenidas de nuestros muelles, solemos decir: «Si nuestros abuelos resucitaran y vieran esta maravilla de puerto.» Lo mismo, exactamente lo mismo que cuando vemos a nuestros hijos, vigorosos, y solemos comentar: «Si nuestros padres resucitaran y les vieran cómo están.» Es la expresión idéntica que nace de un común amor admirativo. A ambos les hemos visto pequeños, con sus crisis de atraso y de crecimiento, pidiendo protección y cariño, hasta que hoy les vemos grandes y fuertes, a unos al término de sus carreras y al otro con sus muelles festoneados de riqueza y, lo que es aún más deleitoso, de parterres en flor.

No sé por qué todos nos sentimos tan enamorados de nuestro puerto y nos suscitó tanta emoción su recuerdo. En la madrugada, cuando la sirena nos evoca, en el silencio, el eco dormido y lejano de una recalada familiar. Durante el día, al verle y contemplarle afanoso, en un chirriar de grúas y barcazas, para mantener en vilo la riqueza de su isla. De noche, mecido por sueños de grandeza, bajo la guirnalda vigilante de sus luces plateadas.

¡Oh, nuestro gran puerto! En el señero empaque de tu bahía cosmopolita y en la sencillez bellísima de tu contorno florido, está impreso el signo, suave y valiente a un tiempo, de este pueblo canario que tanto te ama.

LA MENTIRA POETICA DE VALLE-INCLAN

El Ateneo de Madrid se fundó en la calle de la Montera, hacia mitad del siglo XIX, perteneciendo a él las personalidades más eminentes en las ciencias, las letras y la política, y en los comienzos del XX se trasladó a la calle del Prado, sitio donde se encuentra actualmente. Conocíamos este histórico Centro alrededor de los años treinta, en ocasión de estudiar nuestra carrera, asistiendo, día a día, a su magnífica biblioteca, junto a un grupo nutrido de canarios que luego han sido prestigiosos profesionales, y bajo la rectoría intelectual de Agustín Millares Carló, ya, a la sazón, ayudante de Cátedra en la Central y afamado en la investigación paleográfica.

La vida activa del Ateneo, por aquellas calendas, estaba centrada en el salón de sesiones y en su famosa «cacharrería». Aquél era una especie de pequeño parlamento, con su patio de butacas, tribunas y escenario para conferencias y actos solemnes. Esta, la «cacharrería», era un saloncito —el primero de la galería de retratos— donde se reunían los hombres más eminentes de la intelectualidad española de aquella época. Unamuno, Valle-Inclán, Ortega, Rosso de Luna, Palacio Valdés, Vigui, Ramiro de Maeztu (que presidía la Sección de Literatura), y tantos otros, en franca y sustanciosa charla sobre cuestiones de marcado interés cultural. Con carácter de meros oyentes, terminado nuestro estudio habitual en la biblioteca, nos situábamos, de pie, en torno a aquellos hombres eminentes para deleitarnos con sus geniales malabarismos.

Y es curioso que otra figura, gloria de la ciencia médica española y mundial, don Santiago Ramón y Cajal, no entraba nunca en la

docta casa, sino que le veíamos, a diario, sentado enfrente, en una de las ventanas del antiguo café del Prado, solitario, con su barba lacia y abrigo desvaído, leyendo un periódico y tomando su taza de café.

En aquel parnasillo del Ateneo se discutía de lo divino y de lo humano, resaltando siempre un elevado espíritu de comprensión y de respeto ante el planteamiento de las complejas cuestiones que se debatían. Solían inspirar especial miramiento Unamuno, con su camisola vasca y perfil de búho. Don Ramón, el de «las barbas de chivo», y Maeztu, con aquel deje flemático que había adquirido recientemente en Inglaterra y que se hallaba en el momento crucial de su giro político y espiritual.

Una de aquellas tardes, Valle-Inclán, con su «ceceo» gallego al servicio de una fértil imaginación, discurría sobre las guerras carlistas, adornando sus bélicos argumentos con paisajes norteños, verdes prados y ríos rumorosos. Le escuchaba, entre otros muchos, don Baldomero Villegas, militar ya octogenario, hijo de general carlista que luchara contra las tropas de la reina. Al terminar su relato, el autor de las *Sonatas*, Villegas, tembloroso, pero viril aún en su ademán, le objetó iracundo, espetándole: «Usted, señor don Ramón del Valle-Inclán, será un gran novelista, pero usted es un gran mentiroso.» Y acto seguido explicó don Baldomero el mismo episodio carlista con el dato exacto del estratega y el esmero de quien repudia la «mentira poética». Aquel honorable y sesudo militar olvidaba que, por interesante que fuera la historia castrense del episodio, lo que de verdad subyugaba al concurso era la inefable fantasía de don Ramón, matizada siempre de bellísimos contrastes.

Días inolvidables aquellos vividos en el Ateneo de Madrid, crisol de grandes escritores y poetas, foco espiritual de selecta y altísima intelectualidad, pero, sobre todo, forja, en su gran biblioteca, de hombres estudiosos y cultivadores de las distintas ramas del conocimiento humano, que luego se han desparramado por la piel de toro de esta querida España, y aún fuera de sus fronteras, portando el mensaje del saber y de la cultura.

«MAURA Y AZCARATE», DE MARCOS GUIMERA PERAZA

Uno de los investigadores actuales más ilustres, en nuestras islas, es el notario Marcos Guimerá Peraza. Su labor exhaustiva en Archivos y Bibliotecas, sobre todo sobre temas insulares, es digna del mayor encomio. Alterna su importante Notaría de Santa Cruz de Tenerife —antes lo había sido durante varios años en Las Palmas— con esa tarea buceadora de hallar el dato histórico cierto en torno a sucesos, anécdotas y personajes de nuestras islas, y también del ámbito político peninsular.

Marcos Guimerá, aparte múltiples conferencias, ha publicado, que yo recuerde, su magnífico libro *José Murphy y sus obras impresas*, dado a la estampa por el Museo Canario en 1965; el exhaustivo e interesante estudio del *Notario don Agustín Millares Cubas* (padre de nuestro entrañable Agustín Millares Carló), editado por la propia docta casa en 1969; su sugestivo trabajo, inserto en 1970 por el Patronato de la Casa de Colón, titulado *El Pleito Insular. La pugna por la hegemonía canaria*; los magníficos *Tres estudios sobre aguas canarias*, en cuya materia jurídica es auténtico maestro, bajo el patrocinio del Aula de Cultura de Santa Cruz de Tenerife, en 1970; la separata inserta en la «Revista de Estudios Políticos», de Madrid, del año 1971, titulado *La Región y Canarias*; su libro, comprensivo de toda una época de vibración política, bajo el título *El Pleito Insular. El divisionismo, las Asambleas y los Cabildos*, que dio a luz pública el propio Patronato de la Casa de Colón, en el año 1972; ese enjundioso y voluminoso *Estudios sobre el siglo XIX político canario*, editado en el año 1973 por el Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria; *Maura y Galdós*, aco-

gido y publicado por la Sección de Cultura de la propia Corporación. Y finalmente, el prólogo al subyugante *Ruiz Padrón*, acordado imprimir por la citada Aula de Cultura de Santa Cruz de Tenerife (año 1974).

Mas por si fuera poco este bagaje literario e histórico siempre enriquecido por la referencia fidedigna, nos obsequia ahora Marcos Guimerá con un nuevo trabajo que titula *Maura y Azcárate*, y digo nos obsequia porque es un auténtico regalo para quien desea conocer y recrearse en los hondos repliegues políticos, y aun literarios, de estos destacados personajes de la última Monarquía.

Acaso lo que más se valora e intriga en los períodos históricos son los datos privados contenidos en cartas, diálogos, costumbres domésticas y decurso de la vida de los grandes prohombres. De esos vaivenes intimistas suelen extraerse facetas psicológicas e intelectivas de sustancial influencia en la vida política de los gobernantes de un país. La infancia de un gran músico, el influjo del clima familiar, de un eximio novelista, la primera formación escolar y educativa de un excelso hombre de Estado, su epistolario amistoso, son siempre exponentes vivos que suelen definir, traslucir y hacer conocer mejor la personalidad de un hombre eminente. Y esta virtud nos la ofrece Guimerá Peraza referida a dos grandes estadistas españoles, Maura y Azcárate. Sin dejar en su inquisitiva búsqueda histórica, a Galdós, de quien Maura fue abogado defensor en los intrincados pleitos —afortunadamente resueltos por compromisos amistosos— que el gran novelista canario hubo de sostener con sus casas editoriales en los últimos años del siglo XIX.

Don Gumersindo de Azcárate había nacido en León en 1840. Y Maura vio su primera luz en Palma de Mallorca, en 1853. Aquél había sido profesor de éste y militaban, respectivamente, en los partidos republicano y conservador. Fueron, pues, enconados enemigos políticos, pero se profesaron siempre una sincera y afectuosa amistad. Marcos Guimerá se puso en relación con don Pablo de Azcárate —sobrino de don Gumersindo— ilustre profesor e historiador, que vivía en Ginebra, y con el duque de Maura, obteniendo los valiosísimos datos que nos ofrece en su trabajo.

Es curioso que, a pesar del enfrentamiento político de ambos personajes, Maura propusiera a Azcárate —que era también abogado famoso— para que interviniera como dirimente en el pleito que Galdós seguía con su editor Cámara, dictándose el satisfactorio laudo por escritura de 31 de mayo de 1897, ante el notario de

Madrid, señor Moya. A este propósito existe una nutrida correspondencia entre Maura y Galdós en la Casa Museo de Las Palmas, del ilustre autor de los *Episodios*.

Resulta apasionante el sesgo de la alta política nacional, relatada por Guimerá a través de las intervenciones parlamentarias de Maura, Azcárate, Canalejas, Dato, Sol y Ortega, Silvela, Pablo Iglesias e incluso Pérez Galdós, hasta desembocar en la Semana Trágica de Barcelona, en 1909. Dos años después se creaba el Partido Reformista, cuyo jefe fue Melquiades Alvarez, formando parte de él Ortega y Gasset, Américo Castro, García Morente, Adolfo Posada, Pablo de Azcárate y Azaña¹. Don Gumersindo moría repentinamente el 13 de diciembre de 1917 cuando presidía una sesión del Instituto de Reformas Sociales. Maura, que volvió a ser jefe del Gobierno en 1919 y 1921, dejaba de existir en momentos en que trabajaba en la Comisión de Códigos².

Este documentado estudio histórico de Marcos Guimerá —al que expreso gratitud por su amable envío— es una auténtica aportación valiosa del ilustre compañero a su ya rica y brillante obra literaria, digna de justa alabanza.

¹ Don Adolfo Posada fue mi catedrático de Derecho Político en la Universidad de Madrid, ya en el año en que había de ser jubilado. En Las Palmas tuvo su representación el partido Reformista de Melquiades, en un grupo valioso: Tomás Quevedo Ramírez, Rafael Cabrera Suárez, José del Río Amor, Manuel Hernández González, Luis Benítez Inglott, Juan Bosch Millares, Farinós y Hugo Pérez. La representación del partido en Madrid, la ostentaba Pedro Perdomo Acedo, gran poeta canario, en unión del profesor Gregorio Hernández de la Herrera y Agustín Rivero Rodríguez. El secretario nacional del reformismo era el eximio escritor Luis Zulueta.

² Maura, en efecto, falleció en ocasión de hallarse presidiendo oficialmente la Comisión de Códigos, pero Marcos Guimerá sabe, como todos lo sabemos, que cayó desplomado en su finca de Torrelodones, en la Sierra de Madrid, en el instante en que se hallaba pintando una acuarela, arte al que era muy aficionado.

DOS CAMINOS OPUESTOS: UNAMUNO Y GARCIA MORENTE

Hablando de Unamuno, poníamos de relieve la sed de divinidad que creaba en el profesor de Salamanca una proyección sentimental hacia Cristo, junto a su falta de fe. Hacíamos radicar ésta incertidumbre, al menos en parte, en la egolatría de que siempre hizo gala Unamuno, valladar insalvable para lograr ese sencillo camino de humildad que conduce a Dios. Humildad, decíamos, que se genera y produce, frecuentemente, por el dolor. Y terminábamos por invocar la figura del catedrático. García Morente, coetáneo del rector salmantino, hombre de espaldas a Dios pero que llegó a gozar de su gracia por el sendero espinoso del sufrimiento espiritual.

Vivió don Manuel García Morente desde 1886 hasta el año 1942. Fue profesor de Filosofía en la Universidad de Madrid, y por méritos propios desempeñó muy joven el Decanato de esta Facultad. Formó su espíritu en la ideología kantiana y llegó a declarar, sin ambages ni rodeos, que no era creyente¹. Ingresó como académico en la Real de Morales y Políticas y ostentó la Subsecretaría del Ministerio de Instrucción Pública. García Morente fue un intelectual de sólida cultura, engréido y altivo, gran amigo de Ortega, aunque favorito de la tertulia selecta del duque de Alba.

Mas, para lo que en seguida diremos, nos interesa destacar ese aspecto de su carácter que él mismo revela: «era vanidoso y soberbio», aunque con un fondo de afecto y educación. Y, como todo

¹ *Relación*, de su hija María José, y artículos en *Revista de Filosofía*, por JUAN ZARAGÜETA, 1943.

gran espíritu, admiraba la música y gozaba de la contemplación sosegada del cielo estrellado, siguiendo la huella de Fray Luis de León.

Hasta aquí vemos el paralelo de Unamuno y de García Morente. Dos intelectuales de gran formación humanista, con raíces hondas de bondad, pero apartados de la fe, infatuados por su recia personalidad. El propio Morente llega a decir que «los intelectuales tienen miedo a caer de ese pedestal orgulloso que la ciencia y la filosofía han levantado en sus corazones». Pero la soberbia engreída de García Morente sufre un rudo golpe. Los rojos —aquellos intelectuales que creía eran sus amigos— apenas iniciada la guerra civil, asesinan a su hijo político, a quien idolatraba, le destituyen a él mismo de su cátedra de Filosofía y tiene que exiliarse a Francia para evitar su muerte².

El dolor suele ser la gran llamada de Dios. Y aquí sobreviene la diversidad de caminos: Unamuno continúa endiosado bajo el influjo de sus cenáculos intelectuales. García Morente se recluye en su soledad de París, bajo el dolor punzante de su yerno asesinado y sus hijas perseguidas y confinadas, en zona zoja.

Qué duda cabe que el rector de Salamanca desea abrazar a Cristo contra su pecho y confiar en sus verdades eternas, pero puede más la egolatría del intelectual que la humildad del católico, pretendiendo crear lo que es obligado creer. En cambio, es cosa cierta que el dolor lacerante de García Morente, a solas con su alma atribulada, le lleva de la mano a Dios, por el sendero iluminado de la humildad. Unamuno se debate, hasta el final, en la esperanza de una fe que agoniza, y Morente, por el contrario, se entrega a Dios, negándose a sí mismo, henchido su espíritu de amor esperanzado.

Maravillosa descripción la que nos hace García Morente de aquella noche en París, sólo, abatido, imbuido en sus pensamientos, mirando desde su miserable habitación el cielo tachonado de estrellas, oyendo por radio, primero la *Pavana*, de Ravel, y, luego, en orquesta, un trozo de Berlioz: *La infancia de Jesús*. Y por la mente de aquel intelectual descreído comenzó a desfilar la niñez de Jesucristo, de la mano de la Virgen, perdonando a la Magdalena, atado a la Columna, clavado en la Cruz. Y Morente, en la soledad de su tristeza, dejó paulatinamente de ser el superhombre de la cátedra

² URIARTE, S. J.: *El profesor García Morente, sacerdote*.

para convertirse en el espíritu sencillo, humilde, aññado, que siente junto a sí el aleteo y la caricia de Dios. Acordóse de su madre, cuando le acostaba en su regazo, rezando con ella. Se había olvidado del Padrenuestro y, al fin, pudo recordarlo, perdida la mirada en el lejano horizonte de París... «¡Jesús!», dijo de rodillas. Percibía su presencia. Sabía que estaba allí. Y se entregó al deleite sobrenatural y al íntimo gozo de poseer a Jesús en su corazón, a tal punto que no tardó mucho en abrazar la vida sacerdotal.

García Morente había ganado la gracia divina a través de la humildad, florecida en un alma abonada por el dolor, y por eso creyó en Dios. Unamuno, queriendo amar a Cristo, no pudo vincularse a sus verdades eternas, porque el lastre de su egolatría le impidió elevarse a las alturas de la fe.

He aquí lo operante que son en el alma del hombre —más eficientes cuanto más encumbrados —las ejercitaciones espirituales, que nos presentan a la criatura humana como un ser creado por Dios, a quien debe alabanza, reverencia y servicio, para, mediante esto, salvar su ánima.

Hombres como Unamuno, mentes, sin duda, privilegiadas, necesitan sumergirse en el retiro espiritual de esos cenáculos, a solas con su dolor y con su vida, frente a frente a Jesús, meditando su grandeza infinita y nuestra pequeñez deleznable, como hizo García Morente cuando el dolor le hizo comprender que el engreimiento intelectual nos aparta del fin eterno.

Solo así, proclamando, desde nuestro mínimo valor, la excelencia infinita de Dios, es como podemos aspirar a la obtención de su divina gracia.

UN MEREcido HOMENAJE

Una de las más acertadas y justas decisiones que se haya podido adoptar, es la de promover un homenaje público a una personalidad como don Diego Vega Sarmiento, compendio de claras virtudes cívicas.

Don Diego es símbolo inequívoco del auténtico canario. Nos referimos, claro está, al canario de buena ley, porque de todo hay en la viña del Señor. Le hemos conocido toda la vida consagrado a su trabajo, desde los inicios de su carrera comercial al desarrollo próspero y ejemplar de sus modernas industrias. Hombre nacido en ese aurífero e inagotable rincón de Juncalillo —verdadero venero de hombres valiosos—, ha conservado su ya larga existencia al mismo ritmo de sencillez, de seriedad y, como todo buen canario, de inteligentes decisiones en sus negocios y en sus relaciones de vida social. Es el prototipo del isleño de fines del siglo XIX que, por no perder carácter, ha sabido conservar la calderilla en el bolsillo derecho de su chaleco, y el reloj de acero, con dos tapas, en el izquierdo.

Con esta cachaza del terruño, pero con incisiva visión hacia la meta de su vida, don Diego supo salir un buen día de sus cuevas de Juncalillo para atravesar el Atlántico y plantarse en Norteamérica, sin otro capital que su ilusión ni otro apoyo que su férrea voluntad. No pasaron muchos años sin que retornara a su tierra con un nuevo idioma y un pequeño negocio de automóviles. Esta fue la plataforma que le habría de lanzar y poner en órbita como cumple al hombre inteligente, que sin dejar de tener malicia de comerciante sabe ostentar virtudes de honestidad. Y este es, que



Don Diego Vega Sarmiento

duda cabe, el orgullo de nuestra isla: dar al mundo criaturas y bautizarlas en pila de aldea, para pasar luego a ser, en diversas latitudes, grandes literatos, eminentes políticos, magníficos comerciantes, destacados profesionales forjadores, en fin, de cultura y de riqueza. El buen canario suele salir de la gañanía o del huerto paterno, para llegar a ser presidente de una República, sin otra base que su intuitivo destello personal. O también —ya en la otra vertiente— para sentar famosa jurisprudencia con aquel no menos famoso «negocio de la china», del primer tercio del siglo, urdido y llevado a cabo por una mente que tanto tenía de genial peligrosidad como de auténtica gracia.

Y aquí tenemos hoy a don Diego Vega Sarmiento, pimpante y remozado, humorista y calculador, con visión certera del porvenir económico de su pueblo, que se calza la Alcaldía de Las Palmas por sus propios méritos, al igual que se ganan las estrellas en el campo de batalla. Aquel muchacho de Juncalillo, que ha pasado por varias Presidencias de Corporaciones importantes dejando siempre la impronta de su valía. y, lo que es más importante, que ha creado riqueza para sí, pero también para su país, detalle que no debe olvidarse nunca, porque hay hombres en su vida que con su dinero crían cizaña y otros que siembran bienestar, sobre todo en las clases modestas.

Don Diego, ya ascendido al generalato de la vida civil, con un jefe de Estado Mayor como su hijo Antonio, gobierna, con maravillosa lucidez, desde la altura de los noventa y tres años, sus grandes negocios, sin moverse de su mesa de trabajo, llevando impresa en su mente la maqueta de sus fábricas, de sus fincas, de sus tuberías hidráulicas, de sus grandes edificios, algo así como un pequeño ministro con su plan de desarrollo. Y en torno a sus creaciones industriales y económicas, centenares de familias que viven al calor de ese dinamismo, de signo social positivo, que es el fondo cristiano de estas obras, cuando se llevan con espíritu de recta solidaridad.

Por eso creo sinceramente que el país realiza un acto de justicia y de ejemplaridad, enalteciendo a hombres como don Diego Vega Sarmiento, y que, por otra parte, Gran Canaria le quedará agradecida, porque el corazón de la madre se llena siempre de íntimo gozo cuando se exaltan, de verdad, las virtudes de sus hijos.

Lo único que me permitiría aconsejar a mi buen amigo don Diego, sería el que no dejara nunca el chaleco con su calderilla ni cambiara el reloj de dos tapas por el de pulsera, porque entonces su personalidad quedaría desdibujada y hasta maltrecha... Que, del mismo modo que Ortega nos dijera un día aquello del «hombre y su circunstancia», yo lo concretaría y aplicaría a don Diego diciendo de él que es «el hombre y su Roscof-Patente», siempre, eso sí, en el bolsillo del chaleco, marcando el tic-tac de su vida, que quiera Dios siga siendo dilatada y fecunda.

«CUADERNO DE RECUERDOS TRIVIALES»

Emilio Valle y Gracia es una de las personalidades más acusadas de Gran Canaria. Espíritu fino, locuaz y de hondo sentido humano, deja, a través de su vida, una brillante estela intelectual que le califica como uno de los canarios más ilustres de nuestra época. Sorprende realmente cómo un hombre de formación jurídica sabe conjugar los principios equilibrados del Derecho con la vibración lírica de un temperamento poético. Emilio ha sido un gran abogado, qué duda cabe, estudioso, sereno, conocedor del *jus*, y lo que es más importante, de la hondura de la vida que inspira su aplicación, pero ha sido también un amante del arte, especialmente de la música, mostrándose, en todo momento, como uno de los espíritus más exquisitos en torno a lo que signifique y represente elevación de nuestra alma.

Ahora nos ha querido revelar estas cimeras cualidades a través de un libro que es un verdadero primor y que intitula *Cuaderno de recuerdos triviales*. Llega a mis manos, con cariñosa dedicatoria, y lo he leído con ese deleite que producen los exquisitos regalos, recreándome en la lectura de sus páginas que parecen hallarse perfumadas de auténtica belleza. De rico empaque litográfico, nos deslizamos a través de sus retazos biográficos con verdadero placer. Y es que su autor ha huido de lo profuso para ofrecernos la elegante sencillez de un relato que a veces tiene perfiles sabrosos de humor, en ocasiones se viste de ropaje sentimental y siempre nos subyuga con unos trazos literarios que nos llevan a recordar la palabra fácil y cautivadora de ese gran *dilettanti* que es Emilio Valle.



Emilio Valle y Gracia (a la derecha), charlando con el gran poeta Saulo Torón

Pórtico evocador de su infancia el que nos brinda en las primeras páginas del libro, recordando con melancolía la angosta calle de la Gloria, donde nació, muy apropiada para el soliloquio y la ensoñación, en el corazón de la vieja Vegueta, desde donde oía «el vuelo sonoro de las campanas de la catedral y el ángelus de los amaneceres». Emilio tiene un recuerdo emocionado para aquel rincón de San Agustín y, sobre todo, vienen a su memoria las figuras de los grandes letrados que iban hacia la Audiencia, enfundados en su levita, para dar curso a su barroca elocuencia. ¡Quién le habría de decir, en aquellos momentos de su niñez, que él sería, en su día, uno de los profesionales que más honraran la toga en el recinto de la Casa de la Justicia!

Su larga temporada en Teror —con motivo de la guerra de Cuba y de una temida invasión norteamericana— le sirve de motivo para realzar la belleza de aquellos parajes, esmaltando el relato de anécdotas, entre las que destaca su incipiente amor por la música, al oír, desde un jardín, un recital pianístico interpretando *El Carnaval*, de Schumann. Es en este capítulo donde aparece, como un bajorrelieve, en la Villa Mariana, la figura de aquel gran obispo, menudo y humilde, que se llamó, por antonomasia, el padre Claret, «el prelado, dice, que posaba sus manos sobre nuestras cabezas infantiles como una bendición».

Pero Emilio Valle, en esta exposición de acuarelas que es su libro, nos coloca frente a un cuadro bellissimo, el de Granada, de sabor universitario, con el hechizo misterioso y sensual de sus palacios árabes y sus hidalgas casonas blasonadas. Nos dice Emilio: «Bajo la fronda de sus fabulosos cipreses de la Alhambra y el Generalife, al llegar a la ciudad, permanecí muchas horas en propicia soledad y encantamiento, hermanado con el permanente y suave rumor de las fuentes.» En Granada hizo sus estudios de Derecho, y en sus aulas conoció al famoso padre Manjón, profesor de Canónico, a don Rafael Acosta, canario, también catedrático y alcalde de la capital musulmana, a don Nicolás Pérez Serrano, el gran jurista español y tantas otras personalidades; pero, además, en Granada se conmovió Emilio oyendo la gran Orquesta Sinfónica de Madrid, bajo la batuta de Tomás Bretón y la música de Ricardo Wagner, en el palacio de Carlos V, junto a la Alhambra. Es este, a mi juicio, el capítulo del libro de una mayor y más depurada vena lírica, a su final de un verdadero estilo becqueriano, en el que el recuerdo se torna poesía de alta calidad.

Emilio Valle hace gala, en el resto de este precioso volumen, de un humor elegante y fino, ya de vuelta a su amado terruño, con aquella estancia en el Registro de Telde junto al malogrado vate Montiano Placeres, siempre bajo el ensueño poético que campea a través de todas sus páginas, saliendo al encuentro del joven abogado de entonces «la vibración conjunta del olor de los jazmines de la huerta inmediata».

Las figuras famosas de los hermanos Millares en su mansión de arte, de Unamuno, García Sanchiz y Tomás Morales y las peripecias anecdóticas de don Benito y Rubinstein, ponen broche de oro a estos Recuerdos de Emilio Valle, que pueden calificarse de verdadero aderezo de piedras preciosas, esculpidas con riqueza, con emoción y con gracia desde la altura de una vida pletórica de méritos y que quedan insertas en su libro para admiración de presentes y ejemplo a los que han de venir. Porque si alguna flor existe en la vida que no se marchite nunca, es la del espíritu, y ésta la ha cultivado siempre Emilio con amoroso cuidado.

Desde estas líneas vaya mi enhorabuena muy sincera hacia «el joven» Emilio Valle, que sabe encender la curvatura de los años con esa llama viva y ardiente del amor al recuerdo y a la ilusión, convirtiendo lo trivial en magnífico.

«ANDAR Y VER», UN BELLO LIBRO DE FRANCISCO RODRIGUEZ BATLLORI

Francisco Rodríguez Batllori es un gran canario de prosapia literaria, que está dejando un nombre a través de la prensa madrileña. Escribe en el «ABC» de la capital de España, con estilo claro y sugestiva prosa. Y sabe sacar jugo a lo que ve y a lo que lee, para hacerlo llegar a nuestra retina espiritual con atractivo relieve.

Ha publicado un libro, *Andar y Ver*, del que acuso recibo un poco tardíamente, por mis múltiples ocupaciones, que he leído placenteramente porque es delicioso y bien construido. Sus páginas nos llevan de la mano en un relato pintoresco, histórico y ameno, por diversas ciudades y rincones de Castilla y Andalucía.

Pasa por nuestros ojos La Mancha, blanca y solitaria, salpicando el océano ajedrezado de tierras encendidas. Y nos describe esos pueblos que ciegan de blancura y en los grandes patios duermen las bestias su modorra estival.

Luego, nos seducen los macizos del paisaje de Sierra Morena. Cuántas veces la atravesamos, en época de estudiante, impresionándonos su legendaria grandeza. La Montaña parece descolgarse sobre el abismo. Y atravesamos, con el autor, Las Carolinas, ciudad prócer, tierra bermeja y fértil, alegre y rumbosa, con cerco de olivares.

Rodríguez Batllori nos conduce luego, con su encantador relato, a Bailén, rodeada de una campiña de prodigiosos huertos, vergeles de árboles frutales y anchos secanos de cultivo cereal. «El atardecer es propicio a la escena en que Dupont rindió su espada al



Francisco Rodríguez Ballori

general Castaños. En el hermoso anochecer, tras una puesta de sol rojiza, el paisaje se desvanece lentamente...»

La bella y estricta estultez de la prosa de Batllori, me recuerda a Azorín, caminando por los pueblos de España, entre blancos caseríos rurales y llanuras resacas, con un sabor heroico y legendario. Aquel paso cansino del maestro, descubriendo el esqueleto espiritual de Castilla, perfilado en un lenguaje conciso y señero.

En el libro llegamos a Córdoba, pasando por Alcolea, de donde arrancó el desmoronamiento de un trono y el exilio de una soberana. De la ciudad de los califas, Rodríguez Batllori nos ofrece un capítulo que pudiéramos llamar enjoyado, porque resplandece, sobre todo la Mezquita, quintaesencia de su grandeza y el esplendor del arte califal. Y el barrio de la Judería, y el embrujo de sus barrios antiguos, todo ello latido milenario de la Historia.

Adquiere relieve en estas páginas, Sevilla, la gran ciudad bética, en torno a la Giralda, con la inefable gracia que transpiran sus barrios, sus rincones y sus plazuelas silenciosas, limoneros en flor y blanca lluvia de jazmines. La Sevilla de su catedral, del Archivo de Indias y el Palacio de San Telmo. Y, sobre todo, su gran Feria abrialeña, adornada de flecos, alamares y panderetas; ciudad llena de luz y de alegría.

Y tras su recorrido por Onube, Niebla y otras ciudades andaluzas, Batllori arriba a Almonte, describiéndonos la famosa Romería del Rocío, «estallido triunfal de carros, guirnaldas, canciones y alegría desbordante». Resalta su espíritu de buen escritor con auténticos acentos de poeta, en la reseña de esta caravana que marcha ilusionada al compás de las carretas y de los bueyes, entre el cauce silencioso del río y la sombra perfumada de los pinos.

Mas, tratase de un libro con bello contenido de contrastes. Y tras dar el salto sobre el piélago encendido de luz, arriba Batllori a las Canarias, su tierra querida, donde saldrán a recibirle el sol y las nubes, las montañas y las dunas, el desierto y el oasis, la brisa refrescante y el aire tibio que nos acaricia y adormece.

El autor nos describe las islas en una apretada síntesis de amor ilusionado. Sobre todo su Gran Canaria despierta en Batllori toda la emocionada nostalgia de la infancia. Y ya aparece, desde la cubierta del barco, el acantilado de la Costa Norte, los valles y laderas del Centro —con el telón de fondo de la cumbre que pre-

side el Nublo— y, en definitiva, nuestro gran Puerto de La Luz, con la imagen poética de Tomás Morales:

*Fingen en la penumbra fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía...*

El libro de Francisco Rodríguez Batllori —galdense ilustre— se abre con la arcada de honor del marqués de Lozoya, quien le dice en su prólogo, que ha cumplido un bello propósito, brindándonos un libro tan evocador y tan penetrado de contagiosa emoción.

SANGRE DE MARTIRES

Sangre de mártires, sí, que hará florecer y embellecer, más y más el jardín de Cristo. Jóvenes que caen en tierra de misión, henchidos sus pechos de esperanza. La furia salvaje de la bestia humana se ha ensañado en unos servidores del Señor, que han caído humildes, valientes, apretada la Cruz en sus manos, mirando al Cielo. En ese instante supremo, Dios les ha acompañado más que en ningún otro. Habrán tenido la visión retrospectiva inevitable de toda tragedia; sus madres, su tierra, su vida infantil... Y, después de ser esculpidos y arrastrados, habrán muerto con una plegaria en sus labios. Alguien podrá exclamar: ¡pobres misioneros! Pero se equivocan quienes les compadecen, porque han ofrendado sus vidas por el más alto ideal. Han crujido sus huesos, han cegado sus ojos, han roto sus entrañas y, en definitiva, los han divinizado al convertirlos en héroes de Cristo, otorgándoles el máximo galardón a que pueda aspirar un ser humano.

Yo imagino a este grupo, con sus hábitos blancos, al pie del Sagrario, hermanados ante la muerte en la morada de Dios. Fuera, un batir de tambores —el siniestro «tam-tam»—, entre aullidos de fieras. Dentro, la luz mortecina de una lámpara y un susurro valiente y sereno de plegarias. La pasión sanguinaria que avanza. El pelotón de Cristo que espera con el alma en vilo. ¿Qué pueden contra ello las flechas, el odio, la tortura, la muerte? En ese instante supremo, las campanas de todas las iglesias habrán repicado a gloria en el corazón de estos mártires. En ese momento sublime, la mirada del Señor les habrá inflamado de santo orgullo. Y todo el

orbe católico ha hecho sonar en sus oídos un himno clamoroso de amor, infundiéndoles valor y alegría.

Quién fuera poeta para poder cantar, con versos ardorosos, la gesta magnífica de estos mártires del Evangelio, gritando por todos los confines estrofas de amor y compasión a los verdugos, de reverencia y exaltación a las víctimas.

No saben esos pobres asesinos que la sangre de mártires embellece y perfuma el jardín del Señor. No piensan esos caníbales de carne cristiana que sus banquetes macabros son una ofensa, pero también un servicio a la Iglesia de Cristo. No imaginan siquiera que cada uno de estos soldados que caen empuñando su cruz, hace surgir legiones de cristianos que, con brío redoblado, les siguen, les rezan y les glorifican.

¡Desdichados secuaces de la barbarie materialista, que en tierras de Rusia, de Cuba o del Congo aspiran a extirpar la semilla de Dios con el espectro del tormento y de la muerte en siervos de su causa! Olvidan que Aquel divino soñador que paseó sus sandalias por los campos de Palestina, ya anunció la buena nueva de estas persecuciones, como un renacer glorioso de su doctrina. Son ellos, sus discípulos, los mejores, los que buscan con gozo el tormento, los que no saben gritar, sino rezar; los que no temen la muerte, sino la desean; los que desafían la vesanía de tales jerifaltes, con una mirada de perdón.

Benditos sean los que así saben honrar al Señor. Honor y gratitud hacia esos misioneros, que han muerto con el beso de Dios en sus frentes.

VIÑETA DE NAVIDAD (EL NACIMIENTO)

La Navidad canaria siempre tuvo un bello entorno de candorosa alegría. Se esperaba el advenimiento del Niño Jesús, perfumado el espíritu de nardos y de retamas. En aquellas calendas de paz toda la ciudad era un gran Nacimiento. Existía en el ambiente ese clima de amor y esperanza, sonaban los panderos y las zambombas, entre cánticos de aleluya y adoración de pastores... Es que nacía en Belén una criatura dulce y enternecedora, de una mujer más inmaculada que la luz de las estrellas. Este Niño era Dios y por eso mismo conmovía al mundo de emoción y, sobre todo, de amor.

Nuestra ciudad, entonces recoleta y silente, guardó siempre el recuerdo del divino episodio, con sencilla veneración. En la Natividad del Señor se hacía un artístico alarde de exaltación con bellísimos nacimientos, desfilando ante ellos ingentes multitudes. De todos los contornos de la capital aflúan grandes y pequeños, ricos y pobres, fríos y fervorosos... Los lugares tradicionales donde los Belenes se exhibían eran objeto, cada año, de admiración masiva.

En Las Palmas, instituciones y, sobre todo familias particulares, se esmeraban en rendir homenaje, en estos días navideños, a esa cueva maravillosa y eterna. En el patio del hospital de San Marcos y en el asilo de San Antonio, se han erigido siempre nacimientos, sencillos pero preciosos. Don Rafael Bello, —escultor— abría cada año sus puertas en la calle Reyes Católicos (frente a la Casa Condal) para mostrar, durante todas las Navidades, una auténtica obra de arte evangélico. En el alegre patio de don José

Rodríguez Iglesias, mostrábasenos un Belén que reflejaba toda la finura espiritual y artística de su autor.

Mas, el que yo recuerdo con mayor admiración es un Nacimiento que exhibía al público en su casa don Alfonso Morales Suárez, cuya morada se hallaba situada en la esquina de la calle Dr. Chil a Reloj, con entrada frente al Seminario (inmueble que es hoy de la propiedad de Juan Zabaleta Corta). En esa gran mansión existía un espléndido patio y, a la izquierda, entrando, corría todo un gran salón que se destinaba a nacimiento en época navideña.

Puede decirse que era una verdadera obra de arte. Sus figuras constituían una auténtica fortuna porque era de una calidad delicada y especial. Sobresalían, naturalmente, las del Portal, de valor artístico atrayente, conjugando el entorno cromático del divino grupo y de los Reyes Magos, con la alegría bucólica del gran Nacimiento. Todos los senderos, festoneados de flores, se hallaban recorridos por pastores con ofrendas de corderillos y, a la vera, en la hondonada, corrían los regatos plateados del agua de los riachuelos. Los puentes rústicos de madera, la siembra despuntada en minúsculos cercadillos, camellos y borricos cargados de presentes y fogatas para dar lumbre al condumio de los peregrinos del Niño-Dios. En el aire el sonido de flautas y tamboriles y un aroma embriagador de nardos y retamas.

Bien sé yo que hoy existen estos Belenes, uno de ellos el que se exhibe por el Ayuntamiento en el Parque de San Telmo, cada vez más bello y depurado. Pero aquel Nacimiento de la calle Doctor Chil tiene en nuestra alma ese perfume maravilloso del recuerdo de la primera edad, y de ahí el que merezca mi encomio predilecto. Aquel Portal, a través del tiempo, se nos representa como una auténtica síntesis de paz y de amor, al vislumbrarlo con las pupilas nostálgicas de la infancia.

Por otra parte, era una época aquella de suave y ensoñadora tranquilidad. Vegueta vivía una existencia monacal, sin trepidación de motores ni excitaciones urbanas, y esto —aunque no lo parezca— prepara el espíritu para gozar mejor de las cosas bellas. El Nacimiento tiene un significado existencial de íntima quietud anímica, para regodearnos con la sencillez encantadora de sus rincones, sus valles, sus fuentes, sus montañas, sus canciones pastoriles y su proyección eterna... El Nacimiento representa una sonrisa poética —por ser divina— de Paz, y ésta no se logra en la incertidumbre

ni en la zozobra, sino en ese cadencioso amor del silencio y de la confianza fraterna.

Mas lo grandioso es que, en todas las latitudes del orbe, cuando aparece esa estrella rutilante de Belén, la vida se paraliza para entonarse un Hosanna universal, y las gargantas se rompen y los ojos se iluminan y el corazón se abre, de par en par, para caer de rodillas y adorar a ese Niño, tierno y sonriente, que nos bendice desde un humilde pesebre...

ANTE EL PROBLEMA ECONOMICO DE CANARIAS POSTURAS EJEMPLARES

Está más que dicho, a todo lo ancho del Archipiélago, que estamos pasando por un momento crucial para la vida económica de sus islas. Yo añadiría que también para su vida administrativa y social. No es fenómeno esporádico o casual, sino que responde, a mi juicio, a dos motivos fundamentales: la crisis latente, o positiva, que sufren casi todos los parajes del mundo y el enclave geográfico especial de Canarias.

Lo cierto es que nuestras islas, dentro de una apariencia paradisíaca —por la belleza de sus contornos naturales— sufren una serie de desequilibrios económicos y, como consecuencia, un acusado y evidente desnivel social. Este es el motivo grave que a los canarios nos hace poner en guardia en el presente momento histórico, formando un frente compacto para procurar soluciones viables a tono con nuestra peculiar problemática.

Tan unánime aspiración se orienta actualmente, con evidente acierto, hacia un estudio sereno, concienzudo y unitario de las diferentes facetas que supone la típica contextura económica de nuestro ámbito insular, pero hemos de convenir que ello no es bastante para tratar de alcanzar la meta propuesta. La historia político-administrativa de nuestra región ofrece un exponente aleccionador de gallardía cívica y de conciencia patriótica, digno de ser recordado. Vaya por delante que jamás este grupo de islas sintió debilitar sus recios lazos para con la nación, ni mucho menos adoptó ridículas posturas de independencia económica o administrativa respecto de la Península. Pero no ha sido óbice, en todo

momento, para que, con la máxima energía, haya sabido, no implorar, sino demandar lo que en justicia ha estimado le pertenece.

Recordemos, como demostración de ello, la División de la Provincia, la creación de los Puertos Francos y la instauración de los Cabildos Insulares, entre otras legítimas conquistas, básicas y esenciales para nuestra vida. Fueron éstas, concesiones que se otorgaron, no como atributos gratuitos, sino respondiendo a principios de justicia que hicieron valer ejemplarmente canarios ilustres, frente a criterios imperantes de absorción centralizadora. Se podrá argüir que todo ello se debió a la alta y desprendida generosidad de Bravo Murillo, Canalejas y el general Primo de Rivera, pero es justo advertir, haciéndose honor a la verdad, que tales logros vitales para el Archipiélago, si bien se produjeron por la comprensión y la indudable decisión de tales gobernantes, tuvieron su firme y decidido origen en el civismo irreductible de unos canarios —y no canarios— que supieron cumplir con su deber representativo al defender y hacer valer los sagrados intereses de nuestra tierra. En este cuadro de honor —y sin ánimo de omisiones— habría que situar a don Cristóbal del Castillo, diputado a Cortes, personaje de la mitad de la pasada centuria, que ostenta a su favor haber laborado por las franquicias y obtenido la primera División de la Provincia. Los hermanos León y Castillo, creadores del gran puerto de La Luz. Franchy y Roca, Fray Lesco y Rafael Ramírez Doreste, aguerrido grupo que luchó, desde la tribuna y la prensa, por la concesión de los Cabildos Insulares y por cuantas instituciones, obras y mejoras podían engrandecer a nuestra provincia. Don Antonio López Botas y don Juan E. Doreste, figuras eminentes finiseculares en la política y el incremento cultural de Gran Canaria. Y, finalmente, aquellos dos diputados llamados «cuneros»¹, de gran prestigio, Luis Morote y don José de Perojo, este último muerto en el escaño del Congreso en el momento en que vehementemente defendía la División de la Provincia, y el primero, también diputado por Las Palmas, totalmente identificado con nuestros problemas y autor de un magnífico libro, *La tierra de los Guanartemes*, en el que honra y enaltece a la tierra canaria. Sin poderse dejar de mencionar, asimismo, a don Gustavo Navarro Nieto y don Tomás Quevedo Ramírez, quienes influyeron decisivamente en el ánimo

¹ Llamábanse así a los que no habían nacido en Canarias.

de Primo de Rivera y Martínez Anido hasta obtener la segunda División de la Provincia en el año 1927.

En Gran Canaria, en tales períodos, se libraron batallas dignas de recordación, esgrimiéndose como bandera la defensa de nuestros derechos y el progreso de nuestras islas. Aquellos hombres no aducían argumentos vacuos y su gran fuerza, moral y política, consistía en hacer valer la necesidad de crear instituciones autónomas de gran revelación para el país. Al obtenerse tales concesiones, Canarias seguía siendo tan española o más que nunca, porque su amor a la Patria se anudaba y fortalecía con las lazos de la gratitud.

Todos tenemos fe en nuestras autoridades y representaciones ante los problemas actuales planteados para nuestra región canaria. Así lo vienen demostrando con una actitud serena, prudente y decidida en torno a tales deberes públicos. Pero no está demás sepan inspirarse en aquella insobornable y hasta apasionada postura de unos hombres que, por encima del cariño a sus cargos, ponían siempre el amor a la tierra que les vio nacer o que les llevó a una digna y ejemplar representación.

UNA CONFERENCIA EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA (TENERIFE)

De una conferencia sobre *El abogado en su ejercicio profesional*, pronunciada por el autor de este libro, en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Laguna, ofrezco a mis lectores un extracto del tema desarrollado en la misma, y que es el siguiente:

No es mi propósito dictar una conferencia académica, sino ofrecer a la juventud estudiosa la práctica de la profesión de Abogado a través de su ejercicio.

Los seminarios universitarios son muy importantes, del mismo modo que también constituyen una base esencial para el ejercicio de la carrera la pasantía en el bufete de un titular que pueda servir de maestro.

Sin embargo, el instrumento ideal de trabajo para el Letrado en ejercicio es el libro, y ante la inevitable carestía de las colecciones jurídicas se hace indispensable que los Colegios de Abogados dispongan de buenas bibliotecas.

El Abogado tiene el deber de desentrañar y descubrir la verdad a través de la enmarañada explicación de los hechos que nos suelen dar los clientes, no debiéndose, entre tanto, incurrir en la temeridad de plantear un litigio propenso al fracaso. Debe rechazarse de plano todo asunto que tenga un fondo inmoral o que se tema no prospere, e inclinarse el profesional a tratar de solucionar las cuestiones por vía arbitral o extrajudicial, dado lo costosos y conturbadores que puedan resultar los pleitos.

El sigilo profesional es algo sagrado para el Abogado, debiendo ser considerado siempre el bufete como un auténtico confesionario.

La actuación del Abogado en su ejercicio profesional debe tener una proyección moral, debiéndose considerar, como afirma Jhering, el cumplimiento de un deber moral, a tal punto que en opinión de Shylock el asunto que se halla desnudo de ese fondo, sólo constituye un leguleyismo reprochable.

Es de encomiar la doctrina de Stammler sobre la consecución del derecho justo y es de destacar una anécdota de Nunroe, profesor de inglés, que reprochó a un alumno su defensa de lo justo dentro de la norma legal, oponiéndole que la clase de derecho no era clase de teología, criterio que debe estimarse como absurdo porque el hombre de derecho ha de tender siempre a hallar lo justo dentro de la doctrina jurídica.

En el desempeño de la carrera de Abogado se plantea el problema de la especialización en las nuevas y complejas ramas del Derecho, que han surgido en la vida moderna, por cuestiones sociales o laborales, fiscales o hacendísticas, inmobiliarias, derechos de aportación extranjera, etc. Ello ha dado lugar a la formación del trabajo en equipo en muchos bufetes, iniciativa que se va haciendo necesaria, si bien debe tenerse en cuenta, antes de adoptar cualquier especialidad, que ello requiere conocer bien los principios generales de la carrera, lo que depende, en parte, de un buen estudio universitario.

Motivo de suma importancia en el ejercicio de la profesión de Abogado se cifra en sus relaciones con jueces y tribunales, que deben ser de mutuo respeto, teniéndose en cuenta el gran prestigio de nuestra Magistratura y la consideración que merece, de igual modo que el Abogado, por su título y por su toga, debe inspirar el máximo amparo, respaldado por su Colegio, ante quienes administran justicia. Recordemos las frases del jurista español don Reinaldo Temprano y del ilustre Abogado y Catedrático don Nicolás Pérez Serrano. El Abogado no es un simple invocador de leyes promulgadas, sino un verdadero colaborador de los Tribunales en la obtención de resoluciones justas, contribuyendo a elaborar Jurisprudencia, siendo fruto de juristas eminentes los conceptos de negocios jurídicos, la finísima elaboración de la inexistencia, la nulidad y la anulabilidad, las simulaciones y el negocio fiduciario. En lo sucesorio ha de invocarse siempre aquella figura señera de don Antonio Maura, gran jurista y, sobre todo, la eximia personalidad del ya invocado Pérez Serrano, hombre genial en el derecho y en la intelectualidad española, cuyos *Dictámenes* se han publicado, con prólogo del Catedrático de Civil, de Madrid, don Antonio Hernández Gil.

Socialmente, hoy más que nunca, el mundo necesita de hombres que puedan tener un sentido de lo humano y de lo justo. Pero ello nos obliga en nuestro cometido, a la búsqueda de una buena preparación jurídica, un sentido del derecho y un afán por lograr dentro del mismo ese principio de la justicia. Rechazemos, en cualquier puesto que ocupemos los Abogados, la componenda, el fraude, la deshonestidad, porque todo ello está reñido con la dignidad de la toga. Aboguemos por enaltecer la gran misión del Abogado en ejercicio, dando testimonio siempre de la altísima misión que nos está encomendada. Sepamos ser humanos para comprender los problemas del prójimo, estudiosos para reconocer e interpretar las Leyes que nos rigen, imbuidos de espíritu de justicia para alcanzar la meta del Derecho que tiene su gran horizonte iluminado por Dios.

EN EL PALACIO DE JUSTICIA EL ABOGADO Y LA SIGNIFICACION DE SU FESTIVIDAD

Ayer, día del Santo Patrono de los Abogados, hemos vuelto a reunirnos, unidos por un cordial afecto profesional, los que vestimos ese uniforme de honor ante la justicia, que es la toga. Podremos discrepar con nobleza en el curso de los litigios, y hasta poner pasión en la defensa de unos derechos, pero siempre dentro de un ámbito de respeto y de afecto. De ahí el que, cuando llega la festividad anual de San Juan Nepomuceno, sepamos superarnos los abogados de Las Palmas y unirnos en el gran ideal de la confraternidad profesional.

Con esta conducta honramos aquella Real Cédula Fundacional de Carlos III, fechada en 14 de abril de 1766. En ella se contiene un preámbulo en el que se recoge el deseo de los abogados de Las Palmas de erigir colegio; el Cuerpo del documento, que transcribe las Ordenanzas o Estatutos, y la parte final, o dispositiva, por la que se ordena a la Real Audiencia su informe al Consejo sobre los estatutos, para, posteriormente, proveer lo que corresponda. Esta Real Cédula creacional de nuestra Corporación profesional se conserva, cuidadosamente restaurada, en las vitrinas del Colegio de Las Palmas, firmando el monarca, de su puño y letra, el pergamino correspondiente. Nuestro primer decano fue don Francisco María de la Torre González y Sardina, «arropado por doce colegiados, en igual número que los Apóstoles».

De aquella remota fecha arranca la conmemoración fundacional de la Corporación togada de nuestra capital. Y en la mañana de ayer —una vez más— tuvo brillante realce en la parroquia matriz

de San Agustín y en la Sala de Gobierno de nuestro Palacio de Justicia. Estos actos tuvieron destacada significación porque —con asistencia de autoridades, Audiencia en pleno y Colegios profesionales del Derecho— tomaron posesión los nuevos letrados y pronunció una conferencia uno de nuestros dilectos compañeros. Tras de celebrarse este acto académico, los abogados celebramos una comida de hermandad en el gran salón del hotel Santa Catalina, con lo que se puso broche de oro a esta alborozada y cordial solemnidad patronal.

Hemos de resaltar la magnífica lección que nos diera el compañero Juan Velázquez y Velázquez sobre la excelsa figura de Goethe y su frustración jurídica, tema que desarrolló el conferenciante con auténtica originalidad y relevantes principios de cultura.

La solemnidad de la santa misa revistió gran emoción, con brillante homilía, y no digamos la imposición de medallas a los compañeros que cumplían cincuenta y veinticinco años de ejercicio profesional, respectivamente.

De actos como los de ayer salimos confortados los que vestimos toga, porque en la profesión de abogado debe siempre preponderar, junto a la ética profesional más estricta, un vínculo afectuoso de compañerismo que prestigie la sagrada misión que desempeñamos. Todos los que nos congregamos a esta festividad patronal, representamos el alto magisterio de defender vidas, honor e intereses en la órbita del Derecho, y ello obliga a mucho. En ese fondo insondable del cumplimiento de nuestro deber se debaten en todo instante valores éticos y humanos que hemos de cuidar, con estudio, sí, de las leyes, pero también con su trascendente sentido espiritual.

En estos principios inmanentes de la Abogacía pensaba ayer cuando veía prestar juramento a un ramillete juvenil de letrados, con ilusión sonriente en sus rostros. Yo, antiguo compañero en estas lides honrosas de la profesión, les deseo, con toda mi alma, las mayores felicidades en el foro, pero siempre por el camino luminoso de la rectitud y del amor, pensando que estamos al servicio, no de torcidos recobecos, sino de la consecución de la justicia, que es la máxima y más limpia aspiración del alma humana.

El abogado ha de mirar y sentir siempre su festividad patronal como una ofrenda emocionada de su corazón a la cordialidad, pero también como un propósito renovado y firme de enaltecer las virtudes entrañables que la toga lleva consigo.

LA PAZ

Si algo hemos de pedir a Dios Nuestro Señor, en este año que comienza, es la paz. Y pedirlo por ese medio intercesor que más la agrada: su Santísima Madre.

Acaso no hayamos mediado bastante en los peligros que acechan en la actualidad a la vida humana. El individuo está constantemente en trance de perecer, física y espiritualmente; la familia se encuentra minada por el *morbis* de la disociación y la propia sociedad en que vivimos, expuesta al exterminio de una guerra nuclear moderna. Si meditáramos por unos instantes el volcán sobre el que vive la Humanidad, se sumiría nuestra alma en una incertidumbre pavorosa.

Mas, no nos paramos a reflexionar que si Dios permite estos estados de zozobra en el hombre, y le coloca en el borde de un peligroso abismo, no es por otra razón que para que se dé cuenta de que él, y nada más que él, la mayoría de las veces, es el responsable de su propia infelicidad.

Tenemos, en efecto, el deber eminente de usar nuestra libertad, la libertad que Dios ha puesto en nuestra alma, para seguir la senda del bien y, en cambio, nos obstinamos en emprender con harta frecuencia, la ruta de la perversidad. Jesús, con sus divinos mandamientos, nos dice que debemos ser honestos, y, sin embargo, no perdemos ocasión de ofenderle con actos reprobables de inmoralidad y corrupción. Nos predica la doctrina santa del Crucificado que tenemos que amar al prójimo como a nosotros mismos, socorriendo al desvalido, condoliéndonos de la miseria y de la angustia de nuestros hermanos, y permitimos que los niños mueran de inani-

ción en chabolas infames, cuando no a la intemperie, mientras el dinero se derrocha en lujos y placeres reprobables.

¿Cómo queremos que Dios escuche las súplicas de paz que el mundo le pide, si, al propio tiempo, el mundo no cesa de ofenderle, de escarnecerle y de maltratarle? ¿Cómo ha de condolerse el Altísimo de los poderosos de la tierra que rezan de rodillas, implorando tranquilidad en sus familias y en sus patrimonios, si esa oración no es ordinariamente más que un movimiento hipócrita de sus labios, puesto que con su conducta están desmintiendo el falso espíritu de humildad y de caridad que pretenden mostrar a Dios Nuestro Señor?

La paz en los espíritus y en los pueblos no puede obtenerse sin la paz interior del alma en los hombres. Ese vértigo desenfrenado hacia el materialismo actual —desde el vicio del individuo hasta la desolación nuclear— no cuenta con otro antídoto ni con otro freno eficaz que con el cumplimiento, por parte de la Humanidad, de los preceptos divinos que Jesucristo nos ha señalado. Esa angustia rencorosa que siente el corazón del hombre moderno, sólo es posible aliviarla —como la sed del caminante rendido— con la fuente suave y cristalina que mana de las llagas del Crucificado.

La paz. Luz esplendorosa y radiante. Ideal que nos sugestiona y deslumbra. Pero que no podremos jamás alcanzar mientras no tengamos presente que, con nuestra vida y con nuestra conducta, hemos de agradar a Dios. Si queremos evitar que nuestros hijos mueran en la guerra, procuremos primero que vivan en Cristo. Si anhelamos librar nuestros bienes de la desolación, hagamos que esos mismos bienes sirvan a Dios.

Y para ello ningún camino más alfombrado de flores que el de nuestra Santísima Virgen, que nos espera siempre, con su sonrisa purísima de Madre, para que depositemos en su seno la plegaria de nuestras súplicas fervorosas, y que Ella pueda llevarlas, llena de amor, a su Divino Hijo.

LA PATI Y EL RUISEÑOR

Ha llovido y el campo huele a tierra mojada. El sol ha vuelto a lucir, quedando un aire limpio, fresco, transparente. Ha renacido la vida, con esa pujanza que da en nuestros campos la bendita agua del cielo. Después de una buena llovida, las montañas y las praderas se cubren de una suave alfombra de verde esmeralda. Y el labrador abre su pecho a la esperanza de una buena cosecha.

Pero donde más se advierte la proximidad de la primavera es en los parques de las grandes ciudades, por el brote de los capullos que han de romper en flor y la floresta de los árboles que bordean sus paseos. Los jardines urbanos son siempre canciones de alegría. Existe en ellos y en sus alamedas una palpitación de amorosa atracción poética.

Acaso sea Las Palmas una de las pocas capitales españolas que no disponga de esa vital expansión de un buen parque. Bien sé que para disfrutar de árboles y flores es necesario contar con algo tan indispensable —y en Gran Canaria tan escaso— como es el agua, pero no estaría demás ir pensando, dentro de esa proyección hidráulica renovadora, en la instauración de un gran parque. Ello significaría en el seno de la ciudad, alegría expansiva para sus habitantes, sobre todo para los niños, huyendo de la contaminación atmosférica y encontrando frescor de flores y suavidad de césped, en un núcleo urbano ahogado por el asfalto y el óxido de carbono.

Madrid es una gran capital que disfruta de sectores boscosos, estallando cada año la primavera con una grata sinfonía de colores en sus árboles y en sus flores. Recuerdo siempre, de mi época de



estudios, aquellos que otrora fueran parques reales —el Retiro y la Casa de Campo— y la popular Dehesa de la Villa. Sobre todo, el Retiro. Para impregnarnos del perfume de su belleza, preciso es internarse entre las frondas de este parque maravilloso, bordeado de flores y formando cúpula su tupida arboleda. Allí todo es silencio, piar de pájaros y rumor de fuentes. En vísperas de exámenes nos sentábamos en alguno de sus rústicos bancos y, creérmelo, hasta el agreste Derecho Hipotecario lo leíamos con deleite...

Cuéntase del Retiro algo que es mito, a buen seguro, pero que tiene un sello de auténtica belleza. Se dice que aquella famosa artista de ópera, llamada La Pati, considerada a fines del siglo pasado como la mejor tiple ligera del mundo, gustaba de internarse por los paseos frondosos del Buen Retiro y sentarse en uno de sus bancos. Desde él, embriagada de soledad y de silencio, sólo oía el cantar de los pájaros en la floresta. Una mañana quedó sorprendida con el canto maravilloso de un ruiseñor, ese pájaro que es algo así como un gran capirote de garganta de oro. Sus trinos embelularon a la Pati, que lo escuchaba...

Y fue entonces cuando la famosa cantante quiso contestar al ruiseñor con un aria enjoyada de gorgoritos, como una divina flauta. El pájaro la oyó, sobrecogido, en silencio. Mas, queriendo demostrar que era el gran tenor de aquellos parajes umbrosos, lanzó al aire sus trinos con señorial ademán. La Pati aceptó el reto de aquel dúo, púsose en pie, vio al ruiseñor que la miraba desde una rama, y lanzó hacia la copa del árbol todo un torrente maravilloso de notas musicales... El ruiseñor ya no pudo continuar el desafío de la gran cantante y cayó vencido a sus pies...

GABRIEL DE ARMAS MEDINA

El martes, a mediodía, nos impresionó a todos una cruenta noticia. Unas horas antes había fallecido repentinamente en Madrid Gabriel de Armas Medina. Se había trasladado a la capital de España para continuar el tratamiento de una enfermedad cardíaca que, desde hace algún tiempo, le aquejaba. Y, en plena calle, de un modo dramático, le sorprendió la muerte.

Gabriel de Armas —dicho sea con entera justicia— era una descollante personalidad canaria. Había cursado la carrera de leyes, pero apenas ejerció la profesión libre de abogado, consagrándose, en cambio, al desempeño de la judicatura y fiscalía municipales. En estos cargos, Gabriel dejó una indeleble huella de competencia y de hondo enjuiciamiento, poniendo siempre en el magisterio de la justicia el alto sentido moral que le caracterizó a través de su vida.

Mas la personalidad de Gabriel de Armas rebasó, con mucho, el campo del Derecho, para iluminar, con esplendente luz propia, la parcela literaria. Fue un espíritu inquieto, en cierto modo vehementemente, poseído de una gran cultura y con un exquisito sentido crítico, enriquecido por ese perfil poético que resplandecía en todos sus trabajos. Fue siempre, en suma, un gran intelectual, cuya fama trascendió al ámbito nacional. El estilo literario de Gabriel era fino, depurado y con un insoslayable fondo filosófico. Tenía una formación humanística, cuyas raíces buscaban su savia en un profundo convencimiento católico. En torno a este ideal elaboró su extensa y magnífica labor literaria, impresa en una serie de obras,

folletos y conferencias que quedan en nuestras bibliotecas como un vivo y luminoso exponente de la cultura canaria.

Bastaría considerar y tener presentes los meritorios estudios literarios que realizó Gabriel de Armas sobre la eximia figura de Donoso Cortés (especialmente el *Donoso Cortés y su sentido trascendente de la vida*), para descubrir en él a un gran escritor. De igual modo le apasionó siempre la defensa ortodoxa de la Iglesia, de sus pontífices y de sus santos, sintiendo especial predilección por la figura de Tomás de Aquino. De aquí, sin duda, arranca la fama, que en muchas ocasiones se atribuyó a Gabriel de vehemente en las firmes posturas que adoptaba. Y no se tiene en cuenta que este indeclinable y razonado criterio era la cualidad que mejor le definía como un buen cristiano, incapaz de doblegarse ante el error frente a las verdades eternas.

Mas el punto contrapuesto de una presunta soberbia es la humildad, y Gabriel nos reveló esta virtud en algo que es para mí inolvidable. Hace poco más de un mes Gabriel de Armas me hacía el honor de comentar mi último libro *Latidos de mi tierra*, en un artículo publicado en un diario local. Y, en uno de sus párrafos expresó algo que rebosa nobleza y humildad. Decía así: «En alguna ocasión, ya bastante lejana, polemiqué públicamente con Carlos Ramírez por discrepancia de criterios. El, sin duda, se mostró siempre más sereno y reposado. Yo, más irreductible, suspicaz y violento, no dejo de sentir hoy el escozor de cierto remordimiento amargo. De los dos fue él quien primero tendió la mano para estrechar la mía cordialmente. En el plinto de los valores morales, pues, él superó mi marca. Nobleza obliga y me complazco en proclamarlo.» Me faltó tiempo para llamarle telefónicamente y expresarle, no ya mi gratitud, sino mi admiración, por este párrafo ejemplar, que lleva una carga de sincera humildad, difícilísima, por no decir imposible, en este mundo actual dominado por la soberbia. Hoy —cuando su cuerpo está yerto y su alma en presencia del Señor— he querido resaltar este gesto de auténtica humildad, que desmiente ese barniz aparente de hombre apasionado que a Gabriel se le atribuía, y que no hacía más que encubrir un alma noble y cristiana.

Ante mi vista tengo el último trabajo de Gabriel de Armas, que recibí de sus propias manos. Es un opúsculo titulado *Amor y contemplación de la poesía hispánica*, inserto como separata de Verbo. En él refiérese a la gama variadísima de las operaciones divinas

en orden a la conversión del hombre, cantada admirablemente por la lírica hispana. Constituye una ofrenda del pensamiento cristiano de Gabriel, algo así como subir por un rayo de luz a las estrellas. Una vez más ponía de relieve su finura y su inspiración espiritual, su pensar y sentir de buen católico.

Ayer celebróse el entierro de este gran escritor canario. Constituyó este acto una nutrida manifestación de dolor. Dios, en su misericordia infinita, habrá acogido en Su santo seno a este auténtico católico que puso su vehemencia al servicio de los más ortodoxos ideales. Esa vehemencia que tanta falta hace en estos momentos pusilámines y de posturas indolentes.

CORNISAS SOBRE LA GRAN CIUDAD

El conglomerado de nuestra ciudad y la bellísima estampa de su puerto adolecían de falta de perspectivas, pero hoy se realza su visión, de modo sorprendente, desde las cornisas y miradores que les circundan. Vista la capital desde una cualquiera de las altiplanicies que la dominan, aparece como una gran urbe cosmopolita, amplia, multicolor fascinante, con la grandeza de sus muelles y bahías como nota destacada.

Acaso pocas ciudades puedan ofrecer una panorámica tan atractiva como la que brinda Las Palmas mirada desde las estribaciones que la rodean. La ensenada de su amplio litoral, de donde arranca el suave declive de una urbe en la que alternan hoteles y jardines, edificios suntuosos y vías rectilíneas, sin contar la amplia avenida del mar que le imprime empaque señero de gran capital. Y, sobre todo, el arco triunfal del puerto, abierto siempre a las quillas y banderas de todos los continentes, abigarrado y luminoso, verdadera maravilla nuestra, que sabe adornar el tráfigo de sus muelles y explanadas con parterres mimosamente cuidados.

Pero hay algo virgen y desconocido para la inmensa mayoría de los canarios y, desde luego, para el turismo: la sorprendente visión que nos ofrece el gran mirador de la Isleta. Esas montañas calcinadas, de aspecto dantesco, unidas por valles amplísimos y con rápidos acantilados, pero también con suaves playas de pescadores. Esa isla menor, con su mano cogida a la gran ciudad por medio de su istmo angosto y su cabeza erguida y dominante sobre la dársena febril. La Isleta es algo así como el gran coloso que vigila el océano y guiña su ojo de luz, «en la noche calina», a los

navegantes, invitándoles a que penetren en nuestras radas tranquilas.

Quien tenga ocasión de ascender a esas altas colinas de volcán apagado que forman la Isleta, advertirá que la belleza que desde allí se domina es incomparable. El puerto a nuestras plantas aparece soberbio, enmarcada su doble bahía por diques geométricos y, a su vera, la espléndida capital, ambos encantados y enamorados, pero con un amor filial por que ésta le vio nacer y crecer hasta convertirse en el mancebo rico y musculoso, que tanto nos honra. A la derecha, la curvatura maravillosa de la playa de Las Canteras, festoneada de espumas, y a lo lejos una perspectiva profunda, el anfiteatro de nuestros campos y la altivez roquera del Nublo, entre cendales de cárdenas brumas a la caída de la tarde.

Mas, sobre el mar, nuestro mar, el gran amigo de los sueños del poeta, piélagos inmenso visto desde aquellas prominencias, que nos saluda y nos arrulla y nos besa cada día, al que, gracias a Dios, vamos teniendo visión y salida los que en la urbe vivimos enclaustrados, para aspirar sus brisas salobres y admirar su deleitosa presencia.

¡Pensar que antaño, hasta finales de siglo, esta visión era de desértica soledad, pasando acaso alguna tartana entre arenales, sin un vestigio de vida y menos de progreso. Tenía que transcurrir el año 1883 para que se colocaran en el fondo de la ensenada los primeros bloques del puerto! Nuestros abuelos recalaban en barcos de vela por el muelle de San Telmo, en la desembocadura de la calle Bravo Murillo. Hasta que ya, en los últimos años de la centuria pasada, comenzaron a fondear en la rada de La Luz los primeros barcos de vapor, como un signo rudimentario de porvenir triunfal.

En cambio, han permanecido desoladas las montañas de la Isleta. Sé que han cumplido y cumplen la honrosa misión de defender nuestro solar canario y, aun cuando ignoro el futuro que las aguarda, si algún día en cálculos rectores entrara la variante de su función, me atrevería a asegurarles un porvenir insospechado, como un enclave turístico de subidos quilates. No cabe soñar, junto a la capital y su puerto, lugar más apropiado para instalar hoteles y miradores en lo alto, hipódromos y campos de deportes en sus llanuras centrales, piscinas ganadas al mar y playas recoletas, lugar, en fin, de ordenada y bella expansión urbanística, en contraste con la barriada que la circunda.

Más que la retina, el alma se nos inunda de gozo al descorrerse ante nosotros este telón de fondo tras el cual se descubre, dentro de lo alto de la Isleta, uno de los más bellos cuadros que pueda ofrecer ciudad alguna. Y es que los grandes núcleos urbanos modernos que se recrean en el mar o se miran en sus ríos —Coimbra, Niza, Río de Janeiro— revaloran su encanto natural al conjuro de la visión que ofrecen desde las cornisas que los rodean.



Don Jorge Cabrera Hernández, rodeado de sus hijos y nietos

SOLDADO DE CRISTO A LOS SETENTA AÑOS

Frente a mi casa existe un colegio llamado San Antonio de Padua. De él han salido legiones de chicos, que hoy son ingenieros, artistas, médicos, comerciantes... Y suelen reunirse, como obedeciendo a una consigna de amor, en torno a la confección de una alfombra de flores que el colegio elabora ante su fachada el día del Corpus Christi. Es algo así como un tributo de cariño al que fue su director y, sobre todo, a la que fuera su inolvidable directora.

Los caminos de Dios son inexcrutables. Este director, con siete hijos y veintiún nietos, tuvo siempre vocación, pero hubo de manifestarse y cristalizar en la soledad de su viudez. Y ahora, a los setenta años, ha querido ser ministro del Señor, vistiendo la sagrada túnica del sacerdocio para ofrecerle el resto de su existencia.

Le conozco de toda la vida. Se llama Jorge Cabrera Hernández. Menudo de cuerpo, recio de espíritu, cordial en su trato, esposo y padre amantísimo, pedagogo ejemplar, su destino tenía que ser el que ha elegido: consagrarse a Dios. Y en la tarde de ayer recibía del señor obispo, en la ermita del Espíritu Santo, los sagrados ministerios, para quedar investido el 23 de diciembre del sacramento diaconal en la iglesia matriz de San Agustín. El acto fue sencillo y emotivo. En esta ermita, donde se venera el Cristo del Buen Fin, se percibía, junto al perfume de las rosas y los claveles, una corriente de fervor admirativo. Un seglar de acrisolada virtud se convertía en soldado de Cristo. Y, en torno suyo,

un ramillete de hijos y de nietos ponía una nota de profunda emoción en el sagrado recinto.

Don Jorge —según ha dicho— irá, naturalmente, donde el prelado le ordene, pero tiene el propósito de consagrar su ministerio sacerdotal a esta ermita, para él tan entrañable. También lo es para nosotros, los que a su vera hemos siempre vivido, con su íntimo latido hacia ella de simpatía y amor. El dulce sonido de su campanil nos trae añoranzas de la infancia, algo así como un repique de canción de cuna. Y lo recoleto del lugar, presidido por un Cristo lacerado y sus hornacinas diminutas, y su artesonado de tea y su fragancia de zuhumerio, remontan nuestra memoria hacia aquella santa mujer, nuestra madre, cuando cada mañana nos llevaba a la ermita para ofrecer nuestras oraciones al Señor.

Desde hace muchos años, don Jorge Cabrera ha sido el alma de esta bella iglesia, enclavada en el corazón de la vieja Vegueta. El se ha hecho cargo —con dedicación apasionada— de su culto litúrgico, de su embellecimiento interno, de la vida de su Cofradía, del emocionado Vía Crucis de la madrugada del Viernes Santo. Aún sin ministerio sacerdotal ha realizado una labor maravillosa de servicio al Señor. Cientos de personas se congregaron en torno al Crucificado esa noche de doliente silencio. Ha sido siempre don Jorque quien ha organizado y dirigido este desfile triunfal de Jesús camino del patíbulo. Al son de una campanilla, los cofrades iluminan con sus farolas el dramático luto de una Vegueta compungida.

Mas, don Jorge Cabrera reflejaba anoche el logro feliz de su corazón. Venía hace tiempo haciendo méritos para poder ascender a las gradas del Altar, y lo ha conseguido, a los setenta años, rodeado de sus hijos y de sus nietos, sin una lágrima, con una sonrisa, abrazado al Cristo del Buen Fin, elevando, a buen seguro, su pensamiento hacia aquella compañera que tanto amó.

Enhorabuena, querido don Jorge, por haber mostrado, en las postrimerías de su vida, esa valentía espiritual y ese encendido fervor que define a un hombre como un buen católico, el más honroso título a que podemos aspirar.

EL ABOGADO Y LA FAMILIA

Cuando estamos en la Universidad, cursando nuestros estudios de abogado, acaso no nos percatamos ni adquirimos verdadera conciencia de la trascendente importancia de esta carrera. Entonces, sí, preparamos el Derecho en sus diversas disciplinas, pero con un método rutinario y puramente intelectual. Llegamos inclusive a conocer las leyes a través de una mecánica memorista, pero la verdad es que no solemos profundizar en el sentido entrañable del Derecho.

Es, luego, el desenvolvimiento de nuestra vida profesional, el que nos hace sentir en lo más hondo la búsqueda y aplicación de los principios jurídicos. Ya entonces nos encaramos, no ya sólo con las leyes, sino con la vida misma, descarnada y compleja, casi siempre intrincada y a veces dolorosa, con los problemas humanos, estriba la inquietante función del abogado al aplicar el *jus*. En el silencio de nuestros despachos, rodeados de legajos y libros de texto, nos afanamos por defender el honor de una familia, la posesión de un predio o el conflicto mercantil de un negocio, buscando siempre esa difícil ecuación del texto legal y la realidad de *facto*.

Múltiples son las facetas de las cuestiones que preocupan en la carrera al abogado en ejercicio. Pero creo que en los tiempos que corremos, la más delicada es la que afecta a la familia. Esta célula preciosa que Dios ha creado y consagrado —la unión de los padres y los hijos bajo un mismo techo— padece hoy una verdadera crisis. Los abogados y los jueces sabemos bien, desgraciadamente, de este progresivo desmembramiento que se opera en

múltiples matrimonios, las más de las veces por motivos fútiles, pero casi siempre por carencia de formación y de educación. La vida moderna influye, asimismo, en este dramático socavamiento de las bases de la familia, tanto en los padres como en los hijos. Es el afán de independencia del cónyuge, su inclinación libidinosa, el vicio del alcohol, la influencia extranjerizante y, sobre todo, la ausencia de respeto al hogar, los factores que, con más frecuencia, determinan la frustración y hasta la rotura de los lazos familiares.

Mas, en este sentido, no puede menospreciarse el profundo influjo que tiene hoy en la alteración de la paz del hogar, la actitud de vindicación, en ocasiones insolentes y rebeldes, que adoptan muchos hijos, menores de edad, en el seno de su convivencia familiar. Estas posturas despectivas, cuando no agresivas, han ido relajando, y hasta haciendo desaparecer, la autoridad de los padres.

Hay, entre muchos chicos, el mutuo pero firme convencimiento de que tienen personalidad para actuar con criterio de independencia, y no admiten el sano consejo de sus padres y preceptores. Sin darse cuenta de que no son —salvo raras excepciones de precocidad— sino valores en ciernes porque el hombre necesita una lenta, progresiva y sólida formación moral e intelectual, que es lo que imprime personalidad a través del tiempo. De esta falsa estimación de sí mismos —alimentada por el desprecio a los valores humanos que se palpa hoy en el mundo— proviene ese fenómeno de jactancia irrespetuosa que se advierte en algunos muchachos, sobre todo cuando actúan en grupos. Y, naturalmente, de esas actitudes se originan las fricciones y enfrentamientos graves que a veces, muchas veces, tienen con sus padres.

Adviértase que me refiero, como es lógico, a ciertos chicos, tal vez en mayoría, pero sin que pueda negarse que, afortunadamente, existe aún en los medios modernos un contingente crecido de jóvenes que son verdaderos modelos, por su formación espiritual o intelectual, y su adhesión respetuosa a la familia en que viven y a la sociedad en que militan.

Es tan importante actualmente este tema, sobre todo para los abogados, que estimo debiera ser acogido por nuestra Corporación togada para, con un sentido de respeto, pero también con una seria aportación de razones, llevarlo, en un simposio o cursillo, a la meditación y desarrollo de sus perfiles esenciales. El tema de la

familia y de los hijos puede ser motivo interesante para ser tratado a la luz del Derecho Natural y del Derecho Positivo, en relación con el medio social en que vivimos y a la luz también de las causas determinantes, en cierto modo, de esta acusada cuestión.

Piénsese que los problemas, hoy candentes, de drogadictos, inversiones sexuales y vidas disipadas en la juventud, suelen, en general, tener como principio originario, la ausencia de formación y, por ende, de respeto, en el seno de la familia paterna, siempre que ésta, naturalmente, sea digna de ese acatamiento respetuoso.

Se dirá —y tal vez con razón— que la realidad de la vida actual no la hemos de arreglar con intercambio de pareceres ni con conclusiones intelectuales, pero sí tenemos el deber, los hombres responsables por nuestra profesión, de sugerir ideas y tratar de aportar nuestro grano de arena a lo que, indudablemente, constituye hoy un inquietante problema en el seno de las familias y de la sociedad.

HOMENAJE A TOMAS MORALES

El martes nos hemos conmovido con un acto en honor a nuestro gran poeta Tomás Morales. En el salón de actos de la Casa de Colón —tan propicio siempre a la emoción histórica— sonó la voz entrañable del hijo menor del gran cantor del Atlántico. Y por ella conocimos su intimidad, su juventud, sus lazos amistosos y, sobre todo, el clima espiritual en que se formó y desarrolló el vate inigualable que tanto honra a su tierra.

A través de las palabras emocionadas de Manolo Morales, se nos apareció todo el trasfondo de una época maravillosa, en la que surgía la figura de aquel muchacho sencillo, cetrino, lleno de nostalgia, que soñaba y cantaba junto a su mar sonoro, exaltador magnífico de los rincones de la ciudad y de sus eximios personajes.

El auditorio le escuchaba con el más apretado de los silencios y con el más hondo de los cariños. Estaba la sala, y también sus galerías anejas, repletas de un público selecto. En pocos minutos, como si todos estuviéramos de rodillas, rendíamos homenaje fervoroso al más grande poeta que han dado las islas. En nuestros oídos sonaban los nombres de *Colombine*, Saulo, González Blanco, Victorio Macho, Néstor, Fernando González, Rafael Romero, Manolo González y tantos otros que dieron calor y justa exaltación al gran escritor de las «Rosas de Hércules». Y, en unos minutos, a través de aquel acto electrizado por la emoción, con el retrato de Tomás al fondo y la palabra temblorosa de su hijo, sentimos todos una Gran Canaria honrada por su poeta glorioso.

Fue un inicio digno del Cincuentenario de la muerte de Tomás. La Casa de Colón, que ha sabido dar empaque y solera canaria a sus salas y galerías, supo realzar en la tarde del martes la figura de uno de los más ilustres hijos de esta tierra, con un acto que a todos nos llegó a lo más hondo del alma. Estaba organizado y avalado por nuestras primeras Corporaciones, que han sabido, por cierto, con amoroso decoro, dejar bien puesto todo lo que significa dar lustre a nuestros auténticos valores históricos. En los salones interiores podía admirarse la vida amistosa, íntima y cordial del gran poeta, desde su primera juventud hasta su muerte.

Desde estas apresuradas líneas no anhele otra cosa que rendir mi homenaje de admiración a Tomás, que tantos ratos de emoción me ha regalado con sus versos en la vida, haciendo vibrar en mi pecho todo el amor encendido hacia nuestra isla. Y, además, dar un nuevo abrazo, muy apretado, a Manolo, su hijo, que ha sabido, en el acto de ayer, colocar con sencillez, a su padre, en un lugar familiar y humano, digno de la grandeza de su obra literaria.

UNA TRASCENDENTAL EFEMERIDES

Hoy, al mediodía, el aeropuerto de Gando ha de convertirse en la nota sensacional de Gran Canaria. Y ello será debido a que se cumple el cincuenta aniversario del primer avión que tomaba tierra en su pista. Tiene este acto toda la emoción de un episodio que, sin duda habría de tener un inicio de espléndido desarrollo y porvenir para nuestra tierra. Aquel arenal solitario, junto a una bahía resguardada de vientos reinantes, con una pista elemental, serviría de catapulta para lanzarnos, en el futuro, al impulso insospechado, moderno y progresivo, del gran Aeropuerto Internacional que hoy disfrutamos.

En enero de 1923 habían estado en Gran Canaria el capitán Cervera y otros representantes de la *Latecoere*, que venían a establecer un servicio aéreo, prolongación del que ya tenían entre Toulouse y Orán, con escala en Barcelona, Málaga, Rabat y Casablanca. Canarias habría de ser una derivación que, partiendo de Cabo Juby, seguiría hacia Las Palmas.

Pero fue en la tarde del 18 de enero de 1924 —cúmplense hoy sus cincuenta años— cuando llegaba a nuestra capital una escuadrilla mandada por el capitán Franco, constituida por un hidroavión, en el que viajaban seis personas; el avión (entonces llamado aeroplano) llamado *Gran Canaria*, bajo la dirección del teniente Martínez Pinzón; 21 *Tenerife*, mandado por el capitán Martínez Estévez, y el *Archipiélago Canario*, a cuyo frente venía el capitán Prada. Dieron una vuelta sobre Las Palmas y aterrizaron en Gando, siendo saludados sus pilotos por las autoridades que les esperaban y aplaudidos por numeroso público que allí aguardaba.

Eran los primeros aparatos que llegaban a Gran Canaria, tras de cruzar 276 kilómetros de mar. Al pisar sus ruedas tierra canaria en el alfange solitario y estepario de Gando, ponían sus aguas bautismales de un maravilloso aeropuerto. Sus tripulantes vinieron a la capital, siendo obsequiados por nuestro Ayuntamiento con un champán de honor. Celebróse además un festival en el Círculo Mercantil, un té en el Real Club Náutico, un banquete del propio Ayuntamiento en el hotel Metropól y un gran baile en el Gabinete Literario.

Al día siguiente de la llegada, el avión *Gran Canaria* voló, como un saludo de honor, sobre nuestra capital, y en él viajó Juan Ortiz, a la sazón alcalde accidental de Las Palmas, procurador prestigioso de nuestros Tribunales, que habría de ser más tarde —durante muchos años— decano de su Ilustre Colegio. También voló el *Tenerife* y, por cierto, al aterrizar, hubo de chocar en tierra con el *Gran Canaria*, produciéndose ambos serias averías.

¡Quién habría entonces de pensar, ni suponer tan siquiera, lo que Gando representaría en el futuro para la navegación comercial aérea! Lo que hace cincuenta años era tan sólo un desértico arénal, con una pista de aterrizaje rudimentaria, se ha convertido hoy en uno de los más importantes aeropuertos de Europa, con tres millones de pasajeros al año. Aquella llanura inhóspita, silenciosa y bordeada de dunas, está cruzada de reactores trepidantes y cubierta de una febril policromía turística de viajeros. Donde apenas se alzaban humildes casetas de pescadores o modestos hangares, se levanta hoy el majestuoso edificio de nuestro Aeropuerto Internacional, amplio, luminoso, pletórico de comodidades y servicios eficientes.

Gran Canaria —por qué no decirlo— se siente orgullosa de lo que Gando significa para ella, al igual que vive con esperanzada alegría la maravillosa pujanza de su puerto de La Luz. El primero cumple hoy sus primeros cincuenta años de vida; el segundo, celebrará su centenario dentro de seis años. Ambos son las grandes arcadas diamantinas por donde penetra y sale al exterior —en una simbiosis admirable— la gran riqueza del país. Gando es fortaleza y poesía, agitación febril y suavidad encantadora. Con el zumbido de los motores y la viva colmena del turismo, Gando tiene ya una sugestiva belleza de ejecutoria y talante internacional.

El acto de hoy tiene un gran contenido emotivo, porque celébrase la conmemoración del cincuentenario de un aeropuerto, que

hemos visto nacer caduco y hoy está rejuvenecido y embellecido. Porque le hemos visto surgir a la vida pobre y hoy disfruta el honor de ser un millonario afamado en el mundo entero. Pero un millonario que tiene porte, distinción y atractivo.

El solemne acto conmemorativo, celebrado para recordar y exaltar las cinco décadas del gran aeropuerto, pone un hito histórico en el progreso de Gran Canaria. Y a su sencilla brillantez ha de contribuir la amable y cortés acogida del general y jefes de la aviación militar, promotora de la emotiva ceremonia de este mediodía en la base aérea de Canarias.

GRANDEZA Y FUTURO DE UN AEROPUERTO

La celebración del cincuentenario del primer aterrizaje en Gando tuvo una inusitada solemnidad. Y la tuvo por su sencillez, su emotividad y su recuerdo. Los que asistimos —invitados atentamente por el jefe de la base aérea— sentíamos en aquel histórico lugar una especial emoción muy propia del acto que se celebraba.

Frente al mar y junto a la histórica Torre de Gando —recalada prevista por Juan Rejón en aquel día fundacional de Las Palmas— se descubría una lápida conmemorativa por uno de los grandes pioneros de la base de Gando: el general Bermúdez de Castro. Era una mañana de radiante sol y bajo el cielo azul de la isla volaban las escuadrillas de aviones, que querían rendir tributo de adhesión y cariño a la ceremonia. Muy pronto, las espumas de las olas nos ofrecían la visión de la incomparable bahía, por donde un día recalara Ramón Franco, en su *Plus Ultra*, para iniciar una de las grandes epopeyas de la aviación española.

Hecho el silencio, las palabras del general jefe de la Base Aérea fueron concisas y también elocuentes. El general don Carlos Franco nos describió la génesis, evolución y prosperidad de la aviación militar y civil en Gando. Recordó, con sobria palabra castrense, la inhóspita y solidaria llanura de una pista donde aterrizaran hace cincuenta años unos aviones españoles, en contraste con la pujanza internacional del actual aeropuerto. Y puso una nota emotiva el evocar aquel lugar histórico, sitio de la Torre de Gando, y, sobre todo, partida del Generalísimo hacia la liberación de España.

Sus palabras tenían un entrañable valor histórico. En aquella piedra, grabada con inscripción alusiva a la fecha de la conme-

moración, palpitaba todo un simbolismo de progreso para Gran Canaria. Recordó el general —y con entera justicia— la propuesta o ponencia hecha por Diego Cambreleng y el conde de la Vega Grande al Gobierno, que dio lugar a la concesión de Gando para aeropuerto de Gran Canaria. Y en la exaltación de su discurso, todos vimos un amor a nuestra tierra y una justa valoración de lo que el aeropuerto de Gando representa para este grupo oriental.

El Cabildo Insular —por manos de su presidente, Juan Pulido Castro— entregó al general Bermúdez de Castro una bandeja de plata repujada, expresiva de la gratitud que estas islas deben al hecho histórico de aquel primer aterrizaje en Gando de la escuadrilla a que pertenecía el ilustre militar.

El acto del viernes tuvo una profunda y sencilla cordialidad, pero también un insoslayable sentido histórico. Los pueblos viven no sólo de su economía, sino muy especialmente de sus grandes recuerdos espirituales, que es tanto como decir del acaecer de los hechos trascendentales de su vida a través del tiempo. Y, entre otros hitos relevantes, nuestro aeropuerto representa vitalidad, pujanza, belleza... Desde aquel momento histórico de hace cincuenta años hasta hoy, Gando es, tal vez riqueza de Las Palmas, pero también de sencilla suntuosidad arquitectónica. Con mirada retrospectiva a la esteparia pista de hace medio siglo, nos sentíamos alegres y orgullosos de admirar el maravilloso movimiento febril de nuestro gran Aeropuerto Internacional.

Ojalá que Gando siga su ascendente y vigoroso progreso en la vida de Gran Canaria. El acto de anteayer representó un vivo y justo recuerdo de un hecho histórico, pero hemos de concitarnos todos los que amamos al país para que este gran aeropuerto, en adelante, haga honor a la solemnidad de su cincuentenario.

UN MAGNIFICO LIBRO
«LA VIRGEN DEL PINO EN LA HISTORIA DE GRAN CANARIA»

Es evidente que los diferentes episodios específicos, escritos o por tradición, pueden contribuir a esclarecer un acaecer histórico general. De la vida de un personaje o de la existencia de una institución, puede surgir el entramado histórico de un país en un período de tiempo determinado. Y esto acaece, sin duda, con este sugestivo y documentado libro de Ignacio Quintana y Santiago Cazorla, intitulado *La Virgen del Pino en la historia de Gran Canaria*, que se acaba de editar y dar a la publicidad en nuestra capital. Pulcra impresión de litografía Saavedra, dibujos de Mario y digna presentación, con empaque adecuado al brillante tema que en el texto se desarrolla.

Sus primeras páginas nos brindan, a más de un saludo cordial del señor obispo de Canarias, el pórtico maestro de un prólogo de Joaquín Artilles, nuestro eximio profesor, síntesis crítica valiosa del contenido del trabajo y elogio cumplido de la labor literaria e investigadora de sus autores.

No ha podido ensamblarse de modo más perfecto la primorosa labor literaria de Ignacio Quintana y el sutil y meritorio espíritu investigador de Santiago Cazorla. El primero nos brinda, como siempre, las galas de su matiz poético y correcta redacción, que hace leer con deleite el contenido de este magnífico libro. El segundo, revela el meticoloso bucear en bibliotecas y archivos, desentrañando fechas, datos y episodios vinculados al tema central.

La Virgen del Pino en la historia de Canarias abarca desde la aparición de nuestra Excelsa Patrona de la Diócesis de Canarias

en el siglo xv, hasta nuestros días. Para todos los que hemos nacido y vivido en esta bendita tierra, el trabajo que nos ocupa contiene un entrañable sabor de amor y admiración, porque es nuestra Madre, en atenta y continua vigilia de protección cariñosa —desde lo alto de Teror— sobre todos los canarios. Y, en especial, va hacia ella el corazón de los abogados, lleno de fervor y de cordial devoción, porque nos la dio como co-Patrona la Real Cédula fundacional de 1766.

Los diferentes capítulos que componen este libro están revestidos de un hondo interés histórico, realizado por la aportación de planos que imprimen un más perfecto conocimiento del relato. La situación exacta del pino donde apareciera la Virgen, el vínculo evangelizador a través de la marianización, los perfiles biográficos del obispo Juan de Frías y de fray Diego Henríquez, el vibrante colorido de la romería, entre otros temas interesantes, hacen de la obra una rica y trascendental aportación, no ya sólo a su valor mariológico, sino también a los anales de Gran Canaria. Como dice muy bien don Joaquín Artiles, se echaba de menos en nuestro país un libro de esta categoría, «tan rico de noticias, tan abundoso de novedades, tan fecundo en sorpresas, tan primoroso de estilo».

El trabajo que concisamente glosamos vendrá a constituir, por otra parte, un enjundioso elemento de confrontación y complemento a los estudios, hechos o por hacer, en torno a la historia de nuestro país, porque en su prolija investigación se han desvelado hechos, personajes y situaciones de relevante interés.

Cúmplenos, en fin, hacer mención de la nutrida bibliografía que contiene la obra y de las múltiples notas extraídas de archivos y bibliotecas, que, sin duda, dan rico y sólido fundamento al estudio realizado por sus autores. Libro de brillante empaque literario, como cumple a la pluma de Ignacio Quintana y de meritoria tarea investigadora, cual corresponde al escalpelo inquisitivo de don Santiago Cazorla, merece los más cumplidos elogios. Hacer obras de esta envergadura es hacer patria, o, al menos, hacer patria chica...

Agradezco a ambos el amable envío que me han hecho de este precioso tomo, porque, de verdad, ha sido, en horas tranquilas, un verdadero regalo para mi espíritu. Y es que, cuando tan bellamente se ilumina el rostro de la Señora en el recinto de su casa solariega, el relato nos cautiva y nos llena de placer.

EL GRAN ESCULTOR MANOLO RAMOS

Manolo Ramos González fue un gran escultor. Yo le recuerdo cuando aún vivía, joven e ilusionado, en nuestra tierra, que también era la suya. Al yo regresar, con mi carrera terminada, encontré en mi despacho un magnífico busto que había hecho a Carlos Navarro Ruiz, mi inolvidable tío, a quien yo quería como se puede querer a un padre. Había realizado su obra de arte en el mismo recinto donde yo he tenido toda la vida mi bufete. Y ese busto, en verdad, que conservo en sitio preferente, es una verdadera maravilla. Tiene todo el perfil realista que Manolo Ramos sabía imprimir a sus personajes, sin perder nunca el fondo objetivo de su personalidad. Desde entonces, aquel muchacho, simpático y visionario, me pareció un gran artista. Y el tiempo se ha encargado de confirmar su auténtica genialidad.

Con motivo de esas eminentes virtudes, la Caja Insular de Ahorros —tan propicia siempre al patrocinio de los méritos canarios— ha querido rendir homenaje a nuestro gran escultor a través de una pluma tan calificada como la de Sebastián Jiménez Sánchez. Y ha aparecido tras las cristaleras de las librerías un estudio monográfico del artista grancanario, ricamente editado por litografía Lezcano y con bellas láminas fotográficas de una parte de su obra escultórica.

Jiménez Sánchez, con su característica galanura de estilo, nos brinda una doble semblanza de Manolo Ramos: la humana y la artística. Fue hombre de gran corazón, «muy ameno en su charla, que matizaba con singular gracia de canariedad». Nacido en Arucas, en 1898, ofrendó a esta ciudad tal vez su obra escultórica

predilecta, el *Cristo Yacente*, que lleva en Su divino rostro una dulce, a la par que dramática expresión de eternidad. Y al morir en La Orotava, en abril de 1971, había legado a la posteridad un magnífico plantel de obras de arte.

El cincel de Manolo Ramos supo siempre imprimir a sus esculturas una trascendente expresión poética, con un sello de humano sentido. En esas mismas láminas que nos presenta el estudio monográfico que glosamos, el *Monumento a los Caídos*, de León, es un verdadero poema al heroísmo en brazos de la maternal caridad, y el *Grupo Escultórico de los Ciegos* nos embarga de emoción porque contiene un significado de amor ante la resignada humildad de quienes viven en la sombra.

Sin embargo, y sin demérito del resto de su obra, tiene para nosotros especial predilección —aparte la valentía juvenil del *Torso bienal*— la maravillosa escultura de *San Juan de la Cruz*, del más acabado arrobamiento místico, empuñando la cruz y mirando al cielo, con sus ojos empapados en deliquios de divinidad. Su ejecución técnica tengo para mí que tiene su inspiración en aquella famosa escultura de Victorio Macho, amasada de ternura dolorosa, que representaba la estatua yacente de su hermano Marcelo, y que el gran escultor castellano nos hizo ver, en una ocasión, en su estudio del paseo de Rosales.

La obra artística de Manolo Ramos se ha hecho acreedora a este homenaje, con justa exaltación de su figura bajo el perfil literario y erudito de Sebastián Jiménez Sánchez, siempre atento a la palpitación de los valores canarios. La pena es que nuestra tierra sea la última en acordarse del mérito de sus hijos ilustres, y tenga que ser su holocausto después de la muerte y tras de haberles forzado al exilio... Pero el obsequio de esta espléndida monografía nos compensa, en gran parte, de esa preterición injusta e incomprensible.

EL GRAN MANDAMIENTO HECHO REALIDAD

El mismo día en que han terminado estos magníficos ejercicios espirituales de la catedral, que han tenido como tema central el de la caridad, y a los que puso broche de oro una exhortación profunda, como todas las suyas, del señor obispo, he asistido, invitado, a la inauguración de una obra que es todo caridad. Y, al asistir a ella, he comprobado cómo existen espíritus gozosos de hacer el bien, iluminados por un rayo divino de amor al prójimo.

Cerca de la iglesia de San Gregorio de Telde se alzan unas grandes paredes, en su recinto un patio amplísimo y, circundando ese patio, espléndidas clases, capilla, salón de actos, recreos, dormitorios de monjitas salesianas, verdaderos ángeles tutelares de esta institución. Seiscientas niñas reciben en este centro, no ya tan sólo instrucción, sino, lo que es más importante, educación sana de orientación moral, teniendo a Cristo por norma de su conducta y de su vida. Conforta el alma ver esos centenares de criaturas, radiantes de alegría, acogidas al amor de quienes han de llevarlas y conducir las por caminos de eternidad. Pero, sobre todo, subyuga y admira de verdad saber que esta gran obra de caridad tiene todo el valor magnificante de la generosidad, privada, cual si ante nosotros se abriera, de par en par, una página evangélica.

En este mediodía del domingo se han inaugurado, en este gran colegio, nuevas clases, con amplias terrazas, entonando maravillosamente la sencillez de sus motivos policromados con las cornisas exteriores, vestidas de geránios y buganvillas. Y todo ello enmarcando ese hábito de alegría que producen siempre los gestos,

las voces y las miradas de los niños, el tesoro humano más preciado del amor de Cristo.

En el gran patio central aparecen, con simetría perfecta, nutridos grupos de alumnas que realizan ejercicios gimnásticos y hay un desfile magnífico, a los acordes musicales, llevando a su frente sendas banderas, con los colores nacional y salesiano. Como contrapunto de esta exhibición, primorosamente armónica, se alza en el aire la cabellera ondulada de una bellísima palmera. Y aquella blanca legión de almas infantiles, al desfilar, han lanzado vítores de gratitud hacia su insigne benefactor —que allí está entre nosotros— don Santiago de Ascanio y Montemayor, estando contenido en este mensaje de recuerdo hacia la que fue su esposa, aquella gran dama, sembradora de caridad, que se llamó doña Rafaela Manrique de Lara.

Bien sé yo que lastimo, al nombrarle, a este prócer, en su natural recato de auténtico militante del Señor. Pero es preciso, aun a contrapelo de la modestia, destacar por su nombre a quienes de tal modo constituyen ejemplo vivo y real de caridad, ya que el silencio de la verdadera virtud resta quilates a la justicia del enaltecimiento merecido. Y, en cambio, el destacarle, con la debida ponderación, no sólo es siempre estímulo del buen obrar, sino ejemplaridad para quienes, pudiendo hacerlo, se hacen sordos a la voz de Dios, en su mandamiento predilecto.

Cuando se ve una obra de éstas, donde palpita el anhelo enamorado del bien ajeno, cuando contemplamos la taumaturgia maravillosa de un corazón moviendo la alegría de corazones tiernos, cuando admiramos estos rasgos nobles y puros, nos damos cuenta del influjo espiritual y social que puede ejercer el capital al estar presidido por un criterio cristiano, y del daño doloroso que produce, sin duda, su retraimiento egoísta.

El inefable influjo de estas obras de caridad, mueve aún sin querer la pluma a la justa alabanza, y es que ese revuelo, alegre y luminoso, de almas infantiles que aclaman a su gran protector, tiene, sin duda, todo un sentido emotivo de gratitud, pero representa, sobre todo, un exponente insoslayable de trascendencia social. Porque nada cala más hondo ni tiene más fecundidad que la semilla de Dios convertida en fruto, cuando este fruto significa sonrisa de desvalidos, alivio de ignorancia y de dolor, comprensión amorosa, en nombre de Cristo, hacia quienes tienen un triste desamparo.

DESDE MADRID: SU PRIMERA COMUNION

En el gran colegio de las Dominicas notábase una vibración emotiva de corazones infantiles. Aquel ramillete de niñas era toda una floración que iba a recibir al Señor. Habían soñado, llenas de vaporosa ilusión, con aquella primera visita, y, por fin, allí estaban, con las pupilas encendidas de alegría, ante la Eucaristía.

El cortejo de niñas entró en la capilla como un coro de ángeles. De sus rostros irradiaba un rayo de pureza, reflejo fiel de candorosa espiritualidad. Eran las almas predilectas de Jesús que llevaban encendido en su pecho el cirio de la inocencia. Las almas de la gran victoria que iban, ante el Altar, a conquistar la sonrisa amorosa de todo un Dios.

El recinto olía a gloria, envuelto en el suave perfume de las rosas y los zahumerios. Todo era amor y alegría. Sonaron en el ámbito sagrado las cuerdas de las guitarras y el aleluya de los cantos infantiles.

Las palabras del sacerdote, de eucarística exhortación, caían sobre aquellos tiernos corazones como un divino rocío.

En aquel ramillete se hallaba un trozo de nuestro corazón, Ana Mari, la nietecilla mayor, a quien hemos venido a acompañar en su primer encuentro con Jesús. Esta mañana de mayo ha sido para ella, y también para nosotros, una mañana llena de fragancias espirituales.

Salimos a la calle, y Madrid, con sus claveles y sus acacias, brillaba bajo un sol primaveral. Hemos vivido un día de emociones, y es que nada hay más hermoso que el abrazo de la familia bajo el signo del Señor.



Ana María Mederos Ramírez, con sus hermanitos

EMOCION Y ROSAS ANTE EL BUSTO DEL POETA

Ha hecho bien la ciudad en rendir homenaje a Tomás Morales, porque el gran poeta, aun no habiendo nacido en ella, supo amarla y exaltarla en sus versos. Por eso, en este cincuentenario, no podía faltar el acto del domingo, en la recoleta plaza que lleva su nombre, y se erige el busto que, amorosamente, cincelara Victorio Macho. Sonó la voz de nuestro Municipio por boca de su delegado de Cultura, y, a fuer de ser justos, hemos de decir que sus palabras fueron ponderadas y bellas, poniendo un énfasis especial en el canto a la ciudad que hizo el poeta.

No puede olvidarse que Tomás —a pesar del escaso tiempo que vivió en Las Palmas— metió en los más íntimos repliegues de su alma la emoción de sus calles, el tipismo de sus rincones marineros, su opulento pintoresquismo comercial, los bazares de la calle de Triana y, sobre todo, el poético y monarcal silencio de Vegueta...

*Esta es la paz callada; a su dormida ausencia
no llegan los rumores roncros de la urbe en celo.
Junto a las torres del Seminario y la Audiencia
mejor parece el aire y es más azul el cielo.*

Era yo un niño cuando le veía pasar por estas calles de la ciudad vieja. Todos le mirábamos ya con absorta admiración. Su paso, recuerdo que era un poco torpe, su cabeza inclinada hacia un lado, su porte afectuoso y su melena caída en ondas sobre sus sienes. Yo diría que Manolo, su hijo, es un fiel reflejo físico del

gran poeta. Tomás, no sólo se sumergía en la negrura de los muelles para observar cómo el faro, en la noche calina, se acurrucaba tiritando de frío, sino que amaba también las mansiones históricas de los antecesores. Y, contemplando las gárgolas de piedra, y los bancos de granito y fuentes populares, cantaba así a Vegueta:

*Todo un ensueño vago de ternura y conseja
contigo dulce muere, mientras al mediodía
el reloj de Santa Ana sobre sus techos deja
una parsimoniosa lentitud de elegía...*

Y es curioso que el cantor ruberiano de los Himnos Fervorosos —verbigracia, su *Oda a las glorias de don Juan de Austria*— y el vate inigualable de los *Poemas del Mar*, ambos henchidos de honda musicalidad, supiera adentrarse tan humildemente en los rincones queridos de la ciudad, para realzar todo su escondido pero bello y variopinto sabor de añejo solar...

Tomás, desde su busto, en el alto pedestal de una límpida fuente, miraba en el mediodía del domingo, a aquel grupo nutrido de amigos, de intelectuales y poetas que iban a exaltar su recuerdo, con el corazón encendido, festoneando de rosas el borde de piedra del agua rumorosa. Mientras, la ciudad devolviendo amor por amor, por boca de su delegado de Cultura, ponía una bella y delicada nota de gratitud admirable hacia un hijo de esta isla, que tan alto ha sabido poner el nombre de su tierra...

NUESTRO FIEL AMIGO

Nadie desconoce la gran fidelidad de este animal único que es el perro. Una fidelidad inquebrantable hacia su dueño y hacia todo lo que es de su dueño.

El perro es un admirable ejemplo de sencillo y noble amor a quien le da cobijo, pudiendo ofrecerse como un símbolo de gratitud entre los seres vivientes. Pero, además, extiende su adhesión filial a la esposa, los hijos, los sirvientes de su amo y señor, y, desde luego, a la finca, al jardín o a la simple morada de aquél, que le tiene y sostiene. Hay en el perro un sentido diferencial inequívoco de «quienes» son los suyos, y a ellos consagra toda su vida. Algo así como si tuviera honrada y fiel conciencia de cuál es su deber, para no apartarse de su cumplimiento en todos los instantes del día y aun de la noche. En este sentido, si alguna definición cabe dar del perro, podría ser la de que es el animal antitético de muchos de los hombres actuales, adornados de egoísmo y pedantería. Lo que nos lleva a cavilar que si el mundo pudiera estar regido por estos nobles animalitos, no harían falta, a buen seguro, conferencias de desarme ni quebraderos de cabeza en torno al peligro nuclear.

En estas tardes de verano, sentado en la terraza frente a la montaña, me hago estas reflexiones. El perro me ha seguido hasta aquí y se ha echado junto a mí. Es un perro lobo cuya sola presencia inspira temor a visitantes y amigos, pero establece sutil distinguo entre la visita cordial y la del que entra con propósito de cobrar un recibo o llevarse una fruta del árbol. A estos últimos,

por solidaridad patrimonial con su dueño, les niega visado de entrada.

En cambio, su actitud y, sobre todo, su mirada, para mí y para los míos, es siempre tierna, filial, cariñosa. Su entrega es total a mis plantas. Su instinto vigilante está totalmente a mi servicio. No sé por qué, al verle a mi lado, siento un completo descanso. Es el sentimiento de confianza que despierta siempre la absoluta fidelidad. El hombre vive hoy una continua postura de reserva y desconfianza hacia los demás hombres y se siente feliz, o al menos tranquilo, cuando ve que a su vera alguien le cuida y le ama. En la familia íntima esta corriente de amor es natural; en algunos amigos tiene a veces apariencia de verdadera; en el perro propio es siempre cierta.

Ahí está echado a nuestros pies, como en defensa potencial de nuestra persona y de nuestros seres queridos, pero «pensando» siempre bien de lo nuestro. Pensando, sí, porque no otra cosa podemos imaginar cuando vemos su gesto dulce, su ademán noble, su mirar de ternura indefinible. Y si realmente no piensa, en ello va su gran ejecutoria, por parecerse así a esos niños cuya sencillez inocente, dentro de una ausencia mental, es su mejor y más adorable atributo. Acaso sea el parecido de los seres que no tienen malicia. Y que si alguna vez refunfuñan, es porque alguien no les quiere bien, o los molesta. Que también en eso se parecen: en la aversión a los extraños que vienen a mortificarles.

Mas el dueño ya puede reprender o castigar al perro, que jamás le guardará rencor. Con sus orejas gachas se esconderá humilde en un rincón para, en seguida, seguir queriendo y obedeciendo a su amo. Por la módica soldada de unos mendrugos, no cabe pedir mayor entrega de cariño. Pero la verdad es que no sólo son los mendrugos. Es que el perro sabe que su dueño también le ama. Y a ello corresponde, lamiendo su mano, tras recibir la reprimenda o el azote. Maravillosa lección que los hombres tantas veces olvidan, trocando en odio la gratitud hacia quien todo lo deben.

Cuántas noches, en el silencio de la madrugada, oigo tras de la puerta un desprecio animal: es el perro que vela nuestro sueño. Y ya, por las mañanas, al salir al jardín, quien primero nos saluda y nos brinda su lealtad, es el perro, que, jubiloso, ofrenda a

los suyos algo que tanto se echa de menos en el bregar de la vida: una alegría sincera y clara.

Estoy por creer que ese apasionado vivir para su amo, hace que la existencia del perro sea tan corta. Y qué pena da ver envejecer y morir a este gran amigo de nuestros días. En ese instante hubiéramos preferido no conocerle nunca...

NUESTRAS SOBREMESAS CON AGUSTIN MILLARES

Agustín Millares Carló ya sabemos que se halla inmerso en sus trabajos de investigación y creación histórica. Ha sido catedrático de Madrid y, últimamente en Maracaibo, siempre con una gloriosa huella. Es uno de los paleógrafos más relevantes del mundo. Ahora mismo acaba de recibir un gran premio a su *Historia de la Imprenta*, y se afana por los estudios de la Fundación Juan March. Todo esto es su afán y su vida. Pero nada le apasiona tanto —y él no se cansa de repetirlo— como pasar unos días en su entrañable tierra natal.

Cada vez que viene a este rincón, para él tan querido, organizamos, en honor de Agustín Millares, alguna «cuchipanda» honesta, pero alegre y cordial. O es el grupo del antiguo colegio de San Agustín —del que aún queda un nutrido «frente de juventudes» y el que me honro con su presidencia, o es algún «sancho» canario, en casa particular, de íntima amistad.

¡Cómo agradece Agustín estos ratos de solaz, esparcimiento y recuerdo de su bendita tierra, hablando de sus amigos, de sus rincones de infancia, de sus anécdotas de juventud, de todo lo que significa apasionado amor por su solar nativo! Precisamente en estos días hemos estado reunidos ante unos blancos mantener, en esa íntima y entrañable reunión familiar que tanto conforta el alma. De un lado, nuestros hermanos, y del otro, Agustín con Cachona, su hermana¹.

¹ Desgraciadamente fallecida a poco de escrita esta crónica.

Lo de menos fue la comida, con ser tan sustanciosa. Lo demás fue la alegría y la emoción del recuerdo de tantos episodios, amigos, anécdotas, personajes, rincones, chispas de humor y llamadas de cariño, mirando siempre a tiempos pasados. Estábamos admirados ante la lozanía de la memoria de Agustín, pero, sobre todo, nos cautivaba esa dialéctica, tan entretenida, que le sale a borbotones del corazón. Teníamos en torno nuestro a uno de los personajes más relevantes de la España intelectual de hoy y nos parecía departir con un compañero de estudios, sencillo y humilde.

La sobremesa duró tres horas. No se nos olvidará fácilmente ese itinerario que hicimos, en franca y sabrosa charla, a través de los tiempos del Ateneo de Madrid, en los años veinte. Allí aparecieron, en labios de Agustín, la *cacharrería* de Unamuno, de Valle-Inclán, Ortega, Rosso de Luna, cuando los imberbes canarios nos congregábamos en torno a nuestra gran figura, Agustín Millares Carló, catedrático de Historia de Madrid, a los treinta años. Las figuras de Azaña y Fernando de los Ríos, asiduos concurrentes a la gran biblioteca, la revelación de profesores como Pedro Sainz Rodríguez y Emilio García Gómez, hoy destacados prohombres de la nueva España. Agustín, entre todos ellos, era ya un gran prestigio universitario, que dejó en la docta casa de la calle del Prado la impronta de su sencillez sabiduría. Más tarde ha hecho luminaria de su saber en la América Latina, donde vive, hasta ahora, con sus hijos, y digo hasta ahora porque queremos verlo y hemos de verlo, para siempre, en esta tierra canaria de sus amores².

Pero si sabroso condimento tiene la charla con Agustín de su itinerario profesional, avalado por relevantes méritos, más encanto emocional encierra el regodeo cariñoso con que quiere siempre recordar todo lo que referirse pueda al lugar entrañable de su cuna. Las pupilas de Agustín Millares se inundan de gozo cuando rememora a un amigo de antaño, sobre todo si ha desaparecido; su corazón se alborozaba cuando viene a su mente el recuerdo de las jóvenes bellas de su tierra; su espíritu se colma de buen humor cuando surge la memoria de algún tipo popular; toda su alma se llena de legítimo orgullo cuando surge la figura de su padre, don

² Afortunadamente se ha cumplido este anhelo al venirse a vivir a Las Palmas, con sus dos hijas, por ser nombrado Director-coordinador del Plan Cultural.

Agustín, el gran escritor y notario, y de su tío Luis (a quien llamaban papá Luis), ilustre médico y cultivador de las letras. Es entonces, en esa sobremesa entrañable y amistosa, cuando realiza Agustín un paseo emocional de recuerdos, que le hace transfigurar su rostro en risas, en carcajadas, en pensamientos y en alguna que otra lágrima. También se ríe, se concentra y se abraza al recuerdo afectuoso, Cachona, la hermana de Agustín, esa gran dama, orgullosa hoy de su progenio, de cara aún juvenil que lució en su tiempo, en nuestro teatro, en un gran concurso floral, su belleza de Reina de la Fiesta.

¡Qué honrosos nos encontramos los canarios con estos personajes que, gracias a Dios, nos viven aún! ¡Ojalá, Agustín, no decaigas un instante en la frescura vital de tu preclara inteligencia, y en esa vocación impulsora de tu voluntad ejemplar. Estás haciéndole un gran servicio a la Humanidad. En tu juvenil madurez—que nunca llamaré ancianidad— vemos toda una gloria incomparable de Gran Canaria. Ahora mismo han puesto una piedra preciosa más en tu diadema intelectual con ese premio Cisneros que acabas de ganar dignamente con tu trabajo histórico de la imprenta.

Le pido a Dios que sean muchas y prolongadas las sobremesas que, cual la de ayer, se celebren entre nosotros.

UN PROBLEMA TRAGICO QUE A TODOS NOS ALCANZA

Un problema alarmante, digno de la más seria preocupación, está planteado en nuestra isla: el de los accidentes de circulación. Problema gravísimo porque entra en juego la vida de las personas o, al menos, su integridad física, y, si algo debe hacernos temblar de miedo es que un ser humano salga hecho un guiñapo, por imprudencia, debajo de las ruedas de un coche.

Digo por imprudencia, y no me refiero solamente a los conductores, sino también a los peatones, porque la temeridad se da en unos y otros.

Bien sé yo que estos accidentes ocurren en todas las latitudes y ciudades del mundo, y que cada vez existe una mayor preocupación por evitarlos o, por lo menos, atenuarlos. Es la moderna e inevitable congestión vial de máquinas y hombres, bajo la acción frenética de la vida moderna, cargada de neurosis. En ocasiones el drama surge —las más de las veces— por no adoptarse elementales medidas de prudencia en el conductor, pero también, hay que reconocerlo, sobreviene el accidente por el desafío temerario —tal vez inspirado por un complejo de inferioridad— del que se lanza a la vía pública, repentinamente e imprudentemente, despreciando el peligro que él mismo ha creado.

Mas, de un modo o de otro, hay un hecho cierto y profundamente doloroso: que en Las Palmas cada vez se causan más muertes por accidentes de automóviles. Y esto sí que es grave y produce ya verdadera consternación. Es de una frecuencia alarmante que en las páginas de los diarios aparezca la triste desolación de un hogar, cuando no de varios, por la vida truncada de

un ser querido, y aquella familia que amaneció riente y feliz, termina la jornada velando el cadáver de uno de los suyos.

Se dirá, y con razón, qué solución puede tener este dramático problema. Si la policía actúa con eficacia, si las sanciones se multiplican, si las llamadas a la prudencia son constantes, y, sin embargo, no remite sino aumenta la gravedad, ¿qué medidas deberán adoptarse? Sería en mí de una puerilidad pretenciosa el apuntar normas y con causas que, en todos los países del mundo, han sido ya objeto de reflexión y se están llevando a la práctica. Pero ello no debe ser óbice para que en cada lugar y en cada ciudad, por su especial configuración geográfica y sus motivaciones psicológicas, debe de hacerse un detenido estudio del problema, creándose un clima social instructivo, moral, cívico y punitivo en torno a la responsabilidad que comporta llevar un volante o atravesar una vía pública.

Claro está que esa reflexión, en principio, debe comenzar por quienes, en una isla como la nuestra, de una demografía y, por tanto, de una circulación inquietante, construyen autopistas y calles que son peligrosamente estrechas, sin visión de un futuro inevitable, que ya se ha convertido en pretérito. Las grandes ciudades y los accesos a los grandes aeropuertos y sitios concurridos de turismo exigen viales anchurosas y suficientes a la fluidez del tráfico y al cruce de peatones, porque en la estrechez radica el peligro y la muerte. Las inversiones de capitales para estas obras no deben ser nunca motivo razonable impeditivo, en primer término, porque cuando se han querido realizar vías amplias, se han hecho, y en segundo lugar, porque no hay millones para pagar lo que representa la vida de un ser humano que puede perecer por el peligro que representa la congestión o dificultad de tráfico en una vía pública.

Mas, éste no es más que un aspecto del problema. Existe otro que depende exclusivamente del individuo y que, por basarse en su reacción anímica, es mucho más difícil de resolver. El que obra, chófer o peatón, sin adoptar las más elementales precauciones para no causar daño a los demás, incurre, según nuestra jurisprudencia, en imprudencia temeraria, y ello afecta a la reacción psíquica de cada cual. El volantista que, a sabiendas del peligro que supone, conducir embriagado, el que marcha conduciendo como un loco por las calles, o el viandante que cruza inoportunamente la calzada, responde a una conducta gravemente

temeraria, a un modo de ser del individuo, a una tendencia a despreciar la vida de su semejante. Estos individuos no piensan nunca ni en el Código Penal ni en la clínica, ni en el respeto debido a su prójimo, sino en llegar pronto al sitio de destino —que, a veces, desgraciadamente, suele ser la sala de autopsia— o en hacer uso de su derecho prevalente de cruzar la calle, aunque origine un choque en cadena de vehículos que tienen que frenar en seco.

Es en este aspecto, a mi juicio, en el que hay que meditar y realizar una labor de conocimiento previo, de carácter psicológico y moral, respecto del individuo que pretende obtener un carnet de conducir. Se hace necesario, además de los exámenes teórico-prácticos que con tanta competencia realizan los técnicos industriales, y del reglamentario certificado médico, un estudio investigador de las reacciones internas óptico-patológicas, que, en la vida, no solamente en el volante, puede tener el aspirante a conductor. Esto será difícil, pero no insuperable. El hombre con tendencia marcada al alcohol, o que tiene una conducta licenciosa, o con descanso irregular, o con hábitos disipados, o con sintomatología depresiva o neurótica, o sencillamente conocido por lo que vulgarmente se llama un «gamberro», en su vida pública o privada, es un individuo propenso a causar accidentes, porque su condición moral patológica o psíquica le coloca en trance de no respetar la vida humana. Este sujeto, imprudente temerario en potencia, no debe obtener carnet de conducir.

Claro está que ello no quiere decir que el hombre normal y aun de excelentes condiciones morales, deje de originar accidentes, pero sí hemos de convencernos de que esta clase de personas, por su natural prudencia y conciencia del deber tiene una menor tendencia a colocarse en situación de producirlos.

En esto, como es lógico, influirán las circunstancias concurrentes, y para una justa estimación de las mismas están los Tribunales de Justicia.

Lo que sí afirmamos es que para manejar un arma tan peligrosa como es el autorizarse a conducir un coche, valdría la pena considerar si el pretendiente a tan grave cometido debería ser calificado como apto o no apto, conjugando su examen técnico con un estudio psicológico, moral y social de su persona, por un personal especializado, determinante de su peligrosidad como futuro conductor. Y si para ello hiciera falta crear centros de in-

vestigación, no estaría demás intentarlo, mediante normas legales, porque el preservar la vida humana de los gravísimos y repetidos accidentes de automóviles justifica cualquier decisión, por ilusa que parezca o por costosa que resulte.

Piénsese que, si el gradual aumento de las penas no han hecho disminuir el alarmante índice de muertes por accidentes de coches, sino todo lo contrario, se hará necesario prohibir o dificultar, en lo posible, el acceso al carnet a cuantas personas revelen síntomas evidentes de posible temeridad para conducir.

Yo me permito brindar a nuestro Colegio de Abogados la idea de convocar una reunión de letrados, ingenieros, médicos, psicoanalistas y jefes de Tráfico, que, en un cursillo o ciclo, estudien y discutan este candente problema, para tratar de hallar algún resquicio de luz donde sólo existen cerrazón y tinieblas, cada vez más dolorosos.

LOS HERMANOS RAMIREZ DORESTE

Algún día habrá de escribirse en Gran Canaria la historia de tantas familias nacidas y formadas en nuestra tierra, que han sido, sin duda, base de nuestros valores culturales y materiales. Porque es preciso tener en cuenta que, no ya tan sólo en la órbita de nuestras islas, sino especialmente en Iberoamérica, las familias isleñas han sido modelo ejemplar de prestigiosa laboriosidad.

Hoy quiero referirme en estas líneas a la familia de los hermanos Ramírez Doreste. En el 26 de diciembre de 1860, don Ventura Ramírez de la Vega, decano de los Procuradores de Las Palmas, contraía matrimonio con doña María Providencia Doreste de la Torre.

De este enlace habrían de surgir a la vida cuatro hijos varones, de realce y nombradía en Gran Canaria, profesionales, con caracteres psicológicos reciamente acusados, aunque sensiblemente diversos: Juan, Félix, Ventura y Rafael Ramírez Doreste.

El primero de estos hermanos, don Juan E. Ramírez, habría de nacer en la ciudad de Las Palmas, en el año 1861. Cursó sus estudios en el famoso colegio de San Agustín, teniendo como compañero inseparable a don Agustín Millares Cubas, más tarde eminente notario y escritor. Pasó a la Universidad de Granada para obtener, con gran brillantéz, los títulos de abogado y licenciado en Filosofía y Letras. Don Juan regresó a Las Palmas el año 1884, e inmediatamente se consagró al ejercicio profesional de su carrera de Derecho, abriendo bufete en la calle de López Botas. Puede afirmarse que fue, durante más de cincuenta años, el primer bufete

de la provincia. Mente serena y estudiosa, gran conocedor de la vida y de lúcida orientación en los problemas jurídicos, su despacho se nutrió con la confianza que inspiró siempre a grandes casas comerciales, heredamientos de aguas, titulares de sendos patrimonios y múltiples clientes que a él acudían en demanda de consejo. Don Juan E. Ramírez Doreste fue tres veces decano de nuestro ilustre Colegio de Abogados, y ya al término de su ejercicio profesional, se le designó decano de honor. Formó parte del primer Cabildo Insular de Gran Canaria y fue el único hijo de Gran Canaria que ostentó el cargo de presidente de la Diputación Provincial —cuando la provincia no se había dividido aún— con sede en Santa Cruz de Tenerife. Falleció en sus posesiones de Monte Lentiscal, el año 1935, a los setenta y cinco años de su edad.

Su hermano, don Félix, tuvo la misma iniciación en sus estudios primarios y de bachillerato, en el seno del citado Colegio, fundado por don Antonio López Botas, en el lugar que hoy ocupa nuestro Palacio de Justicia. Marchó a Madrid en 1869 para cursar la carrera de ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, estudios que realizó brillantemente, regresando a Las Palmas en 1876. Mas era ésta una época de gran agitación política, y, don Félix, poco propicio a tales tensiones, marchó nuevamente a la Península, donde comenzó el ejercicio de su carrera, destinándosele a Castellón de la Plana. Finalizado el siglo democrático, don Félix Ramírez ejerció el cargo de ingeniero jefe de Obras Públicas en Córdoba y, más tarde, en Sevilla, en cuya capital andaluza realizó una gran labor, en puentes, presas y carreteras, que fue premiada por Alfonso XIII con la Gran Cruz de Isabel la Católica. Le dio renombre nacional un hecho en el que puso a prueba su honestidad y competencia. Tratábase de inaugurar una plaza de toros en Córdoba, y don Félix, consciente de su defectuosa construcción, emitió un informe desfavorable. Con tal motivo, se le hizo objeto de una campaña de prensa difamatoria, y él, como ingeniero jefe, solicitó del ministro una prueba de resistencia de dicha plaza, con sacos terreros, hundiéndose bajo el peso de los mismos. De este modo, evitó una auténtica catástrofe.

Don Félix había casado en Córdoba con doña Florentina González de Amezúa, de cuyo enlace nacieron varios hijos, entre ellos la primogénita, doña Manuela, que habría de contraer nupcias con el inolvidable Luis Doreste Silva, en el año 1934. Falleció don

Félix siendo inspector general de Caminos, en la ciudad de Sevilla. Una calle de nuestra Ciudad Alta lleva el nombre de Ingeniero Ramírez Doreste.

El tercer hermano es don Ventura, médico prestigioso, director del hospital de San Martín, en una de cuyas salas campea su nombre, con calle importante en el núcleo urbano de San José. Era notoria su fama, especialmente entre sus compañeros, solicitándose siempre sus servicios en graves dolencias, por ser un eminente diagnosticador. Don Ventura Ramírez Doreste era el más sutil e incisivo de todos sus hermanos. No militó nunca en política, pero era profundo y hasta mordaz en sus comentarios contra el caciquismo imperante, y a los que él llamaba «los capitales ino-cuos». Fue el alma de una famosa tertulia que, cada tarde, se reunía en la plaza de Santo Domingo, a la que asistían los Martínez de Escobar, don Santiago Tejera, el inolvidable canónigo don Miguel Suárez... Tuvo don Ventura desgracias familiares irreparables: la muerte en Londres de su hijo Ventura, gran cirujano, forjado en la guerra del 14, y que dejó de existir a los treinta y cinco años, y la desaparición también de su hija Sofía, en plena juventud. Rodeado de justa fama, murió don Ventura, a los sesenta y nueve años, como consecuencia de una pulmonía que adquirió al salir de una casa donde había asistido a un parto, ya que trabajó, como médico, hasta los últimos instantes de su vida.

El más joven de estos cuatro hermanos fue mi padre, Rafael Ramírez Doreste. De carácter bondadoso, pero enérgico, profesó un gran amor a su tierra. Desempeñó su carrera de abogado, debutando en nuestra Audiencia en 1890. Pero su pasión fue el periodismo. Fundó, en unión de fray Lesco, el gran diario *La Mañana*, que titularon de «reformas sociales», adelantándose a los tiempos que hoy vivimos en cuanto a la defensa de la justicia social. Fundó una panadería popular y *La gota de leche*, artículos que se repartían entre las clases pobres. Combatió crudamente el caciquismo local y defendió con ardor la autonomía de Gran Canaria, hasta obtenerse, primero la creación de los Cabildos y más tarde la división de la provincia. Su mayor timbre de honor fue no haber querido ser ni siquiera concejal en aquellos momentos de opresión leonina. En vida, por los logros de la política se le tuvo por un iluso, pero al morir, nuestro Ayuntamiento le nombró Hijo Predilecto de Las Palmas, dio su nombre a uno de los me-

jores paseos de la Ciudad Jardín y colocó una lápida laudatoria en el frontís de la casa de la plaza de Santa Ana, 7, donde todos nacimos. Murió de diabetes a los cincuenta y nueve años. Mi mayor orgullo es haber sido hijo suyo y de aquella santa mujer, que se llamó Dolores Suárez Rey.



Rafael Ramirez Doreste

EL EL MUSEO CANARIO EL PATRIMONIO ESPIRITUAL DE DON BERNARDINO VALLE

Emilio Valle ha querido enriquecer el acervo de nuestro Museo Canario con una valiosa donación: la obra musical de su inolvidable padre, don Bernardino Valle Chiniestra. Y la entregaba ayer tarde, como una emotiva ofrenda, al presidente de la entidad cultural, en un acto que tenía todo el empaque selecto de las grandes decisiones meritorias.

Emilio, último hijo de este ilustre maestro, lleva también en su sangre el sublime latido del amor a la música, y por ello ha querido rendirle tributo de homenaje perenne —el mejor y más sentido de los homenajes— colocando en las vitrinas de sus salas aquellos pentagramas de belleza y de exaltación espiritual que brotaron del corazón de su padre. Sabíamos que guardaba, celosamente, en lo más íntimo de su rincón familiar, este relicario de obras musicales, patrimonio exquisito y amorosamente acariciado, que el autor de sus días legara a la posteridad. En esos cuadernos de pátina amarillenta vive toda el alma encendida de aquel aragonés de origen que vino a nuestra isla para crear toda una familia de recio abolengo canario y para sentir y cantar los más hondos motivos de su tierra adoptiva. En ellos se acunan las notas adorables del arrorró, las canciones viriles y alegres de nuestros campos, los aires zarzueleros más variados, los himnos religiosos en holocausto al Señor...

Don Bernardino Valle —aquel viejecito nervioso y lleno de ternura— ha sido el maestro, ante el teclado, de nuestras madres y de labios de ellas hemos oído siempre el más reverenciado y

entrañable recuerdo hacia su persona. En aquella época de paz deleitosa, sólo alterada, acaso, por el trotar de las yeguas condales en los guijaros de la urbe, oíanse al piano, en muchas casas, las notas de un monótono solfeo o el aire de una habanera. Eran las alumnas del maestro Valle, algunas de ellas, en el futuro, grandes concertistas. En nuestra ciudad se creó entonces un clima de rendido fervor a la buena música, formándose escuela bajo los auspicios rectores de don Bernardino, como familiarmente le llamaban sus discípulas. Y era un encanto asistir a los saraos y fiestas íntimas donde surgía inevitablemente, el influjo del maestro Valle en las delicadas manos de una dama que ejecutaba un vals o desgranaba una sonata.

Emilio Valle, ilustre compañero, inteligente y señorial, ha realizado ayer un acto muy propio de su alcornia espiritual. El alma entera de su progenitor la ha depositado en manos del Museo Canario, el mejor custodio de nuestros valores intelectuales. Al caer la tarde, cuando aún volaban las golondrinas en su azul calinoso, al toque de oraciones, dormía ya la famosa *Pastorela* su sueño apacible en los archivos de la patricia entidad. Y nos parecía estar escuchando las aleluyas y panderos de sus notas vibrantes, como un eco de su adoración melódica al Niño-Dios. Esas notas de la *Pastorela* que cada Nochebuena bajo las bóvedas de nuestra catedral, nos ha puesto el corazón en vilo, porque, desde muy niños, parecíanos ver en la isla entera arrodillada, con unción de amor musical, ante la Gruta del recién nacido.

Es así como se hace Patria. Sacando de los armarios y entregando a la posteridad esos patrimonios espirituales que, más que a los hijos, pertenecen a la Historia. Y haciéndolo cual lo ha hecho Emilio Valle, con generosa y emocionada sencillez, como se entregan los emblemas del honor y del saber, como se entrega el fruto del alma de un padre, que ha de servir de gozo y estímulo a las generaciones venideras.

UN DESTELLO DE ESPIRITUALIDAD

Ayer, al mediodía, se congregó la intelectualidad canaria en torno a una de sus figuras más descolantes: Alfonso de Armas Ayala. Ese grupo aguerrido y fantasmal que se llama *Neo-Tea*, quiso rendir homenaje de admiración y cariño a este canario universitario, que hace devoción del pensamiento, enamorado de las cosas espirituales y con voluntad constante de ensanchar el bello horizonte del arte y de las letras.

De ahí el que el acto tuviera un realce de inusitada brillantez. Ante los blancos manteles, con sencillez entrañable, agrupáronse, en torno a Alfonso, profesores, escritores, universitarios, profesionales, artistas y amigos, muchos amigos, con el corazón encendido por el afecto. Acaso nada nos llene de sana alegría como contemplar ese ramillete de hombres que sabemos no se reúnen para hablar de política o inflación, sino para eliminar el tóxico de la vida cotidiana, elevando el espíritu.

El pórtico del homenaje no pudo tener mayores quilates de brillantez. Las palabras de Agustín Millares Carló tuvieron ese deje entrañable de reconocimiento y cariño hacia Alfonso de Armas que inspira su figura y que, por otra parte, es proverbial en el catedrático de Paleografía, nuestro canario universal. Y la voz de Joaquín Blanco, llena de efluvios afectuosos hacia su eminente compañero, completó el cordial ofrecimiento de un acto tan justo como merecido. Ambos, pregoneros mayores de la fiesta.

Alfonso de Armas es hoy, en el plano de la cultura canaria, destacado protagonista que se afana en enaltecerla y prestigiarla. Director de la Casa de Colón y de los Museos Insulares, vemos y

admiramos en él una constante vibración amorosa en torno al afán de mejorar e impulsar la vida de esas instituciones histórico-culturales. El rico venero de la corriente galdosiana, la Casa Museo de León y Castillo, llena de añoranzas históricas y, sobre todo, el valor representativo de la Casa de Colón, colocan a Gran Canaria en un plano superior de dignidad intelectual.

Pusieron broche de oro al homenaje las palabras de Alfonso de Armas, en nombre propio y de su esposa, preciosa síntesis literaria de gratitud hacia *Neo-Tea*, y el torrente de amigos que le ha seguido, con invocación de aquel profesor ideal, Juan de Mairena, el caballero quijotesco que tantas y tan peregrinas batallas libró... La voz del homenajeado vibraba ante auditorio tan selecto y numeroso con acento emocionado, teniendo como contrafondo las arcadas floridas de un comedor que parecía inundado de aroma y de luz.

No en balde hallábase congregada en torno a Alfonso de Armas la flor y nata de nuestra intelectualidad.

LANZAROTE Y SU GRAN SECRETO

Hacia bastante tiempo que no visitaba Lanzarote esta isla apretada de emociones, que tiene un trasfondo dantesco, con perfil de honda belleza. Y, al hacerlo ahora, he recibido la maravillosa impresión de su fascinante personalidad.

Pocas veces llega a nuestra retina, con mayor verismo, el tormento calcinado de la tierra, dominado y sublimado por el espíritu del hombre. Hay en toda esta isla una palpitación de tragedia pompeyana, en el que ha triunfado ese actor inigualable: el impulso vital del hombre. Y así, en ese imponente mar de lava, que ha sepultado pueblos enteros —la isla de los cien volcanes— domina el espíritu creador, que ha hecho de la muerte, vida, del fuego que aniquila la tierra providente que crea y hace germinar y florecer.

Lanzarote parece algo así como un fantasma alucinante, con triunfal ademán de supervivencia. De las piedras calcinadas brotan los frutos y las flores. De los campos rocosos, surgen los viñedos y los prados. El brazo fornido y genial del hombre ha sabido domeñar las fuerzas del averno para sembrar vida fecunda sobre las cenizas de la muerte. Es esto de lo que más impresiona en esta isla original y única: el fruto de victoria de la criatura humana luchando frente a la más espantosa desolación. El saber aprovechar la muerte para crear la vida. He aquí la más noble y vigorosa virtud de que pueda enorgullecerse un pueblo. Viendo estos parajes se trueca el verso clásico: «Estos, oh placer, que ves ahora —prados de verde flor, bello collado—, fueron un tiempo de dolor famosos»...

Frente a mí, en este Parador magnífico, están unas pinturas

murales de César Manrique, que representan el viento, la pesca y la vendimia. Creo, sin ditirambo, es de lo mejor del pintor lanzaroteño, porque en un ensamble bien logrado de ambiente y figuras, cobran vida pujante las escenas que representan. El viento, esa sinfonía suave que arrulla la isla. La pesca, filón de oro en estas playas de ensueño. La vendimia, jugosos racimos que el lagar convierte en néctar de vino. Y dominándolo todo, el hombre, ese gran efluvio de energía previsor que coloca la vid y el árbol frutal en el fondo de un hoyo —como cráteres en miniatura— para defenderlos de la inclemencia; y las playas y caletas de finísima y dorada arena, besadas por el mar en amorosa entrega; y centenares de velámenes de una flota velera que remonta el horizonte para hacer rico acopio de pescado fino y sabroso.

Lanzarote es isla llamada a disfrutar los honores de un gran porvenir. Hay algo que atrae al visitante y le envuelve en las mallas invisibles pero cautivadoras de su clima espiritual. No es tan sólo, con ser ya tanto, la belleza impresionante de esos campos lávicos luciendo el verde de los viñedos, el rojo de las amapolas y la espiga candeal de los trigales; no se limita la atracción a la atalaya acantilada de *La Bateria* en una visión vertical sobre la Graciosa, Alegranza y hermanas menores, que hemos visto a la luz de un diáfano atardecer; ni se concreta, en fin, la emoción a este fuego que aún crepita bajo nuestras plantas, como dando testimonio del poder contenido del Altísimo. Con ser todo, es, sin embargo, algo más y distinto lo que nos deleita especialmente en esta tierra privilegiada: la cordialidad, sincera y respetuosa de sus gentes más sencillas. Hay algo aquí de elegancia espiritual en las costumbres que, desgraciadamente, se pierde en los grandes núcleos de población. Pequeñas cosas, detalles reveladores: el ceder la acera al forastero, el dar los buenos días aun desconociéndole, el invitarle sin solemnidad, pero sí con cariño, el mostrar siempre una sonrisa de bienvenida. ¿Y esto qué es?, pensamos. ¿Escuela de turismo? No. Esencia de sana cordialidad y buena educación. Pero una esencia que, como todos los buenos aromas, penetra en lo más íntimo de nuestro espíritu. He aquí el gran secreto que aprisiona y atrae al visitante de Lanzarote, más aún, si cabe, que la maravilla de su naturaleza. Quizá porque este pueblo viva con el recuerdo y la visión de su tormento de fuego, es por lo que en él se haya creado la humilde generosidad y el noble amor, muy propios de todo el que ha sufrido.

LA VISITA DE UNAMUNO A PALACIO

La *Cacharrería* del Ateneo de la calle del Prado es en mis recuerdos un telón de fondo lleno de nostalgias. Pasé toda mi época de estudiante asistiendo por las tardes a su gran biblioteca. En ella me introdujo —con ese entrañable paternalismo que guardó siempre hacia sus paisanos— la figura señera y prestigiosa de Agustín Millares Carló. Allí teníamos, además, sala de lectura, cómodos sillones de tertulia, peluquería, magníficas conferencias y discusiones de temas científicos o literarios.

Cada tarde, al concluir nuestros estudios universitarios, nos dirigíamos a aquella salita llamada la *cacharrería*, la primera de la galería de retratos en la planta baja, donde ya estaban reunidos Unamuno, Valle-Inclán, Ortega, Rosso de Luna, Vigui, figuras todas de primerísima fila en el orden intelectual. Detrás, a prudente y respetuosa distancia, nos colocábamos, formando corro, quienes deseábamos deleitarnos con el diálogo, y hasta la controversia, de aquellos hombres eminentes.

Unamuno tal vez fuera el más admirado por los ateneístas. A pesar de ser rector de la Universidad de Salamanca, pasaba en la Corte largas temporadas, visitando, cada tarde, la docta casa. Vestía camisota vasca, descollando sobre ella la albura de su barba blanca, y su mirada de búho tras unos gruesos cristales. Tenía una voz clara, sonora, entreteniéndole sus dedos, mientras hablaba o pensaba, con un trozo de pasta. No podía disimular la fobia que sentía hacia la Monarquía, y un buen día, dentro de ese recelo, publicó unos artículos en la prensa contra el reinado de doña María Cristina.

Fue entonces cuando en un diario vespertino apareció la noticia de que Unamuno había sido llamado a Palacio por el rey Alfonso XIII, accediendo a esa invitación. Al enterarse el sector de adoradores que tenía el rector entre los ateneístas, consideró la visita como una claudicación, y residenció a Unamuno para que explicara en la tribuna pública su actitud. Aquella fue una sesión memorable y dramática, que alguna vez he recordado a Agustín Millares con esa viva emoción que produce siempre el suceso inolvidable. El salón de sesiones del Ateneo y sus tribunas aparecían repletas de público, y en el ambiente notábase una tensión irreprimible.

Nada más aparecer Unamuno en el pequeño escenario, oyéronse imprecaciones contra el rector y alguna que otra bofetada entre adictos y doloridos. El catedrático de Griego no perdió en ningún momento su compostura. Acallado el vocerío, Unamuno hubo de explicar lo acaecido. El rey le había llamado a Palacio y él no podía pasar por un ineducado. Alfonso XIII explicó su invitación, diciéndole: «Leo sus artículos, don Miguel, y acepto, aunque no comparta, sus diatribas contra la Corona. Pero deseo pedirle un favor: que, de ser posible, deje tranquila a mi madre en el desempeño de su reinado.» «Yo, que adoré siempre a la autora de mis días —siguió diciendo el rector al Ateneo— prometí al rey satisfacer su deseo.»

El gesto de Unamuno, sencillamente humano, fue premiado con una unánime ovación.

EL GRAVE PROBLEMA DE LAS AGUAS EN GRAN CANARIA NECESIDAD DE UNA LEY ESPECIAL

I

Hemos de convenir en que el más grave e importante problema de nuestra isla de Gran Canaria es el del agua de regadío, porque a él está sujeto el de la agricultura, base esencial de la riqueza del país. De ahí el que se trate de afrontar y resolver con proyectos y adquisiciones de embalses, tanto por parte del Cabildo Insular como del Ayuntamiento de la capital. Pero, a pesar de tan buenos propósitos, la resultancia de todo ello es que el sector agrícola carece de agua suficiente de regadío y que el abastecimiento de Las Palmas es deficitario respecto de su gran población y afluencia turística.

Ante esta problemática, hemos de representarnos lo que las aguas han significado para nuestra isla a través del curso de la historia, aunque de un modo sintético. Desde el acta firmada por Juan de Ariñez, en 24 de mayo de 1527, vino recibiendo la ciudad de Las Palmas el agua de la Mina de Tejeda, dando origen a las Heredades de Las Palmas y Dragonal, con aprovechamiento de la llamada Vegueta de la Señora Santa Ana, que tendría que darle agua al caño de la cárcel y al Monasterio del Señor Santo Domingo. El 5 de septiembre del mismo año subastó dichas aguas el licenciado Venegas, dándose lugar con ello a los citados Heredamientos, aún existentes. Son exponentes clásicos de los aprovechamientos populares de ese agua, las fuentes de la propia plaza de Santo Domingo —cuyo pilar central aún existe— y la situación en la trasera de la catedral, en el comienzo de la calle de los Bal-

cones —hoy de J. León y Joven— adonde acudían mujeres de los contornos de Vegueta a llenar sus tallas, por medio de cañas adosadas a las fuentes, del preciado líquido procedente de nuestras cumbres.

Entretanto, las aguas que corrían por la cuenca del Guiniguada, no sólo regaban sus tierras ribereñas, sino que movían los molinos de trigo y gofio que existían en las márgenes de esa amplísima cuenca, cuya cabecera era la altura de Tejeda y sus predios se situaban en Lagunetas, Santa Brígida, San Lorenzo y Las Palmas, hasta regar las huertas de la Vegueta, incluida la Vega de San José. Y, al principio de la Angostura, existía una fuente llamada de la *Bribiesca* y del *Bucio*, según consta en autos de 18 de abril de 1699, en la que tenían primordial propiedad la Casa del Condado de la Vega Grande y la de don Domingo Westerling.

A pesar de tales aprovechamientos dominicales y de las molinas ribereñas, es lo cierto que las aguas de la Mina de Tejeda solían llegar, limpias y rumorosas, a la ciudad de Las Palmas, pasando por bajo su puente y desembocando en el mar. Lo reducido de la población y de la agricultura permitía, en aquellas calendas, que el suministro de agua fuera suficiente, constituyendo una verdadera riqueza en los cercados ribereños, de la capital. Mas, entrado el presente siglo, el aumento demográfico y los aprovechamientos de agua en las cuencas, hicieron que el preciado líquido fuera disminuyendo en su decurso natural a través del Guiniguada. Ello dio lugar a una labor enfebrecida de pozos y galerías —no ya en el centro, sino en toda la isla— encaminada al alumbramiento y captación de aguas subterráneas para el riego de la agricultura de nuestra isla.

Mas la exigencia no era solamente del agro, sino que, al propio tiempo, la población —cada vez más creciente— de Las Palmas demandaba manantiales propios para su abastecimiento, teniendo que realizarse las importantes labores de captación de Camaretas y Gamonales, en el término municipal de San Mateo, con amplias y fecundas galerías de alumbramientos, que han sido básicos para el abastecimiento de la capital.

Actualmente, no cabe duda que plantea en Gran Canaria un doble problema: el del abastecimiento de Las Palmas y el del riego de su agricultura. Pero, además, existe —aparte esta básica coyuntura— el problema legal de las aguas de regadío, que exige y reclama un planteamiento jurídico ineludible, de carácter espe-

cial. Para intentarle adecuada norma y solución, se hace preciso un estudio serio de la cuestión, a base de la consideración realista de tal problemática y del establecimiento de principios legales *especiales* para Gran Canaria, intentándose y llevándose a cabo un ordenamiento que trate de resolver este binomio agricultura-abastecimiento de población.

Muchas veces se ha hablado de esto: una ley especial de aguas para Canarias, pero se ha convertido siempre en una entelequia, por no decir un fracasado intento. Y, sin embargo, esa ley es necesaria, absolutamente necesaria, porque es preciso dar creación y vida jurídica, bajo la protección del Estado, a esa compleja situación de alumbramientos y abastecimientos de aguas, con garantías legales para el núcleo de población y regadío de terrenos agrícolas.

Para elaborar los principios básicos de esa ley, se hace indispensable conocimiento práctico de las realidades acuíferas de nuestra isla y aportación de antecedentes legales y jurídicos de tales problemas, no con afanes de notoriedad, sino con propósito de soluciones reales y justas.

y II

La promulgación de una ley especial de aguas para Canarias exige —según decíamos en nuestro artículo anterior— un estudio de principios jurídicos sobre la especial idiosincrasia de la riqueza acuífera del archipiélago.

Es densa y apretada la teoría de los múltiples tratadistas que se han ocupado del aspecto doctrinal de las aguas de regadío en Canarias, y no es propósito nuestro detenernos en sus intrincadas facetas. Únicamente diremos que las Agrupaciones de Aguas en nuestras islas han dado lugar a la teoría institucional representada por Nicolás Díaz Saavedra Navarro; la corporativa, defendida por Luis Benítez Inglott; la de asociaciones civiles, mantenida por don Carlos de Haro; la de comunidad, no romana, que tuvo eco en don Manuel González Aledo, y la tesis mixta, esgrimida por el notario don Marcos Guimerá Peraza. Sería prolijo detenernos en el análisis de estas posturas doctrinales, pero es de absoluta necesidad se tengan presente para un estudio y planteamiento de una nueva Ley de Aguas para el archipiélago canario.

Mas no puede prescindirse tampoco de los informes doctrinales-corporativos que se emitieron oportunamente respecto de la *personalidad* de los Heredamientos y Comunidades de Agua en Gran Canaria. Podemos recordar el informe emitido por el Colegio de Abogados de Las Palmas, cuya ponencia tuve el honor de presidir, en unión de mis compañeros Manuel Hernández Gonzá-

lez y Nicolás Díaz Saavedra Navarro; el del Colegio Notarial de Las Palmas, siendo ponente don Juan Zabaleta Corta; el estudio de una ley sobre las Heredades, formalizado por una Comisión que integraban don José Mesa y López, don Felipe de la Nuez Aguilar y el propio don Manuel Hernández González; y, finalmente, el proyecto de la Comisión de Codificación, siendo ponentes los ilustres catedráticos de la Central, don Nicolás Pérez Serrano y don Antonio Hernández Gil.

Estos estudios dieron lugar a la ley de 26 de diciembre de 1956, que fue discutida y aprobada en un pleno de las Cortes el día 20, dando reconocimiento de plena personalidad jurídica de los Heredamientos de Aguas.

Sería pueril tratar de estudiar y elaborar una ley de Aguas especial para Canarias sin tomar en consideración estas limpias y básicas fuentes doctrinales, que estructuran —junto a la jurisprudencia del Tribunal Supremo sobre la materia— la verdadera naturaleza jurídica de las entidades acuíferas en Gran Canaria.

Esa Ley especial tendría que contemplar múltiples facetas —en consonancia con la realidad de los problemas— que sería en mí pretencioso ofrecer, y menos agotar, en estas breves líneas. Es indudable que tendría que aprovecharse e incorporar disposiciones legales de esencial interés para Canarias, entre otros el Decreto de 21 de noviembre de 1933, sobre auxilios del Estado a las obras de explotación y abastecimiento de aguas, y el de 8 de diciembre del mismo año, también de auxilio a obras destinadas a regadío, con subvenciones reintegrables. Sin olvidar el Decreto de servidumbre forzosa de acueducto de 19 de enero de 1934 y el de aforos de 12 de marzo de 1935.

Mas yo me atrevería a adelantar —sin perjuicio de mejores estudios— un esquema de cuestiones que pudieran encontrar acomodo en un proyecto de nueva Ley de Aguas para Canarias, lo que hago de modo indicativo, nunca exhaustivo.

Aparte la política de trasvase —ya proyectada en nuestra isla— y de la primordial ejecutoria de embalses, las líneas maestras de una Ley especial de Aguas para nuestro Archipiélago habría que trazarlas a base de los problemas técnicos y jurídicos que se derivan de las explotaciones —pozos y galerías— y del régimen interno de los Heredamientos y Comunidades. Tales cuestiones podrán versar:

a) Sobre distancias mínimas, con revisión de la Real Orden de 27 de noviembre de 1924 y la Orden ministerial de 23 de mayo de 1938.

b) Asociaciones de explotaciones por cuencas, evitándose afectaciones frecuentes de labores acuíferas.

c) Vigencia forzosa de aforos periódicos, de acuerdo con el Decreto de 12 de marzo de 1935.

d) Régimen limitativo de catas profundas.

e) Vulneraciones de autorizaciones, con cambios de rumbo, y posibles legalizaciones.

f) Taponamiento de galerías y precintado de maquinarias, con estudio y revisión de la doctrina sentada por los Tribunales en materia interdicial.

g) Entubamiento de aguas y aprovechamiento de escorrentías (función social del agua en Canarias).

h) Régimen jurídico de subsuelos.

i) Servidumbres forzosas.

j) Secuestro de aguas de Heredamientos (su justificación jurídica a la luz de la sentencia del Tribunal Supremo —en litigio de nuestra isla— de 15 de junio de 1961).

Estos problemas podrían dar contenido a los estudios y planteamientos que, de modo serio, se realizarán en el seno de una amplia Comisión integrada, no sólo por los procuradores en Cortes de esta provincia, sino por juristas, ingenieros y presidentes de Heredamientos y Comunidades de Aguas de Gran Canaria. Múltiples veces se ha hablado de esta nueva Ley especial, pero siempre se ha soslayado su estudio concienzudo y, sobre todo, su proyección a las Cortes.

El gravísimo problema de las aguas en nuestra provincia y su incidencia esencial en la economía del país, exigen, de una vez, un ordenamiento jurídico que sirva de amparo y cobertura a las realizaciones prácticas de las explotaciones acuíferas y sus organismos rectores.

LA PEREGRINACION CANARIA EN EL CONGRESO EUCARISTICO

I

Desde Barcelona, aun en forma rápida y desaliñada, deseo transmitir a mi tierra una visión subjetiva de este magno Congreso Eucarístico.

Hemos viajado en el *Ciudad de Sevilla*, formando una nutrida peregrinación. Desde que el buque se separó de las costas canarias, aun en medio del recio oleaje, ha habido, en este viaje, una vibración espiritual admirable.

El barco todo, bajo la figura austera de nuestro prelado, se ha convertido en un santuario. Producía verdadera emoción oír las preces y los himnos religiosos en pleno Atlántico, como un clamor litúrgico y enfervorizado.

Y es que cada peregrino ha hecho un esfuerzo heroico para cumplir, con renovado tesón, los deberes religiosos celebrados a bordo. Ha sido, en verdad, de subyugante emoción ver cómo en el barco, cada mañana, se decían más de treinta misas, comulgando la inmensa mayoría de los peregrinos, y cómo y con qué solemnidad se hacía la procesión del Santísimo, por las tardes, coronada por cántos religiosos y por el himno eucarístico.

Sin embargo, junto a este ambiente edificante de piedad, ha imperado una nota magnífica de sana alegría juvenil. En las cubiertas se ha desbordado el buen humor. No había tenido ocasión de observar el espíritu aguerrido y jovial de este plantel de nuevos sacerdotes que, dentro del más riguroso respeto a su hábito, ha

sabido cantar folías y departir con los grupos de chicas de Acción Católica. Sobre todo, en la expedición viene uno que ha captado la simpatía de todo el buque. Es un pater, ya sexagenario, que ha vivido mucho en los países del Caribe y ahora reside en Tenerife. Viste siempre sobre el hábito una bata blanca, y el fino humor de las chicas le ha bautizado con el nombre de *la fantasía tropical*.

Es esto lo admirable: que, junto a un encendido espíritu eucarístico, impera, en todo momento, un gozo pletórico de humor y de vibrante jovialidad musical. Una noche se entonaba a coro «la farola del mar»... y levantóse un sacerdote de su asiento para cantar una isa que decía: «Si no tiene gas, ¡qué canastos!, que le pidan un litro de aceite a la Junta de Abastos.»

Desde Cádiz, Pemán ha venido con nosotros. Ha sido un peregrino más que ha cautivado al buque con la sencillez proverbial del hombre de gran talla espiritual. Le acompañan su esposa y sus dos hijas, y estas últimas no se hicieron rogar, desde la primera noche, para bailar en el salón unas deliciosas sevillanas, al son de las castañuelas.

Pemán nos ha regalado con su conversación y su elocuencia de nervio poético. Hemos tenido ocasión de departir con él largo sobre temas diversos, cautivándonos con su hondura de pensamiento en torno a lo social, a lo religioso, a lo literario y a lo humanístico. Tiene Pemán todo el sentido profundo de un filósofo ortodoxo, con su verbo fluido de giros elegantes. Es el pensador de una España católica, con gruesas raíces imperiales que la impulsan a nuevos y grandes destinos. Al rendir viaje, la peregrinación en masa le ha tributado un emotivo homenaje. Después de algunos números de música y de recitales, Pemán ha pronunciado, en el salón de fiestas, un magnífico discurso y ha recitado una poesía suya, inédita: *En los pasillos de la catedral*. Lo hemos ovacionado en esta noche inolvidable de calurosa espiritualidad.

Y llegamos frente a la montaña de Montjuich en esta tarde en que el cielo está encendido de colores. Ya, desde a bordo, vemos tremolar banderas y abrirse los arcos triunfales.

EL ALMA CATOLICA DE ESPAÑA SE HA PUESTO EN EL CONGRESO EUCARISTICO

II

Hoy ha sido un día para España de rotunda y gloriosa afirmación católica. Por encima de todo lo que a mi juicio representa este júbilo apoteósico del pueblo en masa, al recibir al Legado pontificio, no es otra cosa sino una proclamación clara y desbordante de fe. Naturalmente que, con esa acogida incomparable hecha esta tarde al cardenal Tedeschini, nuestra nación ha querido también significar toda la devoción admirativa que siente hacia el Sumo Pontífice, a cuya egregia figura representaba.

Ese doble carácter que, al fin, cabe fundirse en un solo término, catolicidad, revistió el magno y triunfal recibimiento que hace unas horas hemos vivido con los ojos del alma henchidos de admiración, pero también de gozo indescriptible.

Porque fuera de toda norma protocolaria, hemos oído a cientos de miles de gargantas vitorear con frenesí al representante del Papa. Y nuestras pupilas absortas han presenciado esa riada inmensa e incontenida de gente que ha roto los cordones de guardias y han separado del coche pontificio a los jinetes de escolta, para subirse a los estribos y estrujar visiblemente entre sus brazos a este cardenal, egregia figura purpurada, que lloraba de emoción y abría sus brazos en cruz como queriendo abarcar toda la vibración amorosa de este homenaje sin precedentes.

Sí. Aquello era hacer lo que hacía falta realizar: una pública y clamorosa demostración de que España entera estaba hoy en las

Ramblas afirmando su personalidad católica. Aquellos hombres que yo vi irrumpir en el coche del Legado, tomarle por sus brazos, besar su anillo apasionadamente, aclamarle, vitorearle y seguirle en masa, eran hombres de una multitud, mejor aún de un país, que en ese momento estaba definiendo el sentido rotundo e insobornable de su posición ortodoxa ante el mundo entero.

¡Espectáculo grandioso el de Barcelona en esta fecha memorable! Ha querido proclamar con clamoroso acento que aún lleva España la dirección espiritual del orbe y lo ha logrado totalmente. Porque un país que sabe sentir el santo orgullo de su amor eucarístico exaltado, dando la nota sublime de fe, de arte y de belleza, que representa este acontecimiento, es el más capacitado para imprimir rumbo espiritual a un mundo, roto y desquiciado por la vesania materialista de tanto pueblo como vive de espaldas a Dios.

Con este recibimiento de emoción, Barcelona ha abierto de par en par las puertas de su mansión, convertida en bellissimo palacio. En esta noche memorable, la gran capital es todo luz y color. Las fachadas de los edificios arden en iluminaciones de un gusto exquisito y se ordenan con la policromía maravillosa de las banderas. En cada balcón, en las esquinas, en el centro de las plazas, por todas partes, se levanta una cruz iluminada sobre las insignias de la Eucaristía. Las calles, abarrotadas de gente, vibran, en una manifestación jubilosa y espontánea de espíritu católico. Todo Barcelona, especialmente la catedral, el Tibidabo y la plaza de Pío XII, es un ascua subyugante de luz, como radiantes ofrendas al Altísimo del alma iluminada de un pueblo. La historia gloriosa de nuestra Patria se ha puesto en pie, bajo un rebrillar fulgurante de cálices y custodias. Y toda la gran ciudad es, en la serenidad de esta noche estival, un himno eucarístico, robusto y lleno de frenesí amoroso, como si el alma del pueblo entero estallara en miles de burbujas de colores al entonar su aleluya apasionado a la divinidad.

Y presidiendo esta gran manifestación de fe, todos hemos visto, iluminado por el resplandor vivísimo de la Santidad, a esa figura estilizada y blanca, pura y universal, que rige desde Roma una sublime política de paz y de caridad.

DESDE EL CONGRESO DE BARCELONA LA FAMILIA Y LA EUCARISTIA

III

El Congreso ha celebrado esta tarde un acto ungido de emoción eucarística en la gran plaza de Pío XII. Confieso que teníamos íntimos deseos por conocer este recinto grandioso preparado para las solemnidades del magno acontecimiento.

Y nuestra impresión ha superado todas las predicciones elogiosas respecto a la magnificencia de esta monumental plaza que lleva el nombre del Vicario de Cristo.

Está rodeada de tribunas y campos de acceso y, al final de una pista amplísima y con más de dos kilómetros de longitud, se alza la instalación de los altares a los que se sube por una enorme escalinata que circunda el lugar sagrado. Del altar central surge una cruz blanca, bellísima, majestuosa, y recubriendo esa parte superior de los altares, se divisa un templete que es algo así como un enorme palio bajo el cual se sientan las púrpuras cardenalias y se celebran las ceremonias eucarísticas.

Vamos a ser testigos de uno de los espectáculos más profundamente emotivos que podamos imaginarnos. Aquellas tribunas, aquellos campos laterales, aquel recinto inmenso se puebla de congresistas, pero, sobre todo, de una ingente multitud de niños. Es el día de la Eucaristía y la paz familiar que va a ser objeto de solemne conmemoración. En la limpia transparencia de un día radiante de sol, ponen su nota escarlata las egregias figuras cardenalias y, entre ellas, el primado de las Españas.

La primera ofrenda a la Eucaristía consiste en rendirle el homenaje de tres millones de comuniones que le han sido ofrecidas por niños, según acusan los partes recibidos por el Secretariado del Congreso.

La Consagración de los niños a Jesús Sacramentado ha sido hecha por uno de catorce años, de un modo magnífico, con voz suave en la advocación entrañable de la infancia a la Hostia Santa, pero con trémolos vibrantes de emocionado fervor y sacrificio, al ofrendar a la Eucaristía el tributo inestimable del amor de los niños. Al terminar, el concurso le ha premiado con una ovación, a pesar de estar expuesto el Santísimo.

No menos impresionante han sido las otras tres consagraciones que inmediatamente tienen lugar. Sube a la gran tribuna sagrada el almirante Cervera, elegido como el padre español que mayor número de hijos varones ha ofrecido a nuestra Patria, al servicio de un ideal católico. Habla a la inmensa concurrencia, en nombre de sus catorce hijos, y sus palabras son un canto, sereno y apasionado, a un tiempo, de las virtudes del hogar familiar con la mira puesta siempre en Jesús que vive en la Santa Eucaristía.

En seguida nos estremece vivamente con sus palabras la señora española que ha dado mayor número de familiares mártires del Movimiento y de la causa católica. Dos hijos religiosos (una era monja) cayeron asesinados por los rojos, y el esposo de esta dama enlutada murió junto al obispo Irurita, de Barcelona, en su propia casa, donde había dado cobijo al insigne prelado. «Mi gran consuelo y mi gran estímulo en la vida ha sido enjugar el dolor de este drama con el bálsamo divino de la Eucaristía.»

Y, finalmente, realizada el acto de consagración a Jesús en la Sagrada Forma, el padre español que ha ofrecido más hijos al culto de Dios vistiendo los hábitos de sacerdotes o de monjas.

Al subir este anciano benemérito, en unión de su esposa, a las gradas de la gran tribuna, una corriente de profunda admiración ha sobrecogido los corazones de la multitud. Su verbo, reposado pero firme, ha dicho con sencillez conmovedora: «He tenido ocho hijos y los ocho visten hoy hábitos de Cristo: dos carmelitas, tres jesuitas, y tres monjas de la Orden de Nuestra Señora. Creedme que, si más hijos tuviere, también los ofrecería al Señor como un holocausto de amor a la Eucaristía.»

DESDE EL CONGRESO DE BARCELONA UN MAGISTRAL DISCURSO DE PEMÁN

IV

Si las posibilidades de tiempo y de resistencia física nos lo hubieran permitido, es evidente que uno de los aspectos más interesantes de este Congreso habría sido asistir a los diferentes actos académicos y científicos que se han celebrado en la Universidad y en el Palacio Nacional. Sin embargo, he podido deleitarme con alguna de las sesiones que se han ofrecido en el Paraninfo, donde, a base de comunicaciones doctrinales —teológicas, filosóficas, jurídicas, etc.— se han planteado y desarrollado, con verdadera maestría, temas trascendentales que han de ser recogidos y publicados en un volumen, como el fruto espiritual de hondas investigaciones.

Mas el acto académico cumbre ha sido el que ha tenido lugar en el gran salón del Palacio Nacional, con intervención de Pemán, don Esteban Bilbao y el Legado Pontificio.

Esta sesión solemnísimá ha dejado en nosotros una indeleble huella de recuerdo emocionado. Se la revistió de las más precia-das galas, y la presencia del Gobierno y de los cardenales en aquel inmenso teatro, totalmente cubierto de un público selecto, imprimió al acto un realce inusitado.

Independientemente de los discursos protocolarios del presidente de las Cortes y del cardenal legado, quiero referirme a la magistral disertación de Pemán como uno de los jalones más trascendentales del acontecimiento eucarístico. El ilustre académico puede afirmarse que se ha superado en esta ocasión, no ya sólo por su forma, que ha sido bellísima, sino, sobre todo, por el conte-

nido doctrinal de sus palabras. Ha querido Pemán que este discurso no sea una perorata más de sugestivo ropaje poético, sino la postura oratoria, sustanciosa y antológica que cuadraba a la importancia del tema de la Eucaristía en el seno del Congreso.

Y en torno a tal ideal central, nuestro gran pensador ha realizado una incursión soberbia a través del campo de la Teología, de la Filosofía, de la Historia y aun de la política mundial para sentar conclusiones trascendentales, de profundo valor espiritual.

Pemán se ha adentrado, con vigor brillantísimo, en el tema eucarístico, analizando y defendiendo este gran Misterio como el símbolo de la unidad y del amor en Jesucristo, para realzar la influencia decisiva de la Iglesia, en el aspecto individual y social, a través de ese divino Sacramento.

El problema fundamental del hombre, decía Pemán, es el religioso, o sea el de «religar» lo natural con lo sobrenatural. Es ésta una solución de vida; no hay originalidad como la de la vida que vuelve a sus orígenes divinos, ni hay bohemia comparable a la de Dios y un hombre que se echa a andar juntos por los caminos de la vida: la bohemia de los misioneros, la de los locos de las leproserías.

Cuando el ilustre orador, con miras a este razonamiento, penetraba en la entraña mística, ascética, contemplativa y filosófica de Teresa de Jesús, de Tomás de Aquino, de San Juan de la Cruz, de Ignacio de Loyola y de otros tantos faros del catolicismo, se apoderaba del auditorio con una subyugante y maravillosa convicción emocional, suscitando grandes ovaciones.

Pemán ha querido arrancar, en la primera parte de su discurso, de estos principios eucarísticos fundamentales, para remontarse luego a la necesidad de centrar el ideal católico de la vida en la unidad y el amor del hombre hacia Jesús, cifrado en la trasubstanciación de la Hostia Santa. En tal sentido, nos afirmaba el ilustre académico, es preciso, no solamente situarnos en la defensa de estas verdades esenciales del catolicismo, sino rechazar y combatir la solapada ingerencia de las religiones que esgrimen y se valen de la propia doctrina de Cristo para inferirle daño irreparable por el error, la falsía y el crimen.

Destacado momento de su gran discurso fue aquel en que achacó tibieza y cobardía a los propios católicos que han ido, poco a poco, dejando en el olvido de su glorioso martirio al cardenal primado de Hungría.

Persecución —afirmó— no es palabra histórica; es una palabra actual mojada de sangre. La púrpura del Primado es como una roja herida sangrante abierta en el costado del cuerpo místico de Cristo que estuviera invitando a todos los Santos Tomases de la incredulidad civilizada y occidental. No es cuerpo místico aquel en que los miembros de un lado no sienten los golpes que recibe otro. La ignorancia de la mano izquierda de lo que hace la derecha nos fue dicha para nuestra humildad en la limosna y no para nuestra insolidaridad en el dolor.

Pemán, tras de exaltar la figura blanca y luminosa de ese gran Papa que se llama Pío XII, terminó su maravillosa disertación haciendo un canto al paso de la gran Custodia de Toledo por las calles barcelonesas, en el día del Corpus Christi.

De pequeñas semillas, decía, nacen grandes cosechas; de doce pescadores surgieron estas muchedumbres universales que desbordan hoy el Congreso. Mañana, tras la Custodia, irán todos los ausentes del mundo, los que dicen la misa clandestina con un vaso de agua y un pañuelo, los que ocultan una estola bajo el mono, en contraposición a los que bajo el mismo ocultan la pistola. Porque todos van detrás de ese círculo blanco que es el punto de marfil en que se apoya la esfera del Planeta, a cuyo alrededor todos los órdenes creados forman como una Custodia gigantesca de círculos concéntricos, entonando las profundas estrofas que dicen *Tantum ergo*.

Y oyendo esta última parte, en que vimos elevar el espíritu de Pemán a las regiones divinas con un puro sentir eucarístico, no supimos qué admirar más, si esa unción emocionada de profundo amor, o la descripción que nos hacía desbordante de belleza, de luz, de poesía y de elocuencia.

Pemán, durante varios minutos, oyó de aquel inmenso Paraninfo una ovación inenarrable. Debió ser para él uno de los momentos más felices de su vida: sentir el clamor entusiasta del Gobierno, de los cardenales, de los obispos y de una ingente multitud, premiándole así el más sencillo, pero el más grandioso de sus poemas: el canto a la Santa Eucaristía.

DESDE EL CONGRESO DE BARCELONA LA GRAN PROCESION DEL CORPUS CHRISTI

V

Barcelona amanece hoy más bella que nunca. Tiene la irisación luminosa del día de la Eucaristía. Desde la cubierta de nuestro hotel flotante, vemos la gran capital radiante de sol, pulcra y engalanada, como si desbordara en pletórico fervor a Jesús Sacramentado. Para esta fecha, la del Corpus Christi, ha reservado esta urbe maravillosa la policromía más pura y encendida. Todo parece haberse conjurado, en tonalidad emotiva, para rendir homenaje a la Hostia Santa en este día glorioso. Hay una vibración luminosa en el aire transparente, lúcido, lleno de cadencias angélicas. Todo Barcelona es hoy un gran pentagrama celestial porque en sus ámbitos sólo se oyen susuros de devoción y cantos de amor a la Santa Eucaristía.

Desde muy de mañana hemos saludado a nuestro amadísimo prelado, doctor Pildain, que, en todo nuestro viaje, nos ha prestado el calor espiritual de su alta y prestigiosa jerarquía; y, también al reverendo padre Leturia, director diocesano de la Peregrinación de Las Palmas, por cuyo celo y diligencia magníficos hemos podido asistir con comodidad a los actos principales de este Congreso.

Acudimos a la solemne misa de pontifical oficiada por el cardenal legado en la plaza Pío XII. Los peregrinos canarios hemos quedado en el graderío de la derecha del altar, frente por frente al Caudillo y su esposa que ocupan un sitio, bajo templete, del lado de la Epístola.

La misa es solemnísimas. A las voces angélicas de los coros se ha unido la gran masa coral de los fieles. El Legado Pontificio pronuncia la homilía, y su voz clara tiene trémolos de emocionado reconocimiento a España por los actos grandiosos «que está presenciando y que no se volverán a presenciar jamás».

Al alzarse la divina Hostia por el representante del Papa, y rendirle reverencia el Jefe del Estado, el Gobierno y los purpurados que están en el gran altar, a los acordes del himno nacional, una corriente profunda y misteriosa se apodera por unos instantes de aquel millón de almas que asiste al santo sacrificio.

Mas el acto que ha de rebasar en sublimidad a los restantes del Congreso, es el de por la tarde: la gran procesión eucarística por las calles barcelonesas hasta la plaza Pío XII.

Ha sido ésta una magna manifestación de fe católica que ha puesto digno colofón al acontecimiento universal. Es imposible encerrar en una crónica la grandeza impresionante de aquella procesión eucarística. Allí estaba toda una multitud enfervorecida, no en mera actitud contemplativa, sino aclamando a Jesús Sacramentado. En esta tarde estival, serena y luminosa, se ha sentido más que nunca la palpitación espiritual vigorosa de millones de católicos. Algo impalpable y misterioso —el amor al Divino Prisionero— ha hecho que se levante en vilo, como una Hostia más, el alma de toda una ingente muchedumbre. Jamás pudimos sentir más en lo íntimo el orgullo de ser españoles en esta hora única en la historia de los homenajes a Cristo. Frente a las vilezas, el sectarismo, la falsía y el vilipendio, tan pródigos en la vida moderna, allí estaba la única verdad, Jesús en la Eucaristía, como una promesa maravillosa de amor y de paz.

Por eso, al desfilar la China libre y los católicos exiliados de Polonia y los perseguidos por el comunismo tras el telón de acero, con el gesto erguido y portando sus estandartes, eran objeto de frenéticas aclamaciones por parte de la multitud; porque este homenaje a Cristo tenía también el sentido de una solidaridad amorosa hacia los católicos pisoteados por la bestia comunista. Por esta razón, en el gran altar de Pío XII ha habido siempre, en el sitio de los cardenales, un sillón vacío: el correspondiente al primado de Hungría, gran mártir de la causa católica.

El mundo entero, excepción hecha de la Unión Soviética, ha tenido su representación en esta magna procesión. Miles de sacerdotes, con sus prelados al frente, han desfilado con sus banderas

y estandartes, engrosando las filas de esta imponente manifestación de amor a Jesús en la Eucaristía. Todas las órdenes de nobleza, Corporaciones, Academias y cuanto pudiera tener una representación en nuestra Patria, han puesto una nota de adhesión ceremoniosa, imprimiendo al desfile el empaque distinguido de las grandes solemnidades.

Por fin, se presiente la proximidad del Trono Eucarístico, a juzgar por el sordo murmullo de aquel oleaje humano. Ya está aquí la Gran Custodia y, al irrumpir en medio de la calle, nos produce la emoción indescriptible de una aparición celestial. Sobre un gran trono, recubierto por un soberbio manto escarlata, y bordeado de flores blancas, se alza la maravilla de la Custodia de la catedral de Toledo, que parece forjada y cincelada por manos de ángeles. Y detrás de la majestad de esta joya, sobre el mismo trono, de rodillas en un reclinatorio, aparece, en actitud orante, el Legado Pontificio, absorto, como en éxtasis, intensamente pálido, con su mechón de pelo blanco caído sobre la frente, como si la muerte le hubiera sorprendido en la inefable unción de una meditación eterna.

Ante este cuadro —más bien retablo prodigioso de santidad—, sólo podemos ofrendar a la Eucaristía el homenaje de nuestro silencio reverente, postrados de rodillas, con los ojos muy fijos y anegados en lágrimas, como queriendo aclamar y bendecir con nuestras pupilas al Divino Redentor.

Broche de oro de este acto de clausura del Congreso habían de ser las palabras vibrantes de Su Santidad, a través de la radio, expresivas del gozo infinito de su corazón de Padre de la Cristiandad ante tanta muestra de amor a Jesús Sacramentado.

Y aquella masa, enfervorizada por la dicción suave y amantísima de Pío XII, obligó parar el tráfico, formando barreras humanas, para oírle con esa cadencia consoladora que lleva siempre impostada la voz del Santo Padre.



**Impresiones de la travesía del «Ciudad de Sevilla», camino del
Congreso Eucarístico de Barcelona**

*Era una tarde clara. Silenciosa y serena
sobre el agua la brisa cantaba su salmodia.
Todo el Mediterráneo fue como una patena
y todo nuestro barco fue como una Custodia.
Y al agua y las espumas, las brisas y las calmas,
les hemos enseñado nuestra canción audaz:
«¡Cristo en todas las almas
y en el mundo la paz!»
Y al despuntar la aurora de nuestro último día
el horizonte en calma se abrió como una flor.
¡Todo el cielo reía
con el Sí del Señor!*

JOSÉ M.^a PEMÁN

En la Mar, 26 mayo 1952.

(*) Esta bella composición fue dedicada por su autor a la peregrinación canaria en el Congreso Eucarístico.

VIAJE DE DOS MESES A MADRID

No podemos siquiera imaginar lo que representaba, en el pasado siglo, llegar hasta Madrid desde Gran Canaria. Situémonos en la década del sesenta del XIX. Los veleros recalaban por la rada de las isletas, al igual que lo haría casi cuatrocientos años antes Juan Rejón, al conquistar nuestra isla e incorporarla a la Corona de Castilla. No existía, ni mucho menos, el puerto de Refugio de La Luz, que se habría de instaurar en 1883, merced a la gestión de don Fernando de León y Castillo, al ser nombrado dos años antes ministro de Ultramar, y gracias a la gran amistad que le unía a José Luis Albareda, ministro de Fomento —hoy de Obras Públicas— en el mismo Gobierno.

Desde la confluencia de la calle de Triana a la actual calle de León y Castillo, existía una gran portada (y por ello aún se llama a esa barriada exterior «fuera de la Portada»), y hasta la rada de las isletas era todo ello un gran arenal, sin una sola casa ni el menor síntoma de vida humana. Es cierto que muchos barcos veleros hacían recalada en este espléndido alfange marítimo, resguardado de los vientos reinantes. Pero no es menos cierto que la mayoría enfilaban y resguardaban en el antiguo muelle de San Telmo, sobre todo después de ser ampliado merced a las gestiones de don Cristóbal del Castillo, nuestro gran diputado a Cortes.

Lo cierto es que, en esas calendas de mitad del siglo pasado, se continuaba navegando en barcos veleros, y en ellos viajaron pasando horas y días de paciente fatiga nuestros abuelos, hasta alcanzar el puerto de Cádiz, el más próximo de la Península. El año 1860 embarcaban en Las Palmas, en el *Alcorde*, cuyo capitán era el canario don José Fiol, aquellos dos muchachos que se llamaban Benito Pérez Galdós y Fernando León y Castillo, que habían termi-

nado sus estudios de bachillerato, revalidados en La Laguna, y que iban a Madrid a cursar sus estudios de Derecho.

Ya relata don Agustín Millares Torres, en su *Historia General de las Islas Canarias*, que, en ocasión de embarcar hacia Cádiz en uno de sus veleros, al cabo de ocho días de navegación, aún se encontraban frente a la isla de Fuerteventura, por las calmas padecidas en la travesía. El ir entonces a la Península era una auténtica odisea, unas veces por la mar atemporalada y, en otras ocasiones —sobre todo en otoño— por esa mar tranquila y sin viento que no inflaba los velámenes.

Mas yo quiero referirme al viaje que realizó el propio don Cristóbal del Castillo, tras conseguir la primera división de la provincia, en uno de esos veleros, en septiembre de 1851. Iba, en esa ocasión nuestro ilustre patricio acompañado del obispo Codina, aquel gran prelado que nos trajo a Canarias al padre Claret para que predicara sus misiones y que había afrontado el pañoso cuadro del cólera en Gran Canaria.

Estos datos constan en el Archivo de don Cristóbal Bravo de Laguna, hoy propiedad de su hijo don Francisco, mi querido amigo, siempre tan propicio a facilitar el conocimiento del historial de nuestra tierra, sobre todo en lo relativo al citado don Cristóbal del Castillo, su ilustre antepasado.

Nos cuenta éste, de su puño y letra, que el citado viaje con el obispo Codina había sido dramático. Habían tardado en llegar a Cádiz un mes, por las calmas chichas, que se habían producido en la travesía, de un modo desesperante. Pero no fue esto lo peor, sino que el traslado de Cádiz a Madrid, en diligencias, había durado otro mes, por las incidencias en el camino y por las dificultades en las renovaciones de caballos.

A tal punto fue esto así —cuenta don Cristóbal— que los cocheros, arreando a las bestias, se producían con tales adjetivos «que el obispo Codina se pasó la travesía perdonando las maldiciones de tales cocheros».

Este cuadro de mitad del siglo XIX nos inclina a meditar el verdadero heroísmo que suponía entonces llegar hasta Madrid, y lo que hoy representa aterrizar en dos horas en Barajas, con comodidad y buen servicio.

Es un síntoma elocuente de cómo han cambiado los tiempos... Y ya que no nos podamos vanagloriar de paz, sí podemos enorgullecernos de la técnica maravillosa del hombre.

EL DOCTOR MARINA FIOL

Con motivo de la grave enfermedad de Franco hemos oído sonar repetidamente el nombre de un doctor, que es canario por su nacimiento en nuestra capital y por el amor que profesa a su tierra. Me refiero a Carlos Marina Fiol.

Era hijo de don Francisco Marina, que desempeñó el cargo de director del Banco de España, en Las Palmas, durante muchos años, y de doña Dolores Fiol Rey, descendiente de padre canario y madre gaditana. Este matrimonio vivió siempre en su casa propia, de dos plantas, en la actual calle de General Bravo, entonces llamada de San Francisco, y en el sitio donde se halla instalado hoy un supermercado.

Fue en esta casa donde nació Carlos Marina Fiol, hace sesenta y tantos años, y su única hermana, Carmencita, la primogénita del matrimonio, casada actualmente en Madrid con don Antonio Reol, perteneciente al Cuerpo de Fiscales del Tribunal Supremo. Carlos contrajo nupcias con una descendiente del famoso general Weyler.

Conozco la vida de Carlos Marina Fiol porque su madre, Dolores Fiol Rey, era prima hermana de la autora de mis días, y se profesaban entrañable afecto. Siendo sus hijos aún muy pequeños, venían frecuentemente a nuestra casa de la plaza de Santa Ana, especialmente los domingos con motivo de su asistencia a la misa de doce, en la catedral, a la que, por cierto, concurría siempre una sección del Regimiento de Infantería número 66, con banda de música. Aquellos ratos en nuestra casa eran inefables, jugando nosotros en galerías y patios mientras nuestras madres departían en la alcoba de la casa.

Don Francisco Marina tuvo siempre como firme consigna el hacer de su hijo Carlos un buen profesional. Estudió el bachillerato, si no recuerdo mal, en el colegio de San Agustín, o tal vez en el propio Instituto, creado en el año 1916, y obteniendo siempre brillantes calificaciones. Una vez trasladados a Madrid, por jubilación de su padre, vivieron en una casa de la calle Alcalá. Pero don Francisco Marina —que era tenaz en su resolución de hacer de su hijo un buen médico— lo acompañó a Alemania para dejarlo instalado en un gran Centro de Medicina en el que pudiera perfeccionar sus conocimientos y, sobre todo, donde pudiera obtener una especialidad.

En efecto, Carlos Marina Fiol se especializó en enfermedades de estómago, y regresó, al cabo de varios años, a España, convertido en un facultativo eminente en esa rama patológica, e ingresando, en plena juventud, en la famosa Clínica de la Concepción, bajo la dirección de aquel inolvidable médico que se llamó don Carlos Jiménez Díaz. Allí encontró el ambiente ideal para desarrollar los grandes conocimientos —sobre todo prácticos— adquiridos en Alemania. Pronto ganó peldaños en la clínica, erigiéndose en uno de los jefes más prestigiosos en la rama de su especialidad. Ha publicado, por otra parte, colaboraciones en revistas profesionales, ha dado múltiples conferencias en diferentes capitales españolas, entre ellas Las Palmas, invitado por sus Colegios Médicos, y se ha convertido, sin duda, en una gran figura en su especialidad, tal vez la de más relieve de nuestra patria. De ahí el que, cuando el Caudillo ha tenido esas hemorragias gástricas en su grave enfermedad, hayamos visto que, repetidamente, haya sido solicitada su presencia y recabado su consejo en el cuerpo de médicos que atiende al ilustre paciente en el palacio de El Pardo.

Dentro de todo ello he querido destacar la verdadera pasión que puso el padre de Marina Fiol en hacer de su hijo un gran médico, hasta lograrlo. A tal punto que, cuando Carlos regresó de Alemania, el autor de sus días ya le tenía preparada en Madrid una serie magnífica de aparatos e instrumentos de trabajo para el desempeño de su especialidad.

No me ha guiado, al escribir estas líneas, el afecto al pariente, sino poner de relieve, en justicia, la formación y valía de este hijo de Las Palmas que se llama Carlos Marina Fiol, cuya personalidad es, a buen seguro, desconocida para una gran mayoría de sus paisanos.

DE CUANDO PIO XII ESTUVO EN LAS PALMAS

En la mañana del 28 de septiembre de 1934 enfilaba la bahía del puerto de La Luz un gran transatlántico italiano: el *Conte Grande*. En él viajaba una excelsa personalidad, el cardenal Pacelli, que con el tiempo habría de acceder a la Silla Pontificia de Roma con el nombre de Pío XII. Era entonces secretario de Estado del Vaticano y marchaba a Buenos Aires para, representando a Pío XI, asistir al magno Congreso Eucarístico próximo a celebrarse en la capital argentina.

Al buque acudieron, para recibirle, todas las autoridades civiles y militares, excepto el alcalde de Las Palmas, señor Fajardo, lo que no dejó de sorprender. Era entonces gobernador civil de la provincia don Arturo Armenta¹ y cónsul de Italia el señor Martinis Marchi. El cardenal Pacelli entró en la ciudad acompañado del obispo monseñor Serra y Sucarrat, haciéndosele objeto de un gran recibimiento. Descendió del coche entre ovaciones del público, que se agolpaba en la plaza de Santa Ana, y penetró en el templo catedralicio bajo palio, para orar en seguida ante el Santísimo, en el altar mayor, mientras el órgano interpretaba el himno pontificio.

El cardenal Pacelli recibió, luego, en el Palacio Episcopal, a las autoridades, sacerdotes, comisiones y personas que quisieron cumplimentarle. Aquella tarde dio un precioso paseo por la carretera del centro, llegando hasta Lagunetas. Al regresar a Las Palmas mar-

¹ Armenta era un eminente abogado que desempeñó el Gobierno Civil de Las Palmas durante la etapa de Lerroux, siendo asesinado por los rojos en Madrid, a poco de iniciarse el Movimiento Nacional. Igual suerte corrió en Cataluña el obispo Serra y Sucarrat, el propio año 1936.



Su Santidad Pio XII

chó al puerto de la Luz, donde se le hizo una entusiasta despedida. Prometió entonces que, al regresar de la Argentina, visitaría el santuario de la Virgen del Pino, en Teror.

La figura del secretario de Estado del Vaticano dejó, en su primera visita, una indeleble huella de amor y de respeto en el pueblo canario. Su brillante carrera eclesiástica le auguraba un destacado porvenir en la Iglesia de Cristo. En 1917 ya era nombrado nuncio apostólico en Baviera, y en 1930, al fallecer el cardenal Gasparri, fue elevado al cargo de secretario de Estado del Vaticano. Cuando pasó por Las Palmas le acompañaban el embajador de la Argentina en España, el maestro de Cámara de Su Santidad, el secretario de la Sacra Congregación de los Seminarios, el superintendente de los Sacros Palacios, el maestro de Ceremonias Pontificias, el presidente del Comité italiano del Congreso Eucarístico, un camarero de espada y capa, un guardia noble pontificio, un gentilhomme y un canónigo de San Pedro.

De regreso del Congreso Eucarístico —que constituyó uno de los más relevantes acontecimientos de la Iglesia Católica— el cardenal Pacelli pasó nuevamente por Las Palmas y cumplió su promesa de visitar el Santuario de la Virgen del Pino, admirando, además, el maravilloso templo de la catedral de Arucas. Ello ocurría el día 29 de octubre de 1934.

Una vez llegado a Roma, el cardenal Pacelli publicó en el *Osservatore Romano* unas declaraciones, en las que expresaba literalmente:

Las pocas horas que pasé en la riente capital canaria me dieron ocasión de sentir de cerca el aliento de la verdadera alma de la España católica. Ante el Altar de Nuestra Señora del Pino, imagen de un Santuario veneradísimo, he puesto mis plegarias por las grandes ansias de la Iglesia y la España católica. En la breve hora que pasé allí pude percibir el entusiasmo devoto y apasionado de la multitud y el honor y respeto de las autoridades, que me han convencido de que, a pesar de los esfuerzos de la revolución, los vínculos de amor y fidelidad que unen a España con la Cátedra de San Pedro son indisolubles.

Y termina aquel futuro gran Papa, con las siguientes palabras:

Cierto que si se mira a las condiciones actuales de la humanidad, se percibirán en el horizonte nubes y fulgores que amenazan, pero ante mis ojos de sacerdote aparece majestuoso y dulce el Cristo Redentor.

De este modo, recordaba, desde el órgano oficial del Vaticano, su visita a Las Palmas aquel cardenal Pacelli, alto, sereno, mayestático, que, al cabo de muy poco tiempo, sería nombrado Papa para desempeñar una inolvidable misión evangélica, caritativa y espiritual durante su reinado, muy especialmente a través de la segunda guerra europea.

En el atrio de la catedral basílica de Las Palmas campea una lápida en mármol que recuerda la fecha de la visita que el insigne cardenal realizara a nuestro primer templo eclesiástico de la capital.

JUAN BOSCH MILLARES Y SUS «CUENTOS DE MEDICOS CANARIOS»

Hace falta en cada capital de España conocer los aspectos humorísticos de sus clases profesionales. Y en Las Palmas se acrecienta esta necesidad porque tal conocimiento viene a enriquecer el acervo histórico, menudo pero jugoso, de la propia trayectoria narrativa de nuestro país. Valiosa aportación es la de no dejar sepultados en el olvido, la anécdota, el cuento o el sucedido humorístico de dos clases profesionales que han tenido destacada relevancia en Las Palmas: médicos y abogados.

Es esta la tarea que se ha impuesto Juan Bosch Millares respecto a los galenos, publicando un libro, a través de la Caja Insular de Gran Canaria, que titula *Cuentos de Médicos Canarios*. Sólo faltaba a su autor, destacada figura en tantas ramas del saber, completar su ejecutoria literaria con un libro como éste, lleno de sabroso contenido, atractivo y deleitoso a través de una serie de cuentos referidos a médicos eminentes que han ejercido su profesión en nuestra ciudad.

Porque Juan Bosch Millares brilla, con luz propia, en la rama de la ciencia, con libros, entre otros, como *El Hospital de San Martín*, *La Medicina canaria en la época prehistórica*, *la Vida y obra de don Gregorio Chil*, y en monografías magníficas referidas a sus tíos, Agustín y Luis Millares Cubas, al doctor Spínola y a problemas de paleopatología ósea en nuestros indígenas canarios. Pero es ahora cuando nos ha querido ofrecer esta nueva faceta de humor, complemento de una rica espiritualidad como la suya, amasada de inteligencia y bondad.

Y digo ahora porque es el instante en que vive la tristeza de su invidencia y el dolor de su soledad ante la pérdida de su querida compañera. Sin embargo, los *Cuentos de médicos canarios* están bellamente aderezados en su redacción literaria y no reflejan su estado anímico, sino toda la sana alegría que exige el tema tratado por su autor. En sus diferentes capítulos campea un vivo gracejo canario referido a sucesidos históricos de médicos prestigiosos de Las Palmas.

Juan Bosch Millares es una de las más eximias figuras de nuestro país. Doctor en Medicina y Ciencias Naturales, profesor y académico, amén de haber sido director del hospital de San Martín y del Museo Canario, su vida está constelada de méritos. Es, además, premio *Viera y Clavijo* de erudición en Ciencias y Letras, otorgado por el Excmo. Cabildo Insular. Le conocí —y convivimos— en Madrid, cuando preparaba oposiciones a cátedra, y recuerdo siempre con emoción su cariñoso y modesto talante de hombre profundamente estudioso.

Este nuevo libro no viene sino a ratificar su consagración de auténtica personalidad en la rama de la investigación, algo así como el broche diamantino de su intensa y trascendente vida intelectual. Algún día el país sabrá rendir el homenaje que merece Juan Bosch Millares colgando de su pecho la insignia de Hijo Predilecto de Las Palmas, ya que son estos hombres los que imprimen lustre y honor a la tierra en que nacieron.

LUIS DORESTE SILVA, EN PARIS

I

Luis Doreste nació en Las Palmas, en una calle de la vieja Vegueta, en el año 1882. Su padre era también oriundo de nuestra ciudad. En cambio, su madre vio su luz primera en Telde. Estudia Luis en el Colegio de San Agustín y, al concluir su bachillerato, marcha a Madrid a seguir la carrera de Medicina en la Facultad de San Carlos, de la calle de Atocha. Conoció, pues, y vivió el Madrid finisecular de los «tupis» los landós y las zarzuelas castizas. Fue entrañable compañero, de estudios y de pensión, de nuestro Tomás Morales. Ambos vivieron entonces una intensa etapa intelectual. Se habían perdido las colonias pero había surgido una generación gloriosa: Unamuno, Azorín, Ortega, Maeztu...

Ya desde estas calendas, se despierta en Luis Doreste lo que luego había de durar toda su vida: el amor a la belleza, el arte, la poesía, la música. Por otra parte, había de vibrar siempre con exaltado y limpio espíritu ante todo lo que representara un valor humano. Tomás conocía íntimamente estas cualidades y, al escribir Luis sus *Moradas de Amor*, le dedica, en sus *Rosas de Hércules*, una de sus mejores poesías, algunas de cuyas estrofas yo no me resisto a recordar:

*Y vuelve el ayer guiado por inefable transporté:
para el ingenuo muchacho recién llegado a la Corte
tuviste amables frecuencias y orientaciones de amor.
Era el consejo excelente y era el consejero llano
y alentadora, tu mano*

*sobre mis hombros, tenía presión de hermano mayor.
A lo largo de los claustros llenos de serio reposo
corrían nuestros lirismos... y sin poder domeñarlos:
aturdidas, soberanas,
sonaron prosas profanas
bajo las graves arcadas del Hospital de San Carlos.
Y después, los comentarios al cotidiano pasaje,
y la charla bajo el techo común del limpio hospedaje,
y tus versos, que a los míos daban norma y claridad.
La vida, al trasluz mirada de una pueril alegría
con el corazón radiante de «novena sinfonía»,
y tu corazón, clepsidra de tu infinita bondad.
Y hoy, que delicado vivo, derramo la vista en torno.
Para estas dolencias mías ya sé el paraje mejor:
el trazo azul de tu rima limita el grave contorno,
y en tren de viaje, el Recuerdo, dispone el dulce retorno
a tus Moradas de Amor...*

II

Su primer viaje a París

Es en esta época, estudiando aún quinto año de carrera, cuando Luis Doreste, a impulsos de su espíritu inquieto, se propone marchar a París por vez primera. La gran ciudad de la luz, centro intelectual del mundo, le atrae con un magnetismo irresistible. Se tiene la idea de que Luis hizo su primer viaje a París con León y Castillo, y esto es erróneo. Fue en 1903, siendo aún estudiante de Medicina. Marchó solo, fascinado por la gran capital. Quería sumergirse, por una temporada, en aquel ambiente, seductor y luminoso del París, intelectual, donde vivía la élite, donde brillaban los grandes poetas, los grandes escritores. Y fue allí donde encontró de nuevo a Enrique Gómez Carrillo, a quien ya conocía y admiraba desde la tertulia galdosiana de Madrid.

Una noche, cuando Luis discutía con su buen amigo, Manuel Machado, en un café de París, llegó Gómez Carrillo acompañado de un joven recio, de facciones duras, de ojos penetrantes, de porte simpático y afable, y le dice Carrillo a Luis Doreste: te presento a Rubén Darío. Luis quedó impresionado ante la presencia del famoso Rubén. Me decía Luis en una ocasión que había sido el apretón de manos con más calor humano y cordial que había recibido

en su vida. Ese saludo imprevisto fue el inicio de una estrecha amistad en lo sucesivo. Es sumamente interesante la relación amistosa sostenida entre Rubén Darío y Luis Doreste, sobre todo la frecuente comunicación epistolar entre ambos, ya revelada por Luis en una memorable Conferencia pronunciada el año 1969 en la Casa de Colón, editada bajo los auspicios del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, juntamente con otras sobre Rubén del eximio profesor don Joaquín Artilles y del poeta Pedro Perdomo Acedo. Nuestro desaparecido Luis Doreste conservaba —y hoy la poseen sus herederos— una colección de cartas que le fueron dirigidas desde París, por el poeta nicaragüense, escritas de su puño y letra. La razón es bien conocida. No constituye ningún secreto el íntimo amor de Rubén hacia una bella española llamada Francisca Sánchez, que con él vivía en París. Esta señora se hallaba en estado avanzado de gestación y, con ese motivo, Rubén Darío quiso que el alumbramiento tuviese lugar en España. Luis Doreste, su ya excelente amigo, en quien había descubierto sus grandes dotes de bondad, tenía que regresar a Madrid para cursar su último año de carrera, y Rubén Darío aprovechó tal ocasión para rogarle acompañase y atendiera a su amiga, llevándola consigo a Madrid, porque quería que su hijo naciese en tierra española. Luis cumplió este cometido con la solicitud propia de su corazón generoso. Y, en efecto, a poco de llegar a la capital de España, nació, en una clínica, el hijo de Rubén Darío que había de morir a los cuatro años de bronconeumonía, en la Sierra del Guadarrama. Este rasgo amistoso de Luis Doreste despertó en el autor de *Poemas de Juventud* un sentimiento de gratitud sincera y de reconocimiento cordial hacia Luis, que cristalizó en ese inapreciable fleje de cartas que hoy conservan sus herederos como una de las más preciadas reliquias literarias, quedadas al fallecimiento de nuestro querido paisano y ya adquiridas por el Cabildo Insular.

Esta primera temporada de Luis Doreste en París es interesante y fecunda, desde un punto de vista intelectual. Rubén Darío vive en el número 29 del Faubourg Montmartre. Allí conoce a Amado Nervo, y a Oscar Wilde, recién salido de la prisión... La Exposición de París está en su pleno apogeo, y es la fecha en que Rubén es nombrado cónsul general de Nicaragua en París; lleva la correspondencia de *La Nación* de Buenos Aires y publica sus famosos *Cantos de Vida y Esperanza*. De estos contactos poéticos de París, nace, sin duda, la vena lírica que campea en los poemas de Luis



Don Luis Doreste Silva

Doreste. Su gran corazón, lleno siempre de ternura, ama el arte, la belleza de las flores, el encanto de la campiña francesa, y existe un latido de humanidad en toda su obra literaria. Luis no pudo olvidar nunca aquellos coloquios que tenían Carrillo y él con Rubén Darío, en Montmartre, en aquel París deslumbrante y embriagador de la «bella época», del que dijera Rubén en su Autobiografía:

Para mí era París como un paraíso donde se respirase la esencia de la felicidad en la tierra. Era la ciudad del arte, de la belleza y, sobre todo, era la capital, el reino del ensueño. Y, cuando en la estación de Saint-Lazare, pisé la tierra parisienne, creí hallarme en suelo sagrado.

En este primer viaje a París de Luis Doreste, cuando apenas contaba veintitrés años, brota con fuerza en su alma el amor que profesó siempre a Francia. Retorna a su patria para concluir su carrera de Medicina, pero lleva ya impresa en su retina la imagen del glorioso país galo.

III

La embajada

Es entonces cuando, de vuelta a Madrid, termina su carrera en la Facultad de San Carlos, e inmediatamente se reintegra a Las Palmas. Ejerce en nuestra ciudad su carrera como médico titular durante algún tiempo, pero Luis Doreste no permaneció ajeno a los graves problemas que entonces nuestra isla tenía planteados en Madrid, y, en el deseo de colaborar en ellos, junto a León y Castillo, marchó de nuevo a la capital de España, realizando, a la sazón, una activísima labor patriótica. Siempre al lado de su jefe político, don Fernando, sirvió de eficiente apoyo a nuestras aspiraciones canarias, publicó artículos en la prensa madrileña y de Las Palmas, y fue magnífico colaborador y corresponsal del diario *La Mañana*, fundado y dirigido por mi padre.

Mas, designado León y Castillo embajador de España en París, con él marchó a desempeñar la jefatura de su Secretaría particular, siguiéndole con inquebrantable lealtad. Don Fernando encontró en él un magnífico colaborador para estrechar los lazos de espa-

ñoles y franceses. Pensemos que Luis tenía unas inapreciables condiciones como diplomático. Era fino, amable, bondadoso, inteligente, con ese corazón que Tomás Morales define como *clepsidra de infinita bondad*. Era el brazo derecho de León y Castillo en todo lo que significaran relaciones públicas, y siguió siéndolo durante el mandato de Quiñones de León. Luis Doreste, además, amaba entrañablemente a Francia, a la que llamaba su segunda patria. El carácter francés se avenía muy bien con su propio carácter. Su delicadeza espiritual, su cultura latina, acordaban maravillosamente con la forma de pensar y sentir de nuestro Luis Doreste. Sus mediaciones públicas, en nombre de la Embajada, llegaron a ser, en ocasiones, de nivel ministerial, a tal punto que conoció y trató a personajes de la talla de Clemenceau. Tal era la confianza y el prestigio que Luis Doreste tenía cerca de sus jefes.

Esta segunda etapa de la estancia de Luis en París se extiende desde 1914, al iniciarse la primera guerra europea, hasta 1931, es decir, diecisiete años casi ininterrumpidos. Tenía treinta y dos años cuando marchó a la capital de Francia con el fin de ejercer la Secretaría particular del nombrado embajador en París, don Fernando de León y Castillo, y continuar, a su muerte, durante el desempeño de este cargo diplomático por Quiñones de León. Alguna vez vino Luis Doreste a Las Palmas, fugazmente, para abrazar a su padre y familiares, pero su leal y constante servicio junto a sus dos embajadores le retuvieron en París a través de ese largo periodo de tiempo. Vivió en la capital del Sena todo el fragor dramático de la primera guerra europea del año 14, y, como magnífico elemento de la Embajada española, sirvió de eficiente enlace para la prestación de los socorros humanitarios que nuestra patria, como es sabido, desarrolló en la retaguardia del conflicto hasta la liberación de París. Fue entonces cuando Luis Doreste puso de relieve, como nunca, su espíritu altamente humanitario, afanándose solícito en la ejecución de ayudas del Estado español a la población civil, herida o maltrecha. Mereció plácemes afectuosos de su embajador y un reconocimiento explícito de Alfonso XIII, que conoció la labor imponderable y llena de afanes caritativos de nuestro Luis Doreste.

Consecuencia de este espíritu patriótico de hermandad fue el que, como distinción especial, se le nombrara miembro de honor de *Les Annales* de la Universidad de París. Y, sobre todo, que por el Gobierno francés, en reconocimiento a sus grandes servicios al país hermano, se le otorgara la Cruz de Comendador de la Legión

de Honor, preciadísima distinción que Luis Doreste agradeció profundamente por ser una concesión que sólo se difiere a quienes hayan contraído para con Francia eminentes méritos personales.

Con tal motivo, *Les Annales* decían entonces:

Don Luis Doreste, Secretario del Excmo. Sr. Embajador de España en París, acaba de recibir la Legión de Honor. Es personalidad bien conocida en los medios políticos y literarios. Su tarea absorbente al servicio de la Embajada no le impide dedicar gran parte de su labor a su viejo amor: la Literatura. Nunca se podrá olvidar aquí la devoción con que ha servido humanitariamente a la causa francesa durante la guerra. En *Les Annales* sentimos verdadera dicha al poder ofrecer al nuevo Oficial —uno de los más ardientes amigos de nuestro país y de la cultura francesa— nuestra más sincera felicitación.

IV

La embajada

Años después, el Centro Español de París congregaba en el hotel *Lutetia* a lo más importante y selecto de la colonia española para celebrar el triunfo de dos compatriotas: los artistas Castro Gil y Olivero Guarte. Se concedió a Luis Doreste el honor de presidir aquel acto, precisamente por haber sido distinguido con la concesión de la Legión de Honor. Fue un acto español emotivo y plebiscitario de entusiasmo. Luis pronunció, al término de la cena, un discurso recordando la hazaña española de aquellos días, el vuelo del *Plus Ultra* a Buenos Aires con el comandante Franco, Ruiz de Alda y Durán. «Unas alas gloriosas de España —decía— quisieron, al igual que Colón, hacer escala en el puerto de La Luz, hoy emporio y recalada mundial de todas las banderas, avanzada magnífica en el Atlántico.» Recordó también a otro gran español: el ingeniero La Cierva, inventor del autogiro, tan en boga en aquellos días, levantando, finalmente, su copa para brindar por la gran amistad fraternal de España y Francia. Y, cuando quiso darse por terminado el acto, se levantó de su asiento el primer secretario de la Embajada, don Carlos Goyeneche, para elogiar efusivamente la labor de Luis Doreste. No me resisto a transcribir una parte si-

quiera de su discurso porque, en voz tan autorizada, se ponía de manifiesto el altísimo concepto en que se tenía la personalidad de nuestro paisano en el seno de la Embajada. Dijo el doctor Goye-neche:

Aunque la historia callara su nacimiento, lo diría la naturaleza de su genio: nació en Las Palmas de Gran Canaria. La savia meridional de su imaginación, la claridad de su mente, la entonación lírica de sus versos, el alto vuelo, en fin, de su alma, forman su gran bagaje espiritual y moral. Un gran estadista cuyo recuerdo no puede borrarse del corazón de los que le conocieron, León y Castillo, le trajo a París y tuvo la satisfacción de tenerle a su lado durante los últimos años de su vida. Colaboración tan preciada —terminó diciendo— no podía olvidarse por la persona que viniera a suceder al marqués del Muni: Quiñones de León. Ha vivido los años de la guerra con febril emoción. Nadie mejor que él, por sus méritos y por su gran admiración por Francia, merece llevar en su pecho las insignias de la Legión de Honor.

La alta sociedad de París —especialmente la literaria— distinguió siempre a Luis Doreste como uno de sus más dilectos invitados. La tensión europea ante la existencia de un conflicto bélico, hacía que la capital francesa redujera al mínimo su cotidiana vibración cultural, pero no por ello dejaban de celebrarse *soirets* literarias y reuniones aristocráticas, a las que asistía asiduamente Luis Doreste. Una noche, en la casa suntuosa de la marquesa de Polignac, se reunía la élite de la espiritualidad residente en París. Se esperaba a esa velada, como invitado de honor, a Manuel de Falla, el gran músico español. Y, de pronto, se anunció la llegada de éste, entrando en el fastuoso salón acompañado de su excelente amigo, Luis Doreste. A petición de aquel grupo de diplomáticos, músicos, poetas y escritores, Falla se puso al piano y ejecutó como nunca *El amor brujo*, su maravillosa partitura, dando realce inusitado a la velada.

Pero el propio Gobierno español no podía quedar ajeno a la brillante labor humanitaria que nuestro querido paisano había realizado desde la Embajada durante la conflagración europea, y, al constituir una Comisión encargada de la creación del Colegio Español, anejo a la Ciudad Universitaria de París, concedió en ella a Luis Doreste un puesto preeminente, desempeñándolo éste con la idoneidad y brillantez que le eran proverbiales.

Su retorno a Canarias

Mas, sobrevino la República el año 1931, y Luis, de convicciones monárquicas, al variar la persona del embajador, y a pesar de ofrecérsele nuevamente su puesto, dio, una vez más, prueba de su lealtad, dejando voluntariamente la Embajada, retornando a Madrid, donde contrajo matrimonio en 1934 con doña Manuela Ramírez González de Mezúa, hija del gran ingeniero de Caminos, nacido en Las Palmas, don Félix Ramírez Doreste. Vive una hija de su primer matrimonio, Jorgina Doreste Sanjurjo, y otra de su referido segundo enlace, Luisa Doreste Ramírez.

Al retornar a su tierra, Luis Doreste, aquí, entre nosotros, revivió la última y dilatada etapa de su existencia. Aquí encontró la paz y cariño que él merecía. Bajo la limpidez de nuestro cielo azul y el arrullo de su mar tan querido, volvió a los rincones de su infancia. Pero no para permanecer indolente y apartado, sino para continuar vibrando su alma al ritmo de todas las emociones, con un temperamento inquieto y juvenil. Y así, nuestro querido Luis amó todos los problemas de su tierra, y presidió sociedades de abolengo, y mantuvo en vilo su pasión por las bellas artes, y colaboró a diario en la prensa, y cultivó la poesía y subió a las cumbres para cantar a su Gran Canaria, y se granjeó el cariño de las minorías y las multitudes, fue cronista oficial de su ciudad idolatrada, y quiso quedar para siempre en ella cuando se sintió en Sevilla herido de muerte, para reposar eternamente junto a sus padres y muy cerca de su gran amigo Tomás Morales...

Tu figura, Luis Doreste, nos ofrecerá siempre un recuerdo imperecedero. Porque fuiste bueno, porque amaste tu tierra, porque tu mente y tu espíritu estuvieron en todo momento al servicio de las causas nobles y bellas.

«EL LIBRO DE APOLONIO», DE DON JOAQUIN ARTILES

La fecunda literatura de don Joaquín Artiles es inagotable. Pero, además, el insigne profesor sabe de tal modo conjugar la dificultad temática con su belleza poética que, aun a los más profanos, nos cautiva y admira.

Gusta a don Joaquín introducirse dulcemente en la umbrosa selva del medievo, siguiendo la misma línea de aquel precioso libro, que le consagrara, *Los recursos literarios de Berceo*, con tradicional fondo juglaresco y rico en espiritualidad y humorismo. Así lo reconoció Menéndez y Pelayo, influyendo, sin duda, en su crítica el amor a la música que resalta en sus páginas el canto a las mieses y a las gavillas, y el encanto de su aroma ruralista que hacen de estos trabajos verdaderas joyas literarias.

De este modo, y al calor de esta serie de publicaciones, don Joaquín va contribuyendo al enriquecimiento del acervo cultural canario, con ensayos y estudios literarios de períodos nacionales, cual es el medievo, que adquieren en *El libro de Apolonio* auténtico relieve de investigación histórico-poética.

Este poema español del siglo XIII es una novela de aventuras donde se suceden espectaculares lances de fortuna y amor. Sirve de protagonista el mar, por el que se deslizan las naves del poema y con un trasfondo de ambiente de Corte en el que el pueblo con frecuencia deja oír sus voces de coro. Resalta el encanto de los amores de Apolonio y Luciana y las andanzas juglarescas de Tarsiana y, en los pasajes más destacados, es la música la que une y alegra los corazones.

*Cantaban las palabras todos con alegría.
Colgaban por las carreras las ropas de gran valía*

El Libro de Apolonio está entretejido de elementos cultos y populares, según nos asevera su autor. Alguien ha dicho que es una tonalidad lingüística, mitad culta, mitad vulgar, manteniéndose en una zona afín al *Alexandre* y a las obras de Berceo. Por otra parte, es curioso que el deporte favorito de la literatura de clerecía era el juego de pelota y el Arcipreste de Hita ya hace referencia de este deporte al aire libre practicado, asimismo, por las mujeres.

En definitiva, como se afirma en la Introducción, he aquí un libro ahora visto con ojos remozados, uno de los más amenos, *El Libro de Apolonio*, que el ilustre escritor, don Joaquín Artiles, lo ha estudiado analíticamente y ha recorrido diferentes sendas que se entrecruzan y acaban por coincidir en un precioso haz.

Su autor —Hijo Predilecto de Las Palmas— me dice que ha hecho este libro con ilusión, pero habría que añadir que, dentro del paisaje juglaresco, es una de las más firmes y bellas producciones poéticas que han brotado de su pluma.

APENDICE

DE LA PRENSA LOCAL

Hoy, en el Palacio de Justicia, se celebrará la Festividad del Santo Patrono del Colegio de Abogados. Entre los que cumplen cincuenta años de profesión, imponiéndosele medalla de oro, se encuentra su ex decano, don Carlos Ramírez Suárez

Al mediodía de hoy, 17 de mayo de 1976, tendrán lugar los solemnes actos que el Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas celebrará en honor de su Patrono San Juan Nepomuceno. Se oficiará una santa misa, y en el marco solemne del salón de plenos de nuestra Excelentísima Audiencia, bajo la presidencia de su titular y del decano y Junta de gobierno de la Corporación togada, se impondrá medalla de oro a los letrados que hayan cumplido cincuenta años de ejercicio profesional.

Como uno de los abogados que han alcanzado esta privilegiada etapa es nuestro querido amigo y colaborador, don Carlos Ramírez Suárez, hemos creído interesante entrevistarnos con él para obtener noticias, siempre enjundiosas, sobre la vida interna y anecdótica de esta Institución a través de tan largo período de tiempo.

—Cuando usted se dio de alta en el Colegio de Abogados, en 1926, ¿cuántos compañeros lo componían?

—No puedo precisarle a usted, pero aproximadamente serían unos cien, y actualmente creo que somos trescientos cincuenta los que figuramos en el Colegio como letrados ejercientes.

—¿Dónde cursó usted su carrera?

—En la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, como alumno oficial. Advierto a usted que, aunque parezca mentira, mi idea al trasladarme a Madrid fue hacer la carrera de Ciencias Químicas, pero luego me convencí de que mi verdadera vocación era el Derecho. Mi primer examen, común a Filosofía, se celebró ante un Tribunal presidido por don Julián Besteiro, y del que formaban parte don Antonio Ballesteros y nuestro entrañable Agustín Millares Carló. En los cursos de abogados tuve una serie de prestigiosos profesores, como eran Jiménez Asúa, Clemente de Diego, Sánchez Román, etc.

—¿Tuvo usted compañeros conocidos?

—Sí. Pertenecemos a la misma promoción Emilio García Gómez, hoy académico, y que derivó a Filosofía, obteniendo cátedra de Arabe; José Larraz, ex ministro y gran pensador; Miguel Primo de Rivera, Clarita Campoamor (única chica que cursaba entonces la carrera de Derecho, y que más tarde habría que destacarse como diputado a Cortes); Emilio González López, actualmente catedrático de Derecho Penal en Nueva York; Enrique Calabia, ex subsecretario de Hacienda, y tantos otros, de los que guardo un cariñoso y gratísimo recuerdo.

—¿Cómo encontró usted el Colegio de Abogados al darse de alta, en 1926?

—Estaba situado en unas habitaciones del patio de la Audiencia, a donde había pasado desde la época del decanato de López Botas. Era, naturalmente incómodo e insuficiente, celebrándose nuestros actos y conferencias en la sala de lo Penal. Luego, al reedificarse el Palacio de Justicia, se trasladó provisionalmente el Colegio al antiguo edificio del Banco de España, en la calle de los Balcones, hasta quedar decorosamente instalado en la planta baja



*El autor de este libro, en la fecha del cincuenta aniversario
de su profesión de abogado*

de dicho Palacio, con decanato, secretaría, salón, despachos, bibliotecas, salitas para recibo de visitas, sala de togas, servicios, etc. Así y todo, esta instalación, que correspondió a la época de mi decanato, se ha hecho ya hartó insuficiente por el progresivo aumento de letrados ejercientes, y la vida, cada vez más intensiva, de la Corporación.

—¿Qué forma de designación tiene la Junta de gobierno?

—Absolutamente democrática, por votación secreta en dos urnas: una recibe el voto a favor de los ejercientes, valorado en dos puntos cada una, y la otra el voto de los no ejercitantes, valorado en un punto. Saldrán elegidos los que obtengan mayoría.

—¿Qué tiempo ejerció usted el decanato?

—Yo venía ejerciendo el cargo de diputado primero, o vicedecano, mientras fue decano Matías Vega; le sustituí accidentalmente la etapa en que fue gobernador civil de Barcelona, y luego, el Colegio en Junta General, y por sufragio universal, me designó decano en propiedad, cargo que desempeñé durante varios años.

—¿Recuerda usted los decanos que han pasado por el Colegio?

—Desde su fundación, por Real Cédula de Carlos III, en abril de 1766, han desfilaro por el decanato prestigiosas y relevantes figuras, como fueron, entre otras, don Antonio López Botas, don Juan E. Ramírez Doreste, don Tomás de Zárate, don Pedro Hidalgo, don José Sintés Reyes, don Domingo Bello, don José Mesa y López, don Rafael Cabrera, don Matías Vega, y el que actualmente desempeña ese cargo: Francisco Hernández González.

—¿Podría usted destacar el nombre de algún o algunos compañeros durante esos cincuenta años?

—Es muy delicado realzar méritos especiales de unos compañeros en un Colegio de Abogados, como el nuestro, que ha tenido figuras muy eminentes en el campo de lo jurídico. Pero de los compañeros con quienes yo he compartido la vida profesional, sin demérito para ningún otro, podría decir que el que más me ha impresionado en sus informes y escritos ha sido don José Mesa. Habría algún otro, tal vez más culto o de mayor ingenio, como el inolvidable Rafael Cabrera, pero, a mi juicio, era Mesa un abogado muy completo en las diversas ramas del Derecho.

—¿Y la vida cultural de la Corporación?

—Ha sido pujante en algunos períodos y en otros ha languidecido. El Colegio creó la *Revista del Foro Canario*, en la que se insertan trabajos profesionales nuestros y resoluciones legales pro-

vechosas para el ejercicio de la carrera. Esta *Revista* ha tenido etapas de declive que debiéramos todos afanarnos en superar, sosteniendo el prestigio que siempre tuvo. Por otra parte, por el Tribunal del Colegio han desfilado jurisconsultos afamados, como el gran abogado don Nicolás Pérez Serrano, Hernández Gil, etc. Y hemos celebrado actos que han dejado a gran altura el nombre de la Corporación. Uno de los más destacados fue el de la conmemoración del bicentenario de la vida del Colegio, que nos cupo el honor de presidir, como decano, en 1966, invitándose a todos los decanos de las Audiencias Territoriales de España y celebrando una serie de actos que culminaron con una maravillosa conferencia que nos brindó José Larraz. Por otra parte, en estas fechas, y por encargo nuestro, escribió José Miguel Alzola la *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de las Palmas*.

—¿Motivos de alegría?

—Muchos. Corporativamente, al contemplar cómo nos sucedía una floración valiosa de abogados jóvenes, al darse de alta en el Colegio. Particularmente, como letrado, el día en que recibí de manos del ministro Iturmendi la Cruz de Honor de San Raimundo de Peñafort, tal vez la condecoración que pueda satisfacer más a un abogado en ejercicio, y que para mí representaba la sencillez y honestidad con que creía haber procedido durante mi vida profesional.

—¿Motivos de tristeza?

—La primera sanción que hube de imponer, como decano, a un compañero.

—¿Y en cuanto a anecdotario del Colegio?

—Eso está por escribir, pero debería llevarse a cabo. A veces he tenido deseos de recordar algo en cuanto a las anécdotas sustanciosas que conozco, pero me ha faltado tiempo para hacerlo. A título de ejemplo pudiera citar una. Asistía yo, un buen día, como abogado defensor, a un expediente de incapacidad en uno de nuestros Juzgados. El juez era persona muy conocida por su nerviosismo. Yo estaba ya sentado en mi lugar de defensor de la causa y, de pronto, el juez se volvió hacia mí y me dijo: «Vamos a ver; usted, que es el presunto incapaz»... La verdad es que hasta aquel momento me había considerado en mi integridad mental.

—¿Y en cuanto a las relaciones entre el Colegio y los Tribunales?

—Han sido siempre magníficas, contribuyendo mucho a ello los prestigiosos magistrados y jueces que han venido a nuestra Audiencia, y el grado sensible de respeto y cordialidad que ha sabido mantener con ellos nuestra Corporación togada.

—Al cumplirse sus cincuenta años de ejercicio profesional, don Carlos, ¿qué diría usted a los abogados jóvenes que ahora empiezan?

—En primer lugar, que adquieran la mejor preparación jurídica, con prácticas de pasantía antes de asumir la responsabilidad de una dirección personal propia.

Luego, y en el curso de la carrera, el cumplimiento de una ética profesional insobornable. El abogado no debe nunca dejarse dominar por la secuela de los honorarios, sino subordinar éstos a la conciencia de que defiende el asunto porque cree asistirle una razón jurídica.

Y, finalmente, no aceptar otros cargos y puestos que los que sean compatibles con el sostenimiento del decoro profesional.

Con estas palabras terminamos esta entrevista, expresando a don Carlos nuestra más efusiva felicitación por el cumplimiento, en el día de hoy, de sus cincuenta años de ejercicio en la profesión de abogado en nuestra Audiencia.

INDICE

	Páginas
INTRODUCCIÓN	7
<i>A mis queridos hijos</i>	9
<i>La plaza de Santo Domingo</i>	11
<i>Un trabajo de Gabriel de Armas</i>	13
<i>El homenaje a los mayores</i>	17
<i>El partido de los profesionales visto por un abogado</i>	19
<i>Ante los cuadros de Tomás Gómez Bosch</i>	23
<i>La tertulia</i>	25
<i>Hoy, Corpus Christi: la gran jornada del amor fraterno</i>	29
<i>Homenaje a D. Antonio Gómez Bosch y D. Agustín Millares Carló, por los antiguos alumnos del colegio de San Agustín</i>	31
<i>De justicia social. Los dos polos opuestos</i>	37
<i>La petición de una Universidad para Las Palmas</i>	41
<i>D. Cristóbal del Castillo y el baile de la División</i>	45
<i>La vida nueva del hombre</i>	49
<i>La disertación de Jesús Hernández Perera en la Casa de Colón</i> ...	51
<i>La situación política de principios de siglo</i>	53
<i>Ha muerto un gran jurista: D. Nicolás Pérez Serrano</i>	57
<i>Un nuevo libro de D. Joaquín Artilés</i>	61
<i>A Fernando González. Un acto emotivo en Telde</i>	67
<i>El primer accidente mortal de automóvil en Las Palmas</i>	69
<i>El gran homenaje a Agustín Millares Carló</i>	71
<i>En una gran semana cultural. Homenaje a D. Agustín Millares Carló</i>	73
<i>La Virgen de Lourdes y Alexis Carrel</i>	77
<i>El amor a los niños</i>	81
<i>La gran noche de la ilusión</i>	83

	Páginas
<i>La madre</i>	85
<i>D. Antonio Iturmendi, en Las Palmas</i>	87
<i>Felicidad en el nuevo año</i>	89
<i>El desagravio a Galdós</i>	91
<i>«Lanzarote y yo» (de Leandro Perdomo)</i>	93
<i>La toga y su festividad</i>	95
<i>Veguita y su bondad</i>	97
<i>La Semana Americanista en la Casa de Colón</i>	99
<i>29 de abril. Pasa el pendón de la Conquista</i>	101
<i>De cuando Ramón y Cajal estuvo en la comisaría</i>	103
<i>Pinceladas de Juventud. Sarah Bernhardt en el Ateneo</i>	107
<i>Nieve para recibir el año</i>	109
<i>Honor a los que valen</i>	111
<i>Ante un momento crucial para Canarias. Descentralización y estatuto</i>	113
<i>Aquel último vagón</i>	117
<i>Al P. José Rodríguez. La ofrenda de nuestros sordomudos</i>	121
<i>El puente de Verdugo</i>	123
<i>En la apertura de Tribunales. El juez y su función</i>	125
<i>Un libro de José Miguel Alzola: «D. Chano Corvo (crónica de un jardinero y su jardín)»</i>	129
<i>Un incidente unamunESCO</i>	133
<i>La gran odisea de Lindberg. Su estancia en Las Palmas</i>	137
<i>Ha muerto Pío XII</i>	141
<i>Lo que debe representar nuestro 29 de abril</i>	143
<i>Justicia social y respeto a la dignidad humana</i>	147
<i>Un hombre bueno</i>	151
<i>La gran lección de un hijo</i>	153
<i>La personalidad del cardenal arzobispo de Toledo</i>	157
<i>La piratería aérea y el orden jurídico</i>	159
<i>Nuestra reverencia ante la gran semana</i>	163
<i>D. Salvador Cuyás, buen soñador</i>	165
<i>Aquel león criado en Las Palmas</i>	169
<i>De Salamanca a Coimbra</i>	171
<i>El gran amor de su isla</i>	175
<i>La mentira poética de Valle-Inclán</i>	177
<i>«Maura y Azcárate», de Marcos Guimerá Peraza</i>	179
<i>Dos caminos opuestos: Unamuno y García Morente</i>	183
<i>Un merecido homenaje</i>	187
<i>«Cuaderno de recuerdos triviales»</i>	191
<i>«Andar y ver», un bello libro de Francisco Rodríguez Batllorí</i>	195

	Páginas
<i>Sangre de mártires</i>	199
<i>Viñeta de Navidad (el Nacimiento)</i>	201
<i>Ante el problema económico de Canarias. Posturas ejemplares</i> ...	205
<i>Una conferencia en la Universidad de La Laguna (Tenerife)</i>	209
<i>En el Palacio de Justicia. El abogado y la significación de su festividad</i>	211
<i>La paz</i>	213
<i>La Pati y el rruiseñor</i>	215
<i>Gabriel de Armas Medina</i>	217
<i>Cornisas sobre la gran ciudad</i>	221
<i>Soldado de Cristo a los setenta años</i>	225
<i>El abogado y la familia</i>	227
<i>Homenaje a Tomás Morales</i>	231
<i>Una trascendental efemérides</i>	233
<i>Grandeza y futuro de un aeropuerto</i>	237
<i>Un magnífico libro: «La Virgen del Pino en la historia de Gran Canaria»</i>	239
<i>El gran escultor Manolo Ramos</i>	241
<i>El gran mandamiento hecho realidad</i>	243
<i>Desde Madrid. Su primera comunión</i>	245
<i>Emoción y rosas ante el busto del poeta</i>	247
<i>Nuestro fiel amigo</i>	249
<i>Nuestras sobremesas con Agustín Millares</i>	253
<i>Un problema trágico que a todos nos alcanza</i>	257
<i>Los hermanos Ramírez Doreste</i>	261
<i>En el Museo Canario. El patrimonio espiritual de D. Bernardino Valle</i>	265
<i>Un destello de espiritualidad</i>	267
<i>Lanzarote y su gran secreto</i>	269
<i>La visita de Unamuno a Palacio</i>	271
<i>El grave problema de las aguas en Gran Canaria. Necesidad de una ley especial (I)</i>	273
<i>El grave problema de las aguas en Gran Canaria. Necesidad de una ley especial (II)</i>	277
<i>La peregrinación canaria en el Congreso Eucarístico (I)</i>	281
<i>El alma católica de España se ha puesto en el Congreso Eucarístico (II)</i>	283
<i>Desde el Congreso de Barcelona. La familia y la Eucaristía (III)</i> ...	285
<i>Desde el Congreso de Barcelona. Un magistral discurso de Pe- mán (IV)</i>	287

<i>Desde el Congreso de Barcelona. La gran procesión del Corpus Christi (V)</i>	291
<i>Impresiones de la travesía del «Ciudad de Sevilla», camino del Congreso Eucarístico de Barcelona</i>	294
<i>Viaje de dos meses a Madrid</i>	295
<i>El doctor Marina Fiol</i>	297
<i>De cuando Pío XII estuvo en Las Palmas</i>	299
<i>Juan Bosch Millares y sus «Cuentos de médicos canarios»</i>	303
<i>Luis Doreste Silva, en París (I)</i>	305
<i>Su primer viaje a París (II)</i>	306
<i>La Embajada (III)</i>	309
<i>La Embajada (IV)</i>	311
<i>Su retorno a Canarias (V)</i>	313
<i>«El libro de Apolonio», de D. Joaquín Artiles</i>	315
<i>Hoy, en el Palacio de Justicia, se celebrará la festividad del Colegio de Abogados</i>	316

